



Luis González de Alba

LOS DIAS Y LOS AÑOS



ERA

«Los días y los años» (1971), «opera prima» de Luis González de Alba es un testimonio y también una reflexión. El conflicto entre los estudiantes y el Estado, tal como se produjo en México en 1968, se nos muestra aquí vivido desde dentro por uno de sus participantes, un estudiante de la Universidad Nacional Autónoma de México, miembro del Consejo Nacional de Huelga que fue arrestado precisamente durante «la noche de Tlatelolco» y que permaneció en calidad de preso político hasta 1971.

En «Los días y los años» el autor narra todo cuanto vio y supo a lo largo de los meses del movimiento y en su estadía en el que, con toda justicia, era llamado Palacio Negro de Lecumberri.

«Crónica íntima de una participación común —escribe Paloma Villegas—, es un relato cuidadosamente veraz que quiere testimoniar no sólo el desarrollo cronológico del movimiento sino las interpretaciones que durante éste y después le dieron algunos de sus protagonistas. Tiene las virtudes de la honestidad y del buen gusto. Carente de artificios, es admirable por reticente y falible por conmovida».

González de Alba definió a este libro como «el 68 en primera persona».

Luis González de Alba

Los días y los años

Título original: *Los días y los años*

Luis González de Alba, 1971

Foto de portada: Pedro Meyer, 1968



La imagen original que se utilizó en la portada de la primera edición de
Los días y los años.
Fotografía de Pedro Meyer, 1968.

I

Hemos vuelto a entrar en la crujía. Alrededor del patio oscuro todas las celdas están abiertas de par en par. Es un extraño espectáculo; siempre hay puertas abiertas pero nunca antes de ahora había estado en medio del patio mirando todas las celdas abiertas a la vez, y todas sumidas en la oscuridad; son agujeros, pasadizos secretos que llevan a otras cárceles. En el piso superior también están abiertas todas las celdas: dos pisos de puertas que a veces el viento empuja y de celdas oscuras que rodean completamente un patio cubierto de basura, papeles, vidrios rotos, cáscaras de limón, azúcar, libros sin pastas, cintas de máquina desenrolladas en el suelo, manchas de sangre. Entré en una celda, vacía como todas, y me senté en la litera de cemento, ahora sin colchoneta ni mantas. Bajo la litera se escucha un rumor de papeles que se arrastran y levanto las piernas por temor a las ratas.

No quiero entrar a mi celda, ¿para qué? Además, da lo mismo: ahora todas son iguales. No quedó una mesa, un libro o una cobija. Es enero y hace frío. Sólo se ven papeles arrugados y vidrios rotos.

En la pared de enfrente hay una mancha de sangre. Es una mancha grande que escurre hasta el suelo. La rata sigue corriendo bajo la litera. No debe ser muy grande, tal vez sólo un ratón. Bajo las piernas de nuevo. El piso está pegajoso, pero muevo los zapatos para oír cómo se despegan. ¿Por qué habrán cortado la luz? Es una pregunta absurda en este momento, igual se podrían hacer otras mil: ¿por qué romper lo que no se llevaron?, ¿por qué tirar el agua? ¡Ah! Hasta ahora siento la sed, creo que en toda la noche no he tomado un trago. Tengo un poco de náusea. En la llave no hay agua. Al regresar a la litera pisé un foco roto... tal vez sí hay corriente; pero no, claro que no hay. Los focos del patio también están apagados. Sólo nos llega la luz lejana de los reflectores instalados en la torre de vigilancia: el polígono. Los reflectores dan al patio un aspecto aún más irreal, es una luz difusa y brillante, con un desagradable color verdoso. Los alambres de la instalación cuelgan a un lado de la puerta, están a medio arrancar. Maldita rata. Junto a mi zapato hay una envoltura de caramelo. Hoy tenemos veintidós días sin comer y sólo algunos tienen permiso para chupar caramelos en lugar de ponerle azúcar al agua de limón, pues esto les produce náusea. A mí siempre me ha gustado el agua de limón, en mi casa la hacen desde que yo recuerdo; pero ya son veintidós días de tomarla y el olor me revuelve

el estómago. ¡Claro!, es este olor. La celda está impregnada de olor a azúcar y limón, por eso el piso se siente pegajoso. Hay agua de limón y cáscaras sobre los papeles rotos, los trozos de tela, los vidrios; en todas partes se huele y se siente.

En la escalera me encontré el clavo con que cierro mi celda, con el que la «apando». Quedó completamente torcido pero resistió un buen rato, casi una hora, creo. No habría aguantado tanto si yo no hubiera detenido la puerta desde dentro con todo mi peso. Pasó mucho rato antes de que el clavo empezara a doblarse. Fue cuando trajeron la palanca, sin ella no hubieran abierto. Como en general las puertas no cierran herméticamente, fue fácil introducir una palanca en la ranura y hacer saltar los apandos. Cuando vi, a la altura de mis rodillas, el trozo de metal que introducían desde afuera, pensé que había cometido un error: aflojé un momento la puerta. Pero no, después vi que no había sido un error mío; de cualquier manera no podía evitarlo pues mi puerta deja mucho espacio al cerrar. Ahora sólo me quedaba colgarme de la puerta, literalmente, para ayudar al clavo que se iba torciendo lentamente. Ya no sentía las puntas de los dedos pues el alambre de la agarradera me cortaba la circulación. Toda la mano la tenía agarrotada y empezaba a ver más brillante la luz de mi celda y unas manchas oscuras flotaban ante mis ojos: me siento mal, ya no aguanto.

—¡Espérense! ¡Voy a abrir, pero el clavo se dobló!

Las celdas superiores están igual que las otras. No quedó nada. En ninguna de estas celdas he visto sangre. Por aquí debe estar el agujero del máuser. Estoy seguro de que a Roberto no le dio, porque vi caer tierra; se tiró al suelo por si el guardia volvía a disparar, pero no estaba herido.

La celda está tan oscura como si la puerta estuviera cerrada. Entre las dos planchas de metal que forman los muros se oyen ruidos muy leves, carreras de pies diminutos que llegan a parecer murmullos.

Ahora nos miran desde la reja. Nosotros dentro y ellos afuera: una cárcel dentro de otra. Esperan detrás de la reja, paseándose de un lado a otro. Algunos no se mueven, están parados, con la mirada fija en el patio vacío. Hay una celda que no pudieron abrir. Cierra sin dejar ninguna ranura y dentro se puede apandar por tres lugares distintos con trozos de metal mucho más gruesos que un clavo.

—¿Crees que vuelvan a entrar?

—No, ¿para qué? Ya no queda nada.

—Estamos nosotros...

—¿Qué piensas?

—Que podrían entrar para cumplir «encargos».

El guardia había vuelto a poner el candado de la reja; pero en el pasillo, frente a la cruja, seguían vigilándonos los presos que habían tomado por asalto la cruja unas horas antes.

—Y la vigilancia, ¿no crees que intervenga...? No, claro, estoy diciendo tonterías. Primero los soltaron, ahora no los encerrarán mientras no hayan cumplido... y si dices que pueden traer «encargos» especiales...

—Asómate, no hay ni un solo vigilante, salvo el de la puerta; y por supuesto ni siquiera intentaría oponerse. Si lo hiciera sería el primer muerto, pero no lo hará.

Pasó un largo rato. La celda que no lograron abrir está en el piso superior. Ahí estábamos casi todos: cincuenta en total. La aglomeración era incómoda pero se sentía menos el frío. Era la madrugada del 2 de enero.

—¿Estamos todos?

—No sé, creo que hay más en una celda de enfrente.

—¿Sabes cuántos?

—Unos diez.

Se hizo otro silencio, pesado, sin otro ruido que alguna tos.

—Debiéramos revisar cada celda —dijo uno que tenía las rodillas recogidas para que otro pudiera estirarse.

—¿Cada celda? ¿Para qué? No hay nada, estuve buscando una cobija.

—¿Viste debajo de las literas?

—No, no tenían para qué echarlas ahí.

—No es por eso —el otro hizo un gesto de interrogación—; es que no sabemos

si estamos todos.

No sé qué hora pueda ser. Tal vez pronto amanezca. De la Vega se puso mal. Empezó a torcerse, los pies y las manos se le doblan hacia adentro. Lo saqué de la celda para que respirara aire frío pero está cada vez peor, no se puede sostener y temo que se desmaye. Es muy alto, bastante más que yo, así que no sé si podría sostenerlo.

—Ven, apóyate en mí, vamos al patio; llamaré a los camilleros.

Durante toda la noche dos camilleros han estado llevando enfermos y heridos a la enfermería. Algunos están graves, entre ellos Jacobo es el que resultó peor herido. Los camilleros son de la «B», o por lo menos uno de ellos, que se parece a un miembro del «Batallón Olimpia».

Ha sucedido algo que no me explico en este momento: los presos que entraron a robar y golpear son de las crujías «E» y «D», donde se encuentran los juzgados por robo y delitos de sangre; pero no he visto a ninguno de la «A», la de reincidentes, que en todo el penal es la de más triste fama. ¿Por qué no entraron? La dirección de la cárcel tenía todo bien preparado. El pretexto: retuvo las visitas de algunos compañeros. En un patio estuvieron mujeres y niños durante horas, esperando que les permitieran salir. Era día primero del año y a las cuatro, como todos los domingos y algunos días de fiesta, había terminado la visita. La vigilancia argumentaba que no encontraban la llave de una puerta. Después la misma vigilancia dejó saber a los compañeros de la «M», otra crujía de presos políticos, que sus visitas estaban secuestradas hacía horas, cuando ya se les suponía en sus casas. Ya avisados, los de la «M» pudieron oír los gritos de las mujeres, que para esa hora estaban desesperadas, y el llanto de los niños. Lo primero que se les ocurrió fue salir de su crujía para tratar de llegar al patio donde estaba detenida la visita. Algunos vinieron a informar a la «C» de lo que ocurría, pero aquí tomamos el informe con cierto recelo y no nos adelantamos en el redondel, únicamente algunos llegaron hasta la «M». En ese momento ya se habían escuchado los primeros disparos. Eran aproximadamente las ocho de la noche.

Los compañeros que regresaban nos informaron que las crujías estaban sin candado en las rejas. En cualquier momento la vigilancia abriría las puertas.

—Ya tienen todo dispuesto para atacarnos.

Nadie entendía muy bien lo que pasaba. ¿Atacarnos? No hay ningún motivo.

¿Por qué con los presos? ¿No tienen la vigilancia? Nos hacíamos éstas y muchas otras preguntas que no sabíamos responder, cuando, ante nosotros, el vigilante que se encontraba de guardia en la reja de la «B» empezó a abrir el candado. Nos quedamos mirando la reja donde se agolpaban varias decenas de presos, pero ninguno de ellos salió.

Los disparos cesaron un rato largo y también los gritos dejaron de escucharse. Fue un silencio largo, tenso, durante el cual cada uno trataba de adivinar lo que estaba ocurriendo en otro lugar del callejón circular que une a todas las crujías, dispuestas como rayos en torno a un eje. Cuando el silencio llegaba a su máxima tensión surgió un grito, un solo alarido que venía de la crujía directamente frente a la nuestra y que, por lo mismo, no alcanzábamos a ver. Por el callejón, el redondel le llaman aquí, se oyó el ruido de cientos de pies que se acercaban.

—¡Ya los soltaron! —Dijo Raúl con los dientes apretados, y trató de cerrar la reja, pero por dentro no es posible hacerlo.

Tampoco otra pequeña reja interior era posible cerrarla porque la puerta estaba vencida. Raúl todavía trataba de echar el pasador cuando ya los teníamos enfrente. Empezamos a tirarles botellas, los únicos proyectiles con que contábamos. Todos hubiéramos sacado fuerzas del hambre, pero desde lo alto de nuestro propio patio, a nuestras espaldas, la vigilancia empezó a disparar. Algunos pudieran pensar que trataban de contener a los atacantes, pero no era así. Disparaban contra nosotros para dispersarnos y permitir la entrada a la turba que habían soltado con la promesa de un buen botín. Nos replegamos contra las paredes, buscando protección, pero el tiroteo arreció. Cada uno de nosotros se metió en la primera celda que encontró abierta y apandó.

Mi puerta tenía varios agujeros y por ellos vi pasar mesas, televisores, cajas de libros, cobijas. Los vigilantes impedían las riñas por los objetos más valiosos y apresuraban la acción. A los pocos minutos los asaltantes se dieron cuenta de que era difícil cargar todo en los hombros y pidieron los carros en que se reparte la comida. De esta manera podían vaciar más rápidamente las celdas. Los «comandos», presos que la dirección nombra para mantener el orden en cada crujía, gritaban por todas partes:

—¡Esa «E»! ¡Esa «E»! ¡Vámonos, moviéndose, moviéndose!

La primera oleada de atacantes se retiró sin abrir las puertas. Se limitaron a saquear las celdas que quedaron abiertas. Pero pronto entró otro grupo: eran de otra

crujía y ya venían armados con palancas.

—No puedo caminar. Por favor, ¿qué me va a pasar? ¡Mira! ¡Mira cómo se me hacen los pies!

Logramos bajar las escaleras. Ya por lo menos no se caerá del piso alto, pensé.

—Siéntate en esta banca, te traeré agua.

Entré en varias celdas pero todos los garrafones estaban rotos y aún no había agua en las llaves.

—Lo siento, pero no hay agua en la crujía.

—Consígueme, De Alba, consigue una poca.

—La única que hay está muy sucia. Por lo menos mojaré unos papeles.

Los mojé y se los puse en la frente. No sé ni para qué, pero ¿qué más hacía? No dejaba de torcerse sin control. Las manos se le iban doblando y las piernas se le sacudían. También las puntas de los pies estaban arqueadas. Le puse papel mojado pensando en que ése era el remedio que usábamos de niños para detener una hemorragia de la nariz. Ahora, claro, el caso no tenía ninguna similitud; pero sólo había papeles y un poco de agua sucia.

—Ya pronto vendrá la camilla. Entra en esta celda y recuéstate un momento en la litera.

Estábamos vigilados por verdaderas «guardias blancas». No se veía un solo policía, únicamente presos con varillas de metal en las manos. Teníamos un grupo como de cien o más apostado frente a la reja. Las crujías continuaban abiertas.

Después que se llevaron a De la Vega subí de nuevo a la celda e intenté dormir.

—¿Qué tenía? —me preguntaron.

—No sé, estaba muy raro. Espero que no sea nada. Tal vez la tensión.

En la celda habían prendido un cabo de vela. Era la única luz que teníamos.

—¿Qué irá a pasar?

—Ya duérmete.

—Pero tú qué crees.

—No sé nada. Duérmete.

—¿Y si vuelven? Ahí están todavía. Creo que ni siquiera han puesto el candado y si lo pusieran sería lo de menos. ¿Me oyes?

—Sí.

—Ni siquiera tenemos botellas y cualquier movimiento que hagamos, hasta cambiar de celda, es observado por ellos. ¿Y los vigilantes?

—No están.

—¿Qué tenía De la Vega?

—No sé, ya cállate.

Durante un rato creí que ya se había dormido, pero pronto volvió a empezar.

—¿Cuántos estaremos aquí?

—Como cuarenta o más.

—¿Y los otros?

—Están enfrente.

—Hazte un poquito para allá, quiero estirar esta pierna.

—Qué bien chingas.

—¿Ya viste?

—¿Qué?

—En la pared.

—Qué, pues.

—Las sombras de la vela. Me acuerdo de cuando viajaba en tren y se detenía por la noche, ya muy tarde, en alguna estación. Siempre hacía mucho frío, como hoy, y se oían estos mismos ruidos: los cuchicheos, las toses apagadas en el vagón, la respiración de los dormidos, exactamente como ahora. Sólo faltan unos pasos que se acerquen por afuera, alguien pisando la grava junto a la vía, y la voz de alguna vendedora, la última en irse o la primera en llegar, envuelta en su rebozo y echando vaho junto a la ventanilla. Hasta espero el primer jalón de la máquina, el rechinado que acaba con el silencio de las estaciones frías en la madrugada.

Tenía razón. Yo sentía lo mismo pero no se lo quise decir porque entonces nunca habría terminado. También pensaba en las estaciones alumbradas por un solo foco, apenas un tejaban con paredes de piedra, perdidas entre los chaparrales y en medio de una llanura que sólo atraviesa el tren; el olor de la madrugada, el frío, la respiración de la gente dormida, el silencio donde se oía el voltear de la página de un libro y las voces del exterior: breves, cortadas por el frío. Esperaba oír: «¿Quesos?, ¿quesos?, ¿un que-sito?», seguido por el anuncio de cajetas.

Se abrió la puerta de la celda y entró De la Vega.

—¿Tan pronto? Pensé que volverías hasta mañana.

—Ya me siento bien. No quise quedarme porque faltan camas y yo no tengo nada grave.

Salí con él al pasillo y me recargué en el barandal.

—¿Oíste algo al venir para acá?

—No, sólo supe que tal vez los médicos hagan una declaración pública.

—¿Sí? Pues no sé en dónde piensen publicarla. Ningún periódico la admitirá ni como inserción pagada. Ya veremos. ¿Pero no sabes nada más? Hace rato estaban diciendo que piensan entrar a la «N».

—¿No entraron?

—No, nada más a la «M» y a la «C». Están esperando la orden, pero no llegará.

—¿Por qué lo crees?

—¿Lo de la orden? Porque lo están comentando en la reja. Algunos se ven impacientes.

—No, por qué crees que no llegará.

—Ahí no hay nadie en huelga de hambre.

Se acercó el *Pino*. Salía de la celda vecina.

—¿Cómo te sientes?

—Ya estoy bien —respondió De la Vega.

—Si quieres puedes irte a dormir, yo te aviso si pasa algo.

—¿Eh?

—Que yo te aviso si pasa algo.

Cuando empezó a amanecer me dormí un rato. Desperté cuando ya entraba sol y la celda estaba casi vacía. En las llaves aún no había agua.

—Al rato nos traerán agua caliente de las cocinas. Podremos hacer té.

Se están portando bien.

—Pero esos son los muchachos, si la dirección se entera les pueden quitar la «comisión». Nos traerán también canela y azúcar.

—¿Te fijaste anoche en una cosa?

—¿Qué?

—No vino la «A».

—Es cierto, no vi uno solo. Ahí viene el *Búho*. Pregúntale.

—Al rato nos van a traer té de canela y azúcar —llegó diciendo el *Búho*.

—Qué bueno, yo tengo más de doce horas sin tomar agua ni azúcar. Esto ya es huelga de agua. Oye...

— ¿Sí?

— ¿Te fijaste en que anoche no entró ninguno de la «A»?

— Eso comentábamos hace un rato el *Pino* y yo. Lo que hicieron fue esperar en su crujía, con la puerta abierta, y cuando los demás pasaban con su carga les decían: «Presta compadre, yo te ayudo»; y les «bajaban» un televisor o una máquina de escribir.

— ¡Ah! Eso sí está bueno.

— Si lo piensas bien te darás cuenta de que no entraron más de 600, cuando mucho, y en el penal hay 3 500 presos, todos con las puertas abiertas, orden de venir y un buen premio.

— Aquí mismo en la reja muchos se quedaron mirando cómo salían máquinas, televisores y otras cosas que les hubiera gustado tener, pero no entraban.

— Ahorita yo sólo quisiera una cobija...

— ... Y poder comer.

— Bueno, en ese caso, no estar aquí.

— Y estos hijos de su chingada madre siguen «vigilándonos». ¿No sabes si ya logró Raúl mandar el recado a Palacios o al general?

— Parece que el general ni está aquí, pero vimos pasar a Palacios.

— ¿Y?

— Le gritamos, pero no se acercó. Ya le mandamos el recado con un muchacho de confianza.

— ¿Sólo con lo de la vuelta a la normalidad?

— Sí, sólo eso.

— Está bien, primero que los metan y los encierren, luego ya hablaremos. Lo malo es que la dirección piensa que controla a esta gente y no es verdad. Éstos pueden hacer cualquier cosa en cuanto se les antoje y la dirección lo sabrá media

hora después.

—Por eso es mejor que no baje nadie.

—Nadie ha bajado. Vamos con Raúl.

Raúl había estado toda la noche junto a la reja. No dejaba que nadie lo acompañara más que por un rato, después mandaba a todos a la celda.

—No debes estar solo, deja quedarme contigo.

—Quédese nada más uno, pues.

Por la mañana ahí estaba todavía.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Le mandé el recado a Palacios.

—¿Y no ha venido?

—No.

—¿Cómo la ves?

—Por ahora menos mal pues a las nueve empiezan a entrar los defensores, pero a las dos, quién sabe. No te recargues en la reja.

Me separé de los barrotes. Tras ellos nos veían los «guardias blancos». Algunos parecían poner atención a lo que hablábamos, pero otro se limitaban a pasearse de un lado a otro.

—Toda la noche se han estado turnando. Ahora están los de la «F».

Los miré después de lo que dijo Raúl. Había un círculo que se pasaba un cigarro de mano en mano. Algunos se acercaban a pedir cosas.

—Me gusta el suetercito.

—¿Sí? Pues tenlo —respondió Raúl y lo pasó entre las rejas con la expresión sombría que le he visto siempre en los momentos difíciles.

Recargado en la pared, uno de los presos, envuelto en una cobija, nos miraba. Al poco rato estaba más cerca.

—¿Ya viste a ése?

—Sí, no lo veas, déjalo acercarse; parece que quiere decir algo.

Con un movimiento rápido llegó hasta la reja, dejó la cobija entre los barrotes y se fue sin decir nada. Tomé la cobija y lo vi alejarse de prisa.

«Toma, chavo», recordé. En cierto sentido fue similar. Sólo que en aquella ocasión era un soldado.

II

—Si algún día hacemos una huelga de hambre no vas a durar ni 24 horas, pinche Zama.

—Te diré, Pablito, que no tengo la menor intención de hacer algo parecido.

—¡Ah! ¿No, Zama? —Le pregunté—. Yo suponía que se contaba con todo el partido.

—Bueno, bueno, ya veremos; mientras tanto no se hable más. Hoy tenemos pinchemil cosas que me gustan.

—¡Se me había olvidado!

—¿Qué?

—El Gilberto me pidió que lo invitáramos a comer. Voy a hablarle. No te preocupes, Zama, al fin que tenemos suficiente.

Que si podía invitar al *Champiñón*, preguntó Gilberto desde abajo.

—Dice que si trae al *Champiñón*.

—Pues que lo traiga —respondió Pablo.

—A ver si no llega con toda su corte, ya ven que siempre camina con niños alrededor. Está bien, ya súbanse.

Entró Gilberto con una gorra de estambre que siempre se pone para aplacarse el pelo rebelde y partido en dos matas iguales que le caen en mechones abundantes, separados por una raya a media cabeza. El *Champiñón* murmuró algo al entrar y se sentó al lado de Gilberto.

—Perdón, la sopa no debe sorberse, ¿verdad? Pórtate bien *Champiñoncito* y al final no olvides darle las gracias al señor.

—No estés fregando —le dijo Pablo.

—Y esto, ¿me lo como con la cuchara o con el tenedor?

—Con lo que te dé la gana, hasta con los dedos.

—Yo sólo decía...

Cuando Pablo puso el café empezó la discusión de siempre. Que no hiciera su atole acostumbrado, decía Zama. Pues entonces no haría nada y que fuera Zama a preparar su agua descolorida.

—Pero a mí me toca la cocina hoy —respondió Zama.

—Por lo mismo cállate y tómatelo como te lo dé.

—¡Oye! ¡Amaneciste de buen humor, como siempre!

—Es que trae «carcelazo» —dije.

Gilberto lo miró un momento y preguntó si era cierto. Que ya no podía decir nada porque para nosotros era «carcelazo», respondió Pablo molesto.

—¿Y a poco no es? —insistió Zama y volteó a vernos con sonrisa de complicidad—. Cuéntanos, cuéntanos.

—¡Ya! Esta maldita cafetera no calienta.

—No te digo. Hoy todo te sale mal.

—Ya cállate, pinche Zama; ¿te crees muy brillante? A ver, dime qué tiene esta madre.

Zama se levantó para demostrar que era muy sencillo: sólo había que conectarla bien; pero al levantarse tiró el banco de fierro contra el piso y toda la celda se estremeció; con el codo volteó un plato y una cacerola con sopa que fueron a caer sobre el banco y, al agacharse para recoger los objetos caídos, se pegó en la frente contra la orilla de la mesa. Pablo dejó la cafetera para reírse mientras Zama abandonaba todo intento de poner remedio al estropicio y permanecía de pie, con las manos en las bolsas y sonrisa de culpabilidad.

—Pero ¿no te digo? ¡Ah, qué Zama! —decía pausadamente Gilberto—. Mira nomás. Y todo lo hiciste tú solito, sin ayuda de nadie. Aprende al señor, *Champiñoncito*.

El *Champiñón*, como siempre, se limitaba a ver y sonreía a todo lo que le dijeran. Como las piernas no le llegaban hasta el suelo, las balanceaba sentado en la litera. A veces un ruido previo anunciaba que iba a decir algo.

—¡Miren! ¡Si tam-bién ha-bla! —decía Gilberto haciendo voz de tonto y arrugando la nariz, luego lo veía con la boca abierta, como alelado—. Come, niño; para otra vez que vengamos con los señores me acuerdes de traerte tu cojincito para que alcances la mesa y no te echas la sopa en tu camisa limpia, como Zama.

—Y hablando de otra cosa —dijo Pablo mientras Zama terminaba de limpiar el piso—, el domingo me vinieron a ver unos compañeros que estuvieron en la manifestación del 26 de julio.

—¿Del año pasado?

—Sí. Y me estuvieron contando detalles muy interesantes.

—¿Reconocieron que Unzueta sí le robó la bolsa a una señora y se echó a correr?

—¡Por favor! Estoy hablando en serio.

—Yo también —le dije—; pero no te enojés, pues. Era sólo una posibilidad. Después de todo sería muy interesante descubrir ahora que sí fue cierto, ¿no crees?

—Me dijeron que en los botes de basura —continuó Pablo sin hacer caso—, a todo lo largo de Juárez, Madero y 5 de Mayo, había piedras. Sólo tenían que voltearlos.

—¿Y quién las puso ahí?

—Si supiera.

—¿Tú no fuiste a la manifestación?

—¿Yo? —respondió Pablo—. ¡Si estaba en Bulgaria!

—¡Ah! Pues sí. No me acordaba.

—No sigas, no sigas —exclamó Zama que exprimía el trapeador— o tendremos que soplarnos otra vez «Pablo y Sofía». Ya tuvimos suficiente en el desayuno, cuando nos recetó por vigésima quinta vez «Pablo y el meteorológico».

—Que era prácticamente una beca...

—¡Ándale! Que era prácticamente una beca.

—No, de veras, algo hay de eso —respondió Gilberto—. Desde los primeros días, en la Ciudadela, la policía actuó como el principal provocador.

—Y la pradera estaba seca —agregó Pablo.

—Pero el caso de las piedras es distinto. Una cosa es que la represión, en la forma en que se desarrolló, se convierta en una chispa, y otra que a la hora de la bronca encuentres piedras en Madero.

—Es cierto, pero tampoco se puede exagerar o llegaremos a conclusiones absurdas. El Movimiento tuvo sus causas propias e independientes aunque mucha gente se muriera de ganas por meter la mano dentro. Es indudable que hubo ese tipo de gente y que mucha estaba dentro del mismo gobierno; pero siempre hicimos lo que nos pareció correcto. Tú te dabas cuenta, ¿no?, de que entre los mismos estudiantes algunos traían su propio «boleto», ahí está el caso de Ajax y sus declaraciones; pero en el CNH las posiciones raras apestaban a leguas, como cuando el mismo Ajax se soltó diciendo que había que crear una organización militar. Cualquiera fulano de ese tipo se hacía sospechoso de inmediato. La verdad es que con el sistema del CNH y las asambleas diarias en cada escuela nadie podía andar chueco, y si lo hacía se quedaba solo, pues nunca iba a lograr que todo el CNH aceptara una porquería. Al delegado que metía la pata lo esperaba la asamblea de su escuela, al día siguiente; y a la sesión inmediata del Consejo ya sabíamos cómo le había ido. Para maniobras poco claras éramos demasiados: más de doscientos delegados y unas ochenta escuelas. Sólo al final se pudo «transar» descaradamente, pero eso mejor no lo discutimos porque el Partido Comunista, como siempre, no queda muy bien parado que digamos.

Zama y Pablo cambiaron de inmediato. En ese momento ya nadie haría una broma.

—Está por verse lo que dices —respondió Pablo.

—Yo no creo que esté por verse, sino que es lo más claro del mundo; pero bueno, no hablemos de eso. Lo que digo es que las características del CNH impedían lo que siempre sucede: la «transa» por parte de los líderes. En el caso del Consejo, la verdad es que ninguno de nosotros hubiera podido hacer nada, de haber tenido malas intenciones. Los muchachos lo sabían y así se explica uno la confianza completa que tenían en el Consejo, y la tremenda autoridad que éste llegó a tener a pesar de su lentitud y de todos sus defectos.

—Pero imagínate qué habría sucedido si se admiten grupos políticos como parte de la representación estudiantil. ¿Te acuerdas de cuando llegó Arturo Martínez con la nueva de que representaba a la CNED? Después hubiera llegado cada grupo político de cien escuelas y eso hubiera sido una olla de grillos, literalmente. Si así... ya ves que nos pasábamos hasta las 5 de la mañana en una discusión absurda. Los «espartacos» hubieran mandado representantes por cada grupito de seis o siete gatos, los troskos otro tanto y lo mismo cada conjunto de siglas que se pueda hacer, el MLN, MLM y hasta el MXYZPTLK.

—Ése es el de Supermán.

—De cualquier manera —respondió Pablo—, la CNED es una organización nacional que no puedes comparar con esos grupitos de locos y de policías. Por eso les quedó tan bien lo de «grupúsculos».

—Por la misma razón que das se les respondió claramente —continuó Gilberto— que, en vista de que eran una organización nacional y brazo derecho de todo un partido comunista, conciencia de la clase obrera, seguro tendrían fuerza en muchísimas escuelas y que, aunque no admitíamos a la CNED como organización, seguro obtendrían la representación de innumerables escuelas, cosa que nos daría mucho gusto. Y se vieron los resultados, ¿verdad? ¿Cuántos delegados eran del PC?

—Pues no lo sé —dijo Pablo—. Yo llegué cuando ya estaba formado el Consejo.

—No, no te hagas, ¡cómo no vas a saber cuántos «peces» había en el CNH!

—Ni siquiera supe que hubiera peces.

—Bueno pues, ¿cuántos miembros del PC?

—No estoy seguro.

—A ver piensa. Éramos en total unos doscientos veinte; ¿serían treinta?

—No, por supuesto.

—Entonces veinte, diez...

—Unos diez o algo menos.

—¿Diez?

—Menos.

—Eran cuatro o cinco, y de éstos la mayoría renunció después de lo que hizo el partido en noviembre, cuando los «peces» que no habían sido detenidos se dedicaron a romper las huelgas y a justificar la intervención del ejército con el aplauso de todo el partidito, que los apoyaba con desplegados y felicitaciones.

—¿Por qué el partido? ¡El partido no hizo nada! ¿O qué sólo quedaron comunistas en el CNH? Las decisiones, hasta donde yo sé, las tomaba el Consejo en pleno y no sólo los delegados comunistas.

—Por favor, Pablo, quieres decir «los delegados miembros del partido», porque eso de llamar comunistas sólo a los del partido es una trampa de ustedes pues de ahí se puede llamar anticomunista a quienes lo atacan.

—Pues, si acaso hay comunistas sin partido...

—¿Tú crees que no? Eso sí está bueno.

—Como quieras. Yo pienso que no. Pero lo que quiero decir es que, en todo caso, la responsabilidad fue de todos.

—Pero principalmente de ustedes, que son la vanguardia de la clase obrera y que habían tomado fuerza dentro del Consejo desde la aprehensión de los que aún estamos aquí.

—En primer lugar, no me incluyas en ese «ustedes». Yo, para entonces, estaba aquí en el bote contigo, y en segundo no sé a qué te refieres con tus críticas al partido. Tal parece que el Movimiento se acabó a partir de tu aprehensión; pues no lo sabía.

—No a partir de que nos aprehendieran, sino cuando ustedes tomaron la

dirección, hechos que se dieron juntos.

Gilberto había escuchado la última parte de la conversación con expresión de rencor, sin intervenir para nada.

—Ya me voy. Cada que vuelvo a oír los «argumentos» que presentaron en noviembre se me revuelve el estómago. Milagro que no has hablado de que la vuelta a clases fue para «reorganizarse...».

Al salir Gilberto se hizo un silencio embarazoso. Esperé a terminar el café.

—Es que no entiendo por qué ustedes pretenden...

—Dejemos eso, Pablo. No tiene sentido volver a lo mismo. Tenemos más de un año discutiéndolo cada que de alguna manera tocamos el tema. Ustedes como todos los partidos comunistas, juegan su papel y lo hacen muy bien; por lo mismo no estaremos nunca de acuerdo.

No, no iríamos a la manifestación. Estábamos sentados en el «aeropuerto» de la Facultad, llamado así por que ahí aterrizan toda clase de pájaros. Eran las cinco de la tarde y todos los pasillos estaban atestados; en las escaleras el congestionamiento era mayor. ¿Por qué? Porque estábamos hartos de las manifestaciones del partido, limpias, bidestiladas, inodoras, insaboras e insípidas. Pues entonces que hiciéramos la nuestra, respondió el «militante». Junto a mí alguien le mentó la madre. Eso no está bien, dijo Escudero. ¡Y por qué no! Enrique parecía molesto por la observación de Escudero. El «militante» desapareció: era el único que conocíamos en Filosofía, donde los grupos políticos eran muy reducidos y sin una línea precisa de acción, como no fuera un vago izquierdismo. El Comité Ejecutivo no asistiría a la manifestación ni había hecho propaganda, nos habíamos limitado a respetar los carteles de la CNED y la Juventud Comunista. Pues porque no, porque no está bien que los insultes. No dejábamos de sentirnos molestos por no haber organizado un acto propio para celebrar el aniversario de la Revolución Cubana, pero sólo en el último momento habíamos decidido no asistir a la manifestación organizada por el PC. Sería como siempre, dos veces al año: una por Vietnam y otra por Cuba: la glorieta de la SCOP como punto de partida, Niño Perdido, San Juan de Letrán. Aquí se programan siempre porras a Vallejo al pasar frente al sindicato de ferrocarrileros y mueras a los «charros»; poco antes el programa dice: rumor de que Siqueiros ha llegado, y después: alerta con los provocadores. Al llegar a la Torre Latino el programa dice: vuelta a la izquierda, parada frente al Hemiciclo a Juárez, mitin sin provocadores, mueras al imperialismo,

vivas a Cuba (o a Vietnam, según el caso), silencio en torno a México. A las seis dijimos: ahora van los muertos a los «charros», Siqueiros ya llegó. Tampoco entramos a clase, nos sentíamos un poco culpables. El partido celebraba el 26 de julio, aunque fuera con su peregrinación usual, ¿y nosotros? Hubiéramos podido organizar otra si todos los grupos políticos nos hubiéramos puesto de acuerdo, pero no lo habíamos hecho: ya era tradicional asistir a la manifestación del partido y tratar de imponer consignas propias, en los mítines algunas veces se repartían algunos golpes.

Por entonces, el sectarismo de los grupos políticos se había agudizado, las subdivisiones se multiplicaban. El POR, grupo supuestamente trotskista, iluminado por el pensamiento de un tal J. Posadas, daba gritos porque Fidel Castro había mandado asesinar al Che; según ellos el Che era «trojkista inconsciente», la «j» de «trojkista» la tienen todos los miembros del POR y la sacaron posiblemente de J. Posadas, el mítico fundador y profeta. Los maoístas de la Liga Espartaco se subdividían una vez por mes, o con más frecuencia cuando les era posible. Los troskos de la revista *Perspectiva Mundial*... seguían sacando su revista. José Revueltas, fundador de la Liga Espartaco, y posteriormente expulsado de ella, sostenía la nueva tesis de la «democracia cognoscitiva» en sustitución del leninista centralismo democrático, pero aún no estaba claro qué era aquello de la «democracia cognoscitiva»; en torno al nuevo concepto se formaría un núcleo encaminado a... etcétera. Los grupos «político-culturales» demostraban su rotundo fracaso en la tarea de integrar equipos de trabajo con formación ideológica consistente; la «lumpenización» hacía estragos entre la izquierda «amplia» que había cobrado fuerza después de la huelga de 1966: a un activismo que rindió algunos frutos entre la base estudiantil, pues hizo posible una mayor politización de los estudiantes, no siguió la formación ideológica de la dirección, ni de los nuevos elementos reclutados. Pronto los grupos «político-culturales» se quebraron por un punto que siempre han tenido débil: se acabaron de convertir en receptáculo de intrigas y resentimientos porque la actividad política era casi inexistente. Los «espartacos» y otros maoístas pedían el revertimiento de los grupos estudiantiles sobre las organizaciones obreras y los sindicatos «charros» como única tarea para un estudiante revolucionario; el olímpico desprecio por los problemas educativos o simplemente estudiantiles se desprendía de todas sus tesis. Y mientras los estudiantes revolucionarios hacían mítines a la salida de las fábricas, comían con obreros y discutían con ellos los problemas sindicales, no era posible afrontar con seriedad ningún problema universitario. Las autoridades daban las soluciones que creían convenientes y la izquierda las aceptaba porque para cambiar el carácter de la Universidad era necesario cambiar primero el sistema social; los grupos o individuos que no aceptaban esa tesis eran «pequeñoburgueses», «grillos» y «estudiantilistas».

De la Facultad no había salido ningún contingente para participar en la manifestación.

—¿Y no es hoy también la del Poli? —pregunté.

—Sí —respondió Roberto Escudero—. No sé por qué la habrán permitido hoy, será porque la va a controlar la FNET.

—Se quieren sacar la espina del año pasado.

En 67 la FNET no había participado en la huelga del Poli y Chapingo, que apoyaban las demandas de la escuela Hermanos Escobar, de Chihuahua. La FNET quedó al margen y no pudo controlar las huelgas, cosa que al gobierno no le gustó pues demostraba que la organización «charra» no era ya el cauce por donde actuaban los estudiantes técnicos.

—Ésa del Poli, ¿es por lo que pasó en la Ciudadela? —preguntó un muchacho que yo no conocía.

—Sí.

En un cuarto de hora los pasillos y escaleras quedaron vacíos.

—Las seis y cuarto. ¿Por qué no le pides el carro a Alma y nos vamos a ver la del Latino?

El 22 de julio se celebró un juego de fútbol en el parque de la Ciudadela. Un equipo lo formaban alumnos de la preparatoria particular Isaac Ochoterena; y el otro, la pandilla de los «ciudadelos». El encuentro terminó a golpes y los de la Ochoterena salieron perdiendo. Como algunos «ciudadelos» se dicen alumnos de las Vocacionales 2 y 5 del IPN, los de la Ochoterena apedrearon, al día siguiente, la voca 2. Al tercer día, por la mañana, varios cientos de alumnos de las dos vocacionales marcharon sobre la preparatoria Isaac Ochoterena sin que nadie lo impidiera. Cuando los politécnicos dieron por terminada su venganza, los granaderos decidieron que había llegado la hora de intervenir y esperaron a los politécnicos que regresaban en las calles cercanas a la Ciudadela, los cercaron y empezaron a golpear. Perseguidos por los granaderos, los estudiantes se refugiaron en las vocacionales; pero las escuelas no fueron obstáculo, en su interior los granaderos la emprendieron no sólo con alumnos, sino con maestros y maestras que igualmente fueron golpeados sin conocer la causa de la agresión. No se trataba de imponer el orden, sino de romperlo, de golpear como si se tratara de una venganza

personal.

—¿No sabes qué ruta iba a seguir la manifestación del Poli?

—No, pero creo que pensaban detenerse en el Monumento a la Revolución —
respondí.

—Vamos a asomarnos.

—Ya es muy tarde, mejor da vuelta en Florencia.

Que si había ido a la Ciudadela. Hoy no, pero otros días sí. Y que cómo estaba. Ocupada por los granaderos en todas partes; además seguían provocando a los estudiantes y a quienes lo parecieran. Sí, había leído la protesta publicada por el director de la voca 5. Alrededor del «reloj chino» el tráfico estaba congestionado y por todas las calles que atraviesan Bucareli los encuentros eran muy frecuentes. Casi toda la zona estaba cubierta de piedras y vidrios. Al doblar una esquina se topaba uno con un batallón de granaderos que cerraba la calle.

—Pues en todos los periódicos les siguen echando leña a los estudiantes y vagos que agreden a la policía.

—¿Y qué esperabas?

—¿Pagas el estacionamiento?

—Yo por qué, el carro lo traes tú. Además en la calle hay lugar.

—Bueno, yo lo pago; pero tú disparas los refrescos.

En la calle se comentaba que la manifestación había sido disuelta por la policía, pero no sabíamos cuál de las dos manifestaciones.

Estuve un rato en mi celda corrigiendo unos apuntes sobre los sucesos de septiembre de 1968, en particular la parte referente a la defensa que se hizo del rector Barros Sierra a raíz de su renuncia. Me faltaban algunos datos y no había manera de conseguirlos pronto. Tampoco tenía a mano la respuesta del CNH al informe presidencial. Se había pensado en la posibilidad de escribir un relato conjunto que recogiera la experiencia de 1968 vista desde dentro, pero el trabajo estaba muy atrasado.

Hacía una semana que, hablando con Raúl, habíamos pensado que, de iniciarse la huelga de hambre de que ya se hablaba, el famoso libro quedaría suspendido por mucho tiempo más y tal vez definitivamente olvidado. Tomé los apuntes y salí a buscar a Gilberto. Lo encontré acostado cuando entré en su celda.

—No sé cómo puedes vivir con los pescados.

—Sólo comemos juntos y nunca hablamos de política, mucho menos acerca del Movimiento. Hoy se inició la conversación porque estabas tú. En otras circunstancias, Pablo hubiera hablado de las piedras y de ahí habríamos brincado a Sofía, o al viaje en tren por Yugoslavia antes de llegar a Sofía.

Bueno, por qué no veíamos lo de julio y agosto, le dije. Ahí estaba encima de la mesa. ¿Quería que leyéramos lo que yo había hecho?, pero antes lo de él. ¿Y Raúl?, preguntó. Que estaba escribiendo con el *Chale*.

Afuera empezaron a golpear una puerta. El ruido era insoportable, como martillazos sobre metal. Salimos al pasillo, los golpes venían de la celda de Baldovinos, lo habían encerrado.

—Abran esa puerta —decía Jacobo apartando a los que se encontraban cerca—, ¡qué ocurrencias! ¿No tienen nada que hacer?

Mientras Gilberto ponía en orden su trabajo bajé a la celda de Raúl por las copias que le faltaban a mi parte y que habíamos estado leyendo un día antes. Toqué en la puerta y adentro preguntaron qué quería. Abrió Raúl y apartó la cortina. Al fondo de la celda estaba Saúl, a quien todos le dicen el *Chale* por su tipo oriental, sentado frente a la máquina de escribir y con un gran vaso de Nescafé al lado.

—Cerramos porque es una lata. Entran y salen como si estuvieran en su casa. Todo el que no tiene nada que hacer llega silbando y se mete en lo que no le importa, se llevan los cigarros: son una peste.

—¿Y este horror qué hace aquí? —pregunté señalando al *Chale*.

—*Je suis ton père* —respondió en su espantoso francés.

—Mira, Shalimar, no seas tan respondón y aprende a pronunciar bien la ü. A ver di: üü, üi, üi; ándale, *Shalimarcito*, haz la trompita así.

Saúl sacó la lengua e hizo un mohín.

—Te has de ver muy bonito, pinche *Chale*. Sigue escribiendo.

Al salir de la celda vi que el *Pirata* estaba cabizbajo, oyendo sin responder a algunos de sus amigos. El *Pirata* es un muchacho de escasos 20 años que, cuando lo conocimos en la crujía de turno, antes de ser trasladados a la «C», no quería ni formarse cerca de nosotros cuando nos daban el «rancho». Entonces todos se divertían obligándole a hablarnos.

—Mira, éstos son los del Consejo, siéntate con ellos.

El *Pirata* casi nunca les respondía. Nos miraba un momento y apartaba la vista. Cuando preguntamos a los demás a qué se debía tanto recelo, nos explicaron que estaba convencido de que, si se le veía cerca de los miembros del Consejo, nunca saldría de la cárcel. En cuanto sus compañeros se enteraron de su temor, y vieron sus reacciones, no dejaron de explotar un motivo de diversión como era el de molestar al *Pirata*. Después se supo que, durante el interrogatorio en la Jefatura de Policía, le preguntaron mucho por uno de los delegados del Poli al CNH, llamado Sócrates, y que por causa de este nombre había recibido una golpiza.

—¿Conoces a Sócrates?

—No, no lo conozco.

—No te hagas, dinos la verdad.

—Si la verdad es que yo iba pasando por la calle en la que incendiaron un tranvía...

—Eso ya lo oí; te estoy preguntando por Sócrates, ¿qué hacía Sócrates?

—Les aseguro que yo no sé lo que hacía, ando muy mal en Historia.

Ahora, más de un año después, el *Pirata*, como otros detenidos en circunstancias similares, sigue en la cárcel; aunque ya no teme acercarse a «los del Consejo», le han descubierto otra debilidad: basta decirle que ya el procurador dijo que no va a salir nadie, para que se le llenen los ojos de lágrimas y agache la cabeza. A eso se dedicaban los tres que estaban en la reja, y a pesar de las numerosas ocasiones en que le han dicho lo mismo, el procedimiento aún surte algún efecto: dentro de un rato se meterá a su celda.

—Aquí está ya todo —le dije.

—Lee tú primero y después yo.

—Pero lo mío empieza en septiembre.

—No importa.

El Hemiciclo a Juárez ya estaba desierto cuando llegamos. Al regresar a la Ciudad Universitaria nos habían informado que las dos manifestaciones habían sido agredidas cuando se juntaron en la avenida Juárez.

Los politécnicos, encabezados por la FNET, llegaron al monumento a la Revolución y ahí decidieron pedir a los dirigentes que llevaran la manifestación hasta el Zócalo, pues el recorrido que habían efectuado no incluía ningún lugar importante donde pudieran hacer oír su protesta por las salvajes agresiones que habían sufrido durante tres días consecutivos. La FNET se negó terminantemente a salirse de la ruta marcada por la policía y continuó el recorrido hasta el Casco de Santo Tomás, lugar en donde lo dio por concluido; pero una gran parte del contingente politécnico siguió desde el monumento por la avenida Juárez. En la Alameda Central se efectuaba el mitin con que daba fin la manifestación celebrada para conmemorar el 26 de julio. Los politécnicos y grupos desprendidos del mitin entraron a Madero. La columna engrosó con los estudiantes que, habiendo seguido hasta el Casco de Santo Tomás, posteriormente habían ocupado camiones urbanos para alcanzar a los que se dirigían hacia el Zócalo. A la altura de Palma hicieron su aparición los granaderos y se inició la agresión que habría de cambiar cualitativamente el curso de los acontecimientos, hasta entonces circunscritos y locales. Los granaderos habían sido avisados por los dirigentes de la FNET.

Dimos vuelta en Cinco de Mayo. Nos dirigíamos a San Ildefonso, la prepa 3; pero todas las calles laterales continuaban cercadas por los granaderos. Eran las once de la noche y las calles estaban absolutamente vacías. No habíamos encontrado a Escudero en la Facultad y salimos Osorio y yo en su Volkswagen para enterarnos de los sucesos de esa tarde. En la esquina de Palacio Nacional, donde principia Moneda, se veía una fuerte guardia de granaderos y muchos autos de agentes. Pasamos junto a ellos y seguimos de largo; a las pocas cuadras dimos vuelta hacia San Ildefonso y dejamos el auto a espaldas de la preparatoria. Por ese lado no había vigilancia; llegué hasta la puerta y entré. Osorio me esperaba en un lugar cercano. Cuando iba entrando, los granaderos que se veían en la esquina de Palacio emprendieron un nuevo ataque y los muchachos que se encontraban en la puerta retrocedieron en desorden y cerraron la puerta. Adentro la tensión era muy grande, por los patios y las galerías con arcos deambulaban grupos armados de palos y varillas; se veían

botellas, ladrillos, tubos, estopa para las «molotov». Pronto me encontré un conocido; con él venía un estudiante del Poli.

Habían sido cercados, decía el del Poli, esperaban que simplemente se les impidiera el acceso al Zócalo; pero nunca que se les cercara en una calle tan estrecha como Madero.

—No podíamos retroceder —continúa—, pues nos habían cortado todas las retiradas. Algunos lograron colarse y dieron aviso a los que se encontraban en el mitin, pero éstos también fueron rechazados. Se lanzaron de nuevo contra nosotros y las personas que habían quedado acorraladas; luego nos dispersamos, yo tiré unas pedradas y seguí corriendo.

—Por todo el centro de la ciudad se veían personas golpeadas —dice el de la prepa— y grupos de granaderos que irrumpían en los lugares donde pudiera haber estudiantes escondidos. En la prepa 2 iban saliendo de clase, aquí habíamos tenido un festival, y lo mismo: saliendo nos estaban esperando, regresamos a refugiarnos en la escuela sin entender el motivo del ataque pues ni siquiera habíamos estado en la manifestación.

La policía fue tan eficiente que en una sola tarde golpeó a los politécnicos que protestaban por las agresiones policiacas iniciadas esa semana; a los universitarios de las prepas, que son los más rápidos en responder; a los miembros de diversos grupos políticos de izquierda presentes en la manifestación que conmemoraba el 26 de julio y, entre ellos, al mismo Partido Comunista que tan felices declaraciones acababa de hacer a raíz de la entrevista sostenida con Díaz Ordaz. Las acciones de la policía lograron lo que parecía imposible: la unión Politécnico-Universidad, y la de los grupos de izquierda.

—¿Y el camión incendiado hacia el que venían los granaderos cuando entramos? —pregunté.

—Lo pusimos nosotros como barricada cuando, después de esperarnos a la salida del festival, la policía continuó sus ataques. Tomamos camiones, los rociamos de gasolina y, cuando trataban de pasarlos, los incendiábamos.

El director de la prepa, una persona alta que llevaba una gabardina de color claro, organizaba la defensa del edificio. Me uní al grupo que lo acompañaba y subimos las escaleras. Pasamos junto a los murales de Orozco, casi no podían distinguirse porque sólo algunas luces estaban encendidas; seguimos por una

galería muy larga, otro patio, éste vacío y en absoluto silencio, una escalera estrecha y las azoteas. Vi algunas caras conocidas entre los que hacían guardia: eran de las «porras», ellos también me reconocieron. Pensé que mientras ayudaran a defender el edificio no estaría mal su presencia, pero no dejaba de inquietarme. El director dio algunas indicaciones, preguntó por los guardias, después de conversar con algunos de ellos volvimos a bajar. En la enfermería improvisada se encontraba un muchacho que tenía varios dedos rotos, era del Poli y había buscado refugio en la prepa durante la persecución. Traté de hablar con él, pero se mostraba muy receloso.

Salí en un momento en que se encontraba la puerta abierta, me acerqué al camión quemado y observé que los atacantes tomaban posiciones al final de la cuadra.

Supimos que en Economía del Poli se estaba celebrando una asamblea pero cuando llegamos ya se había terminado. Únicamente el Comité de Lucha, recién elegido, se encontraba en el estrado. Subimos para preguntar qué acuerdos habían tomado y nos encontramos a Sócrates, Zárate y Osuna, quienes después serían los delegados ante el CNH; estaban en huelga y la demanda era: cese de Cueto y Mendiolea.

Como ya era muy tarde, no regresamos a la Ciudad Universitaria. Sería difícil tomar una decisión conjunta en sábado, pero trataríamos de reunir al mayor número de representantes posible para iniciar el lunes con asambleas y paros.

Ya el 26 mucha gente intervino a favor de los estudiantes. Desde los balcones de sus casas, las señoras arrojaban objetos pesados contra los granaderos que avanzaban en filas cerradas; uno de ellos fue herido con un macetazo que le hundió el casco protector.

El sábado se presentaron dos funcionarios de la Universidad, el director de Servicios Sociales, profesor Julio González Tejada, y el doctor Millán. Llegaron a las inmediaciones del barrio universitario para tratar de mediar entre los estudiantes y la policía, pero fueron detenidos. El doctor Millán trataba de identificarse, hecho que seguramente molestó a los agentes secretos, los cuales lo sacaron a empellones del auto y, ya tirado en el suelo, lo atacaron a patadas. Después les permitieron entrevistarse con los muchachos; la golpiza fue únicamente un arrebató de mal humor en los policías ofendidos por la credencial de maestro.

Como consecuencia de la entrevista, los estudiantes prometían entregar los camiones urbanos y abandonar las barricadas si se ponía en libertad a los detenidos

el día anterior.

Además de las aprehensiones efectuadas durante los encuentros, la policía detuvo a buen número de dirigentes del Partido Comunista, cuyas oficinas fueron ocupadas esa noche. Otros miembros del partido fueron aprehendidos en distintas circunstancias, después del 26.

Los estudiantes entregaron la mitad de los camiones y retuvieron el resto para cuando la policía cumpliera con su parte del trato. Pero los presos no fueron liberados y el domingo se reiniciaron los choques frente a las escuelas y en otros lugares céntricos de la ciudad.

El lunes volvieron a aparecer las barricadas, se tomaron camiones y de nuevo quedó interrumpido el tráfico en las calles más céntricas. Por todo el primer cuadro de la ciudad se veían pasar los transportes de granaderos. En la Ciudadela no cesaban las escaramuzas, en cualquier momento se veía pasar estudiantes correteados por la policía, explotaban las bombas lacrimógenas, las macanas asestaban los primeros golpes en cabezas y espaldas, los comercios cerraban apresuradamente; al poco rato, los granaderos regresaban a toda velocidad y buscaban protección en sus camiones bajo una lluvia de piedras y botellas; en una esquina aparecía un camión incendiado, un tranvía detenido: una nueva barricada. Los granaderos volvían con refuerzos.

La versión oficial de los hechos era muy clara y no admitía réplica: todo el conflicto lo causaban los comunistas y otros agitadores profesionales que habían iniciado otra campaña de desprestigio contra México; los estudiantes «fósiles» y algunos golfos se prestaban a los planes de los agentes internacionales que vagan por el mundo para la perdición de las almas. En septiembre esta infantil explicación, muy de esperarse en un policía o en un burócrata asustado, recibía la más alta santificación y era elevada a la categoría de dogma: Díaz Ordaz, investido de todos sus atributos y con la banda presidencial cruzada en el pecho, hizo saber ante el gobierno en pleno, los altos jefes militares y la nación que lo escuchaba, que los disturbios de «la llamada “Revolución de Mayo”», en Francia, no se habían iniciado por casualidad cuando todo el mundo estaba atento a las pláticas Vietnam-Washington; y que la proximidad de los Juegos Olímpicos convertía a México en blanco favorito para *los mismos* agitadores, quienes, después, la emprenderían con otro país donde se fuera a celebrar un señalado evento. Los diputados, senadores, ministros y militares aplaudieron a rabiar el análisis presidencial de las conmociones estudiantiles y populares que han sacudido al mundo en los últimos años. El mismo análisis fue presentado, al poco tiempo, por el Ministerio Público para dejar

«probado» a todas luces que existía una conjura internacional de la que nosotros formábamos parte.

Además de en la Ciudadela, los disturbios se recrudecieron en el barrio universitario y se iniciaron en los alrededores de la voca 7, situada en la Unidad Tlatelolco.

La huelga se extendía. En las preparatorias los estudiantes reprochaban a sus dirigentes la entrega de camiones, pues los presos no habían sido liberados. La posibilidad de resolver el conflicto en sus inicios se alejaba. Fueron tomados más camiones. En pleno corazón de la ciudad, a una cuadra de Palacio Nacional y casi bajo los balcones históricos, se cruzaban las bombas lacrimógenas con las «molotov»; el tráfico era desviado en las avenidas que desembocan en el Zócalo, las calles aledañas olían a gases. Entonces hubiera bastado con liberar a los presos del 26 y días siguientes, y con olvidar la cacería de «comunistas», «agitadores» y «agentes internacionales».

El lunes por la tarde todo el Politécnico estaba en huelga y en su mayoría las escuelas universitarias habían iniciado paros. En Filosofía, Ciencias y Ciencias Políticas la huelga ya era indefinida. Economía estaba en asamblea permanente, pero pronto se votó la huelga. Faltaba el «ala técnica». A la demanda de libertad a los presos del 26 se habían añadido otras: disolución del cuerpo de granaderos; destitución de Frías, además de Cueto y Mendiola, como responsable directo de los abusos cometidos por los granaderos. Ya se hablaba de pedir la liberación de todos los presos políticos, pues en la Universidad recordábamos la entonces reciente huelga de hambre que Vallejo había iniciado como último recurso para obtener su libertad después de diez años de encarcelamiento. Otro dirigente ferrocarrilero, Valentín Campa, también se encontraba encarcelado a causa de la huelga de 1958. En 1965 había sido aprehendido el periodista Víctor Rico Galán y su grupo; el movimiento de los médicos había terminado con ceses y detenciones, algunos médicos seguían en la cárcel; en 1967 se inició, de manera sistemática, la aprehensión de dirigentes estudiantiles.

Ciencias Políticas estaba en huelga indefinida en pro de la liberación de Vallejo cuando se produjeron los sucesos del 26 de julio. La demanda de libertad a todos los presos políticos surgió naturalmente de la exigencia inicial. Con el aumento de la represión se hizo necesario pedir el deslindamiento de responsabilidades, pues ya no se trataba únicamente de excesos policiacos. El creciente número de heridos y lesionados tenía que producir la inclusión de otra demanda: indemnización. La derogación del artículo 145 del Código Penal, la

demanda de carácter más político, se incluyó porque este artículo había sido el instrumento jurídico para mantener encarcelados a los ferrocarrileros.

Al anochecer continuaban las asambleas en la Ciudad Universitaria (CU). Las escuelas que entraban a la huelga hacían un llamado a las faltantes. En el monumento a Obregón se había concentrado una gran fuerza policiaca y, en el mismo lugar, se detenían los camiones urbanos que entran a CU. En el barrio universitario los enfrentamientos eran cada vez más violentos, pues la policía ya había decidido tomar las preparatorias; en la Ciudadela, las vocacionales resistían y contestaban los ataques.

La reunión de las escuelas en huelga sería en el salón 11 de la Facultad de Filosofía. Todos los grupos políticos estaban presentes. No había un criterio previo que permitiera controlar el acceso a la reunión, llegaban los comités de lucha elegidos esa tarde, los comités ejecutivos, los dirigentes de los grupos políticos y las bases también. Llegaron las delegaciones del Politécnico y de Chapingo.

La reunión se inició ante la imposibilidad de comprobar si los presentes eran o no representativos. Empezaron a relatar los acontecimientos los delegados de las escuelas agredidas, pero se les interrumpía con frecuencia. Además de las sospechosas interrupciones, la tendencia a sobresalir y darse a conocer desde el primer día acabó con el poco orden que se había podido conservar. La reunión se volvió imposible, nadie hacía caso de la presidencia de debates y continuamente recibíamos informes contradictorios y alarmantes. En todo momento nos manteníamos informados de la situación imperante en el barrio universitario, estábamos en constante comunicación telefónica; pero con frecuencia llegaban rumores acerca de la proximidad del ejército. Después de las doce nos dijeron por teléfono que los granaderos se retiraban del barrio universitario. Por un momento pareció que habían desistido de su intento de ocupar las escuelas. Las últimas «molotov» se apagaron en el pavimento y la atmósfera se limpió de gas lacrimógeno. Las calles vacías quedaron en silencio.

De la prepa 3 avisaron que el ejército se acercaba.

—¿Te acuerdas del sonido de las botas claveteadas bajo la bóveda? —le comenté a Escudero.

Habíamos estado en Morelia durante la ocupación de la Universidad.

No pensábamos en una ocupación militar de la preparatoria, pero los

informes se agravaban: la tropa había rodeado. Seguíamos en comunicación permanente. Nos repetíamos «no entrarán». Las razones para creerlo así eran muchas, entre las principales estaba lo breve del conflicto: en dos días de disturbios estudiantiles no utilizarían el ejército; para eso eran los granaderos.

Después del comentario a Escudero, sentí un vacío en el estómago: son tan parecidas el edificio de la preparatoria en Morelia y el de la preparatoria 3. Entre el humo, el aire viciado y los gritos, cada nueva noticia agravaba el desorden. Yo tenía cada vez más presente la desagradable sensación de impotencia, rabia y miedo que produce una ocupación militar: es lo más parecido a ver un ejército enemigo desfilando en triunfo por las calles de la ciudad derrotada; uno nunca llora, pero siente como si lo estuviera haciendo. Escudero había salido para informarse directamente de la situación en San Ildefonso. Cuando volvió me imaginé que la situación era grave, se subió al escritorio y pidió que escucháramos con calma. Todos esperamos.

—El ejército acaba de entrar a la Preparatoria —dijo—; tiraron la puerta con un mortero.

Los que estaban sentados en los respaldos de las sillas se dejaron caer en el asiento. Mortero o bazuka, como se supo después, para el caso era lo mismo.

Salí de la celda de Gilberto y caminé, golpeando el barandal, hasta la 38; estaba sola y olía a encerrado, un poco a humedad y otro poco a cocina apagada, fría. Bajé y me detuve junto a la reja, a mirar el rendondel; había muy poco movimiento. Pasó un «fajinero», le sacaron un ojo hace tiempo, se le ve uno negro y el otro blanco, azuloso. Me saluda y con el ojo negro mira hacia adentro.

—De veras que se ve resolo, verdá buena —comenta balanceando la cabeza.

Y así es. El patio está completamente vacío, sucede a ratos, ratos largos, siempre por la tarde, en los meses en que comienza el frío. Por la mañana nunca está solo, las mañanas siempre son alegres, hasta en la cárcel. En las mesas que hay en el centro del patio se juega ajedrez bajo el sol que empieza a arder en el cuello y en la espalda. En el primer cuadro muchos esperan a que los llamen para ir a «defensores», están bañados y con pantalones limpios; otros juegan basquet al fondo, en un aro oxidado que ya se ha caído varias veces; últimamente juegan poco y se han vuelto a poner pantalón largo; en el verano llegó la furia por los cortos, hasta algunas personas mayores los traían; pero ya es noviembre y con el frío se volvieron a usar los zapatos, se guardaron los huaraches y los *shorts*.

—De veras que se ve resolo.

Las tardes son distintas, sobre todo en noviembre. Se acabaron los paseos alrededor de la banca y la jardinera en las tardes tibias. El viento mueve una puerta abierta. Se escucha una televisión y, en otra parte, el repiquetear de una máquina de escribir.

—Verdá buena.

Sí. En esta época todos los patios son opresivos, la gente sale a la calle y las banquetas se llenan, los cafés se llenan, los cines también; porque es difícil ver apagarse la tarde en un patio cerrado. En los pueblos no hay cafés, ni cines, a veces ni banquetas; la gente pone una silla en el zaguán y se sienta a mirar a los que pasan, a los niños que ya están tan grandes, a las muchachas que van al pan, al hijo de la vecina que se ha hecho tan flojo y hasta va al billar, al de los elotes asados que ya no lleva a su mujer con él, al desconocido que nadie sabe quién es pero desde ayer come en la fonda al lado del cine; se oye un silbido de bocina y en seguida bajan el volumen, golpean con el dedo el micrófono, la plaza se llena con el ruido de una aguja que raspa en el borde del disco y la música del cine llega hasta los zaguanes: se acabó la tarde, hora de cenar. Y las cocinas empiezan a oler a café con leche y a pan.

Se hizo un absoluto silencio. La delegación del Poli, que había salido para dejar a los universitarios ponerse de acuerdo, ya estaba de regreso. El salón se encontraba atestado y no era posible imponer el orden, las intervenciones más fuera de lugar se sucedían unas a otras. El anuncio hizo el efecto de un interruptor. La comunicación telefónica se había mantenido hasta el último momento.

—¡Que nadie salga! —Gritó alguien, rompiendo el silencio.

—¡Cierren la puerta!

La reunión era una indescriptible mezcla de mutuos ¡cálmense!, y ¡cierren la puerta! Con la puerta cerrada bajo llave, adentro prosiguió la confusión, el aire se enrarecía.

Dos miembros del Comité de Lucha de Filosofía salimos a observar los alrededores porque, cada vez con mayor insistencia, se decía que el ejército se acercaba a la CU. Cuando volvimos, sin haber visto soldados en las avenidas que conducen a la Ciudad Universitaria, encontramos la reunión disuelta. El único acuerdo tomado era celebrar otra reunión con un solo representante por escuela e

informar, hasta última hora, a ese representante, del lugar en que se realizaría.

Esa misma noche, la tropa ocupó también la preparatoria 2 y las vocacionales 2 y 5.

—¿Te acuerdas de cuando vimos al rector para pedirle que encabezara la manifestación del 1.º de agosto? ¿Fue el miércoles? —Le pregunto a Gilberto.

—No, fue el martes 30 de julio.

—Tienes razón. Le pedíamos la manifestación para el miércoles y él se opuso. Dijo que era necesario prepararla bien y para eso necesitaba por lo menos un día. Como la manifestación fue el jueves, entonces lo vimos el martes: el mismo día en que izó la bandera a media asta.

—¿Fue ese día?

—Sí, el bazukazo a la prepa fue en la noche y a la mañana siguiente Barros Sierra estaba izando la bandera frente a la rectoría.

Mes y medio después, cuando el ejército tomó la CU, un pelotón de soldados la arriaba por la noche, sin ninguna ceremonia y, encima de esa imagen, mientras nos lanzábamos en auto a toda velocidad para salir de Insurgentes, teníamos la otra: la del sol de julio sobre la explanada de la rectoría y la bandera sin ondear, a media asta. No había la menor brisa y empezaba a sentirse el calor del mediodía.

III

Hoy por la tarde vino Selma y me pidió que le cantara las canciones. Francamente ya no me gusta cantar las mismas dos o tres veces por semana. Primero me estuve haciendo disimulado un buen rato, pero finalmente me lo preguntó:

—Qué, ¿hoy no vas a cantarme?

—Si no he hecho nada nuevo.

—No importa. Cántame las mismas. Ándale, trae la guitarra.

—Está desafinada, mejor hoy no.

—Bueno, si no quieres no cantes...

—¿De veras quieres oír las mismas?

—¡Pues claro! Te lo pido de veras.

Yo no estaba muy convencido, pero traje la guitarra. Ya sé en qué orden debo empezar: primero las que le gustan, pero no tanto; al final las que le gustan mucho.

—Ya no me cantas *La niña*.

—Ésa no.

—Pero ¿por qué? ¡Si es mi canción!

—Es que ya no me gusta.

—¡Pues qué fino detalle! ¡Verdaderamente uno no gana para vergüenzas contigo! ¡Si es mi canción!

—Es cierto, pero ya no me gusta.

—¡Qué tontería! Es muy bonita. Ándale, cántala y dime por qué ya no te gusta.

—Es que aquí no les gustó y ya he acabado por creer que tienen razón: es como muy mensa.

—¡Ah! ¡El papelazo que has hecho! Pues ahora me la cantas. A mí me gusta mucho, aunque tus amigos digan lo contrario.

—No todos, a Raúl sí le gusta.

—¿Ya lo ves? Empieza.

—Está bien, está bien; pero déjame poner primero en agua estas flores, sino cuando te vayas ya estarán marchitas.

—¿Te gustaron?

—Mucho. Y huelen muy bien, ¿cómo se llaman?

—No sé. Las compro en el mercado y son muy baratas. La semana próxima te traigo más. Ya casi no hay, porque son de verano.

—Me dijiste que no vendrías porque vas a Cuernavaca.

—Es cierto; pero le diré a Luisa que te traiga unas con la comida del jueves.

Por fin se la canté y al hacerlo descubrí que sí me gusta aunque, en efecto, sea una canción infantil.

—No sé por qué le tenía aversión. Tampoco creas que era sólo porque a los muchachos no les haya gustado, después de todo tampoco les gusta *Aldebarán* y a mí me parece la mejor.

—Era una agresión tuya.

—¡Ah! Sí, sí, la sicóloga. Ésa debe ser idea de Cueli.

—¡Es tan chistoso! Yo nunca había tenido un analista como él.

—¡Oye...!

—¿Sí?

—¿... Y también se analiza con él *Greta*?

—¿Quién?

—*Greta*. Acuérdate.

—¡Ah! ¿Y ahora por qué le dices *Greta*?

—Tú por qué crees... Pues para no escribir su nombre; y por aquello que te leí hace tiempo, donde se llama *Greta*.

—Pues sí, ella también se analiza con *Cueli*.

—¿Te dije que fue mi maestro? Sus clases eran una variedad; con ese acento de Tepito que tiene. Si no estuviera instalado en la magia sería buen sicólogo.

—Pero como analista es bueno —respondió *Selma*—. ¿Por qué me preguntabas si analiza también a *Greta*?

—Por nada, se me ocurrió

—... Y que además fue tu maestro.

—Era sólo un comentario.

—¡Ah!, ¡pues qué fino detalle de tu parte! Además, ya lo sabía.

—¿Que fue mi maestro?

—No. Lo de la casa de *Greta*.

—Seguro te lo contó el chismoso de José Visitación.

—¿Y quién más? También me dijo que en eso llegó...

—Sí, sí, ya; no digas más.

—... Que después se rompió el tubo del desagüe y si no hubiera estado un cesto de ropa sucia abajo...

—Eso sí que no es cierto.

—Pues también se lo contó a *Pus*.

—¿A quién?

—A *Pus* —repitió Selma.

—Pobre Paz; ya te peleaste otra vez con ella, ¿o no?

—Es que le traigo mucho coraje por todas las que me ha hecho. A ella y también a la loca. ¡Ay, maldita mujer! ¡Ya no la aguanto, no la aguanto, no la aguanto! ¡No, no, no!

—Parece que estás en escena. Te verías bien en *Las troyanas* como Casandra para que gimieras y aullaras con los pelos al aire.

—Es que de veras ya no la aguanto.

—¿A Paz?

—No, a la loca.

Al rato salí para traerle la canasta con los trastes de la cocina.

—Ya es hora, Selma; hace rato que tocó la banda. Dile a *Vísit* que me escriba.

Al abrirse la puerta del elevador, un calor de persianas asoleadas hacía más intenso el aroma de la madera barnizada que recubre los descansos en cada piso de la torre de Humanidades. Las plantas del octavo piso humedecían el aire. Subí las persianas, abrí todas las ventilas y entró el sol de la tarde por los cristales. Ojalá llueva en la noche, pensé. La puerta estaba abierta. Al fondo se podía escuchar el mimeógrafo funcionando.

El piso era muy cómodo y amplio. En un extremo tenía un salón grande rodeado de cubículos, en ellos habíamos instalado el mimeógrafo, el sonido de «Radio Humanidades» y la cafetera eléctrica. En el salón grande había otro mimeógrafo y mesas para cortar los volantes. Las sillas estaban apiladas en un rincón. Otro cubículo lo usaba *Revueltas* para escribir los manifiestos de la Asamblea de Intelectuales y Artistas y, después, los análisis que presentaba al Comité de Lucha, pues éste había sido ampliado con algunos compañeros que no pertenecían a la Facultad. Muchas oficinas estaban vacías. El piso tenía otra ala, ésta mucha más elegante, alfombrada por completo de rojo, con cortinas blancas, librerías y sifones. Di un vistazo por todas partes, pasé por las oficinas vacías y regresé. Junto a la puerta de entrada había otra puerta, toqué y durante un rato se escuchó que alguien se

acercaba hablando.

Sobre la alfombra había una grabadora grande y varios rollos de cable. Escudero platicaba con dos muchachos que llevaban camisas a cuadros, como de leñador, pantalones de pana y botas bajas.

—Son del SDS —me dijo Osorio mientras cerraba la puerta.

—¿De Berkeley?

—No, del SDS alemán.

—¡Ah!, mucho gusto.

En la mesa larga para conferencias, que usábamos durante las reuniones ampliadas, se veía un micrófono. Escudero respondía una pregunta en ese momento. Me senté en silencio.

—Se nota una gran diferencia entre las demandas formuladas por los estudiantes mexicanos y las que se han enarbolado en otros países. Nosotros no alcanzamos a explicarnos la defensa de la Constitución que hacen ustedes. En Alemania no queremos defender nuestra actual Constitución, sino acabar con ella; lo mismo pasa en Francia o en Italia; los estudiantes impugnan a sus regímenes y a las leyes que los sostienen. ¿Qué me puedes decir al respecto? —Me preguntó uno de los alemanes, que tenía unos veintiocho o treinta años.

—Ya otras veces nos han preguntado lo mismo —respondí—. Tanto para los franceses, como para los norteamericanos que han venido, es inexplicable que un movimiento de alcance nacional, como el nuestro, con las proporciones que ha adquirido para estas fechas, insista constantemente en demandas tales como libertades democráticas y respeto a la Constitución. La diferencia radica en varios puntos. En primer lugar, permíteme aclararte, para evitar confusiones posteriores, que nosotros no aceptamos la tesis de que los países de América Latina, o todos aquellos que no han tenido una revolución burguesa, deban primero efectuar ésta para luego iniciar una revolución socialista. Nos parece que ya Cuba demostró lo contrario y que insistir en la actualidad en la necesidad de pasar por la revolución burguesa en el camino a la socialista es la forma más primitiva de disfrazar el oportunismo. Quise empezar por aquí porque nuestras principales demandas, vistas desde lejos y sin conocer el país, hacen pensar en quienes aún piden alianzas con las «burguesías nacionales», votaciones como sinónimo de democracia y cambio frecuente de los hombres en el gobierno. Cuando en Europa y los Estados Unidos se

oye «libertades democráticas y respeto a la Constitución», no parecen consignas revolucionarias. Estoy de acuerdo con ustedes en que, después de movilizar a casi un millón de ciudadanos, nada más en esta ciudad, y contar con la simpatía de sectores cada vez más importantes, las demandas que formularían los estudiantes de otros países serían muy distintas, en apariencia mucho más radicales. En cambio nosotros seguimos manteniendo exigencias puramente reformistas. La verdad es que, en nuestro país, tales demandas cobran un carácter no sólo avanzado, sino abiertamente revolucionario en sus consecuencias. Me explicaré. La actual Constitución de la República nunca ha estado vigente en su totalidad por razones que la historia oficial oculta: al finalizar la Revolución de 1910 se intentó dar carácter de ordenamiento constitucional a los más importantes reformas exigidas por cada facción revolucionaria. El carrancismo, la facción más conservadora, pero, al mismo tiempo, con mayor solidez ideológica, tenía para entonces el control político de la nación y era de esperarse que la Constitución resultara liberal y moderada. En parte así fue; pero, a pesar de que el control político lo ejercían los carrancistas, las ideas revolucionarias estaban aún demasiado frescas en la mente de los diputados constituyentes, la presión popular era muy grande y el carrancismo no podía gobernar solo, necesitaba ganarse el apoyo popular. Las reformas de Carranza, cautelosas, pero orientadas a conmover la opinión; su programa poético, liberal, pero claro, le ganaron el apoyo de la Casa del Obrero Mundial y de sus «batallones rojos». Villa fue derrotado, en gran parte, a causa de que los «batallones rojos» combatieron al lado del carrancismo. La Casa del Obrero Mundial, fue clausurada después, pero seguía siendo una fuerza presente, como lo eran los obreros que habían combatido contra Villa y otros grupos revolucionarios. La composición política del Congreso reflejaba todas estas contradicciones y la debilidad de la naciente burguesía. El proyecto de Carranza fue rechazado y en su lugar se promulgó, muy a pesar del Poder Ejecutivo, nuestra actual Constitución. Para poder gobernar era necesaria una política de «unidad nacional». Y así lo vio el carrancismo. Ahora bien, la derrota militar de los sectores con pensamiento más progresista y su incapacidad para dar cohesión a un sistema ideológico y político que se enfrentara con éxito al carrancismo, trajo como consecuencia una contradicción permanente entre el espíritu revolucionario que animó a muchos legisladores y el gobierno establecido. Ningún gobernante se ha sentido con suficiente fuerza como modificar a fondo la Constitución y adaptarla a las verdaderas necesidades de la clase en el poder; o mejor aún, así como está, con toda su apariencia radical dentro de las constituciones no socialistas, es la mejor fachada para un gobierno que pretende ser el sucesor tanto de Carranza, como de Villa, Zapata y todos los revolucionarios mexicanos sin excepción. Por lo mismo no se modifica, pero tampoco se cumple. A eso se reduce actualmente la «unidad nacional»: tú trabajas, levantas el país, me defiendes de los gringos... y te prometo seguir hablando de la Revolución en todos

los discursos. Bueno, pues por ahí nos hemos colado: la mayor parte de los innumerables cuerpos de policía son ilegales, el artículo 145 del Código Penal es probadamente anticonstitucional, el abuso de poder es la llaga más extendida y el mal más vergonzoso en la vida pública de nuestro país; pero las policías, la legislación arbitraria, los abusos de poder, la corrupción de las organizaciones populares, el sometimiento al Poder Ejecutivo por parte de los otros dos poderes, son los puntales mismos del régimen. Un solo ejemplo: si desaparece la corrupción de las organizaciones populares y su sometimiento directo al régimen, la fuerza liberada será tan grande que cambiará todo el actual equilibrio de fuerzas. Por eso se nos acusa de querer derrocar al gobierno.

—Y hay algo más —agregó Escudero—. El Estado actual necesita, para su supervivencia, mantener firmes cada uno de los puntales. Estamos pidiendo libertades democráticas, bien poca cosa en apariencia; pues, si la conmoción que hemos producido trae como consecuencia libertad en los sindicatos, con ése solo triunfo se acabó el sistema político mexicano que ahora conocemos. Le quitamos de un golpe su principal puntal.

—¿Socialismo? —Preguntó uno de los alemanes acercándose al micrófono y volviendo a colocarlo junto a Escudero.

—No. Por lo menos, no de inmediato. Pero el cambio político sería tan grande que chance y en un descuido...

—¿Cómo?

—Quiero decir que el régimen se debilitaría a tal extremo, en cuanto perdiera el férreo control que ejerce en forma directa, que podría darse muy pronto un cambio cualitativo. El régimen está acostumbrado a un continuo monólogo, a las alabanzas de gobernadores, diputados, líderes obreros y líderes campesinos: lo mismo, hasta el tono de voz es igual.

—¿Y ustedes creen que puede suceder algo parecido a lo que me han dicho?

—Es difícil —respondió Osorio—, porque el gobierno sabe bien cuáles son sus puntos débiles y no va a ceder. Reprimirá el Movimiento con toda saña antes de perder posiciones importantes. Por lo pronto, el Movimiento ha causado una gran agitación en organizaciones tradicionalmente sometidas. Y no porque tengamos una gran capacidad para la agitación, sino porque es natural que la inquietud se propague. Pueden pasar diez o veinte años sin que surja una protesta general entre

los obreros cotidianamente controlados por pistoleros, soplones, granaderos y ejército; pero cuando ya no están solos, cuando cientos de miles se han movilizado primero, los pistoleros y soplones ya no son suficientes, se necesita la represión directa.

—Ése es ahora el peligro más inminente —concluyó Escudero.

—¿Y el Consejo tiene ya prevista la represión en gran escala?

—No —respondí—. Individualmente se ha considerado muchas veces la posibilidad, pero el CNH no tiene aún un criterio definido al respecto. En gran parte los delegados creen que la represión en gran escala es una posibilidad muy remota.

—¿Y ustedes?

—Nosotros creemos que no lo es tanto. Como te dijimos antes, el gobierno conoce sus lados flacos y no permitirá que lo dejemos sin protección. Sería tanto como suicidarse. Pero tampoco sabemos en qué medida puede ceder. Dentro del CNH existe otra posición extrema, sostenida por unos cuantos delegados; éstos afirman que el gobierno ya es incapaz de conceder y que la única salida que tiene es la represión. Si se tratara de una concesión total yo les daría la razón, el actual gobierno está demasiado esclerótico para esperar la agilidad de un joven; pero aún puede parlamentar y nosotros también. Si aceptáramos que toda concesión es imposible, tendríamos que ser consecuentes con nuestro enfoque y retirarnos antes de que nos masacren, ¿o vamos a pedir a los estudiantes que se defiendan con las armas? Es evidente que no. Contamos con un millón de manifestantes, pero de ahí no sacaremos muchos guerrilleros. Y aunque lo hiciéramos, en pocos días acabarían con nosotros: no tenemos aún la organización revolucionaria que permita hacer de un manifestante un revolucionario, y de un estudiante un guerrillero urbano. En su gran mayoría los estudiantes y los sectores que nos apoyan están convencidos de que el gobierno va a ceder por lo menos en algunos puntos. ¿Vamos a gritar que no es así?

Escudero tomó el micrófono y respondió a la pregunta que yo me hacía. Esperó a que cambiaran la cinta.

—La demagogia revolucionaria del gobierno empieza a fallar, pero aún tiene arraigo en muchos sectores de los ahora movilizados. Por lo mismo no podemos decir, simple y llanamente, que el gobierno está incapacitado para resolver el conflicto. Si decimos tal cosa nos quedaremos solos, pues no tendrá objeto seguir

luchando por algo que nunca podrá obtenerse.

—¿Cuáles son, entonces, las perspectivas que ven ustedes?

—Primero, que el gobierno ceda en parte —respondió Escudero—; aunque no lo hará en todo. Se entablarán negociaciones públicas y ahí se decidirá si nos damos por satisfechos o le seguimos. Otra posibilidad es que nos repriman, aumente el número de presos, se ocupen las escuelas. Algo parecido a lo que hicieron con los ferrocarrileros en 1959.

—Pero, si ya sucedió con los ferrocarrileros, ¿crees que pueda ser diferente ahora?

—Sí, porque la fuerza popular es mucho mayor y más dispersa. Los ferrocarrileros estuvieron prácticamente solos. Nosotros no lo estamos. Y como te dije, somos una fuerza más dispersa; incrustada hasta en sectores cercanos al gobierno, como algunos técnicos que se han movilizad. No se trata de reprimir a un solo sindicato, sino a varias universidades, escuelas, institutos, etcétera; y a amplios sectores de la población que no tienen organización alguna. La represión tendría que ser terrible —concluyó.

—¿Crees que se pueda evitar? —preguntó volviéndose a verme.

—Sí. De no creerlo no estaría aquí —respondí riéndome—. Si nuestra fuerza aumenta, el gobierno no podrá reprimir.

La grabadora se detuvo. Esperé a que la revisaran. Se había desconectado.

—Hace un momento hablabas del apoyo prestado por otros sectores. ¿Se trata de los obreros?

—No. Se trata, principalmente, de la clase media, de los padres de familia, los maestros, los empleados. No hemos podido romper el control gubernamental en fábricas y sindicatos. Los mecanismos de control y de represión inmediata han sido perfeccionados por años. La dependencia respecto del gobierno es completa. Hay pocas excepciones.

—¿Crees que, en esas circunstancias, se logre una movilización obrera?

—Sí.

—¿Cómo?

—Golpeando y golpeando desde afuera. Cada manifestación es un ariete que sacude los mecanismos de control.

—¿Qué efectos tendría el apoyo obrero?

—Pues, si se diera libre, el primer efecto que notaríamos sería que dejaba de ser «apoyo». Lo cual estaría muy bien, «apoyo» seríamos nosotros en adelante.

—Si tuviéramos paralizada la producción nacional, como sucedió en Francia durante mayo, ya Díaz Ordaz hubiera tomado su Ipiranga —interrumpió Osorio.

—¿Su qué?

—Es el nombre del barco en el que Porfirio Díaz salió del país.

—¿Así lo crees?

—Sin duda. Aquí no hay CGT que salve a la burguesía del desastre y el PC es casi inexistente.

Vio cuánta cinta quedaba y añadió:

—Si alguno quiere agregar algo, puede hacerlo.

—Solamente —dijo Escudero—, que observes cómo seis peticiones, ninguna de las cuales puede considerarse una reforma medianamente radical en otros países, en México se transforman en un verdadero explosivo. Aunque no logremos más que un triunfo parcial, nuestro mayor mérito será el de haber indicado un camino a seguir.

Como a las diez de la mañana me llamaron a «defensores». «Debe ser Marjorie», pensé, a ver qué me dice de mis exámenes. La Universidad nos había permitido presentar exámenes desde la cárcel; pero cada maestro tenía que fijar tema y extensión de un trabajo escrito, pues no era posible efectuarlos de otra manera. La principal dificultad consistía en conseguir los libros, ya que, aunque también se había fijado un pequeño presupuesto para libros, luego se retardaba todo por los trámites que tenía que cubrir un solo licenciado nombrado por el rector para ver nuestros casos.

«Defensores» es un patio rectangular, algo retirado de la crujía, en donde los presos hablan con sus abogados; pero como también se puede nombrar como defensor a personas que no sean abogados, todos reciben a sus familiares cercanos, novias y amigos más que a verdaderos defensores. En el patio, al que sólo nos llevan por la mañana, hay un mostrador cubierto por un techo; ahí venden café, donas, tacos y otros alimentos. El ambiente, a no ser porque se está en la cárcel, no es del todo desagradable.

Cuando llegué, todas las mesas y bancas estaban ocupadas por presos de diferentes crujías y sus visitas. Cerca de la entrada estaba mi hermano Arturo.

—¿No vino Marjorie?

—No. Me la encontré en la Universidad y me dijo que no podía venir hoy; por eso vine yo, aunque es viernes.

—Vamos a comprar un café porque no he desayunado.

Pedimos dos cafés y dos donas.

—¿Con leche?

—Uno sí y otro no.

—¡Mira! Ahí se desocupó un lugar.

Nos sentamos a la sombra, aunque yo tenía frío y no acababa de decidir entre estar de pie al sol o sentado a la sombra.

—También me encontré a Guita —dijo Arturo, con azúcar en los incipientes bigotes.

—¿Sí? ¿Y qué cuenta?

—Oye, ¿te dijo algo Selma?

—¿De qué? —Le respondí mientras veía la pared soleada.

—De Guita.

—¿De Guita? Nada. ¿Por qué?

—¡Ah! —dijo Arturo sonriéndose—, es que ayer, cuando me la encontré, me contó que había visto a Selma, no sé en dónde, y que se le acercó nada más para decirle: «Lo sé todo».

—¿También a ella se lo hizo? —No le podía responder por la risa que me daba el imaginarme la cara de Guita ante ese «lo sé todo»—. Ya ves las cosas que se le ocurren a Selma. Un día le dijo a alguien la frasecita y el otro soltó toda la sopa: se sonrojó y tartamudeando dio miles de explicaciones que nadie le pedía. Desde entonces se dedica a lanzarle a todo el mundo un fulminante y frío «lo sé todo», y ha descubierto que quien no palidece se sonroja. Claro, ahora está feliz con el descubrimiento y no pierde oportunidad de ponerlo en práctica.

—Pues aquella pobre está muy inquieta y hasta me preguntó: «Oye, Arturo... ¿qué es lo que sabe?».

Los dos nos reímos un buen rato. Me acabé la dona con el café y fuimos a comprar otra. Después estuvimos de pie del lado del sol hasta que llegó un vigilante a decirnos que había terminado la visita.

—¿Te acuerdas de lo que te recomendó cuando iba a nacer tu hijo?

—Claro. Menos mal que fue hombre... si hubiera sido mujer me pongo a regalar donas en vez de puros, como me aseguró Selma que se hacía.

De regreso en mi celda tendí la litera y barrí. Pensaba ponerme a escribir, pero vi que en la celda de enfrente, la que usamos de «comuna», Zama ya estaba preparando el almuerzo; así que me fui a acompañarlo mientras terminaba.

—Va a venir Félix a almorzar —me dijo.

—¡Ah! ¿Y ese milagro? Desde que se cambió de «comuna» nunca había venido.

—Es que ha de estar pasando hambre.

—Seguro. Óyelo, viene en la escalera con Pablo. ¡Goded Andreu, no sabes el gusto que me da verte por tu «excomuna»!

—Aquí me tienen. Pensé que ya me estarían extrañando.

—Tampoco exageres.

—Pasa, Félix —dijo Zama—; te estoy haciendo una ración especial porque de seguro la necesitas.

—Gracias, Zama. Tú sí sabes (lo cual no quiere decir nada).

—Ve nomás cómo viene este pobre muchacho: ñango, entelerido, dado al queso.

—Por eso te hice pinchemil huevos con chorizo, todos para ti.

—¿Para mí? Pretextos, pinche Zama; eres un tragón.

—Siéntense, porque ya les voy a servir.

—¿Así como están? —Reclamó Pablo—. ¡Estás loco, pinche Zama, esos huevos todavía tienen caldo!

—¡Cómo van a tener caldo, si no les puse ningún caldo!

—¡Pues el caldo de los huevos!

—¡Cuál caldo!

—¡Ése!, ¡ése!, ¿no ves? ¡Tienen caldo!

—Está bien, los voy a dejar otro rato. Es que ya tengo mucha hambre.

—Eso no lo dudo. Tú te los comerías crudos, si así te comes la carne.

—¡No exageres, Pablo. Por fa-vor!

—Ya niñas; no se arañen.

Félix parecía muy complacido de que la discusión hubiera llegado a un punto que conocía muy bien desde cuando comía con nosotros: el hambre de Zama y los consejos culinarios de Pablo que siempre acaban con cualquier tema anterior y, como su llegada lo convertía en blanco seguro de una hora de bromas pesadas, se sentía aliviado al ver a Pablo y a Zama enzarzados en la discusión habitual entre ellos a la hora de comer. Pero no supo seguir pasando inadvertido, habló y con ello cometió un error:

—Sí, pinche Zama, haz el favor de no darme la comida cruda.

—Pues ni tan «Zama», pinche Félix.

—Pues ni tan «Félix».

—Mira, ni hables porque me acuerdo de tus comidas que siempre quemabas, y del conejo, que sabía a meados.

—El que la quemaba era Pablo.

—No te hagas. Si para lo único que sirves es para dejar recaditos debajo de las puertas —dijo Zama riéndose mientras hacía el ademán de arrojar un papel bajo una puerta.

—¡Nomás piensa que por un papelito así te detuvieron, y que entonces tenías un mes de casado! —dijo Félix.

—¿Qué? ¿Qué pasó?

—¿No lo sabías? —preguntaron Zama y Félix al mismo tiempo.

—No.

—A ver, Zama —empezó a decir Félix—: conéctate con el número once y cuenta.

—Pues que después de la manifestación del 26 de julio quedamos de reunimos en un café...

—Eso sí lo sé.

—Pero esa noche Zama no lo sabía, entonces yo pasé a su casa y como no estaba... —prosiguió Félix quitándole la palabra a Zama.

—Sí estaba, pero no le abría a nadie; no quería visitas.

—Bueno, pues como no abrió, dejé un recado bajo su puerta.

—Para verse en el café de las Américas.

—No, en el Viena, que está enfrente —respondieron al mismo tiempo.

—¿Y desde cuando hablan como Hugo, Paco y Luis?

—Desde... —dijeron juntos y voltearon a verse—. Deja de arremedarme, pinche Zama.

—Ni tan «Zama». Y ahí fue donde nos detuvieron a todos.

—¿Y por qué se citaron precisamente ahí?

—No sé. Yo nada más le avisé al Zama porque no lo habíamos visto después de la manifestación.

En la puerta apareció De la Vega: alto, flaco, con una gran nariz, hizo un gesto de admiración:

—¡No! ¡No es posible! ¡No puedo creerlo! ¡*I don't believe it!* ¡Están oyendo otra vez «Zama y el café Viena»! Qué aguante. Renovarse o morir, que-ri-dos.

—Mira quién lo dice, que-ri-do.

—Pero si es casi como oír otra vez «Pablo y Sofía».

—O bien, «De la Vega y la subidita que su papá mandó hacer para el coche diez años antes de tener coche». —Añadió Pablo en venganza.

—¡Ah! Pero ésa es muy buena —respondió De la Vega.

—Pues yo no la conozco.

—¿No? ¡Cómo que no! Este pinche De Alba, ¡eres un provocador!

—Pues resulta —empezó a decir De la Vega— que mi papá vio una vez que la banqueta que estábamos haciendo (porque antes no había ni banqueta) era muy alta, y pensó...

—¡Ya ves! —Protestó también Zama—. ¡Mira lo que has hecho! Ya nadie lo calla. ¡Eres un provocador!

—«... Cuando acabe la casa podré empezar a juntar para comprar un carro, y sin una subidita...».

— ¡Ya cállate!

— ¡Qué educación! Yo sólo hacía el intento de...

— ¡El desorbitado intento! — Dije y me reí solo. Los demás me veían sin entender—. Perdón, me equivoqué de auditorio. Es una frase de otro sitio.

— Seguramente del «pre» — dijo De la Vega.

— ¿El «pre»? — Interrogó Zama.

Sí, hombre, el «pregroupo»: Raúl, *Pino*, Gamundi, este pinche de Alba, el *Búho*, Guevara, etcétera. Pero ¿qué era «eso» que decías, que-ri-do? Termina.

— ¿Así que no conoces la frasecita? ¡Por fa-vor! ¡Hay que leer a Unzueta! Resulta que cuando salió *¿Revolución en la revolución?*, Unzueta le respondió a Debray y entre otras cosas decía en su respuesta que Debray «hizo el desorbitado intento de oponerse a los partidos comunistas».

— Ah, está muy bueno — dijo De la Vega riéndose—. ¡Muy bien, chamaco! ¡Te la sacaste! ¿Así que «hizo el desorbitado intento»?

— Este pinche De la Vega se ríe de cualquier tontería — añadió Pablo sin voltear—. Yo no le veo la gracia.

— Sí — dijo Selma peinándose frente al espejo—; «ésos son los días que después se recuerdan como una cicatriz».

Me quedé sorprendido, viéndola desde la litera mientras afuera los tambores anunciaban el final de la visita.

— ¿Y tú cómo sabes?

— También lo he sentido.

— ¿Pero cómo conoces la frase?

Me puse una camisa y salí por la canasta de los trastes. En la reja estaban Chata y Rosa María. Pablo bajaba de la 38.

— Hola, Selma.

—Hola, Pablo, ¿cómo estás? ¿Cómo está tu niña, Chata?

—Está malita del estómago, fíjate.

Puse la canasta en el suelo mientras terminaban los abrazos, los saludos y las despedidas.

—El sábado no vendré, pero nos vemos el domingo temprano. Me lo dijo Arturo. ¿Por dónde se van?; yo voy por el Viaducto y luego Insurgentes y Revolución.

IV

—¿No es cierto, *Pino*? —preguntó Raúl tamborileando sobre la mesa una escala. Terminó con un acorde final y se mordió las puntas de los bigotes rojizos—. En ninguna ciencia hay un gran maestro al que se recurra en busca de una opinión última y contundente. Y eso es lo que han hecho con Marx.

—En Física —respondió el *Pino*— todos los conceptos están sujetos a continuo cambio. Una teoría nunca se considera completa, ni mucho menos se piensa que la opinión de un fulano sea definitiva.

Estábamos en la 1, la celda de Raúl, oyendo discos; pero ya ninguno prestaba atención a la música.

—¡Ah!, pero eso sí —dijo el *Búho* sentado en el suelo—, en la Unión Soviética tienen todo un instituto para investigar si las comas que aparecen en cierta edición de Lenin son las originales o erratas de imprenta.

—¡Hazme el favor! —exclamó Raúl y se dio un golpe en la frente—. ¡La deformación a que necesitas llegar para preocuparte por semejante cosa! Claro, el *Búho* exagera un poco; pero hay mucho de cierto. Aquí mismo lo ves: si, en medio de una discusión sobre un problema concreto, alguien recuerda una cita de Lenin que dice exactamente lo contrario de lo que tú afirmas, ya te fregaste. Ahí se acabó la discusión.

—A final de cuentas —dije—, va a resultar cierto que el socialismo surgirá en los países avanzados, en Inglaterra, en Suecia. Todos los ensayos anteriores han quedado en caricaturas más o menos desastrosas.

Pocas veces nos reunimos para tratar un asunto en particular, y cuando lo hacemos es para cuestiones que requieren una solución inmediata. Pero, como todos tenemos preocupaciones similares, frecuentemente aparecen éstas en la conversación. Una plática de este tipo puede durar horas; no rinde ningún resultado práctico, pero conduce a nuevas inquietudes y nuevos planteamientos.

—Aquí no vamos a tener muchos problemas —dijo Saúl.

—¿Qué? —Exclamé—. ¿Aquí? ¡Qué bárbaro, *Chale!* ¡Nomás imagínate a los mexicanitos haciendo de las suyas en nombre del socialismo! Es precisamente aquí donde se presentarán problemas más graves. Cincuenta años de PRI, burocracia, compadrazgo, corrupción, «mordidas», venalidad y quinientos de caciquismo. ¡Para empezar!

Por un rato nos quedamos en silencio. Gamundi llegó a la celda y se detuvo en el umbral.

—No sé cómo, pero habrá que evitar todas las deformaciones que han surgido —dijo Raúl bajando los bigotes y mirándose los dedos de los pies. Se quitó las sandalias y cruzó las piernas sobre la litera.

—Descentralizando —le respondí.

—No, Luis, el problema es mucho más complejo —dijo el *Chale*.

—Ya lo sé, Saúl; pero un primer paso es acabar con ese maldito poder central en que se convierte un partido leninista cuando triunfa. Cuando se trata de acabar con el orden burgués, el partido necesita tener las características señaladas por Lenin; pero cuando se trata de iniciar la construcción del nuevo orden, la maquinaria de guerra debe cambiar. Las circunstancias propias en que nació la Unión Soviética, explican el rígido centralismo y ciertos métodos de gobierno ajenos al socialismo; pero a esa concepción, justificada por la guerra civil, las invasiones, la miseria y el aislamiento, le han agregado cartón y cola hasta hacer una maquina que se lo traga todo.

—Es verdad —dijo Raúl—. El partido tiene derecho a cualquier cosa, desde husmear en tu vida privada, planificar la economía, cambiar la planificación porque metieron la pata, hasta decidir cuestiones de literatura, física, sociología y forrajes para vacas. Después de todo representa al pueblo.

—¿Pero lo representa? —le pregunté.

—¡Óyeme, óyeme! ¡Qué te pasa! —exclamó el *Búho* desde el suelo—. Eso ya no está bien. Si vamos a preguntarnos que si el *PCUS* representa al pueblo soviético... De que lo representa, lo representa. La cuestión es otra. Estábamos hablando de cómo, hasta ahora, no ha sido posible evitar el surgimiento de burocracias.

—No hablo de cierto partido. Es evidente que en los países socialistas el

gobierno y el partido representan a la inmensa mayoría; pero esa representatividad es más formal que orgánica. Es decir que la gente, aunque cree en la necesidad de construir el socialismo y en el partido como instrumento adecuado a ese fin, no está integrada orgánicamente a la vida política de su país.

—Te entiendo —responde Gilberto, sentado junto a mí—; pero creo que no lo has dicho claramente.

—Quiero decir que los niveles de decisión son tan lejanos que se convierten en mandos y dejan de ser receptores. Y si la comunicación entre los diversos niveles se rompe, ¿hay representatividad real? Una cosa es el convencimiento de la población que acepta la guía del partido, y otra que esta guía realmente conduzca hacia el socialismo.

—Bueno, representatividad sí la hay —dijo el *Búho*—. El problema consiste en que, en nombre de la planificación, se cometen verdaderas barbaridades y, en nombre del desarrollo económico, se ha sacrificado el político.

—Pues entonces no la hay.

Ya teníamos mucho rato hablando de lo mismo y no podíamos ponernos de acuerdo en todo; pero, en general, teníamos la convicción de que en algún sitio estaba la clave. Hacía falta estudiar y buscar nuevos ángulos de enfoque.

—Hay algo por ahí que no está funcionando —continuó Raúl—. No podemos simplemente hablar de «estalinismo», «burocracia», etcétera. Es al contrario: hay un elemento que permite el fenómeno, que permite el ascenso de individuos como Stalin.

—Y su tolerancia por años —interrumpí.

—Sí, por algo llegan y se les tolera. Lo más alarmante es que no sucedió en un país: en diversos grados afectó a todos los países socialistas. ¿Pero qué es? ¿En dónde está? Hay un error que se viene cometiendo sistemáticamente.

—La centralización —insistí.

—Tú y tu pinche centralización.

—Pues claro. Cómo es posible pretender que un organismo sea tan altamente eficiente como se pide a un partido comunista en el poder. La discusión no es si los

partidos son lo que pretenden ser, sino si pueden serlo.

—¿Y cuál sería la solución, según tú? —Preguntó Gilberto, que hasta entonces sólo escuchaba.

—Pues no lo sé. Pero en principio, creo que una planificación con márgenes muy amplios, que permita una gran movilidad y poder de decisión a los organismos municipales y regionales.

—Eso no es posible —dijo Raúl—, porque la industria pesada y algunos otros sectores de la economía no pueden dejarse al arbitrio de varios cientos de municipios. En el petróleo, por ejemplo, ¿cómo puedes dar los márgenes amplios de que hablas?

—Es cierto. Sectores como acero, petróleo, industria química, etcétera, tendrán que estar bajo control directo; pero la producción regional y los organismos de que depende pueden ser autónomos en gran medida.

—Habrá que estudiar economía para ver si eso es posible —respondió Gilberto.

Se hizo otro largo silencio. Siempre que hablábamos de lo mismo el resultado era similar: una vaga inquietud, malestar y descontento. Nadie desea un régimen como el soviético, que con toda tranquilidad vende carbón a Franco para romper la huelga en Asturias; pero tampoco son deseables las multitudes chinas con los ojos en blanco y el catecismo rojo en la mano, listas a asestar la cita.

—Decir que la respuesta está en garantizar la democracia real en todos los niveles es trivial, pues persiste la pregunta: ¿cómo? —dijo Raúl rompiendo el silencio.

—Tal vez respetando a los sindicatos y las organizaciones populares, como pequeñas células democráticas; de esa manera se podría proteger a los individuos.

—¿A los individuos? —Dijeron varios.

—Sí. Yo creo que todo Estado es aplastante y se convierte en un fin en sí mismo; no hay «conciencia», por elevada que sea, que impida el proceso. Se necesita, además, fuerza en la base para cortar los procesos deformantes que, de otra manera, tendrán que presentarse en la cúspide.

—Tal vez los cubanos estén dando en el clavo —comentó el *Pino*.

—Eso parece, pero no tienen más que diez años de haber empezado, aún no se puede decir mucho. Además, algunos síntomas que han aparecido recientemente, son poco alentadores —dijo Raúl.

—¡Ah!, ¿sí? —dijo Gamundi desde la puerta—. ¿Qué pasa?

—Hay una lentitud desesperante en el trabajo. La gente se pasa las horas normales haciéndole al tonto para que le paguen horas extras.

—Pero eso es casi sabotaje en las condiciones de Cuba.

—Claro. Lo grave es que mucha gente hace lo mismo y las pérdidas son dobles: primero, por la pérdida de tiempo en la jornada normal, y luego, por el pago de las horas extras.

—¿Y eso a qué se debe? —preguntó el *Pino*.

—No lo sé —respondió Raúl—; pero demuestra que en esferas superiores está sucediendo un fenómeno parecido, aunque con consecuencias más graves. Es la actitud típica del burócrata.

—Del burócrata arriba, y del desalentado abajo —añadí.

—Se puede explicar fácilmente esa actitud nociva, como procedente de los residuos dejados por Batista; pero hay más en el fondo, pues durante los primeros años de la revolución el fenómeno era desconocido. ¿Por qué se presenta ahora?

Saúl se levantó como si fuera a salir.

—Ya ven, yo por eso estudio Ciencias Políticas.

—Y por eso no sabes nada, pinche *Chale* —dijo el *Pino*.

—¡Ah! ¿No? Mira, güerito, ayer te pregunté que si sabías qué era *El Kolokol* y no supiste.

—¿El qué? —Dije.

—*Kolokol*. Quiere decir «La Campana». Era un periódico que...

—¡Sácate de aquí tú y tu *Kolokol!* —Le gritamos todos.

—¡Vete a seguir leyendo a Max Weber! —Dijo el *Pino*.

—¡Y a la madre de Max Weber! —Concluyó Gamundi.

Salió de prisa porque le empezaban a llover bolas de migajón. Que ya veríamos cuando le fuéramos a pedir que nos escribiera a máquina un trabajo.

—*¡Cretini! ¡Mascalzoni! ¡Maledeti!* —Gritaba desde el patio.

—Ya sacó todo su vocabulario italiano, ahora nos va a lanzar el francés.

Subiendo la escalera gritó:

—*¡Bêtes noires!*

—Ya está.

Desde el medio día se nubló y ahora ha empezado a llover. Es una lluvia fina, persistente, de las que en esta ciudad, y en otoño, duran horas. En Guadalajara no llueve así nunca. En verano cae una tormenta como si todo el cielo fuera pura agua, dura un rato y escampa. Cuando vuelve a salir el sol, poco antes de ponerse, hay un olor a laurel que la lluvia vuelve más intenso. La piedra también huele. Bajo los portales, la gente se mueve más de prisa y, de las fuentes, el agua brota con el color dorado de las plazas y el naranja del aire. En cambio aquí llueve gris y persistente.

El pasillo que comunica las celdas superiores está protegido por un techo inclinado. Desde el barandal, la crujía se ve abandonada. No hay nadie afuera y hace largo rato que ni siquiera se ve que alguien cruce corriendo el patio. Todas las puertas están cerradas. Es como una «vecindad»: un cordel con ropa tendida, que alguien olvidó recoger, aumenta el parecido; el patio rectangular, las puertas que se abren a un solo cuarto mal iluminado. Todo es como en una «vecindad». Hasta la vida en común, los disgustos, los apodos, las pláticas.

—¿Sabes? —Me decía De la Vega ayer por la tarde—. Sigo haciendo mis ejercicios. ¿Barra?, barra. ¿Yoga?, yoga. ¿Tus lagartijas?, mis lagartijas.

Muy bien, que lo pondría en su puntuación.

—¿Cómo ves mi caso? ¿Merezco una oportunidad en el «pregrupo»?

—Pues te diré —respondí con aire de seriedad—, lo estamos estudiando.

—Y cómo voy, por favor dímelo, no me tengas en este suspenso porque ya no resisto más.

—Regular, muchacho, regular; no pierdas las esperanzas. Tienes madera, llegarás. Yo te lo haré saber.

—¡Ah! ¡Qué descanso!

—Supera tus marcas actuales y podrás presentar la última prueba.

—¡No! ¡No me digas que hay otra! ¡Ya no! ¡No lo soportaría!

—Claro que sí. Falta la de matemáticas.

—¿Matemáticas? ¿También se necesitan para entrar al «pre»? ¡Por supuesto!, se me olvidaba que el «jefe de patrulla» es matemático.

—Pues sí, ya ves.

—Es una prueba muy maldita.

—Pero te basta con cálculo. Eso sí, bien sabidito.

—Dominado. —Y tronó los dedos.

—Sí. Dominado.

«Está buscando el contraataque», pensé al verlo distraído. Se sonrió. Que si la clase de nudos también se computaba. ¿De nudos? No entendía.

—Sí, o qué, ¿no está dando clase de nudos Raúl? Si es como la «guía del explorador».

—Ya sé por qué lo dices. Seguro viste cuando estábamos junto a la reja con un cordel. Eres una víbora, pinche De la Vega, no se te podía escapar.

—Raúl hacía lacitos, se los metía entre los dedos y jalaba. No se puede negar que los tenía atentos. Pinche «pre».

Lo peor era que sí habíamos estado hablando de nudos. Raúl estuvo un tiempo en Colima y en la costa de Jalisco. Anduvo en un camión de carga que transportaba piedras o arena, ya no me acuerdo; pero no importa. El caso es que tenía que afianzar las redilas con cuerdas muy gruesas, o poner la lona en tiempo de lluvia. En fin, era necesario hacer nudos especiales. Esa noche no se le podía pasar a De la Vega que el «pre» recibía su clase de nudos. Cosa que seguro comentó durante un mes, por lo menos.

—¡Oye! ¡Y esa vida interna! ¡Qué pasa! ¡Hay que democratizarla!

—Ninguna vida interna —le respondí—. Sólo tenemos un lema: *Para que nada nos separe, que nada nos una*. Y por cierto, cómo va el congresito del PC, ¿ya mero tiras a la dirección?

—Nosotros ya mero, pero tú... nomás te truenan el látigo y llegas corriendo. ¡Control, muchacho! ¡Eso se llama coon-trol!

—Bueno, pero por lo menos las diferencias de la «base» con la dirección no las tratamos en la cocina y a gritos y sombrerazos.

—Ahora sí me chingaste. Te la has sacado, muchacho. Ya no digas nada porque la echas a perder.

¿No irá a dejar de llover? Empieza a soplar un viento que mete la lluvia bajo el techo del pasillo. Raúl está oyendo Radio Universidad en su celda, bajo la mía. El «mariscal», pienso con una sonrisa. Ahora ya le inventaron que no es «mariscal» sino «almirante» y, en una plática que duró hasta las tres de la mañana, los amigos decidieron que se le habían descubierto algunos puntos medio oscuros en su vertiginoso ascenso y que, sobre todo, el paso de «mariscal» a «almirante» no era muy limpio. Seguramente mañana se lo dirán y ya me imagino la risa del *Búho*, que siempre habla riéndose. Desde que se le ocurre algo gracioso lo anuncia con una carcajada; luego, entre risas, hipo y golpes en la mesa, emprende el relato que anunció tan ruidosamente. Por supuesto, cuando acaba, necesita brincar del asiento y salir corriendo al patio, pues otra cosa, dado el preámbulo, sería como no reírse. Por lo menos durante tres días, la broma preferida será la del «oscuro y no muy limpio ascenso del “mariscal” a “almirante”». La costumbre de poner grados militares se inició con el «comandante» Dávila, un muchacho del Poli al que la policía acusa de haber intentado dinamitar el viaducto después del 2 de octubre. Llegó con tantos cargos referentes a armas que los muchachos lo empezaron a llamar «comandante». En el antiguo edificio del Conservatorio, en Guadalajara, había dos

naranjos que, cuando llovía, quedaban brillantes, con las hojas verde oscuro goteando. De cada lado del patio había tres arcos. Era una casa vieja. Cuando supe que Raúl había estudiado música pensé: ha de tocar *Martha* en puras octavas, o *Tico-Tico*. De nadie he tenido una imagen más falsa que de él. La noche que lo conocí en el Consejo, a la mitad de la sesión, me pareció insoportable. Movía los brazos encima de la cabeza como un papá asustando a su hijo. Ya aquí en la cárcel, yo seguía pensando que el creador de la frase «bien concretito» (supongo que fue él), que todo el Poli usaba en el Consejo, no podía tocar más que *Tico-Tico*. Luego, un día me comentó que se ponía de mal humor cuando alguna obra de *El clave bien temperado* se le dificultaba especialmente.

—¿De *El Clave*? —le pregunté, seguro de que algo no iba bien.

—Sí. ¿Tú lo tocas?

Ni pensarlo, apenas si había llegado a los «Pequeños preludios». ¡Ah!, pues había algunos muy bonitos, que si me acordaba de ese que empieza: tatá tatá, y luego entra la segunda voz: tatítata, tatí. A ése no había llegado, pero lo conocía.

Así debe llover en Polonia. Es una lluvia triste. O tal vez no sea tanto la lluvia sino la crujía, el patio rodeado de puertas cerradas, el viento en el pasillo; porque en CU, cuando se ve venir la lluvia desde el Ajusco, es muy distinto. La cumbre verde queda oculta por los nubarrones y desde el salón de clase se ve bajar la lluvia por la ladera hasta que llega a la arboleda de Radio Universidad, luego moja la torre de la Rectoría y, finalmente, azota los cristales del salón. Como una función del número de reforzamientos previos y otros parámetros... la curva de extinción y cadenas de respuestas Skinner que si exponencial pero no cuando condicionamiento E-E. ¿Qué? ¡Ya no entendí nada! Oye, Marjorie. ¡Psst!, ¿qué dijo del condicionamiento E-E? ¿Del E-E? Nada, está hablando de Skinner. ¡Ah! Después me prestas tus apuntes. Debe ser la crujía porque en CU la lluvia es muy distinta, sobre todo cuando llega por atrás del Ajusco y empieza a bajar la ladera verde hasta que alcanza la arboleda de Radio Universidad, donde se ve salir la torre roja y blanca de la antena. Cuando está de buenas, dice De la Vega, te da cualquier cosa; hasta las nalgas, si se las pides; pero si está de malas, no sólo te las niega, sino que es capaz de ponerse una ratonera... ¡pas! ¡Te imaginas! Acaba de asomarse una rata del tamaño de un conejo. Ya se habían acabado, pero empiezan a salir de nuevo, y dicen que por cada rata que se ve hay cien más. Es noviembre, dentro de seis meses me va decir Arturo que Selma no se quitó ni en el parto las pestañas postizas y no voy a saber si es cierto o se trata de otro cuento de Visitación. Como aquel del cesto de ropa sucia donde me caí. Selma es capaz de hacerlo y Visitación de inventarlo. En los dos esas cosas son «su

de por sí». ¿Y por qué Polonia precisamente? ¡Y aquella espantosa Venus de Milo con una bandera norteamericana enredada en el toliro, como diría el *Pino*! Era el colmo. ¡Y con una luna en un seno! Cuando la vi casi me vomito, ¡uagh! ¿Qué te parece? Muy original, le respondí. Uno ve bonitas muchas cosas o, más bien, trata de verlas. A la mitad de la manifestación del 1.º de agosto también llovió. El rector y toda la... ¿cómo se dice? Es una de esas palabras que yo nunca uso. Como la otra palabrita que le oí por primera vez a Escudero: «coptado». Cuando le oí decir que a alguien lo habían «coptado» pensé: «Pobrecito, ¿por qué le habrán hecho eso?». Después me sonó a mentada de madre, fue cuando dijo: «Es un coptado». Luego me enteré de que eran los seleccionados sin votación; pero como nunca busqué en un diccionario, todavía no estoy seguro y nunca digo que «coptemos» a alguien porque a lo mejor se ofende. Pero ésa no era la palabrita, sino «descubierta». Pues bien, el rector y toda la descubierta se tapaban con los periódicos que nos arrojaban desde el multifamiliar. En todas las ventanas había gente aplaudiendo y arrojando periódicos para que nos protegiéramos de la lluvia. A dos cuadras del lugar donde dimos vuelta para emprender el regreso por la avenida Coyoacán estaba el ejército con ametralladoras montadas sobre camiones y con transportes militares en las bocacalles. Esta manifestación nos había tenido varias noches sin dormir porque en un principio la policía negó el permiso para efectuarla. Si no se daba autorización el rector no iría y de seguro tampoco los directores de facultades ni muchos maestros. Pero lo más grave era que podía causarse una grave división en la Universidad. Veinticuatro horas antes, cuando supimos que el rector no encabezaría la manifestación, nos habíamos reunido los universitarios con los representantes del Poli y no habíamos logrado sacar un acuerdo conjunto. El CNH aún no empezaba a existir. Durante toda la noche estuvimos discutiendo en un pequeño salón de la Escuela de Economía, en CU. Todas las facultades estaban en paro, pero las huelgas indefinidas no se habían consolidado. La participación de Barros Sierra era necesaria para unir a la Universidad, sobre todo si tomábamos en cuenta que las facultades del «ala técnica» siempre se mostraban reacias a participar en una huelga. El atentado contra la preparatoria había caldeado los ánimos y la indignación de los estudiantes exigía una medida enérgica como respuesta a la agresión militar. Ésta no podía ser otra que una manifestación encabezada por las más altas autoridades universitarias y todos los directores de las facultades, escuelas e institutos. Sin el rector la manifestación perdía todo su carácter universitario para quedar, simplemente, en estudiantil. Pero, además, la ausencia de éste hacía peligrar la difícil unidad de todas las facultades universitarias, tan heterogéneas en su población.

Cuando conocimos las razones por las que Barros Sierra no encabezaría la manifestación, la situación se tornó más violenta. Si le negaban la autorización era porque estaban dispuestos a reprimir cualquier intento de efectuarla, y no con

policías y granaderos, como era tradicional, sino con el ejército. Si habían entrado a dos preparatorias y a dos vocacionales en unas horas, ¿cómo no pensar que impedirían la salida de cincuenta mil estudiantes por las calles de la ciudad?

El Poli y algunas facultades de la Universidad estaban dispuestos a realizar la manifestación con o sin el permiso. Pero los delegados de Filosofía, entre otros, argumentábamos que una negativa a Barros Sierra debiera interpretarse como represión segura. A nuestro parecer la manifestación, en esas condiciones, debía suspenderse. Los politécnicos, con toda razón, respondían que el requisito de solicitar permiso a la policía para protestar contra la brutalidad policiaca era anticonstitucional, ya que hacía depender un derecho irrenunciable del humor de un gendarme y, sobre todo, impedía toda auténtica manifestación de protesta para permitir sólo los «apoyos» a la política del presidente en turno. Lo anterior era indiscutible, pero también lo era que no nos enfrentaríamos a los granaderos. Un encuentro con este cuerpo policiaco podía no ser grave si la manifestación era numerosa, de ser así ni siquiera intervendrían; pero acordonando la CU no estarían ellos, sino el ejército, que ya patrullaba la ciudad.

—¡Pues nosotros saldremos con o sin el rector! Si los universitarios lo necesitan para salir a la calle, nosotros no —concluyó uno de los representantes politécnicos.

¡Nosotros también saldremos con o sin el rector, pero no con o sin permiso! Si no hay permiso para mañana a las cuatro de la tarde no saldrán de nuestras escuelas sino aquellos que quieran hacerlo después de oírnos; ¡y diremos que no vayan!

En la madrugada se terminó la reunión. El Poli traería camiones a la CU y saldrían. Ciencias, Medicina y otras facultades resolvieron lo mismo. Nosotros salimos a buscar la manera de que Barros Sierra asistiera a la manifestación, aunque no hubiera permiso. Pensábamos que la presencia del Consejo Universitario, el rector y los maestros, impediría, posiblemente, la agresión directa por parte del ejército.

—En todo caso pondrán una barrera, o algo así; y si Barros Sierra va adelante no pasará nada, volveremos por la primera calle lateral. Pero si enfrente sólo hay estudiantes...

En CU nadie dormía. En todas las facultades se observaba movimiento, todas las luces estaban encendidas. La torre de la Rectoría era como un panel iluminado. Pronto serían las cuatro de la mañana.

Poco antes de amanecer llamé a la oficina del director de Servicios Sociales, Julio González Tejada, seguro de que habría alguna secretaria que me diera el teléfono particular del director. Necesitaba saber si, en el curso de la noche, las autoridades habían continuado los trámites para obtener el permiso, o si se podía influir de alguna manera para que encabezaran la manifestación de cualquier forma. Descolgaron y al otro extremo de la línea respondió una voz enronquecida por la desvelada y el nerviosismo.

—¿Maestro? ¿Es usted?

—Sí, De Alba; qué se le ofrece.

Le planteé la situación y finalmente me dijo que esa madrugada se había obtenido el permiso para realizar la manifestación.

—El señor rector tendrá mucho gusto en asistir. Buenos días, De Alba. Hasta mañana.

Creo que ahora llueve menos, pero el cielo sigue gris. ¿Por qué no podré dejar de pensar que así llueve en Polonia? En mi celda empiezan a deshojarse las rosas amarillas que trajo Selma hace poco, la primera acaba de caer completa y, sobre la mesa, los pétalos siguen en orden. Aunque falta mucho para que oscurezca, tuve que encender la luz.

V

En la cárcel los días no son largos. Todo lo contrario: son increíblemente cortos. Nadie me cree cuando digo que no he terminado algo, un examen por ejemplo, porque no he tenido tiempo. Aunque no lo parezca, así sucede. Es frecuente que un día entero se pase en blanco; y para que eso suceda bastan uno o dos descuidos: levantarse un poco más tarde y alargar los cafés.

Hace un rato, después de comer, nos quedamos *Pino*, Raúl, el *Búho* y yo tomando café. Raúl comentaba cuáles son los mítines que más lo han impresionado:

—Uno fue en los talleres de ferrocarriles durante el movimiento ferrocarrilero de 1958. Yo estaba muy chico, pero ya empezaba a participar en algunos desmadres. Durante el mitin me parecía estar viendo una película de «realismo socialista», pero a colores. Estábamos bajo un galerón gigantesco; negro, negro en el techo; iluminado por esas lámparas que proyectan un cono de luz y dejan el resto en penumbra. Los ferrocarrileros estaban sobre las máquinas, con la cara enrojecida por el fuego de las fraguas, llevaban sus pañuelos rojos al cuello y las gorras azules que nunca se quitan. Parecía un mitin bolchevique a principios de siglo, bajo aquel galerón de techo alto, talleres, fraguas y grupos de hombres con chaquetas similares e iluminados por conos de luz amarilla. Otro fue diez años después: el mitin del cinco de agosto, al finalizar la manifestación del Poli. ¿Tú estuviste?

—No —le respondí, no fui por una tontería: me ganaron un «volado».

Era verdad. Yo había asistido a la del día 1.º, la que encabezó Barros Sierra; pero cuando se organizó la que iría de Zacatenco al Casco de Santo Tomás, se decidió, en el Comité de Lucha de Filosofía, que no todos podíamos asistir, en previsión de que se efectuaran detenciones masivas. Como nadie aceptaba quedarse en la Facultad, pues ya faltaban unas horas para iniciar el recorrido y los camiones con banderas y pancartas esperaban junto al café, jugamos la asistencia a «volados». Me tocó quedarme.

Aunque a la manifestación del día 1.º asistió un numeroso contingente de politécnicos, era de esperarse que la mayoría de los cien mil manifestantes fueran universitarios. Ambas instituciones se encuentran en extremos de la Ciudad de

México: la CU en el extremo sur y la Unidad de Zacatenco (Escuelas Superiores del IPN), en el extremo norte. Entre una y otra hay más de veinte kilómetros. Por muchos politécnicos que fueran transportados a la CU, su número no podía ser muy grande. Por esta razón se decidió organizar, para la siguiente semana, una nueva manifestación que recorriera todo el norte de la ciudad: saldría de Zacatenco y terminaría diez kilómetros después, casi en el centro de la ciudad, en otra dependencia del IPN, el llamado casco de Santo Tomás, antigua hacienda en cuyos terrenos se levantan varias Escuelas Superiores y algunas vocacionales. En esta ocasión ya ni siquiera se intentó obtener el permiso de la policía para realizar la manifestación. Habíamos hecho valer un derecho que la Constitución otorga, el de manifestar libre y públicamente nuestro repudio ante la política del régimen. Era de esperarse que el director del Politécnico, Guillermo Massieu, respondiera como lo hizo Barros Sierra, ya que, para dar una razón más, el Poli había sido la primera institución agredida. Pero Massieu no sólo se negó a encabezar la manifestación, sino que durante todo el desarrollo posterior de los acontecimientos se mostró renuente a colaborar en las protestas que sacudieron a todo el país, desde Sonora y Sinaloa, hasta Yucatán, Veracruz, Oaxaca, Guerrero, etc. De frontera a frontera y de costa a costa. (Nunca hubo «provocadores» y «agitadores» más eficientes, cronométricos, verdaderos genios). Como la policía no intervino, la marcha se realizó en perfecto orden; e igualmente concluyó. El mitin final, realizado en el casco fue ordenado, aunque muy «caliente».

—Ése fue otro mitin impresionante —dice Raúl—, una de esas emociones que se experimentan pocas veces en la vida. Cuando hablé me interrumpieron doce o quince veces en los pocos minutos que duró el discurso. Igual sucedió al hablar Gilberto y Fausto Trejo. Era un mitin «caliente» como no vi después ni en el Zócalo. ¿Sabías que en Venezuela lo reseñaron diciendo que 150 mil estudiantes mexicanos se habían levantado en armas? Así estaba la gente.

—Fue el mitin de los seis puntos —agregué.

—Sí; ahí se formalizaron, por primera vez, las demandas que sostendríamos durante dos meses de lucha.

—Y que después los «pescados» entregaron como regalo de buena voluntad al gobierno —añadió el *Pino*, que no pierde oportunidad de recordarles a los «peces» y, de paso a nosotros, lo que hicieron.

—Así fue. De esa manera, con la unificación de las peticiones, se centraba toda la lucha en torno a ellas y se impedía la proliferación de las demandas. No duden

que no hubiera faltado quien pidiera «cambio de estructuras, socialismo, toallas limpias y excusados públicos». Además, con el plazo de 72 horas que se daba al gobierno para resolver, se alcanzó el mayor triunfo que en esos días podía desearse: la consolidación definitiva de la huelga permanente en el DF y el inicio de la huelga nacional en todas las universidades del país.

También en esos días quedó integrada la representación de las escuelas en huelga y surgió el nombre que marcaría cada uno de los futuros acontecimientos: el Consejo Nacional de Huelga. Nació con todos los defectos y las virtudes inherentes a un organismo demasiado vasto, heterogéneo y horizontal. En pocos días la frase «Todos somos el Consejo» cundió por las escuelas y alcanzó las calles, las plazas. Se escuchaba en las intervenciones que los brigadistas hacían en los mercados, a la salida de las fábricas, de los cines, de los cafés, como un martilleo constante. En las épocas de aparente calma, cuando parecía amainar la tormenta (aunque era sólo un respiro), también desaparecía de la circulación la frase; pero bastaba que una nueva creciente agudizara la represión para que, automáticamente, el CNH se viera protegido por la coraza que los estudiantes y la población le ofrecían: «Todos somos el Consejo» iniciaban otra vez su ascenso, se internaban en la convicción de cada brigadista, se proclamaba en cada mitin relámpago. Los estudiantes mexicanos, por primera vez en muchos años, creían en la honestidad de una dirección porque se sabían parte de ella; porque las preguntas y proposiciones formuladas por la asamblea de una escuela recibían respuesta al día siguiente por boca de los propios delegados al CNH, y porque el mismo Consejo había enarbolado una exigencia más, no la séptima, sino un «transitorio» que señalaba el medio por el cual debían solucionarse las seis demandas del pliego petitorio: diálogo público. En esta ocasión, los estudiantes no verían defraudadas sus esperanzas, ni sus esfuerzos serían aprovechados con fines distintos a los expresados de común acuerdo. Si todo líder es potencialmente corruptible, así fueran los delegados democráticamente elegidos por la asamblea de cada escuela, el CNH ofrecía el único medio de garantizar la honestidad de las negociaciones: el diálogo público con el gobierno. Como en toda solución pacífica de un conflicto, ambas partes tendrían que hacerse mutuas concesiones y, aquí, en el momento del desenlace, era donde radicaba el mayor peligro: una debilidad por parte de los delegados estudiantiles podría dar una ventaja al gobierno. Esto no sucedería si cada proposición, cada paso, se daba a la luz pública y de común acuerdo. Los triunfos y las derrotas en las negociaciones serían compartidos. Habíamos eliminado entre nosotros el mayor y más vergonzoso lastre que pesa sobre toda la vida pública de nuestro país: la venalidad y la corrupción. Después no todo salió como lo habíamos planeado, y el obstáculo del diálogo público fue salvado de diferentes maneras y por distintas razones.

—La culminación necesaria de las dos manifestaciones, fue la del 13 de agosto, la primera que entró al Zócalo —dijo el *Búho*.

Si hubiéramos planeado cada etapa con la anticipación que nos atribuye el gobierno, no habríamos logrado dar tanto significado a las primeras manifestaciones: una, del sur hacia el centro; otra, del norte hacia el centro; la tercera necesariamente tenía que partir de un lugar intermedio y llegar al corazón mismo de la vida política del país el Zócalo. Su sola mención producía un cosquilleo de temor y animación. ¡El Zócalo! Entrar en una de las plazas más imponentes del mundo y gritar bajo los balcones —en el mismo sitio destinado para exponer a la pública veneración, y sólo en fechas históricas, la figura del Presidente— todas nuestras exigencias, y también, ¿por qué no?, todos los insultos que se le ocurren a una multitud indignada. Pues qué esperaban, ¿flores? Se merecían todo lo que se gritó, pintó, imprimió y pensó. Eso y más. No habían realizado un acto de heroísmo en San Ildefonso, en las vocas 2 y 5 y en las demás escuelas ocupadas. La furia con que golpeaban a estudiantes, maestros y simples transeúntes perseguidos hasta el interior de las escuelas en cuyos pasillos, como en la voca 5, continuaban su desenfundada labor, no era ninguna virtud cívica. Pero no había empezado ahí el odio que los insultos ponían al descubierto: en los últimos años la tropa había entrado en las universidades de Michoacán, Puebla, Sonora, Tabasco; habíamos visto aplastar con el ejército demandas estudiantiles y populares, muchas de ellas mínimas, en Sinaloa, Durango, Nuevo León. Ningún estado de la República se había salvado: donde no eran estudiantes los agredidos, eran campesinos desalojados de tierras, obreros, líderes sindicales. Y más atrás, la huelga de los médicos, contra la que se usaron los más sucios recursos, desde el sentimentalismo populachero para pedir a los médicos que se comportaran cómo los abnegados y bondadosos apóstoles que deben ser, y no simples mercantilistas preocupados por sueldos y comida; las detenciones de diferentes grupos políticos con cargos de que «estaban pensando en cometer tales y cuales delitos»; la huelga de los maestros, a los que también se les pedía abnegación y menos preocupaciones terrenales, y que finalmente se tuvo que reprimir con violencia; la de los ferrocarrileros, que hizo necesario el uso de todo el ejército nacional y la detención de cerca de diez mil personas; la ocupación del Politécnico; el asesinato de líderes campesinos, como el de Rubén Jaramillo, su esposa y sus hijos; el apuntalamiento de los eternos «charros» sindicales con terroristas armados, granaderos y, cuando llega a ser necesario, con el mismo ejército, todo para que los Fidel Velázquez y los Yurén expliquen que «una vez más se ha demostrado la confianza de los trabajadores en una dirección experimentada, madura... Etc.». Claro, también las reelecciones de Porfirio Díaz demostraban que era el único hombre capaz de regir el país y hacerlo progresar. Los treinta años de gobierno porfirista no le llevan mucho a los veinticinco de varios líderes. Así

podríamos seguir retrocediendo, hasta llegar a la ley, perfeccionada por Carranza, que condenaba a muerte a los huelguistas y a sus colaboradores, así se hubieran limitado a asistir a la asamblea donde se decretara la huelga, sin proceder luego a denunciarla. Cuando eso sucedía aún no se enfriaban los cañones de la División del Norte, ni los rifles que habían defendido el lema de Zapata: «Tierra y Libertad». Tal vez entonces empezó todo a cambiar, y desde entonces viene cambiando. Ahora se podía gritar lo que se dice y se piensa en todo México cuando en los periódicos se leen los inacabables bienes de que nos colma el presidente en su infinita bondad y nada más por ser él quien es, no porque alguien se lo pida y, mucho menos, se lo exija, palabra inaudita en el diccionario político de México. ¿Qué puede oponer un mexicano a la veneración idolátrica de sus presidentes? ¡Una mentada de madre! El Consejo no estaba de acuerdo con tal respuesta, y no por consideración al gobierno, ¡es obvio!; sino porque el insulto reduce la tensión interna. La mentada al presidente era una salida falsa, pero una salida al fin y, como tal, un desgaste inútil de energía. El odio concentrado es como una caldera: uno la usa para mover la máquina que desee; el odio disperso es simple vapor... sin caldera. De cualquier manera, era imposible evitar que los insultos se repitieran. El placer de escucharlos en miles de gargantas era demasiado reconfortante para poderlo extinguir.

La manifestación del 13 de agosto salió del Casco de Santo Tomás, cruzó hasta el Paseo de la Reforma, continuó por él hasta el «Caballito» y dio vuelta por la avenida Juárez. Al cruzar San Juan de Letrán y entrar en Cinco de Mayo nos esperaba una grata sorpresa: los pesados edificios de esta avenida, su altura y disposición, la convierten en una maravillosa caja acústica. Si alguien ha estado hablando una hora frente a un gran auditorio, y sin micrófono, conoce el especial placer que produce, cuando llega la luz o logran conectar el alambre que faltaba, el escuchar la voz propia amplificada por bocinas en todo el auditorio. Al entrar en Cinco de Mayo sucedía lo mismo: escuchábamos, retumbantes, las porras de los contingentes delanteros. La sorpresa producía un breve silencio que no duraba más de algunos segundos.

En seguida se desencadenaba una explosión de alegría, porras, gritos y, por supuesto, insultos. De muchas cuadras adelante, rebotando por encima de nosotros, de un lado a otro de la calle, empezó a llegar rítmico, sonoro, producido por decenas de miles de gargantas, el grito de entrada al Zócalo, al intocado Zócalo: «¡Sal al balcón, hoción! ¡Sal al balcón, hoción! ¡Sal al balcón, hoción!». Las banderas rojas, que algunos ya arrastraban sin muchas ganas, volvían a flamear entre el aplauso de la multitud aglomerada en las aceras. Estábamos en el corazón de México, no sólo de la nación que ahora es México, sino de la colonia llamada Nueva España y del Imperio anterior a ella. Hace setecientos años que esta explanada es un centro

ceremonial. Ahora nos encontrábamos exactamente frente al gran Teocali y al palacio de Moctezuma.

Durante el desarrollo del mitin con que finalizó la manifestación, un grupo de personas trató de forzar la puerta de Palacio Nacional, hecho que, por fortuna, se evitó a tiempo. Éramos cerca de trescientos mil pero, si no contábamos los palos de las banderas, entre nosotros no había más armas que las de los eternos policías secretos y judiciales vestidos con suéter o chamarra. Una cosa era hacer un mitin frente a Palacio y otra pretender «tomarlo» con muchos palos y algún tubo.

Al finalizar el mitin cantamos el himno nacional y emprendimos el regreso por una ciudad desconocida: una ciudad nuestra. A pesar de que estamos siendo juzgados por todo lo que sucedió durante los meses de julio a octubre: teléfonos rotos, camiones quemados, tranvías volteados, etc. ningún parte policiaco menciona destrozos, robos o cualquier tipo de excesos cometidos después de una manifestación. Trescientos mil manifestantes nos dispersamos por todas las calles y avenidas del centro de la ciudad sin que se presentara queja alguna, hasta ahora, por parte de los comerciantes. El único disturbio a la vida normal de la ciudad se provocaba en el tráfico, pues si la marcha se realizaba por una ruta definida, no sucedía lo mismo durante el regreso. No sé con qué objeto apagaban el alumbrado público; pero, el caso es que, después de esta manifestación y de las siguientes, siempre nos encontramos las calles a oscuras; y se trataba, precisamente, del centro de la ciudad. Era un espectáculo como de un sueño. Caminábamos por la avenida Juárez y por el paseo de la Reforma como si fueran callejuelas de los suburbios. Por ninguna parte se encontraba un policía, ni siquiera un agente de tránsito. Y aquella oscuridad. En la glorieta del «Caballito», uno de los cruces de más denso tráfico en la ciudad, los faros de los automóviles se veían como en la carretera: todos llevaban luces altas y no se percibía nada en el interior. Solamente los faros avanzaban en torno al «Caballito», como en una caseta de pago durante la noche del domingo. De todas las bocacalles salía gente con banderas, muchachos y muchachas que guardaban mantas y carteles; camiones atestados de estudiantes que regresaban a sus escuelas, a las guardias en las azoteas, al café con una torta tomado entre las 3 y las 4 de la madrugada en la cafetería de la escuela, atendida por compañeras que se esfuerzan en mantener limpio y en repartir equitativamente los alimentos, aunque (yo lo sé) a veces le guarden al Comité de Lucha, o a alguno de sus miembros, los pasteles que no alcanzan para todos y que tampoco va uno a despreciar.

Hace rato que salió Raúl. Se fue, según dijo, a preparar la clase de mañana. Nos está dando un curso de estadística a una hora pésima: las 7:30 a.m. El *Pino* empezó a hablar de Los Mochis, Sinaloa, su tierra. Es una historia, un tanto siniestra,

sobre unos volantes que dejaron caer de una avioneta en Mochis, hace muchos años.

—Empezaban con «la homosexualidad en el radio» —dice el *Pino*— y mencionaban a Juan de la Chingada: Fulano y Fulano y que también Mengano. «La homosexualidad en el comercio...». ¡Y pau, pau, pau! Todavía ahora hay cacería de esos volantes. Yo ni los vi cuando cayeron, estaba muy plebe; pero después vi uno en la boda de la Nena Ferriz, una vieja de «la alta» de Los Mochis; la cual, por cierto, Miguel Eduardo —le dice al *Búho*— «caminó»: ¡Aquí un servidor tuvo a bien proporcionarle 14 centímetros de carne cruda!

El *Búho* se ríe con grandes aspavientos, le da la mano y comenta sin dejar de reírse:

—¡Martínez! ¡Con razón Raúl dice que nadie tiene tu admirable facilidad para desviar la plástica! ¡Los volantes...! ¿Qué pasó con ellos?

—Calma, calma, Miguel Eduardo; déjame acabarme este «chanate» que me salió de poca madre, al centavazo de azúcar. Pues has de saber que yo, para cuando cayó en mis manos el volante, ya estaba «hasta las anginas», así que me subí en una mesa y grité: «¡Señoras y señores! Tengo en mi poder un documento...», y que empiezo a leer. Al rato me llegó el Poncho Cabrera: «Pélate, cuñado, porque te van a cuetiar...».

Como ya oí la historia, voy a la celda del Chale para pedirle mi máquina de escribir. Hoy es cumpleaños de Pepe Revueltas y Raúl lo invitó a cenar en el restorán que acaba de abrir la dirección del Penal. Así que debo pasar a máquina un trabajo si quiero ir yo también.

VI

Apreté el botón y vi cómo se apagaba el 8 y se encendía el 7, luego el 6, PB. En el pasillo no estaba encendida la luz. De un paso entré al elevador iluminado por una fuerte luz blanca. La puerta tardaba en cerrarse. Enfrente tenía el pasillo y el rectángulo blanco que proyectaba la puerta abierta del elevador. Me apoyé sobre el botón hasta que lentamente empezó a cerrarse la puerta. 1, 2 indicaba el tablero. En el 8 se detuvo y salí a otro piso en tinieblas. ¿Por qué no encenderán las luces? Las persianas estaban subidas y podía ver el estacionamiento de la Facultad. ¿Ya habrán llegado? Los cristales llegaban hasta el suelo y daba un poco de vértigo pararse junto a ellos. Pasando el estacionamiento podía verse un prado y luego la avenida Insurgentes que a esa hora aún tenía tráfico. A la izquierda la torre de la Rectoría era como un gigantesco cristal que lanzaba luces intermitentes. Me voy a aburrir. La puerta estaba abierta y sobre el primer escritorio había una charola con restos de tortas, una cafetera y algunas tazas. ¡Vaya!, aquí tienen todo el piso iluminado aunque no hay nadie. Al fondo se escuchaba el ruido del mimeógrafo. Iré a ver quiénes están haciendo volantes. Siempre te estás poniendo pretextos para no asistir a las reuniones de la Fracción, decía Osorio. Mejor veo si ya empezó la reunión. Abrí la puerta con cuidado. La mesa larga estaba ocupada por el Comité de Lucha y sobre la alfombra roja se encontraban otros delegados que no parecían muy atentos. Reunión ampliada, pensé mientras miraba al delegado de Veterinaria, junto a la cortina vi al de Economía y a una muchacha de Ciencias Políticas. Otras caras eran conocidas pero no recordaba la escuela. Escudero me saludó con una mano. Después de cerrar me quedé un rato recargado en la puerta. Una posición revolucionaria, consecuente con la fuerza que hemos adquirido; no digo que podamos derrocar al gobierno pero sí demostrar que... Seguí con la mirada la alfombra roja que se continuaba por un estrecho pasillo a varias pequeñas oficinas cómodas y bien amuebladas. Con permiso. Llegué al otro lado y le pregunté a Enrique si habían tomado alguna decisión. No, estaban haciendo el análisis político de la situación después del desalojo. ¿Por qué no vamos a cenar? Ándale, tú que eres el de la billetiza. Si acabas de llegar. Pero ya no aguanto. Espérate, vamos a quedarnos un rato más. Era necesario combatir el oportunismo dentro del movimiento estudiantil y evitar las transas a toda costa, seguía diciendo un muchacho flaquito que movía los brazos como araña. ¿Y ése? No sé por qué escuela vino. ¿Traes las llaves del yip? Sí. Me senté en la alfombra.

Osorio dijo que debiera proponerse un cambio en la sede del CNH. Ya sabemos que la autonomía universitaria no es ninguna garantía inviolable pero, por lo menos, es una formalidad que el gobierno pensará dos veces antes de quebrantar, y esta situación no existe en el Poli. Escudero estuvo de acuerdo y yo también. El gobierno lo pensaría dos veces. Hoy deberíamos hacer la proposición al Consejo. Después se trataron las discrepancias con Ciencias y el Poli. Debíamos presentar un frente unido, se hizo una lista de escuelas no comprometidas, era necesario hablar con ellas, proponer un frente único, evitar el surgimiento de una corriente que capitalizara toda la fuerza del Movimiento y lo encauzara hacia posiciones simplemente reformistas y no revolucionarias. Aquí surgió de nuevo la discusión acerca de la calidad reformista o revolucionaria de una cierta medida, cuándo era una cosa y cuándo la otra y, sobre todo, qué significaba el término «revolucionario» cuando no era posible hablar de toma del poder y cuáles eran entonces los objetivos del Movimiento. La de Ciencias Políticas señaló que el gobierno nunca daría solución a las demandas. Quieren que les entreguemos toda la fuerza, que olvidemos las manifestaciones y las huelgas para que el gobierno no se sienta presionado y pueda conceder generosamente lo que pedimos. Ahí está la prueba, no van a ceder y nosotros tampoco. Escudero habló del monólogo que sostiene hace cincuenta años el gobierno ante el gobierno.

También a los médicos, en el 65, les exigieron lo mismo; vuelvan a los hospitales, olvídense de cualquier tipo de presión, el Presidente concede que tienen razón en sus peticiones pero no puede actuar frente a la presión ilegítima que hacen ustedes con sus manifestaciones. Vuelvan a los hospitales y todo se resolverá. Volvieron pero no se resolvió nada. Se encarceló a los dirigentes, hubo despidos en masa, mayor control en los hospitales, vigilancia policiaca y tuvieron que tragarse la promesa. Y a Vallejo, preso hace diez años: que dice el presidente Díaz Ordaz que en cuanto levante usted su huelga de hambre será puesto en libertad. Vallejo la levantó pero no salió libre y al medio año inició otra huelga de hambre. Dame la pistola, hijito, mi muchachito, ¿verdad que este niño bueno le dará la pistola a su papá? Dámela, ponía con cuidado sobre la mesa y te compraré un helado, ¿verdad que eres muy lindo y me la vas a dar? Claro, claro, así, tan lindo niño que le da la pistola a su papá y pronto tendrá su helado. Mocosos desgraciados, ¿no te he dicho mil veces que no abras mi escritorio? Ahora sí verás cómo te pongo, para que nunca se te olvide.

—¿Qué te pasa?, te estás riendo solo.

—Nada, me conté un chiste. Ya no aguanto más, tengo mucha hambre. Vamos a cenar a Vip's, tú pagas.

Le preguntamos a Revueltas si le gustaba el pollo frito pues ya no había asado. Como usted es el del santo, dijo Raúl. Sí le gustaba y por qué no nos sentábamos. Trajeron unas jarras con chocolate, pan de dulce y tazas. Como que el chocolate no le iba mucho al pollo frito.

—Maestro —dijo un compañero de la crujía «N» al que le dicen el Rechi porque así se apellida; Revueltas puso atención; que si creía que Fulano era a Trotsky como Mengano a Lenin. Revueltas no entendió la regla de tres y tardó en despejar la incógnita. Era algo así como preguntar que si Freud es a Jung como Pavlov a Skinner. O por lo menos yo eso entendí. De cualquier manera la pregunta era tan refinadamente exquisita que se me atragantó el chocolate y busqué con la mirada al *Pino*. ¡De lo que te pierdes!, pensé. El doctor De Gortari permanecía a la expectativa, sin apresurar la respuesta de Revueltas que, después de un largo silencio, se inició con un vacilante: Bueno... en cierta manera se les podía emparejar como el Rechi lo señalaba, aunque no tanto ni mucho menos en otro sentido. Aquí intervino el doctor De Gortari para aclarar y ampliar la respuesta de Revueltas. El Rechi abrió los ojos azules y exclamaba que cuántos libros de los que ni siquiera había oído hablar. Ya era demasiado. Lo que más sentía era que el *Pino* no hubiera estado presente. Al otro lado de la mesa se hablaba de la huelga de hambre que pronto iniciaríamos.

—En un principio pensamos iniciarla en diciembre; pero el maestro De Gortari —dice Raúl— nos preguntó si estábamos tomando en cuenta las vacaciones de diciembre en la Universidad y el Politécnico. En cinco minutos de intercambiar opiniones decidimos que, en efecto, tal fecha era inadecuada. La mejor sería enero. Así lo propondremos a la crujía cuando se ponga a discusión la fecha. La «M» está de acuerdo en que sea enero y la «N» está en contra de la huelga por ser un método pasivo de lucha, así que el acuerdo de la «M» hará mayoría.

Antes de salir se acercó un grupo de la «C» al Rechi y le quitó su gorra escocesa. ¡Pasa la gorrita!, y la gorra desapareció. Nomás por molestar.

En la crujía nuestro cambio de opinión respecto a la fecha para iniciar la huelga no fue recibido con el mismo fácil convencimiento. Nos sorprendió que las razones, para nosotros obvias y evidentes, que nos llevaban a sugerir una fecha distinta, no produjeran la misma inmediata reacción en todos los compañeros. Las escuelas estaban en vacaciones, ¿qué solidaridad podríamos tener? Nos parecía más que suficiente, pero las concepciones acerca de la función de una huelga de hambre eran radicalmente distintas. Aquí es necesario explicar las razones de estas diferencias.

La población de la crujía «C», aunque muy heterogénea, puede ser dividida en tres sectores claramente diferenciados: de una parte están los miembros del Partido Comunista, entre los que se encuentran altos dirigentes, cuadros medios y simples militantes de base; de otra estamos los exmiembros del CNH y algunos otros compañeros políticamente afines. Entre nosotros no existe ninguna disciplina de partido, pues no somos una organización, pero nos unifica el lenguaje libre de términos izquierdizoides, el rechazo a todo esquema clásico, la absoluta falta de respeto a cualquiera de los soles rojos, grandes timoneles, estrellas matutinas, *Virgo potens (ora pro nobis)*, *Virgo veneranda (ora pro nobis)*, *Virgo predicanda (ora pro nobis)*, *Virgo clemens*, etc., y, además, la violencia (sólo verbal, por supuesto) contra los camaradas peces. Todos estamos de acuerdo en que la mejor propaganda en contra del socialismo (después, claro está, de la política soviética interior y exterior) son esos indescriptibles horrores llamados Pekín Informa, China Reconstruye, Voz Obrera y otras decenas más de periodiquitos. En México, después de ver, el 1.º de mayo, los retratos de Díaz Ordaz que cuelgan desde las azoteas del Departamento Central hasta el suelo, nadie puede imaginar un espectáculo semejante con otro rostro ¡y en nombre del socialismo!, sin sentir escalofrío.

El tercer sector está constituido en su mayoría por muchachos que pasaban frente a un tranvía en llamas en el preciso momento en que los granaderos cercaban el lugar; otro qué, cuando se disponía a comer, oyó ruido en la calle, se asomó por la ventana y vio gente corriendo: está aquí porque no resistió la tentación de bajar a ver lo que pasaba; con muy pocas excepciones está constituido por muchachos que no tuvieron participación durante el movimiento estudiantil de 1968. Una de las excepciones es el *Chaparro*, Germán Álvarez, de la prepa 4. Germán se había negado a participar en los sucios manejos que el gobierno planeaba en las preparatorias para escindir el Movimiento. Con los grupos de choque llamados «porras», formados por vagos y delincuentes, se trataba de formar el «Bloque de Preparatorias» que, aunque enarbolaba las mismas demandas que el CNH, lo hacía «sin la intromisión de rojos, comunistas y otros apátridas que sólo deseaban perjudicar al país». La maniobra gubernamental fracasó ruidosamente, a pesar de los viajes pagados a Acapulco, armas y dinero en efectivo. El *Chaparro* no sólo desconoció el «Bloque», sino que combatió abiertamente a las «porras» a pesar de que, en años anteriores, él había pertenecido a la de su preparatoria y destacado en ella. La actitud del *Chaparro* no fue oportunista ni temporal y le valió el especial encarnizamiento de la policía. Una noche fue asaltada la Prepa 4 y el *Chaparro* detenido.

Aunque Germán está decidido a colaborar seriamente en la erradicación de las nefastas «porras», él mismo no ha logrado superar, posiblemente debido a su edad, las características personales comunes a todo miembro de una pandilla

juvenil: la susceptibilidad y la desconfianza. Propiciado por estas características personales y por la natural discreción con que nosotros tratamos algunos asuntos, los cuales nunca comunicamos o lo hacemos hasta que nos parece conveniente, empezó a crecer un resentimiento entre los muchachos del tercer sector. Alentó tal resentimiento el inocultable sentimiento de inferioridad que algunos mostraban en cada una de sus bromas, exclamaciones y en todo su trato. Podemos resumir su disgusto en que se sentían rechazados por los «líderes». En concreto, se trataba de un conflicto de autoridad. Ciertamente nosotros no íbamos a permitir que estuviera presente cualquier desconocido al tratar algún asunto de importancia, y menos sabiendo que de aquí sale información fresca y directa a la Procaduría; pero, cuando el tema era intrascendente y cualquiera podía escucharlo tampoco los íbamos a andar buscando para platicar con ellos, a menos que, como en el caso del *Chaparro*, nos importara su opinión. No era una actitud «aristocratizante», sino que, como es obvio, uno habla con quien tiene alguna afinidad y no lo hace con quienes siente extraños y sin intereses comunes, aunque sean chismes y tonterías. En fin el *Chaparro* pudo escoger: ser uno más, entre iguales o líder entre muchachos con menos experiencia que él. Escogió lo segundo. Aunque fue en torno a él como se organizó el tercer sector, su liderazgo no resistió la prueba de la huelga de hambre y se vio pronto muy disminuido.

Cuando supimos que la veintena de muchachos que estaban en la cárcel por razones literalmente «circunstanciales» se habían organizado, sin decir nada, para lanzarse a una huelga de hambre, nos pareció muy bien. Ya no tendríamos que convencerlos de la necesidad de usar ese medio, sólo teníamos que ponernos de acuerdo en una fecha.

No era la primera vez que se hablaba de iniciar una huelga de hambre. Ya antes, en octubre, se había mencionado la posibilidad; pero entonces llegó el ofrecimiento, hecho directamente por el procurador de la República, de que podíamos quedar en libertad si aceptábamos salir al extranjero. En vista de que afuera las condiciones organizativas eran realmente deplorables (no podíamos ni soñar con un embajador secuestrado), y de que por nuestros cargos podemos esperar sentencias cercanas a los treinta años de prisión, decidimos aceptar la proposición.

Al gobierno le urgía dar una solución al problema que representan 150 presos políticos y la del exilio «voluntario», aunque hubiera producido tardías protestas, tenía sus aspectos favorables para el gobierno; pero se llevó a efecto con una pasmosa ineptitud: en primer lugar hablaron de que tendríamos que salir del país todos, hecho que, si era injusto en cualquier caso, lo era doblemente tratándose de los detenidos «circunstanciales»; entre los cuales, además, se encontraban algunos

que no sólo estaban incapacitados para pagar el viaje, sino aun para subsistir en el extranjero. Por este motivo retrasamos los trámites hasta que nos dijeran que estos compañeros podían quedarse. En segundo lugar, todos los gastos debían ser pagados por nosotros y, como ninguno tenía cinco o diez mil pesos en su celda, recurrimos a la única fuente: nuestras escuelas; pero, con este motivo, en unas cuantas horas fue del dominio público un hecho que la Procuraduría necesitaba ocultar a toda costa.

Todos volvimos a nuestra rutina diaria, a excepción de algunas clases que ya no volvieron a darse y de un seminario que estábamos iniciando. Pero hizo falta un mes para que renaciera la interrumpida preocupación por la huelga.

A fines de noviembre supimos que los «organizados», como ellos mismos se hacían llamar, habían decidido iniciar «su» huelga de hambre el 1.º de diciembre y que pronto nos avisarían oficialmente por si queríamos entrar todos. La concepción de la huelga como medida política era, desde su inicio, radicalmente distinta. Para entonces aún no salían las discrepancias con los del PC.

Nosotros estábamos convencidos de que con la huelga de hambre no sólo no saldríamos libres, sino que, en caso de que el gobierno tuviera intención de soltar un grupo en Navidad, como el año anterior, estando en huelga no saldría nadie. En este sentido la huelga era contraproducente. Pero lo que nos importaba al lanzarnos a la huelga era la creación de un estímulo central, único, en torno al cual los Comités de Lucha pudieran organizarse y salir del estancamiento en que permanecían todas las direcciones estudiantiles. Queríamos una movilización en la Universidad, el IPN y en otras instituciones de educación. Queríamos que las direcciones, un tanto vacilantes, cobraran confianza en sus propias fuerzas o fueran creadas en los lugares donde prácticamente habían dejado de existir y, sobre todo, que los estudiantes, sector al que pertenecíamos y hacia el que estábamos obligados, reunificaran sus fuerzas, hasta entonces dispersas por la represión y la falta de una dirección homogénea. De muchas escuelas llegaban muestras de la inquietud que reinaba en el medio estudiantil. Algunos Comités de Lucha nos pidieron, meses antes, que no precipitáramos la formación de nuevas direcciones con una huelga de hambre. Servirá para después, espérense. Y nos habíamos esperado para no hacer abortar las direcciones en formación. En diciembre aún era apresurado pero ya se podía hacer... si hubieran estado en clases. A principios de año se haría sentir con más fuerza la inquietud en muchas escuelas y, aunque habría mejores direcciones en algunas, no serían capaces de unificar a todos los estudiantes por no poseer aún suficiente autoridad. Había dos posibilidades: una, que entonces tuviéramos un movimiento espontáneo, fácilmente reprimible, que acabaría con los últimos vestigios de

organización y dejaría más abatidos los ánimos. Sería el fin por muchos años. Otra, que los Comités de Lucha pusieran a discusión alguna iniciativa en el Comité Coordinador. De esta manera no se sacaría nunca un acuerdo unánime pues el sectarismo había hecho tantos estragos como la represión. Al Coordinador ya no asistían delegados representativos sino, en su gran mayoría, «grillos» desconocidos que pertenecían a todas las sectas de la izquierda y hablaban de todo menos de los problemas que enfrenta una dirección estudiantil. Ninguna iniciativa podía prosperar en el Coordinador pues se respondía con citas de Mao, el Che, o con horas de palabrería. Algunas escuelas ni siquiera tenían representación. Era necesario, pues, un estímulo central, indiscutible. Y ése lo podíamos proporcionar nosotros. Pero en diciembre sólo hay quince días de clases, al principio del mes. Los muchachos no vuelven a clase hasta la primera o segunda semana de enero. Qué sentido tenía una huelga el 1.º de diciembre. Los «organizados» exponían una sola: un compañero, Jessaí, había decidido lanzarse a una huelga personal a principios de noviembre. En diciembre cumpliría un mes y, según expresó uno de los voceros de la «organización», Jessaí había prometido levantar la huelga en cuanto la iniciaran todos ellos; por esa circunstancia estaban «obligados» a empezar cuanto antes pues cada día de retraso era un día más que Jessaí continuaba en huelga de hambre.

A mí me tenía sin cuidado el hambre gratuita de Jessaí y no me merecía ningún respeto su acto suicida. Si deseaba terminarlo de una vez, estaba dispuesto a conseguirle la gasolina y los cerillos. Pero lo que indignaba, era el chantaje de uno y la falsa misericordia de los otros.

Los «organizados» no volvieron a hablar, dieron esta primera, última y única «razón». Luego informaron que la asamblea podía tomar la resolución que quisiera, ellos de cualquier manera empezaban su huelga el 1.º de diciembre. Esto lo dijo el *Chaparro*. No podía encontrarse algo más irracional. En seguida entraron al quite los «pescados». También ellos estaban por diciembre, pero expusieron algunas razones.

Las fundamentales consistían en que Lázaro Cárdenas había pedido nuestra libertad unos días antes, y lo mismo había hecho el obispo de Cuernavaca, Sergio Méndez Arceo. Decía un dirigente del PC, Danzós Palomino que, años atrás, siendo Cárdenas presidente de la República, había dicho a una comisión del PC de la cual formaba parte el mismo Danzós, que exigieran sus derechos usando para ello sus propias fuerzas.

—¡Háganme huelgas!, nos decía Cárdenas —comenta Danzós—. ¡Exijan con manifestaciones, presiones al gobierno! ¡No se confíen sólo en lo que yo pueda hacer! De esta manera, compañeros, nos hablaba Cárdenas. Ahora debemos hacer lo

mismo: apoyar la petición que acaba de hacer, con una huelga de hambre.

En resumen, los argumentos del PC consistían en que dentro del propio gobierno estaban luchando dos tendencias: una porque saliéramos y otra por dejarnos presos. Nosotros teníamos que aprovechar estos esfuerzos y las peticiones de «personalidades democráticas», como Lázaro Cárdenas y Méndez Arceo, con una huelga de hambre. Entonces habló Guevara:

—Miren compañeros, yo no niego ni afirmo lo que acaban de decir Danzós y los otros miembros del partido que han hablado. Puede ser cierto que dentro del gobierno esté sucediendo lo que ellos dicen; es cierto que hay gente «democrática», digamos liberal, que quiere vernos en libertad. Lo mismo podemos decir de los curas que piensan como Méndez Arceo. Pero una cosa sí es cierta: que, exista o no esa lucha interna y esas «personalidades democráticas», ¡esas fuerzas no son nuestras! ¡Ni Lázaro Cárdenas ni Méndez Arceo son nuestra gente! ¡Qué bueno que traten de ayudarnos! Pero nuestra fuerza, ¿dónde está? ¿Cuáles son nuestras propias fuerzas, las que podemos movilizar nosotros, las que ya antes hemos movilizado?: los estudiantes, ¡ésa es nuestra gente! Todo lo demás es ajeno y no tenemos por qué andar haciendo cálculos con piezas que no son nuestras. Si ayudan, muy bien, pero no vamos a confiar en otra cosa que no sean nuestras propias fuerzas. Quienes, dentro del gobierno, estén tratando de ponernos en libertad, lo seguirán haciendo de cualquier manera. Si vamos a confiar en ellos, la huelga en nada beneficia sus esfuerzos, antes perjudica. Pero métanse esto en la cabeza: con la huelga no vamos a salir, al contrario; y los más perjudicados serán precisamente los de la «organización» porque, si esta Navidad saliera gente como el año pasado, serían ellos los liberados, los que la policía sabe que no participaron.

Siguió luego explicando las razones que teníamos para escoger enero. Una cosa quedaba clarísima: nuestra fuerza son los estudiantes y a ellos iba dirigida nuestra huelga de hambre. Con una dirección homogénea que surgiera a raíz de nuestra huelga, los estudiantes podrían enfrentarse al futuro cambio de rector, obtener ventajas académicas, intervenir en la campaña presidencial que se avecinaba. Esto era lo principal, todo lo demás era accesorio.

A los «peces» se les salió decir que no les interesaban los estudiantes, sino todas las «fuerzas democráticas». La afirmación, según el dicho del *Pino*, sonó como balazo en catedral; pero otros «peces» se apresuraron a corregir el despropósito, ya que el único sector libre del control estatal en México es el estudiantil.

Como la intervención de Gilberto había levantado ampolla, los «pescados»

nos dirigieron sus baterías pesadas: habló Gerardo Unzueta. Dijo lo mismo que Danzós pero agregó un previo análisis teórico sobre la «coyuntura». Dijo que nuestra huelga debería «incidir» sobre la coyuntura política que ahora se observaba (todos volteamos asustados a ver el suelo) y que para enero podría haberse cerrado. La tal coyuntura quedaba conformada por las declaraciones de Cárdenas, Méndez Arceo, etc.

Los «organizados», aunque ya habían dicho que la discusión no modificaría sus planes, se retiraron a deliberar. Tras una media hora de deliberaciones, salieron y nos reunimos todos. El *Chaparro* pidió la palabra.

—La «organización» ha decidido —se hizo un silencio— pedirles que no vuelvan a menospreciar a ninguno de sus miembros.

Todos seguíamos a la expectativa. Muy bien que no se les menospreciara, pero qué habían resuelto. Nadie lo preguntaba. El silencio era total en el círculo que formábamos a medio patio. El *Chaparro* para demostrar que ya había terminado, dio un paso atrás. Yo lo miré sin acabar de comprender lo que pasaba.

—¿Es todo? —Le pregunté.

—Sí, es todo —me respondió muy seriamente.

Recordé que el *Pino*, en su intervención, había dicho algo sobre personas que pueden ser muy estimables pero en cuyo criterio no puede confiarse mucho. Por un momento buscó un ejemplo que le pareciera adecuado y cuando, con muy poco tacto señaló a uno, resultó ser un «organizado». A eso se refería el *Chaparro*. Pero, suponíamos nosotros, la respuesta que traerían iba a versar sobre los argumentos expuestos durante toda la tarde; tanto los nuestros como los de los «pescados».

La situación era absurda y el *Chaparro* lo comprendía mejor que nadie. Su respuesta a mi pregunta no había sido muy firme. Otro «organizado» intentó componer un poco la mala impresión, era Andrade.

—Bueno —empezó a decir—, eso no es todo. También tomamos una resolución acerca de...

Lo interrumpieron varios gritos a los que se agregaban otros de «Déjalo hablar». Toda la exasperación acumulada durante una tarde entera de discusión inútil estalló en ese momento. Nos sentíamos mucho más cercanos a los «peces» y sus «coyunturas», a pesar de todo, que a aquellos muchachos que ni siquiera

prestaban atención: sólo el *Chaparro*, Andrade y otros cuantos habían escuchado todas las intervenciones, los demás se metían a sus celdas, platicaban, daban vueltas de uno a otro lugar. De vez en cuando oían tres frases y se retiraban de nuevo. Los del PC habían dado razones, muy discutibles y propias, naturalmente, de sus concepciones políticas; pero razones al fin. Los «organizados» daban una: su compromiso con Jessaí, en el que nadie creía, y al final respondían una cosa sin sentido.

Los gritos impidieron hablar a Andrade. Raúl, que dirigía la asamblea, también lo calló. Algunos pedíamos que se le diera otra vez la palabra. Yo quería saber cuál había sido ese otro acuerdo. Evidentemente era el de sostenerse, junto con los «peces» en la fecha de diciembre; pero estaba seguro de que añadirían algo más, alguna razón propia y quería oírla. No era posible aceptar lo dicho por el *Chaparro* como único resultado de una tarde entera de argumentos, algunos tan claros y contundentes como los expuestos por Gilberto, los cuales no reproduje, ni remotamente, en toda su claridad. La famosa respuesta había indignado a Raúl a tal grado que creí que iba a golpear a Andrade. No pasó nada, pero éste ya no habló y se llevaron su secreto a la tumba.

Después supe, al desaparecer la «organización», que la razón más importante para inclinarse en definitiva por el 1.º de diciembre, como fecha para empezar la huelga de hambre, fue el convencimiento de que, a causa de ella, saldrían en Navidad los menos implicados. Cómo se les metió eso en la cabeza, no lo sé.

La «M» también había tenido su asamblea. La mitad de la crujía: Heberto Castillo y los que la otra mitad llama los «carranclanes», estaban en contra. Todos los demás a favor de la huelga y no veían otra fecha para empezarla que los primeros días de enero, como nosotros.

En la «N», la crujía de los aprehendidos en años anteriores a 1968, estaban en contra todos, excepto tres, porque era un método pasivo de lucha. (Habiendo en la cárcel tantos y tan activos).

Se envió, pues, un recado a la «M» para avisar que en la «C» estábamos 40 contra 20 a favor de diciembre, en vista de lo cual habíamos llegado a una transacción: 30 en diciembre y 30 en enero seleccionados por sorteo. La respuesta de la «M» puso de nuevo la discrepancia sobre el tapete: decían, palabra por palabra, que «nos fuéramos a chingar a nuestras madres y que ellos no aceptaban el acuerdo de que no estábamos de acuerdo». Tenían razón. Volvimos a empezar.

Después de otros dos días, cuando ya había pasado el 1.º de diciembre se tomó el único acuerdo aceptado por todos, más que por convencimiento por cansancio, pues era igualmente absurdo: empezáramos el 10 de diciembre. Para nosotros, los primeros días de huelga, del 10 al 31 de diciembre, eran un desperdicio inútil pero los aceptábamos porque esperábamos poder llegar a enero. Entonces empezarían los efectos de la huelga.

El diez iniciamos la huelga. Todo fuera por la unidad, pues una huelga partida perdía toda su fuerza. Entonces no imaginábamos que duraría 42 días, ni los sucesos que estuvieron a punto de interrumpirla el 1.º de enero.

—Díganle al de «Radio Humanidades» que le baje un poco al volumen —dijo Escudero—. No deja oír.

«Radio Humanidades» es un par de magnavoces instalados en lo alto de la torre.

—Yo voy —respondí levantándome aunque estaba al extremo opuesto de la puerta de salida.

—Espérate, que vaya otro —insistió Osorio.

—Si no me tardo nada —dije—. Vente y trae la llave del yip, sal por este lado.

—¿Filosofía? —Dije levantando el teléfono de la dirección.

—¡Compañeros, el ejército! —Tragó saliva al otro lado del hilo—. ¡El ejér...!

—Sí, sí; qué tiene.

—Que va para allá, para la Ciudad Universitaria, salgan todos.

—Gracias por el aviso. Sí, por supuesto, claro, muy bien, ándale.

Entró Marjorie y puso varios paquetes de papel sobre la alfombra.

—Ya trajeron el papel, pero no tanto como dijiste.

—¿Eso que tienes ahí es todo?

—No, es una parte. Dieron veinte mil hojas.

—¿Veinte mil? Cuando mucho sacaremos cuarenta o sesenta mil volantes. Ni para dos días. Pídele dinero a Enrique.

—Pídeselo tú porque yo ya me enojé con él.

—Está bien, yo lo haré.

—¿Quién llamaba?

—Nadie; que otra vez viene el ejército. Vamos a ver cuánto dinero hay.

—¿Tienes suficiente tinta?

VII

—O una casa de muros gruesos, techos muy altos y pisos de madera —le dije a Raúl.

—Con una biblioteca, un tocadiscos de poquísima madre y un clavecín —agregó él.

—¡Claro! Un clavecín sería indispensable, y montones de discos.

—Se están quitando la máscara —dijo el *Búho*—; hasta que les descubrí sus tendencias burguesas.

—¿Burguesas? Pero por favor, *Búho* —le respondí—, son simple y llanamente aristocráticas.

—Muy bien, muy bien; ya los voy conociendo.

Pero tú qué haces metido en política, *Lábaro*, decía siempre José Visitación, la exacta copia masculina de Selma. Si todavía me acuerdo de la vergüenza que me hiciste pasar cuando me preguntaste: ¿Quién es Lumbreras? Y yo que te estaba presentando como un gran dirigente estudiantil. ¡El papelazo! Me tuve que tragar la presentacioncita. Ponte a escribir y olvídate de esas danzas que nada tienen que ver contigo. La nariz aguileña y la incipiente papada de Visitación lo hacen ver como un cardenal renacentista y esa impresión se acentúa cuando cruza los dedos sobre el abdomen rechoncho.

—Mejor no hables, *Cardenal* hipocondriaco.

—Ya vas a empezar otra vez —le dijo Selma a Visitación—; deja en paz al *Lábaro*. Tú quisieras verlo escondido debajo de su cama.

—No, pero qué tal debajo de la cama de «la niña de Sudamérica».

—Ése es otro chisme de *Vísit*, Selma.

Que fuéramos a cenar algo, dijo Visitación. Vamos en el carro de Selma. Estaba bien pero que le pusiéramos gasolina. Visit le pone. Pasamos frente a la embajada rusa y Selma tomó por Tacubaya. Estos hijos de Brezhnev y Kosiguin, ¿cuándo les llegará la suya? Cállate, *Labarito*, no insultes a la patria del socialismo; además no tienes derecho a hablar de política después de la metida de pata que diste.

—Luis tiene razón —dijo Selma—, los rusitos de mierda son una porquería. Lo que hicieron en Checoslovaquia no tuvo madre.

—Tú ni hables. Estás resentida porque ya no te invitan a las recepciones desde que tiraste la cama de la embajadora.

—¿Qué...?

—A Visit y a mí ya nunca nos invitan porque nos pusimos a brincotear en la cama de los embajadores hasta que se cayó.

—Síguele, síguele; eso no fue todo. Los dos brincamos pero cuando ya nos habían corrido de la recepción todavía fuiste y te measte sobre la cama.

—Es que me dio mucho coraje que me corrieran —respondió Selma—. Después que me puse tan elegante, con plumas y todo.

Ya es hora de que toque la banda. Aparentemente hay pocos lugares más silenciosos que una cárcel. Eso piensa cualquier gente que no haya estado en Lecumberri, pero la verdad es que no recuerdo otro «domicilio» más ruidoso. A las 6:30 de la mañana toca la banda: diez cornetas increíblemente desafinadas y otros tantos tambores que unos presos tocan por el redondel. Dan tres vueltas y se internan por patios y corredores hasta que se pierde el redoble de los tambores y se oye la última corneta; pero, apenas se acostumbró el oído al tranquilizante silencio que sigue al estruendo, cuando, por el sitio más inesperado, vuelve la banda al redondel y da otras interminables, infinitas, inacabables vueltas. Por fin se hace un bendito silencio. Pero poco después una corneta toca a «rancho» y pasan los carros con que arrastran los peroles de café o atole y los frijoles del día; todavía hay otro toque para romper filas en todos los «dormitorios», como llama la dirección a las crujiás. Nosotros no nos formamos desde hace más de un año. La primera vez que dejamos de hacerlo fue para protestar por el pago de luz eléctrica que nos obligaban a hacer y porque la dirección estaba instalando alambre de púas electrificado encima de las rejas. Ese día entró el «rondín», que son los vigilantes de guardia, y nos formamos para que pasaran lista. Pero la segunda vez decidimos no formarnos

aunque metieran al «rondín». Como era de esperarse, los alambres electrificados siguieron en su lugar y la dirección mandó poner más, pero dejamos de pagar la luz eléctrica y de levantarnos a las 6:30. Para muchos éste fue el triunfo más importante y se dedicaron a hacerlo valer.

A las nueve hay otro cornetazo para anunciar que son las nueve y se inicia «defensores». A las once toca otra vez la banda, da vueltas en el redondel y cuando ya logró poner a todos los nervios de punta, se calla. Frente al patio de «defensores» toca todos los días un conjunto distinto de presos: hay un trío, un conjunto norteño y un mariachi. La música se acaba a las doce. A la una tocan a «rancho» y pasan los carros con peroles por todo el redondel. ¡Ah!, la banda de las once anuncia que va a llegar a la reja un fulano gritando: ¡el parte, el parte, el parte! A ése hay que darle un papel firmado que diga: población 61, bajas 0, altas 0, total 61. Con eso se calla y se va: es «el parte de las once». A las cuatro la banda vuelve a dar vueltas por el redondel toca y toca. Hay que dar «el parte de las 4»: otro papel firmado por Raúl que diga: población 61, bajas 0, etc. Si uno pone población 0, bajas 61 seguro lo archivan igual. A las seis tocan a «rancho» y pasan los peroles con café o atole y más frijoles, como en la mañana. Poco después pasa otro fulano que viene corriendo de crujía en crujía con una tablita en la mano y un lápiz. Es otro preso «comisionado». A éste no hay que darle ningún «parte», llega gritando: ¿Población?, ¿población?, ¿población?, y ahí se queda hasta que un alma compadecida le grita cualquier número: ¡Cien! ¡Ochenta! ¡Cuarenta y uno! Lo apunta en la tablita y se acerca corriendo a otra crujía. Si el primero en responderle está de malas le grita una mentada de madre y también se va, aunque no la apunta en la tablita. A las ocho vuelve a tocar la banda por el redondel. Cuando acaba se oye otro cornetazo para romper filas, pero como no nos formamos sólo oímos el cornetazo. A las diez tocan «silencio». Al perderse en la lejanía las últimas vibraciones del «silencio» uno cree que por ese día ya se acabó, pero este último toque de corneta indica también el inicio de la guardia nocturna en las murallas. Entonces, desde lo alto de la torre del polígono, que se encuentra en medio del redondel como eje de todas las crujías, un guardia golpea un trozo de metal que suena como bacinilla y los vigilantes de murallas gritan en cadena: ¡Alerta!, cada cuarto de hora. Esta pequeña tortura, combinada entre el cencerro bacinilla que golpean en la torre y los alertas en cadena por toda la muralla se ve frecuentemente amenizada por el radio de transistores que un vigilante enciende bajo mi ventana a todo volumen, sintonizando en «la charrita del cuadrante», y por un guardia que hace gárgaras con un especialísimo: ¡A-ler-ti-taaaaa-a!

Claro, durante todo el día hay otros pequeños y típicos detalles: los graznidos del paletero, el de los tacos, el de las nieves y, recientemente, el de las fresas con

crema en vasito de papel. ¡Ah!, y por supuesto el de las tortillas, quien además vende pastillas de ciclopal y la semana pasada estuvo apandado varios días por un error: gritó ¡Pastillas!, en lugar de ¡Tortillas!

Hoy subió el *Pino* a la celda 38, donde comemos Zama, Pablo y yo. Como siempre, estaba De la Vega visitándonos y había caído Arturo Martínez, que nos llevaba un poco de café. Ya era de noche porque entonces comíamos a las 7:30 más o menos, muy a la francesa, por problemas de distinta índole. El *Pino* llegó acompañado de Gilberto. No era frecuente que subieran a la 38, pero de vez en cuando lo hacían aunque siempre salían disgustados con Pablo si se hablaba de política, y peor cuando se trataba algo acerca del Movimiento. En esta ocasión, como iba el *Pino*, Pablo se vio totalmente imposibilitado para conectar el cabo de alguno de sus rollos. Usó todos sus hábiles recursos, mencionó como de paso Sofía; el alfabeto cirílico que, por cierto, debe su nombre a San Cirilo, ¿verdad?; el barco de concreto que se hundió frente a Veracruz y que, aunque no lo creyéramos, lo había construido un maestro suyo y todos los cálculos indicaban que debería flotar, el país se iba a ahorrar un dineral y pronto se construirían en serie; pero nadie cayó en el lazo, nadie preguntó si el cirílico se parecía al griego o si se haría un nuevo intento para construir barcos de concreto. De la Vega gozaba, como ninguno, ante los frustrados intentos que hacía Pablo por conectar disimuladamente la punta de uno de sus rollos. Todo fue en vano: empezó a hablar el *Pino*, la única persona capaz, no sólo de neutralizar a Pablo, sino de hacerlo huir. Además de una asombrosa capacidad para hilar anécdota tras anécdota durante las horas que sea necesario y sin una sola interrupción, el *Pino* posee otra capacidad, y en grado ilimitado, que pulveriza a Pablo: todas y cada una de las sucesivas anécdotas son acerca de mujeres, violaciones, seducciones, putas, homosexuales, lesbianas, burdeles. En una palabra: sexo, el único tema jamás tocado por Pablo, ausente de todos sus rollos. Un simple chiste medianamente vulgar, dicho por De la Vega, produce el disgusto inmediato de Pablo y su salida de la celda si el chiste se repite. Por supuesto, si es del calibre increíblemente vulgar de «la que no usaba minifalda porque» no se necesita ni repetirlo.

Pablo todavía trataba de conectar uno de sus rollos cuando, inocentemente y sin saber lo que estaba haciendo, empezó a hablar el *Pino* en respuesta a la que fue la última frase pronunciada por Pablo en esa noche. «... Como la decoración del cine Alameda, que imita una plaza al aire libre y hasta tiene estrellitas en el techo...», dijo Pablo y escuchó con creciente terror la respuesta del *Pino*.

—¿Sí? En Mochis hay un cine al aire libre. Cuando estaba yo en secundaria una vez vi que entraba una muchacha con una señora grande, seguro su mamá, y se

sentaban junto a mí. Al rato la muchacha empezó a accionar, me desabrochó el pantalón, sentí la mano que buscaba, sin quitar los ojos de la pantalla. Pero, hubieras visto, loquito, a los pocos días fue llegando con su marido a mi casa, iban a comer porque eran amigos de mis papás. Yo me subí a mi cuarto, pura madre que bajo, dije. Y mi papá: ¡*Pino*, ya está servido! ¡*Pino*, vente a comer, y yo encerrado! Por fin bajé.

—Y ella, ¿cómo estaba? —le pregunté.

—¿Ella? ¡Ni se inmutó! ¡Le valió madre! Si hasta me hacía plática en la mesa.

Pablo jugaba distraídamente con un cuchillo bajo la mirada insoslayable y burlona de De la Vega. De alguna manera, imposible de reproducir, el *Pino* pasa con toda naturalidad a la ley que dictó un presidente municipal de Los Mochis prohibiendo a las parejas estar en los cañaverales.

—Ninguno había hecho antes «el desorbitado intento» —dice el *Pino*— pero éste se atrevió. Las patrullas vigilaban los drenes del sistema de irrigación y echaban los reflectores sobre los carros que veían estacionados al lado de la carretera. Hasta que se encontraron una noche a uno de los políticos más importantes con su secretaria; le quitaron la ropa a la muchacha y no se la querían dar, entonces él sacó una pistola pero los patrulleros lo rociaron. La versión que daba la prensa no se entendía, era completamente ilógica porque estaban tratando de ocultar lo que realmente había sucedido, hasta que la secretaria se aventó a declarar valiéndole madre el mundo.

Luego sigue con el Valle del Fuerte, la Compañía Azucarera, las casitas para los trabajadores y el primer presidente culto que fue elegido en Los Mochis.

—Antes cualquiera llegaba a ver al presidente municipal, había un cuarto lleno de broncos y una peste a león mojado; pero en cuanto llegó el tal Ortiz puso secretaria, recibidor y la chingada. Era una aventura ver al presidente municipal. La Compañía Azucarera le regaló una casa y pronto que la acepta, no se anduvo con muchos rodeos. Hacía años, desde que él se acordaba, sus papás iban al cine todos los lunes con el doctor Ferreira, sin falta y siempre los lunes porque iba menos gente. El lunes en la noche ya sabía yo que se juntaban con el doctor y su señora como a las ocho. Ese día se quedaba en mi casa la Panchita, hermana de nuestra sirvienta. Yo tenía como nueve años y la Panchita quince. Dormíamos en la misma cama y como a las 2 de la madrugada la Panchita me empezaba a sobar, se me subía y se restregaba. Ahí estaba a dale y dale. En adelante todos los lunes me iba a acostar

temprano, en cuanto la veía llegar. Un día le platicué a mi primo, que ya tenía 18 años y me dijo: «¡Cómo serás pendejo!, ¿cuándo van tus papás al cine?». «Pues que el lunes». «Este lunes me quedo». Quedamos en que cuando empezara la Panchita yo dejaría caer un vaso. Y esa noche, como siempre, que empieza a darse sus restregones y yo que dejo caer el vaso. Llegó mi primo, que ya estaba peludo, y nomás le dijo vente para acá, Panchita.

Pablo movía la cafetera, la conectaba y desconectaba, movía la parrilla como si estuviera arreglando la resistencia; todo en silencio, distraído y sin escuchar nada. Por fin, después de un largo rato de indecisión, se salió de la celda. El *Pino* no se dio cuenta de nada, decía que iba a cenar en Insurgentes, ya muy noche y en compañía de un amigo, Felipe. En eso notó que desde un Volkswagen los miraban mucho unos fulanos, como si fueran a echar bronca. Mira, Felipín, le dije; tú nomás me paras al otro, que no se baje del carro y yo me doy con éste. Ni había podido cenar a gusto. Cuando salimos veo que arrancan, se nos emparejan y uno saca la cabeza: «¿Muchachos, no quieren un aventón?». ¡Ah, que la chingada!, y yo pensando que querían bronca. Le di de patadas al carro y desaparecieron.

—Yo a veces pedía un aventón para salir de CU —dice Gilberto— pero un día me di cuenta de que algo raro pasaba porque nomás me subí al carro noté que el muchacho estaba muy nervioso, parecía venir también de CU, le sudaban las manos y estaba pálido, así que, llegando a la colonia del Valle me bajé.

—Pero el de la «grilla» más vulgar le cayó al *Búho* —dije—, pues según cuenta, estaba en una refresquería en la que todas las paredes estaban cubiertas de fotografías. Entonces se le acercó un fulano: «Perdone, joven, ese de la foto, ¿qué no es Pedro Infante?».

—¿Pedro Infante? —pregunta Gilberto y suelta la risa.

—No —prosigue el *Pino* mientras los demás seguimos riéndonos— si después de las diez ve uno «colas»; un pobre fulano en una esquina y una «cola» de carros ofreciéndole aventón.

—Bueno, no tanto —dice Gilberto.

—¡Ah! ¡Cómo no!

Pablo se aparece en el umbral en el momento en que el *Pino* dice:

—La política es el camino que algunas mujeres siguen para encontrarse con

algunos centímetros de carne cruda.

Pablo da media vuelta y vuelve a salir.

Ahora son como las nueve. Las luces del patio se apagaron y me he puesto a caminar de un extremo al otro. Cuando paso bajo la celda 38 escucho la voz del *Pino* y la risa de Zama. Dentro del Comité de Lucha de Ciencias, el *Pino* estuvo a cargo de finanzas; pero también participó activamente en la dirección de brigadas y a esa circunstancia se debe su detención. Fue aprehendido en un mitin, al día siguiente de que fuimos desalojados del Zócalo. Él y la brigada que efectuaba el mitin fueron acusados del robo de un camión urbano con secuestro del chofer e insultos a la autoridad, este último delito creo que sólo se lo cargan al *Pino*. En su careo con los muchachos el chofer reconoció a todos los que habían tomado el camión, excepto al *Pino*, quien, en efecto, no había subido porque se encontraba en un auto cercano. Después, el mismo chofer declaró que no lo habían secuestrado y que, en vez de robarlo, como decía la acusación, le habían retribuido la cantidad que de otra manera habría perdido al no terminar el viaje. El dueño del camión urbano tampoco los acusaba de robo. ¿Entonces? En otras circunstancias habrían obtenido su inmediata libertad, pero quedaron detenidos hasta diciembre de 68. En ese mes salieron todos por desistimiento de la acción penal, excepto el *Pino*. Aunque ya es el único inculcado, el Ministerio Público parece no encontrar contradicción alguna para seguir sosteniendo el agravante de pandillerismo. Y el desistimiento que benefició al resto de la brigada ¿no significaba que no existía delito alguno que perseguir? El caso del *Pino* es tan claro que las aberraciones jurídicas han tenido que rebasar el límite de la ignominia y el más completo cinismo.

Hace un rato llovió y se siente un poco de frío. En el centro del patio se hace un charco. Camino por un lado y regreso por el otro: desde la reja hasta la pared del fondo. Hace una semana vengo dando vueltas a una duda que no he podido resolver: ¿Qué pasó cuando, en agosto de 1968, hace un año, estuvieron a punto de iniciarse las pláticas con el gobierno a raíz de las declaraciones de Echeverría el 22 de agosto? No logro recordar los sucesos de los días siguientes. El 27 fue la manifestación más grande y, por la madrugada, intervino el ejército para desalojar la guardia dejada en el Zócalo. Con este hecho se rompió toda posibilidad de diálogo, pero ¿qué pasó en esos cinco días?

Primero hubo un fallido intento de entablar pláticas con una organización estudiantil gobiernista y «charra»: la FNET. Era la conocida táctica del «monólogo mexicano»: parece que hablan dos cuando en realidad sólo hay uno, el gobierno. La maniobra era tan burda que nadie cayó en ella. El director del IPN nombró a cinco

maestros para que asistieran, junto con los delegados «estudiantiles» de la FNET, a las conversaciones con Corona del Rosal, que supuestamente solucionarían el conflicto; pero los maestros rechazaron el encargo expresando, además, que lo hacían porque era «un intento para dividir al estudiantado puesto que la proposición no estaba dirigida a los estudiantes del IPN, UNAM, Chapingo y demás escuelas en paro sino solamente al director del Politécnico». Con esa renuncia la posición del doctor Massieu quedó peor que nunca y el gobierno perdió la esperanza de ganar por sorpresa.

Ese mismo día, 17 de agosto, apareció la declaración del Consejo Universitario en la que la máxima autoridad universitaria se solidarizaba con las peticiones hechas por el CNH al gobierno de la República. Oficialmente, con todo su prestigio y autoridad moral, el Consejo Universitario apoyaba las demandas que sectores cada vez más amplios de la población hacían suyas. Yo me había logrado colar a la sesión y en cuanto el rector puso a discusión el asunto pedí la palabra para explicar algunos puntos que acababan de ser determinados en el CNH y que podrían facilitar la discusión en el seno del Consejo Universitario. Como yo no era consejero se resolvió darme la palabra al final. El ambiente en que se desarrollaba la sesión era todo lo contrario de lo acostumbrado en el CNH: los directores de facultades e institutos de investigación se sentaban junto al consejero maestro de la misma facultad y el consejero alumno, de corbata, buscaba un lugar alejado para mantener las apariencias. Las mujeres iban con peinado de salón y vestido de coctel, los hombres todos de corbata. En el estrado se encontraban el rector, el secretario general y otras autoridades. Una mesa larga, cubierta con los colores de la Universidad y dos grandes escudos bordados que siempre se ponen tras el rector en donde quiera que se encuentre (como la bandera de la reina de Inglaterra), completaban el decorado del salón de sesiones que tenía todas las luces encendidas y olía a cuero de butacas, alfombras y perfume de señoras. Mi intervención causó un discreto rumor. El director de la Facultad de Filosofía y el consejero maestro se mostraban especialmente inquietos pues ni siquiera esperaban encontrarme en tal lugar. Al consejero alumno no lo conocí ni entonces ni después. Hablar al finalizar ese punto ya no tenía mucho objeto, pero lo hice porque, con tanto aparato, intervenciones a favor de que se me permitiera hablar, votación y todo lo demás, me sentía obligado a hacerlo. En el CNH todo era muy distinto pero también, cuando le llegaba a uno el turno para hablar después de una espera de dos horas tomaba la palabra aunque ya hubiera olvidado para qué la había pedido.

Unos días después vino el mitin llamado «diálogo con los diputados» al que no asistió ningún diputado, como se esperaba. Hasta aquí está claro. Fue el 22 cuando habló el secretario de Gobernación, Luis Echeverría y dijo: «El gobierno de

la República está en la mejor disposición de recibir a los representantes de los maestros y estudiantes de la UNAM, del IPN y de otros centros educativos vinculados al problema existente, para cambiar impresiones con ellos y conocer en forma directa las demandas que formulen y las sugerencias que hagan, a fin de resolver en definitiva el conflicto que ha vivido nuestra capital en las últimas semanas y que ha afectado en realidad, en mayor o menor grado, a todos sus habitantes».

Todas las escuelas en huelga hicieron saber al día siguiente que: «Los 250 mil estudiantes y maestros en huelga por la consecución de nuestro pliego petitorio de seis puntos hemos conocido de la iniciativa del Poder Ejecutivo... Confiamos en que ahora el diálogo público en el que desde un principio hemos insistido no sea de nuevo rehuído... A la mayor brevedad posible el gobierno de la República tiene la obligación de solucionar este problema y para ello debe fijar, lugar, fecha y hora para iniciar las pláticas con la única condición de que sean públicas».

En el transcurso de ese mismo día se recibió una comunicación telefónica de la Secretaría de Gobernación dirigida tanto al CNH como a la Coalición de maestros: el gobierno aceptaba el debate público con base en el pliego de seis puntos. La Coalición y el CNH publicaron al día siguiente que se habían recibido dichos mensajes. La Coalición dejaba como único representante del Movimiento ante las autoridades al CNH y éste respondía que después de recibir la comunicación telefónica se estaba estableciendo contacto con las autoridades por el mismo medio.

El 26, un día antes de la nueva manifestación, el CNH informa que se han integrado seis comisiones encargadas de fundamentar cada una de las seis peticiones. El gobierno aún no responde en cuanto al lugar, la fecha y la hora en que se iniciarían las pláticas, como se le ha estado pidiendo reiteradamente. Durante esos cinco días, del 22 al 27 de agosto, ¿qué pasó en el Consejo?

Los representantes enviados por las distintas escuelas en huelga al Consejo habían formado un organismo terriblemente heterogéneo que integraban aproximadamente 200 delegados o más. Desde el primer día salieron a relucir algunas discrepancias que más tarde cobraron una importancia mayor.

En la Universidad ha sido prácticamente imposible cohesionar una dirección estudiantil auténtica y única porque esta tarea trae consigo dos problemas, uno organizativo y otro ideológico. El primero se supera con un grupo de gente empeñosa y decidida a trabajar, pero el segundo es mucho más difícil de tratar. Entre los estudiantes universitarios es frecuente la militancia política en cualquiera de las

muchas facciones que constituyen la izquierda. Los trotskistas, maoístas, guevaristas, etc., forman una inextricable red de divisiones, subdivisiones, reacomodamientos y matices que hacen imposible su integración orgánica bajo una sola dirección; o digamos que no es imposible, pero que hasta ahora no ha sido posible lograrla. Por esta misma causa no es posible que en la Universidad surja un líder único, reconocido por todos los grupos políticos, ya que la honestidad e inteligencia de una persona no pueden ser suficientes para convencer a todas las facciones de que, además, posee la línea política adecuada. Como el desarrollo final de esta línea conduce a analizar las diferentes concepciones que sobre la revolución socialista en México se tienen, podemos concluir que el acuerdo es muy difícil de lograr. En el Politécnico la situación es muy distinta. La tradición universitaria del «grupo político estudiantil» es casi inexistente. Las representaciones estudiantiles son amplias, con escasa o ninguna base ideológica y mucho más fuertes que en la Universidad; tratan de conseguir ventajas académicas, mejoras materiales y administrativas; pocas veces de hacer adeptos. De aquí resulta un mayor desarrollo ideológico en la Universidad, unido a representaciones aisladas, débiles y con poca influencia que en el IPN, por el contrario, se caracterizan por su arraigo y poder de decisión sobre los estudiantes aunque, por su escasa formación ideológica, son fácilmente asimilables al PRI. Por estas razones no sólo son fuertes las representaciones estudiantiles, sino que los líderes surgen sustentados en toda la población de una escuela y fácilmente se integra una representación homogénea entre distintas escuelas. Prueba de lo anterior son el Comité Coordinador de la Universidad y su respectivo equivalente en el Politécnico. Estos organismos constituían niveles secundarios de decisión sometidos al CNH, pero relativamente autónomos dentro de sus propias instituciones. Por lo general estaban constituidos por los mismos delegados que asistían al CNH aunque también era frecuente que los delegados se intercambiaran. Al Coordinador de la Universidad habían llegado los dirigentes más destacados de los diferentes grupos políticos que actuaban en las escuelas. El Coordinador del Poli estaba formado por delegados más representativos del estudiante medio politécnico. Las sesiones del primero eran casi tan largas y cansadas como las del CNH, las del segundo duraban unos cuantos minutos. En el primero se daba un continuo enfrentamiento entre diversas corrientes de la izquierda y no se aceptaba ningún tipo de liderazgo ni se permitía su posible surgimiento. En el segundo pesaba mucho la opinión de dos delegados: Raúl Álvarez, de Ciencias Físico-Matemáticas y Sócrates Amado Campos, de Economía. El acuerdo de los dos era en la práctica el acuerdo de la mayoría.

Cuando tomar una decisión les había exigido tan poco tiempo y les parecía tan lógica, los politécnicos recibían con exasperación la renuncia universitaria a aceptar el acuerdo sin antes revisarlo, analizarlo y sopesarlo. No entendían que

después de varias horas de discusión los universitarios no quedaron convencidos de algo que, al tratarlo en el Coordinador del Poli, había parecido evidente.

La tensión aumentó. Los universitarios se sintieron obligados, en muchos casos, a politizar a los politécnicos y pasaron a explicar distintas tendencias filosóficas, métodos revolucionarios, etc. Durante horas no se hablaba de la próxima manifestación, sino de Lenin, Marcuse, la pugna chino-soviética, el imperialismo y otros temas que ponían a la mayoría de los delegados al borde de un estallido.

En el fondo de este intento de politización se encontraba una concepción radicalmente distinta del movimiento: para la mayoría de los delegados, incluyendo a casi todos los politécnicos, se trataba de obtener exclusivamente la satisfacción de las demandas; para los universitarios, fundamentalmente los de Humanidades, se trataba de demostrar que el gobierno era incapaz de resolver las demandas pues era crecientemente reaccionario y rígido, por lo mismo, la principal tarea del CNH consistía en dar al Movimiento la ideología adecuada para prepararlo en determinados principios revolucionarios.

El natural recelo que produjeron en ambas partes las dos concepciones políticas diferentes nunca hubiera adquirido el nivel que alcanzó de no intervenir otros factores, en apariencia triviales, pero que agravaron las diferencias y separaron al Consejo mucho más de lo que lo hacían las razones políticas.

Ya en muchas ocasiones la izquierda se había visto desbancada por oportunistas que adquirirían notoriedad durante un conflicto estudiantil. La última experiencia no estaba muy lejana: en 1966, hacía apenas dos años, los principales dirigentes de un movimiento proreforma universitaria, habían acabado por entregar las escuelas y la Rectoría cuando el precio fue suficientemente alto. Uno de ellos, miembro de la dirección nacional de la Juventud Comunista, sección juvenil del PCM y presidente de la CNED, terminó por entrar al PRI. Ahora la izquierda se sentía en minoría y la fuerza en juego era mucho mayor. No se trataba de una universidad, sino de todas las instituciones educativas del DF y las más importantes de provincia. Únicamente faltaban por adherirse las universidades de los estados que se rigen por el calendario «B» e inician el año lectivo en septiembre. Estábamos a fines de agosto y el gobierno parecía a punto de ceder. Una manifestación sucedía a otra y cada vez eran más grandes. Se contaban por cientos de miles los asistentes. Los padres de familia tenían una participación cada vez más activa; en los sindicatos la presión obrera contra los «charros» era cada día mayor; los burócratas participaban de diferentes maneras; los electricistas y ferrocarrileros intervenían de manera creciente; todos los días llegaban delegaciones de campesinos, locatarios de

los mercados, miembros de la oposición sindical contra los «charros» a dar su apoyo al Consejo y a pedir ayuda. Unos informaban de tierras ocupadas, otros de asambleas celebradas a pesar de los pistoleros a sueldo. De provincia llegaban delegaciones de universidades e institutos que se sumaban a la huelga; las carreteras estaban cerradas por el ejército para impedir la llegada de numerosas delegaciones provenientes del interior de la República; las manifestaciones y mítines programados por el CNH se repetían en todas las ciudades importantes del territorio nacional. El secretario de Gobernación informaba que el gobierno estaba dispuesto a dialogar, pero el Consejo, desconfiando de cualquier trato con las autoridades, insistía: diálogo público o nada. No queremos «pláticas de recámara». Ésta era la única posición honesta. Pero ¿en verdad no había «pláticas de recámara»? Nos veíamos unos a otros. Si a uno le habían ofrecido una entrevista personal con algún funcionario del gobierno, se la habrían ofrecido a otros; yo dije que no, pensaba cada uno, pero ¿también los demás se negarían? ¿Me habré quedado al margen? Ésta era la pregunta de muchos y, sobre todo, de la siempre marginada y minoritaria izquierda.

Las características personales de algunos delegados, precisamente los más conocidos por los estudiantes y las autoridades, no eran para tranquilizar. Todo el mundo conocía a Marcelino Perelló como miembro del CNH e igualmente a Sócrates Amado. Marcelino no disimulaba su notorio exhibicionismo: ¿Quién le daba el derecho a dirigir, siempre, las conferencias de prensa del CNH? Cuando se anunciaba una conferencia, el CNH nombraba a seis o más personas para intervenir. Naturalmente eran elegidos los delegados que representaban facciones dentro del Consejo y de esta manera todos los demás se sentían representados; pero las conferencias de prensa se hacían con una mínima agenda previa y un solo micrófono que se instalaba en el centro de la mesa. Marcelino, invariablemente, se sentaba en el centro, frente al micrófono y procedía a dirigir la Conferencia dando la palabra a los demás conferencistas cuando lo juzgaba conveniente. Esto sucedió en todas las conferencias de prensa que el CNH dio durante dos meses. De esta manera ante la opinión pública, surgió como «líder del Consejo», carácter que jamás tuvo internamente.

Sócrates hacía lo mismo, pero en los mítines. Era el eterno y nunca elegido «maestro de ceremonias». Después del 27 de agosto se le prohibió expresamente que volviera a tomar el micrófono en un mitin y, no obstante la censura del CNH, siguió apoderándose del micrófono al menor descuido. En la atmósfera caldeada por las diferencias políticas, ¿qué efecto podían tener estas actitudes? La desconfianza era mucho mayor cuando se agregaba que Sócrates era uno de los dirigentes más importantes del Poli y, a los ojos de los universitarios, el que marcaba con Raúl

Álvarez la línea seguida por todo el IPN y un bloque de escuelas mayoritario dentro del CNH. Marcelino, delegado de una facultad universitaria, la de Ciencias, que invariablemente votaba con el bloque del IPN, era además miembro de la Juventud Comunista y ya dijimos que un antecesor suyo de mucha mayor jerarquía, dirigente de la huelga de 1966, había acabado en el PRI. ¿Qué se podía esperar de Marcelino, tan conocido como su antecesor por las razones que ya vimos, pero con una fuerza de alcance nacional en las manos? Otro delegado de Ciencias, Gilberto Guevara, pudo haber suavizado las reservas que producía Marcelino, pero antes que hacerlo empeoró las relaciones. Recuerdo en este momento un reciente comentario de un amigo de Gilberto que le tiene gran estimación y a pesar de ello me decía hace poco: es que él hiere y no se te olvida. Eso es absolutamente cierto. A pesar de la explosiva atmósfera del CNH, Gilberto empezó por saludar a Romeo, delegado de Ciencias Políticas y tal vez el más caracterizado representante del grupo «desconfiado» con un: ¿Cómo estás, mierdita?, que después se reflejaba en las furiosas intervenciones de Romeo en el Consejo. Un hecho aislado podría no tener importancia, pero la verdad es que toda la actitud de Gilberto reflejaba un completo desprecio por las posiciones que no coincidían con las de Ciencias y el Poli. Ya no se trataba de la hasta cierto punto, natural exasperación por las intervenciones politizadoras de algunos universitarios, sino de un insultante desprecio y un gesto agrio que levantaba un muro infranqueable. Pudo no ser de importancia, pero en las circunstancias descritas, con la desconfianza mutua y la inexplicable conducta de Marcelino y Sócrates, lo fue. En Raúl Álvarez, el líder politécnico que los universitarios considerábamos coautor, con Sócrates, de la línea política del IPN, se veía una actitud parecida a la de Gilberto: insoportablemente despectiva y, peor aún, autosuficiente. En esos momentos la autosuficiencia era traducida de inmediato en nuevos motivos de aprehensión. Un delegado de Humanidades trató de hablar en una ocasión con ellos y volvió con aspecto preocupado:

—Acabo de hablar con Guevara —hizo una larga pausa y prosiguió—, esta gente ya conoce el desenlace.

—¿Por qué lo crees? —Pregunté.

—Hubieras estado ahí: traté de hablar con ellos, quise oír su opinión acerca de la actitud del gobierno, hablar sin formalidades, como con gente que anda en lo mismo y no necesita explicarse ciertas cosas; hubieras oído la sorna con que contestaban a cada pregunta, el tono de burla cuando yo aventuraba una opinión acerca del posible desenlace, de si cedería a no el gobierno. No rebatían nada, no respondían; aquello no era un diálogo, era un imbécil diciendo tonterías frente a gente que ya sabe, desde ahora, el final.

El tiempo demostró que no era cierto: ningún miembro del Consejo conocía de antemano el resultado final, pero al mismo tiempo comprobó también que sí hubo un delegado deshonesto, Ajax Segura, sin lugar a dudas. Todavía ahora no alcanzamos a explicarnos las increíbles declaraciones de Sócrates ni su complemento perfecto: las de Marcelino Perelló; las entrevistas de este último con diversos funcionarios del gobierno cuando el Consejo proclamaba a los cuatro vientos el diálogo público como único medio de parlamentar, sus afirmaciones sobre Tlatelolco, lugar en donde no estuvo; su llamado a clases, tan aplaudido por el gobierno y por el Partido Comunista. Resultó, en fin, que Marcelino sí, pero Gilberto no. Que Sócrates sí, pero no Raúl. Y entonces, en agosto, en septiembre, ¿cuál era la diferencia? Para todos, la Facultad de Ciencias tenía dos delegados exactamente iguales en su representatividad: Marcelino Perelló y Gilberto Guevara. Igualmente, el Politécnico tenía dos líderes notables, los dos pesaban en el ánimo de toda la delegación politécnica, los dos hacían intervenciones que cambiaban el curso de una sesión: Sócrates, de Economía, y Raúl Álvarez, de Físico-Matemáticas. Entre los miembros de cada par sólo había una diferencia: Sócrates y Marcelino eran perfectamente accesibles y no hacían gala de ser poseedores del camino correcto. Como se ve, las diferencias entonces observables favorecían a quienes menos lo merecieron. Yo no conocía especialmente a ninguno de los cuatro.

Las palabras del compañero de Humanidades no me extrañaron por los nombres que mencionaba sino porque, a pesar de todas las precauciones, había sucedido: otra vez, como en años anteriores, un grupo tomaba la dirección y establecía condiciones para la solución del conflicto que no eran las discutidas en común dentro del Consejo. Sin embargo, no había ninguna prueba de que tal cosa hubiera sucedido. Era sólo un temor con fundamentos muy subjetivos, pero que no dejaba de ser molesto. En Filosofía nunca se mencionaron estas dificultades, aunque tampoco se hizo ningún intento por destruir el rumor. Hicimos lo único que en estos casos es válido: callarnos y esperar. Fue en Ciencias donde se hizo público el rumor que, hasta donde yo sé, sólo había llegado a los delegados del Consejo y a la grilla de los grupos políticos. En una asamblea, el Comité de Lucha llamó a rendir cuentas a prácticamente todo el Coordinador de la Universidad. Ahí no se aclaró nada, como era evidente. Ni siquiera la acusación era clara. Yo pensé que era contra Romeo y llegué nada más a ver, después resultó que era contra todos. Pero ¿exactamente de qué debíamos responder? La mesa de debates no lograba centrar la asamblea porque no precisaba los cargos ni el consecuente castigo. ¿Cuál iba a ser éste? Los cargos consistían en que se habían propalado desagradables rumores. Era verdad, así había sucedido y ni con todas las circunstancias relatadas arriba se puede justificar a quienes los iniciaron e hicieron circular. Pero ¿qué podía dictaminar la asamblea de la Facultad de Ciencias? El Comité de Lucha podía tomar las medidas que

considerara pertinentes, está claro; ¿y la asamblea? Los únicos sonrientes cuando acusados y acusadores balbucían frases deshilvanadas y confusas acerca de vaguedades, eran los miembros del fascista MURO, que contemplaban el desagradable incidente.

Las llamadas telefónicas para establecer comunicación con diversas oficinas gubernamentales elevaron el recelo y la suspicacia a niveles que nunca habían alcanzado. Esa noche representábamos a Filosofía, Roberto Escudero y yo. Ninguno de los dos estaba de acuerdo en dejar las llamadas sin respuesta. El argumento expuesto por algunos delegados, en particular el de la Escuela Normal de Maestros y el de Ciencias Políticas, nos parecía un pretexto insostenible. Según éstos y otros delegados más, no debíamos telefonar a los números que nos habían dejado ya que las llamadas hechas al Consejo y a la Coalición no habían sido públicas.

Teníamos un mes pidiendo diálogo público para resolver las demandas, y de Gobernación respondían: Está bien, el gobierno acepta, llamen a estos números para establecer las condiciones, ¿qué había que hacer? Pues coger el teléfono, marcar el número dado y decir: ¿Bueno?, hablo para ver lo del diálogo, en dónde y cuándo. Eso era todo. Pero, claro está, ni la llamada al Consejo, ni la que hiciéramos en respuesta se podían considerar diálogo público. Esgrimir este pretexto para pedir que no se contestara era, obviamente, una necedad que encubría la verdadera causa de la oposición: la mayor parte de quienes se oponían estaban convencidos de no poseer la suficiente fuerza, dentro del Consejo, como para ser elegidos representantes a las pláticas. Durante horas, como en Bizancio se discutía cuántos ángeles caben en la punta de un alfiler, en el CNH se discutió, hasta la madrugada, si una llamada telefónica puede considerarse pública o no. Escudero se levantó y dijo: «Pero si lo único que vamos a decir por teléfono es: Estamos de acuerdo, digan en qué sitio nos vemos y digan uno que garantice publicidad porque si no, no vamos». Por fin se hizo un intento de redacción para un manifiesto anunciando que habíamos recibido una llamada telefónica y que responderíamos por la misma vía.

Cuando fracasó el argumento de la no publicidad se usó otro: que no estábamos preparados para sostener un diálogo con el gobierno. Como transacción se tomó el acuerdo de publicar el desplegado anunciando que estábamos en contacto telefónico con Gobernación y al mismo tiempo nombrar seis comisiones, una por cada punto del pliego, para que se encargaran de preparar el diálogo mientras el gobierno respondía.

La reunión en la celda 38 se acababa de terminar. Ya hace más de una hora que estoy caminando de un extremo a otro de la crujía. En este tiempo y a este paso

hubiera llegado de CU hasta mi casa, por Insurgentes. Muchas veces lo hice, a esta misma hora, en agosto y después de llover. Ya siento los pies fríos y húmedos. ¿Tenía realmente intención el gobierno de entablar pláticas? Yo creo que sí, pero no públicas. La prueba fue que respondieron, pero cuando se les pidió que señalaran el lugar y la fecha nunca lo hicieron. Querían lo que siempre han logrado en los conflictos de los últimos treinta años: «pláticas de recámara». Ya tengo sueño y hace frío. No recuerdo cuándo fue la última vez que caminé hasta mi casa desde CU; pero no fue en este mes, hace un año, porque entonces aprehendían a todo el que se descuidara. Yo estaba viviendo en el octavo piso de la Torre de Humanidades, en un pasillo angosto cuya puerta cerraba para no oír el ajetreo de las brigadas que hacían volantes en mimeógrafo. Cerrando todas las puertas, el pasillito se convertía en un cuarto estrecho con paredes de madera y la misma alfombra roja que se extendía por todas las oficinas adyacentes, usadas también para dormir. Yo creo que nunca estuvimos más cerca de obtener el triunfo que en esos cinco días del 22 al 27 de agosto, pero el gobierno esperaba que cediéramos en un punto en el que no podíamos transigir: el diálogo debía ser público.

—Por favor deja de manejar en esta forma, Enrique; nos pueden detener por una tontería. Mira, ahí cabemos, estacionate. Con el hambre que tengo.

—Ya, ya; por una vueltecita en dos ruedas. No, mamacita, yo llegué primero.

—Déjala que se meta, pues.

—¿Y por qué? Si está refeando la pinche vieja.

VIII

—Estoy engordando como un sapo —dijo José Visitación mientras esperábamos que saliera nuestro contingente—. *Lábaro*, ponte en medio de nosotros para que te cuidemos.

—Sí, no vaya a ser que nos lo roben —respondió Selma.

Acabábamos de recorrer, en el Volkswagen de Osorio, todas las avenidas por donde pasaría la manifestación. Estaban sin tráfico y llenas de gente como si se esperara un desfile. En las banquetas había vendedores de algodón de azúcar, palomitas, globos. Por todo el centro de la ciudad la gente transitaba a media calle. Cinco de Mayo, Juárez, el Paseo de la Reforma: parecían las fiestas patrias.

En la primera manifestación avanzábamos por Insurgentes, a la cabeza iba el rector y las autoridades universitarias. ¡Únete, pue-blo! ¡Únete, pue-blo! ¡Únete, pue-blo!

—¡Únete, cue-ro!, ¡únete cue-ro!

—¿Qué dices, Selma?

—¡Únete, cue-ro!

El «cuero» estaba recargado en un auto, viendo pasar la manifestación. Cuando llegamos nosotros se incorporó.

—Selma: mi hermano. Arturo: ésta es Selma.

—Mucho gusto, Selma.

—Ay, no sabes, *Lábaro*; la pena que me dio esa vez. Yo qué iba a saber. Y por cierto, ¿no va a venir?

—Seguro, nos alcanzará más adelante.

—Ojalá que llueva para empaparnos —dijo José Visitación mirando distraídamente al cielo.

—Es un deseo reaccionario, proimperialista y burgués; pero también me gustaría —dijo Selma.

Era la manifestación del 27 de agosto. Desde horas antes de que iniciáramos el recorrido, uno o dos helicópteros volaban en círculo sobre nosotros. De vez en cuando hacían provocadores descensos, casi sobre nuestras cabezas; nos dejaban inmóviles por unos segundos y enseguida se iniciaban los insultos, los gritos, los ademanes contra el helicóptero que se alejaba.

—Son unos puercos —dijo José Visitación y se tomó una pastilla.

Son las once de la mañana y Selma no ha llegado. El domingo hay que levantarse temprano para alcanzar vapor en el baño pues, aunque más tarde vuelven a ponerlo, ya se encuentra uno en el patio visitas conocidas. El sábado lavamos las celdas, sacudimos, limpiamos; al anochecer se lava el piso de la crujía con jabón y baldes de agua. Todos preparamos un uniforme limpio y una camisa. A las ocho y media ya estaba vestido, pero son las once y aún no llega nadie. Acaba de empezar el toque de las once. Subí a mi celda porque ya me empieza a poner de mal humor la espera: Creí que esta semana vendría mi mamá pero ayer me dijo Arturo que vendrá hasta el próximo fin de semana.

En cuanto pasó la banda se abrió la reja de la crujía y vi entrar a Selma y a Paz. Por lo visto ya se reconciliaron.

—¿No iba a venir Luz? —le pregunté mientras le quitaba de las manos la canasta en que trae la comida.

—Sí, vino con nosotras pero se quedó en la «M». Te traje ensalada con eneldo y una carne que me sale muy buena.

—¡Qué rico! ¿En la «M»? ¿A quién conoce ahí?

—Hasta hace poco, a nadie; pero le echó el ojo a uno y ya ves que donde Luz pone el ojo pone las nalgas.

—¡Pero qué vulgar puede ser esta mujer! —dijo Paz—. ¡Qué manera de hablar!

—¿Ya viste tu crisantemo? —me preguntó Selma sin responder a Paz—. ¿Te

gustan blancos?

—Me gustan todos.

Le corté un poco y lo puse en un vaso con agua. Puse la canasta a un lado y destapé algunos recipientes. Qué rico estaba y la carne se veía tan buena, si lo había hecho Luisa. Lo había hecho Selma. Dónde encontraba un refresco, dijo Paz, ya no soportaba este calor de mayo, que cuándo llovería.

—El viernes vi a José Visitación —dijo Selma.

—Ayer por la mañana me platicó Arturo que fueron al cine los tres.

—También llevamos a Paz, ¿verdad Paz?

Toda la noche la habían estado fregando y no volvería a salir con ellos.

—Ay, Paz, si te encantaba, —dijo Selma. Eso era lo que pensaban pero ya la tenían aburrida y no saldría más con ellos.

—Ayer me platicó Arturo lo de las firmas de Cuauhtémoc...

—¿Qué? ¿Cuáles firmas?

—No te hagas, Paz; si tú también lo has andado diciendo —respondió Selma—, que *Vísit* empezó a recoger firmas para la liberación de los presos políticos cuando Cortés encarceló a Cuauhtémoc.

Al rato dijo Selma que ya tenía hambre y llevamos la canasta a la 38 para calentar la comida. Osorio también había llegado y venía con Irma.

—Oye *Lábaro*, ¿te acuerdas de cuando fuimos al valle?

—Cómo no me voy a acordar. Me gustó mucho. Es pasando Toluca —le dije a Selma—, está completamente cultivado y por todas partes lo rodean montañas; sólo hay un paso para entrar. Esa tarde, cuando estuvimos en casa de Osorio, hacía frío porque no dejaba de llover; pero hubieras visto cómo habían quedado, en las colinas más bajas, unos cordones de nubes pegados a la humedad del suelo.

—Pues si lo vieras en este tiempo, *Lábaro*, te quedarías a vivir ahí.

—Me gustaría pasar una temporada, por lo menos.

—Ya sabes, en cuanto salgas.

—Sí claro, díganle que sí.

Mientras se calentaba la comida salí un rato con Irma y Osorio al barandal. Abajo estaban jugando la hija de Goded y la de Raúl. Tienen unos dos años y siempre están rodeadas de muchachos que las quieren cargar y jugar con ellas.

Que ella había estado muy contenta, decía Irma, y si me acordaba de Bribiesca, toda la tarde tocando la guitarra. Sí, y también de cuando casi se la rompimos en la cabeza durante una de tus fiestas. Ay, *Lábaro*, qué pena le había dado; pero la culpa la tuvieron mis hijos que se apoderaron de mi fiesta de cumpleaños. Si no estorbaríamos el paso aquí parados, preguntó Osorio.

—Buenas tardes, compañeros. Señora, con permiso, ¿sería tan amable?

Nos hicimos a un lado para que pasara pero decidió detenerse y hacer conversación. Irma volteó a verme con una interrogación en la mirada y yo levanté los hombros.

—¿Cómo han estado? ¿Bien?, qué bueno. ¿Vienen a ver a Luis?

—Sí —dijo Irma con una gran sonrisa—, venimos a verlo.

—¡Qué bien! Bueno, yo los dejo. Sigán platicando. Hasta luego, señora. Con permiso y disculpen.

Irma y Osorio se me quedaron viendo. De dónde había salido, si era «pescado», de qué escuela. Era el *Plus*, dije como si eso lo explicara todo, y que tenía escamas hasta para industrializarlas; pero era buena gente. Sí debía serlo, respondió Irma. ¿Por qué no entrábamos?, ya se sentía mucho calor.

Puse los platos en la mesa y empecé a servir. Irma quería muy poquito y ah, antes que se le olvidara, me mandaba saludar su hijo Yuri.

—Se me había olvidado preguntarte, *Lábaro*, ¿qué pasó con eso de que se salieron de la crujía?

—¡Cómo! —exclamó Paz—. Yo no sabía nada.

—Fue la semana pasada —respondí, parece que el calor de mayo también le afecta a la Dirección porque fue una tontería lo que hicieron. Llamaron a Raúl desde temprano con el pretexto de que es el «encargado» de la crujía, así que a nadie le extrañó que saliera. Pero pasó toda la mañana y no volvía. Cuando nos dimos cuenta fue porque lo buscaba Saúl para que firmara un papel y no lo encontró. Al poco rato oímos gritos en el redondel: los de la «M» se habían salido de su crujía y se amontonaban en una reja que atraviesa el redondel cerca de nuestra crujía. Gritaban que habían sacado a Sócrates y no sabían dónde estaba hasta el momento. Al oír aquello muchos dieron media vuelta y regresaron a sus celdas. Nosotros estábamos comiendo, así que regresé para informarle a Zama y a Pablo que no aparecía Sócrates. Unos cuantos siguieron parados junto a la reja de la crujía respondiendo a los gritos de los que habían salido. Alguien recordó que Raúl había salido desde muy temprano y el *Chale* agregó que también él lo había buscado sin encontrarlo. En menos de cinco minutos, después de revisar rápidamente las celdas, ya estábamos todos sacudiendo la reja de la crujía. Nuestra primera reacción fue gritar a los vigilantes y al polígono que abrieran el candado, cosa que nunca harían; pero, al gritar, seguíamos sacudiendo la reja y pronto se rompió el candado. Salimos al redondel cuando ya la vigilancia estaba cerrando la reja que lo comunica con un patio ancho, al fondo del cual se encuentran las oficinas de la Dirección y las crujías «H» e «I», únicas completamente separadas del redondel. Como esta segunda reja ya estaba cerrada y el candado, mejor que el anterior, no cedía ante las sacudidas de la reja, empezamos a trepar y bajamos por el otro lado. El vigilante que guardaba la llave se negaba a abrir. ¡Abra!, al fin que aunque no lo haga nos vamos a saltar. Mire cómo lo estamos haciendo. El vigilante respondía: pues brínquense también, pero no abro. Llegamos a la subdirección, que estaba vacía, y a un lado, en la crujía «I», vimos a Raúl y a Sócrates. Para entonces ya habían llegado también los de la «N» y traían un marro. Con él rompimos el candado de la «I» y sacamos a los secuestrados. José Revueltas y Arturo Martínez, que desde su detención habían sido encarcelados en la «I», se encontraban también junto a la reja. Revueltas prefirió quedarse, pero Arturo Martínez salió y desde entonces se encuentra en la «C». Frente a la «I», en la crujía «H», se encontraba Rafael Estrada Villa, exdiputado del Partido Popular Socialista, detenido bajo la acusación de estar formando guerrillas. Entramos también a la «H» para sacar a Estrada Villa, pero éste se negó a salir.

Cuando esto sucedía ya una compañía entera de vigilantes guardaba la puertecita que comunica con otra parte de la cárcel a la que ningún preso tiene acceso. En todas las azoteas podían verse ametralladoras listas para entrar en acción al menor intento, por parte nuestra, de abrir esa puerta. Regresamos con los secuestrados y con Arturo Martínez. Alguien decía vámonos, vámonos, indicando la puertita, pero pronto lo callamos.

A los tres días llegó el rondín para ofrecernos un día de campo extra. Todos corrieron a ponerse sus *shorts* y salieron con balones de fut y de voli. A los que nos encontrábamos en «defensores» nos preguntaban que si queríamos volver a la crujía o ir al campo. Sólo unos pocos nos quedamos, pues no teníamos ganas de ir al campo deportivo. Al rato llegaron unos soldadores con un soplete y pusieron una barra corrediza para atrancar la reja y un nuevo enrejado para estrechar más los barrotes. Los que estábamos dentro nos dedicamos a mirar cómo soldaban el nuevo cerrojo; a nadie le pareció necesario tratar de impedirlo. Creo que ni se nos ocurrió. Después pusieron, sobre la reja que nos brincamos, una hilera de ganchos agudos muy apretados, pues todos habíamos cabido entre el tope anterior de la reja. Encima de los ganchos están poniendo alambre de púas electrizado.

—Pero eso es un peligro —dijo Selma.

—¡Claro que lo es! Imagínate que un hilo toque la reja. Es algo muy posible ya que el primer alambre está a unos diez centímetros de los ganchos que acaban de poner en el tope. Además, parece que están convencidos de que la solución es poner más rejas pues ya abrieron la pared para colocar otra a escasos tres metros de la que nos saltamos.

—Come —dijo Selma—, es ensalada con eneldo.

—Ya comí. ¿Quieren café? Mejor no tomamos porque ya no deben tardar Pablo y su familia. Si quieren tráiganse sus refrescos.

Al bajar nos encontramos a Pablo que subía con varios amigos y familiares. Que ya les habíamos dejado limpio, les dijo Selma y saludó a la novia de Pablo.

En la celda empezaron a platicar Irma y Selma. Osorio me preguntaba si había pensado en que volviera a suceder algo semejante.

—¿Y que nos estén esperando? Sí, ya lo hemos comentado. Ahora nos conocen un lado flaco. Quedamos de ir a la enfermería para hablar con los de la «M» y la «N».

—¿A la enfermería?

—Te he platicado antes que la enfermería es lugar de cita diaria entre las tres crujías. Primero se usaba para tratar algún asunto que requería comunicación personal, pero ahora ya se ha convertido en fuga diaria. Se va nada más a platicar. Si quieres ver a alguien, le mandas recado para que vaya tal día. El lugar es bonito pues hay árboles y unos jardincitos que son la zona más verde que vemos. No es

desagradable. Algunos se pasan toda la mañana bajo los árboles platicando con los que llegan. Ya le mandé decir a Romeo y a Tayde que vayan el lunes para cambiar impresiones. Si alguna vez nos quieren preparar una «sorpresa» pueden hacerlo con el método de hoy. Lo malo es que no será exactamente igual y de seguro usarán un señuelo auténtico.

El patio se había llenado de niños y en las mesas de cemento que se encuentran en el centro del patio comían grupos de amigos con todas las visitas de cada uno. Las señoras atendían la mesa y ofrecían los diferentes guisos que habían llevado. Salí a caminar un rato con Selma. En todas las puertas había letreros con la pintura escurrida.

—Y ahora por qué están pintadas las puertas.

—Vagancias de los «vampiros».

—¿De quiénes?

—De los «vampiros». Los que duermen de día y salen de noche a estar fregando. Empezaron con guerras de bolillos: todo el día juntaban bolillos para jugar en la noche. Después ya no fue sólo pan sino que guardaban comida agria, tomates, huevos. Habías de ver cómo queda el patio después de una novecita de guerras. Los que salen ganando son los que viven arriba. A veces arrojan hasta papayas enteras.

—¡Un papayazo en la cabeza! Eso lo quisiera ver —exclamó Selma.

—Ahora están en decadencia las guerras desde que se obligó a barrer, todas las mañanas, a quienes participaran por la noche. La «pinta» de puertas fue mucho más calmada. Todo empezó porque el *Chaparro* estaba pintando de rosa su celda y le puso un letrero al vecino. Yo todavía andaba «rodando» y al rato estábamos pintando todas las puertas con letreros y caricaturas. Después salió Raúl porque oyó cuando nos acercamos a su puerta, luego llegó Zama y así se fueron agregando hasta que sólo faltaron los más grandes que, por supuesto, fueron los únicos que protestaron al otro día. Algunos letreros eran muy buenos pero ya los lavamos.

Como los hombres salen a las tres de la tarde y las mujeres a las cuatro, se despidió Osorio e Irma se quedó un rato más.

A las cuatro empezó a tocar la banda las marchas de domingo y salieron todas las visitas. Nos formamos para pasar lista y esperamos hasta que entraron dos

vigilantes y nos contaron. Al romper la formación varios comentaron que, como protesta por los alambres electrificados debíamos dejar de formarnos y, de paso, no pagar la luz.

—Subamos a esa 38 para hacer café —dijo De la Vega en cuanto rompimos filas.

—Me parece muy bien; pero trae galletas.

—¿Algo más, que-ri-do?

—Por lo pronto, nada más. Ahora, que si tienes algo que puedas ofrecer puedes traerlo y nadie se opondrá.

Después de la visita de los domingos se produce un fulminante «carcelazo» que deja el patio vacío. Todo el mundo se duerme o se encierra a platicar para resistir toda la tarde. Pero en cuanto oscurece se abren las puertas y pronto se forman pequeños grupos junto a la reja y alrededor de la jardinera que se encuentra al frente de la crujía. Ya ha pasado lo peor, ahora se ven frescos y animados; es hora de poner la televisión y esperar a que empiece el programa de Al Munday.

Mientras oscurece hacemos café y De la Vega trae sus galletas. Pablo se fue a dormir, así que sólo llega Zama y al poco rato aparece también el *Pirata*.

—Pasa, Piratiux — dice De la Vega.

—¿Qué tienen de comer?

Que si quería galletas. Dijo de la Vega. No, algo más sólido. Mira, no iba a empezar con exigencias; podía sentarse y tomar café. Ándale, ándale, no te quedes ahí parado. Bueno, nos daría chance. Transcurrieron unos segundos y que ya se quería ir a su casa, dijo el *Pirata*.

—Pero, si el que nada debe, nada teme, ¿o no? —preguntó irónicamente De la Vega.

Al *Pirata* lo habían aprehendido porque cuando vio llegar a los granaderos, mientras veía quemarse un tranvía, un amigo corrió y le dijo que hiciera lo mismo, pero el *Pirata* se negó a hacerlo: ¿Por qué si el que nada debe, nada teme?, respondió y siguió mirando el tranvía hasta que lo subieron a una «panel».

Que si había venido Selma, preguntó Zama. Sí. Y si había sido ella a quien le destrozaron su auto en la manifestación del 27. Sí; pero no el 27 de agosto, sino el 13 de septiembre, en la silenciosa. Ah, yo tenía razón, la confusión se debía a que las dos habían salido de Chapultepec.

—Fueron las que más me gustaron —dije.

—La silenciosa debe haber sido impresionante.

—Muchísimo, pero la del 27 fue más grande. En todos los diarios de la tarde venía en primera plana que se realizaría una manifestación, ese día, desde Chapultepec al Zócalo. Poco antes de las cinco, hora a que estaba citada, yo recorrí las avenidas señaladas para el trayecto: el Paseo de la Reforma, Juárez, Cinco de Mayo. En todas se había suspendido el tráfico desde muy temprano y la gente circulaba a media calle como si hubiera fiesta. En el mismo Zócalo ya había mucha gente esperando, y eso que aún tardaría varias horas en llegar la manifestación. Sobre el área del Museo de Antropología, punto de cita señalado por el Consejo, volaba constantemente un helicóptero. En cuanto iniciamos la marcha toda la gente que esperaba nuestro paso empezó a sumarse a la columna. Varios contingentes, entre ellos el de Filosofía, iban cubiertos de banderas rojas. Nosotros llevábamos, además, una gran bandera roja al frente, junto a la tricolor. Selma se moría de ganas por llevarla y, pasando la columna de la Independencia, le quitó la bandera a María Elena, quien la había llevado desde un principio, y no la soltó hasta llegar al Zócalo aunque casi sacaba la lengua de cansancio. Yo me quedé con ella más tarde. El Paseo de la Reforma estaba cubierto a todo lo ancho por autos y camiones, encima de los cuales la gente gritaba y aplaudía. El paso junto a la columna de la Independencia era impresionante porque se veía gente encimada desde la orilla del prado hasta las partes más altas de la base de la columna. A donde volteara uno veía un mar de cabezas, manos que aplaudían y gente que se apresuraba a integrarse a los contingentes. A pesar de que la avenida Juárez también era un tumulto incontenible fue más emocionante la llegada a Cinco de Mayo porque en la esquina con San Juan de Letrán, donde la acera es muy alta, nos esperaba una multitud de mujeres, tal vez maestras, por su aspecto, quienes, en cuanto oyeron la porra de ¡el pueblo al poder!, y vieron ondear encima la masa compacta de banderas rojas se pusieron de pie y empezaron a aplaudir sin parar. Todas tenían lágrimas en los ojos y algunas no podían contenerlas pues les llegaban hasta las mejillas. No supe quiénes eran, pero no vi gente más emocionada.

—Ustedes siquiera están por algo —comentó el *Pirata* lacónicamente.

—Y en cuanto doblamos la esquina para entrar a Cinco de Mayo nos esperaba lo mejor: las campanas de la catedral echadas a vuelo y todas las luces encendidas. Entramos al Zócalo como si fuera en un sueño; la anterior manifestación había sido muy grande, alrededor de un cuarto de millón y, con todo, no habíamos llenado ni la mitad de la gigantesca plaza que es el Zócalo; ahora estaba totalmente lleno y aún faltaba la mitad de los contingentes, pues Filosofía iba en medio. Avanzamos hasta quedar frente a Palacio Nacional. Filosofía llevaba un yip de la Universidad y yo aproveché para subirme en el toldo con la bandera roja que habíamos llevado al frente durante todo el recorrido. Desde arriba veía que ya el Zócalo estaba lleno de un lado a otro y seguía entrando gente. En la lejana desembocadura de Cinco de Mayo se veían mantas, carteles, banderas que no alcanzaban a explicarme dónde encontraban acomodo. Al voltear hacia la calle de Guatemala, mucho más cercana, noté que también salía gran cantidad de gente con rumbo a Lecumberri. Recordé que se pensaba hacer un mitin frente a la cárcel. Ésta era la explicación de que pudieran seguir entrando otros contingentes que parecían no terminar nunca.

Ya el mitin llevaba más de una hora y la corriente no cesaba de entrar. Junto a mí estaba un camión del Poli. Los muchachos se habían sentado en el techo, encendieron el reflector lateral y lo lanzaron sobre Palacio. Casualmente, al dirigir la luz hacia la azotea, iluminaron de lleno a un soldado: ¡asesino!, se oyó gritar y un solo rugido llenó el Zócalo: ¡asesino! El yip se balanceó. Era como estar en medio de un estadio cuando gritan ¡gol!, pero aquí eran diez estadios juntos. Se volvió a balancear el yip. Creí que una compacta masa humana se estrellaría contra los muros de Palacio; pero casi no era posible moverse. Desde el micrófono, el Consejo ordenó calma y los politécnicos apagaron el reflector. Prosiguió el mitin. Cuando estaba a punto de finalizar, salimos en el yip por Pino Suárez y, al tomar 16 de Septiembre, paralela a Juárez, vimos en cada bocacalle que seguían pasando los últimos contingentes. Eran las diez de la noche: durante cuatro horas o más había estado entrando gente al Zócalo.

Salimos para ir a comprar tortas y cigarros, pues se había decidido dejar una guardia permanente en el Zócalo hasta el día 1.º de septiembre en que el presidente de la República informa al pueblo de México acerca de la administración pública en ese año. Sócrates, otra vez dueño del micrófono, preguntó a una multitud de un millón de personas en dónde quería el diálogo público y cientos de miles de gargantas corearon ¡Zócalo! ¡Zócalo! Sócrates decidió en ese momento que estaba bien, se haría como lo habían pedido, y puso fecha: nos quedaríamos ahí hasta el 1.º de septiembre, el diálogo público tendría lugar en esas condiciones y con el presidente en persona. Tal resolución tenía un solo defecto: un millón de personas no iban a esperar cuatro días de pie aunque hubieran gritado Zócalo cuando Sócrates

preguntó dónde querían el diálogo. Se dejó una guardia de cinco mil estudiantes que ya no representaban ningún problema si el gobierno decidía usar la fuerza para desalojarlos. Como sucedió.

En cuanto llegamos con los alimentos vimos que se habían encendido hogueras y se instalaban tiendas de campaña con lonas. Había un cerco mantenido por agentes de tránsito pero era posible entrar y salir del Zócalo. Entregamos las tortas y los cigarros, pero faltaban mantas. Estuvimos un rato con los compañeros que se calentaban junto a las hogueras y luego dimos un vistazo a las demás guardias. Sobre la plaza misma había gran cantidad de vehículos que maniobraban con cuidado entre los campamentos. Bajamos de la plaza y a bordo del yip tomamos por la calzada de Tlalpan para ir a comprar más alimentos y conseguir mantas. Con rumbo hacia el Zócalo avanzaba una fila de transportes militares ocupados por guardias presidenciales. Estábamos acostumbrados a ver por toda la ciudad movimiento de tropas sin que ello significara un peligro inminente. Por esta razón decidimos apresurar las compras y volver inmediatamente al Zócalo, pero no regresamos de inmediato.

Salíamos de una pequeña fonda en Insurgentes cuando vimos que pasaban varios autos a toda velocidad. Uno de ellos se detuvo y bajaron varios muchachos con aspecto de estudiantes que tiraron unas bolsas con alimentos en un bote de basura. ¡Son de las guardias! ¡Acaba de pasar algo!, le dije a Enrique y a Osorio. Rápidamente subimos al Volkswagen que ahora traíamos y nos dirigimos hacia el Paseo de la Reforma, dimos vuelta en dirección al «Caballito» y frenamos: hacia nosotros venía una gran cantidad de autos en desorden y gente corriendo a pie. Eran entre la una y las dos de la madrugada, Reforma estaba totalmente vacía en muchas cuadras, ni un auto, ni un peatón; sólo las luces blancas sobre el pavimento, semiocultas por el follaje de los árboles. Pero pasadas esas cuadras de silencio y luces inmóviles venían a nuestro encuentro autobuses del IPN y la UNAM con muchachos colgados en el estribo, autos repletos, camionetas y gente a pie que no dejaba de correr y trataba de subirse a cualquier vehículo. Por Insurgentes norte se acercaba un tropel similar. En pocos segundos nos envolvieron por enfrente y por un costado. El ejército había desalojado las guardias. Hacía un cuarto de hora que se había escuchado por los altavoces de Palacio la orden para levantar las guardias y abandonar el Zócalo. Las guardias no se movieron. Pasados unos minutos se escuchó un nuevo aviso y en seguida se abrieron las puertas de Palacio Nacional. Del interior salieron tanques que desalojaron por la fuerza a las guardias. ¡A CU!, ¡a CU!, gritaba un auto que pasaba a mayor velocidad. Todos doblamos por Insurgentes hacia el sur y no paramos hasta llegar a CU. El auditorio Justo Sierra estaba lleno a reventar. Eran las tres de la madrugada. Empezaron a tomar la palabra

algunos oradores indignados. Se hablaba de una posible ocupación de la Ciudad Universitaria. La asamblea no podía tener ningún plan concreto. Ahí estaban varios miles de personas, algunas eran estudiantes, otras no. Obviamente teníamos también policías y provocadores. Las intervenciones los delataban, pero la indignación que en ese momento imperaba también podía ser causa y hacía disculpable cualquier desvarío, aunque no por eso era menos peligrosa una intervención que caldeara los ánimos para hacer luego una proposición «radical». Teníamos que dar una solución, pues tampoco se podía pedirles que se fueran a su casa y se olvidaran del asunto cuando estaban exigiendo medidas concretas para responder a la agresión del ejército. Se decidió, muy atinadamente, pedir a los miembros del CNH que se encontraban presentes que salieran del auditorio y se reunieran en la dirección de la Facultad «para tomar una decisión». De esta manera la asamblea tenía que esperar a que el Consejo estudiara la situación y las posibles medidas. En el auditorio la gente permaneció mucho más calmada y poco a poco se fue retirando a sus escuelas, o salió de CU. Después de todo, el Consejo ya se hallaba reunido y daría muy pronto con la medida adecuada.

—Y ustedes, ¿qué hicieron? ¡Pinche De Alba, qué boleta! —preguntó De la Vega.

—¿Nosotros? Pues reunirnos en la dirección, como se había dicho. Ahí nos estuvimos viendo un buen rato las caras, sentados en la alfombra y decidimos...

—¿Qué? —insistió De la Vega—. ¡Oh! ¡Dilo ya! ¡Qué decidieron!

—Pues qué había de ser, que nos habían partido la madre y que no tenía objeto seguir durmiéndonos en la alfombra cuando cada quien podía hacerlo en su escuela con mayor comodidad.

—¡Son las nueve! —exclamó Zama—. Por poco se nos pasa.

—Chavalos, ahora sólo queda una cosa por hacer: ver Al Munday.

IX

—Es precioso, Selma. Amor y Psiquis. De veras me gusta mucho. Nunca lo vi en tu casa.

En esta penumbra, donde las rosas de seda se deshojan lentamente sobre un amor alado y femenino que besa a Psiquis tocándola apenas, mientras con la punta del pie desnudo le hace señas que la sonrojan y ella voltea sorprendida (tan francés, tan cursi) creo que sí te quiero, pero con el amor de los que ya no esperan mucho, de los que no exigen pasiones ni amores incandescentes. Te quiero de una manera distinta: no pienso en ti noche y día, no me quitas el sueño; pero son muchos los detalles minúsculos que me hacen pensar en ti, siempre amablemente, tiernamente. A pesar de que no es el mío ese amor ardiente para el cual es un sufrimiento insoportable la ausencia, creo que sí te necesito por lo menos dos días a la semana. No sé si será mejor esto que esas pasiones tan esperadas, tan deseadas, pero tan fugaces que terminan siempre dejándonos convencidos de que, en realidad, no existieron nunca más que en nuestro deseo, en nuestra necesidad y urgencia; y como no existen, o no llegan, las creamos.

A veces creo que es muy triste encontrar por pedazos lo que se busca: el cuerpo deseado, la cara imaginada, los ojos, la boca; la inteligencia esperada, los gustos compartidos, la intensidad en la relación mutua, la respuesta. Es triste descubrir que cada aspecto corresponde a una persona distinta. ¿Estaremos condenados a ser perpetuamente promiscuos?

—No me gusta esto, no sé en qué podrá acabar pero va a ser desagradable. Este gentío no respeta nada, ya ven lo que pasó con el teatro Odeón en París.

—Por favor, Vísit; vas a empezar con lo mismo —protestó Osorio desde el volante—. Olvida tus malditas aprensiones. Sólo tú eres capaz de preguntarle al embajador de Francia que si cree necesario festejar el día en que, hace casi 200 años «la chusma empezó a hacer de las suyas y todavía no puede parar», como hiciste en julio.

—Sí, ¿verdad? —Se rió con ganas José Visitación—. La cara que había puesto aquella viejecita como avestruz que no lograba mantener en su lugar el escote y al

oír aquello lo había soltado en el peor momento. ¡Qué espectáculo! ¡Vaya facha!

—Yo lo único que temo es que en una de éstas se nos echen encima con todo su poder y nos aplasten. ¿Por qué no dejas a alguien en tu lugar, *Lábaro*? Te lo digo como tu abuelito.

No le contesté. Me molestaba el tema porque muchas veces lo habíamos discutido: volverían a ser los mismos argumentos y las mismas respuestas. José Visitación se sintió molesto por la falta de respuesta.

—A veces —dijo—, no sé si me pareces muy admirable o muy imbécil. Pero puede que tengas razón. Lo que pasa es que nadie entiende muy bien lo que estamos viviendo. Yo creo que ni siquiera ustedes, quienes se supone que son los dirigentes. ¿Tú crees que tanta gente se mueve para destituir a un jefe de policía? A mí eso no me importa gran cosa.

Pronto serán las seis de la tarde. Hace cinco minutos estaba en la celda 38, nuestra cocina, lavando los últimos trastes. La puerta estaba cerrada y fue oscureciendo sin que yo lo sintiera hasta que tuve que encender la luz. Terminé de lavar. Estaba solo.

Barrí un poco aunque ya lo había hecho al mediodía y no estaba sucio. Me entretuve en acomodar algunos botes y cambiar otros de sitio: todo ello sin sentido, sólo para hacer algo. Cuando conecté el cable a tierra para encender la luz, el foco de vidrio sin esmerilar se quedó balanceando largo rato. Acabé. Todo estaba limpio como las cocinas de las casas por la tarde, antes de la cena. Sobre la litera cubierta por una colchoneta que nos sirve de asiento para comer, estaba el libro que leo todas las mañanas, hace tiempo, sin poderlo terminar: *El significado del significado*. Creo que pensé ponerme a leer; pero antes de siquiera intentarlo, de pie junto a la puerta cerrada, mientras el foco transparente se seguía balanceando y por la ventana, al fondo de la celda, podía verse que aún era de día, recordé cómo son las mañanas; el libro que siempre leo temprano estaba donde lo había dejado a las diez de la mañana, seguí de pie frente a la puerta cerrada, sin abrirla. La celda está junto a las grandes rejas pintadas de verde que dan al redondel. Este pasillo circular que une todas las crujías es como una calle: por ahí pasan los presos que venden tostadas, tortas, paletas. Temprano siempre hay sol y al abrir la puerta entra hasta la celda. Sentado en el extremo de la litera, junto a la puerta, veo esta calle interna por donde siempre circulan presos que tienen alguna comisión. Antes del mediodía los muchachos salen continuamente para ir a «defensores», el patio con bancas y refrigerador de coca-colas, donde se recibe a los familiares. Como hace calor los

muchachos andan en *shorts* o bermudas que se han hecho cortando el uniforme, cosa que jamás se había visto en Lecumberri; ya nadie usa la gorra reglamentaria ni se abotona la chamarra, y los vigilantes acabaron por cansarse: han dejado de reclamar. La crujía está llena de ruido, casi todos están jugando y asoleándose hasta que les gritan que van a «defensores», entonces se ponen la chamarra y salen corriendo. Yo siempre intento leer a esa hora *El significado del significado*; pero, sin variar, me distraigo viendo la «calle» y los presos que pasan por ahí. Luego toca la banda y las cornetas siempre desafinan. A veces me llaman también a mí y ahí termino la lectura. Cuando no recibo visita, acabo por salir a sentarme sobre el barandal hasta que me arde la piel por el sol. Tenemos una jardinera con helechos, un pino, otras plantas y un rosal que ya floreció. También las cebollas florecieron. Yo no conocía sus flores, ni me imaginaba que las tuvieran: son ramitos transparentes y delicados que tardan muchos días en abrirse. Desde el barandal veo la rosa y toda la jardinera llena de sol. Los ramos de las cebollas brillan junto a la rosa. Todos se llaman a gritos y no se deja de oír un momento el bote de la pelota de básquet y el ruido del aro metálico al fondo de la crujía. Más tarde se agrega la música que toca un conjunto de presos frente al patio de defensores: casi siempre danzones.

En la celda, limpia y arreglada, con el piso mojado por el agua que escurrió de los platos, se reflejan en los muros las estrías brillantes del foco que se mece. No, a esta hora no podría leer. Abro por fin la puerta y salgo hasta el barandal. Pronto serán las siete, pero la tarde está clara. Hay mucho viento y el cielo empieza a tener un poco de ese color de rosa, sucio y alto que siempre es tan triste.

Es extraño, pero en el patio no hay nadie, ni jugando dominó en las mesas de cemento, ni básquet al fondo. Tampoco se oye ruido, ni voces ni gritos. El redondel está igualmente vacío; sólo el vigilante, sentado frente a la reja, se da vuelta para verme. Hace viento y un poco de frío. Las nubes están muy altas y esfumadas. Pasa un rato. Aguzo el oído y sólo escucho, muy lejos, la trompeta del conjunto que por las mañanas toca en «defensores». No distingo la melodía. Parece que es «Amapola». Sí, desafinada y lenta, pero es «Amapola». Volteo y alcanzo a ver que alguien entra en una celda caminando despacio. No oí ningún ruido. Puedo ver la rosa, pero no las flores de cebolla. El vigilante me sigue mirando. De pronto me siento atravesado por la presencia de ese patio vacío, la rosa, el cielo opaco, tan alto que da una extraña sensación de ausencia. Al mirar arriba podría estar flotando fuera de este patio, lejos de «Amapola», de esta luz mortecina. Y la jardinera, las bancas de cemento, la rosa, el foco que se mece más fuerte a mi espalda dentro de la celda con platos limpios y comida fría dentro de botes tapados y bien alineados, no existirían ya sino como un remoto punto al que es difícil llegar: una rosa en un patio que ya es sólo un recuerdo. Intenso y presente como el barandal al que estoy cogido, como el vigilante que me

sigue mirando, el silencio sigue sin romperse. Podría bajar corriendo y meterme al cuarto en penumbra donde muchos ven televisión, totalmente ajenos a lo que aquí afuera sucede en este momento; pero por una especial complacencia hago más doloroso este instante observando cada objeto, cada mancha en la pared, cada cuarteadura en las losas, los cables en la azotea dibujados contra el cielo frío y movidos por el viento: todos los detalles que son únicos, irrepetibles, inaccesibles y que seguirán aquí cuando para mí ya sólo sean un recuerdo.

Bajé las escaleras de metal muy lentamente. Al pasar junto al cuarto de la televisión oí que estaba encendida. Atravesé el patio vacío, pensando en que detrás de muchas puertas habría una pequeña reunión donde se platicaría, o estaría alguien leyendo. En otra ocasión habría entrado pero no ahora. Al llegar a mi celda me crucé con el que hacía un momento había alcanzado a ver desde arriba. Sonrió y dijo algo. Yo empecé a escribir. Poco a poco se fueron oyendo voces, pasos, unos botes a la pelota y un golpe en el aro de metal. Desde mi celda se escucha el tráfico de la calle, la verdadera, los cambios en los camiones, a veces algún claxon, en realidad se oye mucho de lo que sucede en la calle. Pienso en los semáforos, la gente en la banqueta, en los cafés, en sus casas; veo el interior de un auto cuando alguien enciende el radio, el que va al volante hace sonar el claxon cuando la luz cambia a verde y suena como el que ahora he oído, son los pequeños actos que acompañan a estos ruidos que ahora llegan tan claros y que han pasado a ser los verdaderos recuerdos.

El CNH, que por su organización interna no estaba capacitado para tomar decisiones inmediatas, de urgencia, combinando de esta manera sus cualidades insuperables como organismo democrático y representativo, con una frecuentemente exasperante lentitud, había permitido que el gobierno diera varios golpes sorpresivos sin que, por parte de los estudiantes, hubiera la respuesta adecuada.

Tras el desalojo de la guardia dejada en el Zócalo al finalizar la manifestación del 27 de agosto, no hubo una contraofensiva del CNH que impidiera lo que vino después: el gobierno transformó el triunfo alcanzado por una manifestación de casi un millón de personas, en derrota, al barrer con una guardia que nunca debimos dejar. Al día siguiente, la prensa, según su costumbre, sin empañar su fidelidad al gobierno, no publicaba el estruendoso triunfo obtenido; sino el desalojo de la exigua guardia, el pretendido sacrilegio de encender las luces exteriores de Catedral y echar a vuelo sus campanas cuando la manifestación entraba al Zócalo; y el acto supuestamente delictivo, de lesa Patria, consistente en izar una bandera rojinegra en el asta central de la plaza. De la manera más torpe y demagógica se pretendió utilizar los peores aspectos del fanatismo y la patriotería para enfrentarnos a la indignación

popular. Pero ni con todo el aparato de prensa y publicidad que se desplegó en esos días logró, el gobierno, su finalidad. Nadie cayó en el engaño tendido y menos aún cuando se hizo público que no se había procedido sin pedir autorización al sacerdote de guardia en la catedral y cuando la sagrada Mitra y el CENCOS manifestaron que el derecho canónico no consideraba acto sacrílego el echar a vuelo las campanas ni el encender las luces de una iglesia. De esta manera quedaron al desnudo las verdaderas intenciones que se ocultaban tras la engañosa defensa de la religión. Fueron pocos los momentos más ignominiosos vividos por la prensa y otros medios de información.

Si el gobierno no podía llevar a cabo una purificación de la catedral «profanada», sí podía hacer un acto de desagravio al honor nacional ofendido por la presencia de una bandera extraña en el altar de la patria. Se hizo todo lo posible por dar la impresión de que había sido una bandera extranjera y no el símbolo internacional de huelga.

La mañana siguiente al desalojo, el 28 de agosto, los burócratas fueron avisados de que tendrían que asistir al desagravio que el gobierno ofrecía al lábaro patrio. Si la obligada asistencia, bajo pena de perder el empleo o ver reducido el sueldo, a todas las ceremonias oficiales es tolerada con disgusto por los trabajadores al servicio del Estado, esta nueva exigencia les pareció humillante e inaceptable. No en vano había pasado ya un mes de lucha y manifestaciones, un mes de gritar sin temor lo que se piensa sobre los «democráticos procedimientos» del gobierno. Los burócratas fueron a la ceremonia de purificación cívica, pero no con la tradicional indiferencia con que van en los desfiles de apoyo a la política presidencial; no, ahora habían aprendido de las manifestaciones auténticas y espontáneas, el valor... y algunos métodos. No opusieron resistencia, pero salieron de los ministerios y oficinas públicas al grito de «Somos borregos», «Nos llevan, somos borregos, bee, bee». Cuando se concentraron en el Zócalo, en torno al asta central, algunos brigadistas repartían volantes y hablaban sobre el acto montado por el gobierno, en particular por las autoridades del Departamento Central. Los burócratas no necesitaban más. El mitin comenzó, pero no era el programado: se pedía la salida de los presos políticos, la destitución de los jefes de policía, la desaparición del cuerpo de granaderos. El tinglado se venía abajo y sus brillantes organizadores quedaban atrapados. A pesar de que, en efecto, se izó la noche del 27 una pequeñísima bandera rojinegra que desgraciadamente nadie podía ver en un asta de tales dimensiones y entre aquella enorme multitud, fue arriada al terminarse el mitin, por lo cual el gobierno quedaba imposibilitado para iniciar la campaña sobre la profanación; además, no había una sola fotografía que captara la bandera. Pero esta dificultad no era insalvable. Una bandera más grande y de mejor tela fue colocada por el ejército

para hacerla arriar posteriormente, poseídos de justa indignación y de suficientes fotografías. La prensa publicó fotografías de los restos miserables, pero no de la bandera en el asta cuando aún se celebraba el mitin.

El acto de público repudio a la profanación, la lección de civismo a los sacrílegos, organizada por el gobierno, tuvo que ser disuelta con tanques y tropas del ejército. Los asistentes, llevados contra su voluntad, eran ahora dispersados con tanques.

El MURO (Movimiento Universitario de Renovadora Orientación), grupo fascistoide que se ha autoproclamado guardián de los «valores patrios», no podía quedarse sin desagaviar ambas profanaciones, la religiosa y la civil. Montó pues su acto en el estadio de la Ciudad de los Deportes. Pero mientras ellos sacaban su propaganda por «religión y fueros» ya la misma Mitra había negado la existencia de profanación y rechazaba terminantemente toda ceremonia a nombre de la Iglesia. El MURO siempre ha pretendido escudarse en la religión para promover sus siniestras y delictuosas actividades; pero en diferentes ocasiones ha sido desenmascarado por los mismos religiosos que no ven con buenos ojos a tan desagradable como persistente «aliado». Y esa vez no fue la excepción. Si no había sacrilegio que desagaviar, ni profanación cívica que enmendar después del desastroso final del acto oficial, la propaganda del MURO caía en el vacío. El día del nuevo desagravio, el estadio estaba prácticamente desierto.

—¡Pino, por favor! —exclamó Raúl—. ¡Eres físico! ¡Cómo que las pelotas de jaijai caen desde aquí y botan hasta acá! ¡Ni siendo elásticamente perfectas!

—Está bien, está bien; exageré un poco. Pero sí botan mucho.

—Además, si cada vez botaran más, ¿te imaginas lo que pasaría? Se irían acelerando progresivamente.

—Y con sólo esperar el tiempo necesario alcanzarían la velocidad de la luz. Sí, creo que exageré un poco; pero te juro que yo he visto cómo alcanzan velocidades cercanas a la del sonido, si es que no la pasan. Bueno, no, tampoco; ya sé lo que me ibas a decir: que si pasaran la velocidad del sonido se produciría el estruendo que trae la ruptura de la «barrera».

—¡Pues claro!

—Pero habías de ver cómo van hechas la chingada.

—Ésa sí es una medida creíble.

No, no podíamos seguir desperdiciando papel en los poemas de Alcira, Marjorie. Pero si sólo habían hecho unos cientos. ¿Y el *stencil*? Además, retrasaban la impresión de volantes. Estaba bien, los harían cuando el mimeógrafo no se ocupara. Alcira se había enojado conmigo cuando intenté suspender sus ediciones privadas, pero al fin llegamos a un arreglo: no más de medio millar. Está bien, los repartirás en las manifestaciones pero trata de que mejor no tengan contenido político. Sí, estaba bien, pues, Alcira. Muy bien, Alcira. Y ayudar en «Radio Humanidades». Sí, pues. No había querido decir que sí, sino que no. Que no intervendría a favor del «guricito de los lentes» cuando discreparan en la programación de los únicos cuatro discos que teníamos. Estaba bien, Marjorie, que la dejaras, pues.

El 1.º de septiembre, desde la tribuna más alta del país, en pomposa ceremonia, rodeado de ministros, gobernadores, diputados, senadores y todo el aparato de gobierno, el Presidente de la República hace saber a la nación que el conflicto iniciado en julio ya no tiene fundamentos: el artículo 145 se estudiaría en la Cámara de Diputados, aunque su opinión personal —y ya sabemos lo que esto quiere decir en nuestro país— es que no debe derogarse. Los presos políticos no existían aunque, si se le demostraba lo contrario, giraría órdenes para ponerlos de inmediato en libertad. Ésa era la respuesta definitiva.

Los otros puntos del pliego petitorio ni siquiera son mencionados. Al final agrega: «... El otro camino está abierto. No quisiéramos vernos en el caso de tomar medidas que no deseamos, pero que tomaremos si es necesario; lo que sea nuestro deber hacer, lo haremos; hasta donde estemos obligados a llegar, llegaremos». Un mes más tarde, en octubre, supimos cuál era el otro camino y hasta dónde eran capaces de llegar.

El CNH respondió el tres de septiembre:

«La disyuntiva que se nos plantea [en el informe presidencial] entre aceptar sus soluciones o esperar la represión total, es una falacia más porque no hubo ninguna solución a los puntos mencionados en el informe; los demás no recibieron siquiera la menor atención.

»No es la primera vez que el presidente promete la salida de presos políticos al cesar lo que él llama presión. Pero cómo tener confianza en quien desde marzo prometió la salida de Demetrio Vallejo al cese de la huelga de hambre sostenida por

éste como último recurso, cuando ha tenido que iniciarla nuevamente ante el incumplimiento de la formal promesa presidencial.

»Hemos planteado siempre y en todo momento que queremos solucionar el conflicto; que para ello iremos al diálogo en cualquier momento, bajo las condiciones que el gobierno exprese. Una sola es nuestra exigencia: que este diálogo sea público, ante toda la nación y que no se pretenda intimidarnos con tanques y policías.

»Hasta hoy no hemos recibido otra respuesta que el aumento de la represión, las amenazas y las calumnias que pretenden cambiar la opinión pública para volverla desfavorable a nosotros.

»El orden necesario para la celebración de los juegos olímpicos está al alcance de la mano. El gobierno puede solucionar este prolongado conflicto cuando quiera. Nosotros siempre hemos estado dispuestos a hacerlo».

Las asambleas generales que siguieron a la represión del 27 de agosto y al informe presidencial eran fiel reflejo de la situación reinante, que se resumía en una palabra: confusión.

El CNH no había respondido con suficiente prontitud a las acciones del gobierno. El informe había movido los más diversos resortes: desde la alusión a que «habíamos estado provincianamente orgullosos y candorosamente satisfechos de que, en un mundo de disturbios juveniles, México fuera un islote intocado», que acudía a la peor especie de patriotismo y estaba dirigida sólo a quienes tuvieran un bajo nivel intelectual; hasta el intento de dar una apariencia de solución al conflicto, destinado a un sector más difícil de engañar y, finalmente, recurría a la más oscura y violenta amenaza.

En el mismo seno del CNH se sintió el peso de una respuesta que aparentemente cerraba todos los caminos. ¿Cuál debería ser la respuesta del Consejo? Era evidente que si entre los delegados no había aún una respuesta clara, en las escuelas la confusión era completa. Algunas delegaciones hablaban de una retirada estratégica. Cuando Díaz Ordaz afirmaba que podría ejercer la facultad, contenida en el artículo 89, fracción VI, de la Constitución para «disponer de la totalidad de la fuerza armada permanente, o sea del ejército terrestre, de la marina de guerra y de la fuerza aérea para la seguridad interior y defensa exterior de la Federación» las brigadas tenían que resentir el golpe. A pesar de todo siguieron saliendo, día tras día, mientras el CNH encontraba la ruta. Toda la primera semana de septiembre, mientras afuera la situación exigía directivas precisas que orientaran

a los estudiantes y a toda la población, el Consejo se perdió en largas sesiones inútiles. Las brigadas seguían trabajando sin directrices nuevas. Había un solo camino: resistir.

En vista de que Díaz Ordaz en su informe, al responder a los estudiantes hizo alusión a que no había recibido petición alguna en forma oficial, se enviaron por escrito nuestras demandas señalando que deseábamos darles cauce por medio de un diálogo frente a toda la población, única forma de garantizar la absoluta honestidad de las partes tratantes. Firmaba por el CNH Juan José Martínez de la Garza. La respuesta, tanto de Gobernación, como del Departamento del Distrito Federal y la Procuraduría de la República se refería a los puntos del pliego petitorio y no a la demanda de diálogo público; además de que la respuesta no ofrecía solución alguna, tergiversaba el sentido de nuestra comunicación. Nosotros exigíamos un diálogo para resolver cada punto del pliego y nos respondían los puntos del mismo. Era un diálogo de sordos.

Posteriormente Marcelino Perelló envió otra carta a Díaz Ordaz usando su propio nombre. Era la primera vez que el nombre de un miembro del Consejo se daba a la publicidad. Recibió una respuesta similar. Estaba claro que las tales cartas se habían enviado para salvar las formas. Si queríamos una solución se ganaría luchando más.

Después, en cuanto el CNH puso al descubierto que no habíamos recibido respuesta al pliego petitorio en el Informe, la situación fue cambiando día a día. Todas las escuelas estaban convencidas de que no había otro camino de solución que el diálogo público. Esto era indiscutible. La corrupción no había logrado penetrar al Consejo y las maniobras gubernamentales habían sido previstas y eludidas a tiempo. La última carta: el presidente mismo hablando desde la más alta tribuna del país para amenazar con la represión total, había sido jugada por el gobierno y no había surtido el efecto esperado. Ahora sólo les quedaba olvidarse de las vías tradicionales, tan conocidas por el gobierno mexicano: tenían enfrente un movimiento que no se podía corromper ni desvirtuar. Tampoco entendían que no hubiera personajes de la política nacional patrocinando y dando directrices tras bambalinas. Simplemente no se habían enfrentado nunca a algo parecido. ¿Era que *realmente* se pedía la solución del pliego y no había trasfondo alguno? No lo podían creer y seguían buscando conjuras y fantasmas. Un régimen envejecido, acostumbrado al doble juego de las insinuaciones, nunca a las exigencias rotundas y claras, no tenía la capacidad para comprender los hechos que sorpresivamente le estallaban en la cara, ni tenía los instrumentos adecuados y la flexibilidad política necesaria para responder de sus actos honestamente, ante toda la población, fuera

de las salas de los ministros, donde tantas luchas justas se han apagado.

—La asamblea de Filosofía tomó la decisión de pedir al Consejo que la próxima manifestación se lleve a cabo por barrios obreros. ¿Tú qué piensas? —Le pregunté a Tayde, delegado de Chapingo, la escuela de Agricultura.

Estaba muy bien. La asamblea de Chapingo había decidido lo mismo. La proposición de Filosofía había surgido realmente de la asamblea, ni siquiera había sido el Comité de Lucha quien la propusiera. A mí me había parecido buena idea.

Al iniciarse la sesión del Consejo metimos en el orden del día la discusión del recorrido. Grillamos con varios delegados para que la proposición fuera aceptada. Tayde, como siempre, sacó una tarjeta blanca y empezó a anotar en ella los puntos más importantes para informar al día siguiente a su escuela. Yo tenía la obligación de hacer lo mismo, pero siempre daba los informes de memoria.

Cuando llegamos al asunto de la trayectoria para la manifestación iniciamos el ataque. La asamblea soberana, representativa, etc. de la escuela fulana había ordenado a su delegado que propusiera un recorrido por barrios obreros. Varios representantes dijimos lo mismo aunque no todas las asambleas habían tomado dicho acuerdo. El Poli se oponía. Qué barrios obreros ni qué nada, la manifestación sería de nuevo al Zócalo. Pero mi escuela dijo, y la mía también. Arreciaron las intervenciones. Era notorio que el Poli no tenía una posición unida, como en otras ocasiones. Varias vocacionales y escuelas superiores del IPN estaban por ir a los barrios obreros. Algo pasaba ahí dentro y lo aprovecharíamos. Habló Tayde. Ya habíamos ganado el Zócalo, ahora hacía falta volvernos en masa y conquistar la periferia de la ciudad, las fábricas, los talleres, ahí estaba nuestra fuerza futura. Yo dije algo similar. El delegado de Ciencias Políticas se levantó y pidió que, como lo proponía su escuela, la manifestación fuera del casco de Santo Tomás a Tlalnepantla. Se elevó un rumor en el Consejo. Nunca has ido a Tlalnepantla, gritó alguien. Tenemos que callar a este cuate, le dije a Tayde, o lo echará todo a perder. ¡Vaya una ocurrencia! No compañeros, nosotros no apoyamos la proposición de Ciencias Políticas porque con sólo consultar un plano de la ciudad, de los que incluyen Tlalnepantla, veremos que son algo así como treinta kilómetros casi a campo traviesa, pero en cambio podemos recorrer otros barrios de la periferia de la ciudad. Tal vez la descabellada proposición hizo que fuera aceptada la nuestra que, en comparación, era muy moderada. Gran parte del Politécnico votó por los barrios obreros. La proposición había sido aceptada. Ahora sólo faltaba señalar la ruta a seguir. Un plano, un plano. Tayde extendió el plano mientras se concedía la palabra a otro orador.

Durante media hora tratamos de encontrar un recorrido que no fuera excesivamente largo, no pasara por despoblado y contuviera los principales barrios obreros. Nos mirábamos desalentados. Habíamos logrado una amplia votación a favor de nuestra proposición y no podíamos concretarla en un recorrido particular. Lentamente fuimos aceptando lo que era evidente: la proposición no tenía sentido. Dijimos que seguía siendo mejor ir a los barrios obreros que al Zócalo, pero que no era posible hacerlo en una manifestación. Por retiro de la mayoría se aceptó la proposición contraria: iríamos al Zócalo.

Aunque en las escuelas se continuaba trabajando y las brigadas no habían dejado de hacer mítines y volantear por todos los rumbos de la ciudad, se sentía la necesidad de alguna acción, alguna medida que contrarrestara los golpes del gobierno. Es cierto que de las escuelas seguían saliendo decenas de miles de volantes para detener la acción de la prensa que daba por resuelto el conflicto con el informe; pero ni los volantes, ni los mítines decían nada nuevo. El CNH no se había sobrepuesto a los golpes del 27 de agosto y del 1.º de septiembre. Antes de empezar a reponerse de éstos recibió otro más. A la fuerza y la demagogia se sumaba ahora una medida que socavaba internamente la unidad del Movimiento: el rector llamó, el 9 de septiembre, a reanudar las actividades académicas el 17 del mismo mes. Los términos del llamado, y el llamado mismo, eran por completo inaceptables; pero había un tono dramático en las palabras del rector, siempre mesurado, que hizo temer una medida extrema planeada por el gobierno contra la Universidad. Los estudiantes y los sectores que nos apoyaban estábamos en nuestro derecho al exigir la solución de nuestras peticiones con medidas como la huelga. El gobierno las llama presiones ilegítimas porque está acostumbrado a hacer siempre concesiones supuestamente graciosas, generosas, que van seguidas por grandes campañas publicitarias y autofelicitaciones. Son siempre medidas que supuestamente toma el gobierno por iniciativa propia, sin que nadie se lo pida, en el cumplimiento estricto de su deber y son siempre calurosamente ovacionadas; pero cuando se le plantean exigencias de fondo, fundamentadas en el apoyo popular, como es el caso de las sostenidas por el CNH, entonces las llama presiones ilegítimas. Para guardar las formas, cuando quiere dar solución a algunas peticiones, lo hace como si fuera por iniciativa propia, no por la exigencia popular.

Ahora sucedía lo mismo: nosotros teníamos el derecho de exigir la solución de nuestras demandas y, ante la repetida negación del gobierno, naturalmente íbamos a enfrentarle medidas tales como las manifestaciones y las huelgas. Si el gobierno trataba de aplastarlas, a pesar de ser perfectamente legítimas, era su completa responsabilidad. Por lo mismo, la amenaza de invadir la Ciudad Universitaria no podía ser tomada en cuenta para levantar las huelgas. El gobierno

podía invadir porque tenía de su lado la fuerza, nosotros teníamos la convicción de estar planteando demandas justas con métodos legítimos como las huelgas y manifestaciones. Se nos podía reprimir, pero no doblegarnos con amenazas.

El llamado del rector se rechazó en todas las asambleas de la CU y las preparatorias. Si la Universidad estaba en peligro, no éramos nosotros quienes lo provocábamos, sino el gobierno con su intolerancia que no admite una exigencia resuelta, viril, sin sonrisas cortesanías ni agradecimientos por adelantado.

De cada facultad donde se rechazaba el llamado salía la asamblea en pleno y realizaba por toda la CU un recorrido: ¡Ingeniería no se rinde! ¡Medicina no claudica! Cada una de las facultades hizo lo mismo. Por la tarde se realizó un mitin en la explanada de la Rectoría y se entrevistó al ingeniero Barros Sierra para darle a conocer la determinación de las asambleas generales. Se le hizo notar, para rechazar de antemano el conocido argumento, que los auditorios habían estado llenos hasta los pasillos exteriores y muchas escuelas habían realizado dos asambleas, una por la mañana y otra por la tarde; no se podía hablar de una decisión tomada por una minoría, pero a pesar de la autoridad del rector, acrecentada durante el Movimiento, no sólo se rechazaba el llamado sino que se hacía con los auditorios llenos, a causa precisamente del llamado del rector. En Filosofía la asamblea no había pedido al Comité de Lucha que incluyera en el orden del día la discusión sobre el regreso a clases: para todos era evidente que no era necesario tratarlo, simplemente se puso a votación al final de la asamblea y se aprobó la huelga sin un solo voto en contra. La delegación estudiantil le hizo ver al rector que sin huelgas no era posible mantener las brigadas activas en el alto número que se tenía, y que sin brigadas —la prensa estudiantil—, no duraría mucho el Movimiento. El rector contestó a los estudiantes diciéndoles que habían malentendido su llamado, pues él no llamaba a clases, sino a la normalidad académica, es decir: funcionamiento de institutos de investigación, bibliotecas, centros de estudio, etc.; lo cual no necesariamente implicaba clases en sentido estricto. Realmente era ésta una sutileza que nadie había percibido y dejaba al descubierto las presiones ejercidas sobre el rector. La redacción misma del llamado no estaba dentro de su conocido estilo. Cuando, días después, le hice notar lo anterior a un alto funcionario de la Universidad, persona muy cercana al rector, me respondió:

—Tiene usted razón, algún día le relataré la historia secreta de ese llamado.

El rector había fijado como fecha para reanudar la «normalidad académica» el 17 de septiembre. El 18 por la noche fue ocupada la Universidad y uno de los «argumentos» dados por Gobernación para ordenar la ocupación militar fue que no

se había atendido al rector y demás autoridades universitarias. A falta de mejores argumentos cualquiera hubiera sido bueno.

—Lo que sucede es que para pasarnos la vida pagando el refrigerador de Sears y el Volkswagen, mejor lo quemamos todo y volvemos a empezar —dijo José Visitación.

Realmente uno nunca sabía lo que pensaba. Sus ideas políticas parecían variar con la temperatura. No, tampoco esto es verdad. Sus ideas son bastante claras, pero siempre encubiertas por la emoción predominante en ese momento. Me imaginé la «Bolsa» de París incendiada al grito de: ¡Templo del Becerro, arde!

Nos detuvimos frente al semáforo de Reforma y Lafragua. Las luces de la avenida Juárez y del Paseo de la Reforma estaban apagadas, como sucedía siempre al terminar jubilosamente una nueva manifestación. Cientos de miles de personas se dispersaban por una ciudad sumida en la oscuridad. Sólo algunos escasos semáforos funcionaban. De cada bocacalle salían grupos cantando y gritando, algunos bailaban y hacían las cosas más extrañas y locas pero nadie les prestaba atención; era como una fiesta en las calles de la ciudad: las mantas se agitaban, las banderas rojas eran peleadas por muchos, se encendían periódicos como antorchas. Un triunfo más, otro regreso, de nuevo ese clima de sueño, de fantasía, y la misma respuesta: la ciudad a oscuras.

Al llegar a mi casa tomé el suéter y bajé del auto. Cuando éste arrancó, miré por la ventanilla las manos cruzadas sobre el vientre, la nariz aguileña, el color rosáceo y la ligera papada bajo la barbilla: José Visitación; sólo me lo puedo imaginar vestido de rojo dando encargos a Miguel Ángel detrás de una mesa con vinos y frutas.

La penumbra en torno a las rosas huele a pétalos, un poco como esos viejos vestidos de baile que se guardaban por mucho tiempo, llenos de velos y tules, con ramos de rosas de color matizado: rosa viejo en los bordes, amarillento en la base. Sí, creías que se vería bien sobre la pared blanca. Un «Amor y Psiquis» como para lámpara de globo. Las alas de Amor tienen esos tonos indefinibles y decadentes que se usan en las épocas de gran perfección técnica: como el rosa sucio de las flores a punto de marchitarse, con textura de seda. Afuera llueve y tras los barrotes negros de la celda vemos el cielo gris. Ahora todo ha terminado, pero en estas tardes tú y yo no hablamos de esos días. La lluvia entra un poco a la celda cuando sopla el viento. Y otra vez, como siempre a esta hora, la corneta lejana tocando «Amapola» en el silencio absoluto que precede al toque de tambores con que se levantan y

vuelven a la vida los ruidos cotidianos de la cárcel.

Los golpes se habían sucedido uno tras otro. La celeridad de los acontecimientos había desorientado al Consejo y, por supuesto, a las bases estudiantiles que continuaban simplemente resistiendo. La principal dificultad era que, ante la represión sufrida, disminuyera la asistencia a las asambleas; y así empezó a suceder. Durante una semana o poco más, los Comités de Lucha no dieron salidas ni perspectivas claras. ¿Qué se planteaba a los estudiantes? Nada nuevo: habíamos sido golpeados, la represión aumentaba, las cárceles se llenaban de nuevos presos cuando una de nuestras principales demandas era la de libertad a los presos políticos. Lo mismo diariamente. Por supuesto que, más por falta de directrices que por temor a los tanques y bayonetas sentidos en el Zócalo, o al violento tono de Díaz Ordaz en el informe, las asambleas disminuían.

En el Consejo se planteaba toda clase de soluciones. Aunque no formaba parte de la delegación de Economía, Pablo Gómez se presentó en el CNH y propuso que se enviara una carta al Presidente protestando por la intervención del ejército la noche del 27 de agosto. Por una vez estuvimos todos de acuerdo y se rechazó la proposición de inmediato. Cada delegado hacía los planteamientos particulares que supuestamente darían fin a decenas de problemas analizados. Se pensaba que era posible encontrar soluciones adecuadas y particulares para cada uno de dichos problemas. El camino no era ése. Era imposible que el CNH enfrentara las dificultades grandes y pequeñas de cada escuela. La solución debería ser global y pronto se planteó: una manifestación diferente, que fuera una muestra innegable de disciplina y control, que levantara los ánimos y nos diera otra vez la vanguardia. Una manifestación en absoluto silencio. Si salía bien todo lo demás vendría solo. La clave es siempre la movilización; contra ella se estrellan los problemas diarios que de otra manera paralizan la actividad. Pero esta medida, propuesta al CNH por la escuela de Físico-Matemáticas, no fue aceptada de inmediato. Algunos delegados, fundamentalmente los de Humanidades y Chapingo, sin excluir algunos otros, veíamos la salida a la situación en una movilización obrera que, hasta esos momentos, no estaba en nuestras manos conseguir pues, si cuando el Movimiento se veía más fuerte y cercano al triunfo no se había logrado la mencionada movilización, ahora, en aparente retroceso, era más difícil. Las alianzas no iban a surgir en los momentos en que los estudiantes podíamos ceder ante la presión del gobierno y dejar descubiertos a nuestros aliados. Durante varios días se discutieron las dos posiciones en el Consejo. Como en el caso de la manifestación a los barrios obreros, teníamos un plan general pero desconocíamos la manera de llevarlo a cabo. En realidad teníamos razón: si lográbamos movilizar otro sector de la población, el que fuera, saldríamos del estancamiento en que habíamos caído. Pero cómo lograr

tal cosa. Todos los días hablábamos con brigadas que nos pudieran proporcionar un panorama general, salíamos a mítines, planeábamos nuevos métodos de propaganda: placas para proyectar en cines, «pintas» en anuncios luminosos, mensajes por televisión. Proyectos que necesariamente llevarían tiempo, y para los días inmediatos, nada.

Cuando el delegado en turno por la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM propuso que el Consejo llamara a un paro nacional, planteamiento fuera de nuestro alcance, aunque muy deseable de lograr, otros transformamos la proposición en la de hacer mítines dentro de las fábricas de la ciudad para llevarlas a un paro de una hora. El CNH aprobó la propuesta y se llevó a efecto; pero no tuvo, ni remotamente, el resultado esperado. Se realizaría la manifestación y sería silenciosa.

Antes de pedir a los estudiantes y a todo el pueblo que saliera nuevamente a la calle, el CNH decidió hacer un tanteo con un mitin público que fuera menos expuesto que una manifestación y diera confianza a la gente, pues buena falta nos hacía a todos.

Se propuso la plaza de las Tres Culturas, en la unidad habitacional de Tlatelolco, por ser una explanada muy amplia y estar cerca de las escuelas politécnicas del Casco de Santo Tomás. Por esta cercanía los vecinos simpatizaban mucho más con el Movimiento y habían llegado a participar en algunas acciones o dado protección a estudiantes. Además, frente a la plaza se encuentra el edificio «Chihuahua» en cuyo tercer piso, una terraza muy amplia en la que paran los elevadores, se podía instalar el sonido y la tribuna.

Era el primer acto público del Consejo desde la manifestación del 27 de agosto, pero muy temprano ya se veía afluir gran cantidad de gente hacia la plaza y pronto estuvieron cubiertas por la multitud las ruinas prehispánicas sobre las que se alza la primera iglesia cristiana de América: Santiago de Tlatelolco. Dio comienzo el mitin sin que la tensión aflojara por completo. Había orden de que en el tercer piso, la tribuna, no estuviera todo el Consejo, sino únicamente los oradores. La Coalición de Maestros dio lectura a su respuesta al Informe Presidencial. Al terminar el largo documento todos estábamos más tranquilos. Haciendo alusión a la parte del Informe donde dice Díaz Ordaz: «Tendré que enfrentarme a quienes tienen una gran capacidad de propaganda, de difusión, de falsía, de injuria, de perversidad», respondió la representante ante el Consejo por la Prepa 5, quien hablaba por primera vez en un mitin, que con todo gusto cambiaríamos esa gran capacidad que mencionaba Díaz Ordaz por la que el gobierno posee y utiliza. Sin dudar un

momento cambiaríamos nuestros megáfonos portátiles por la radio y la televisión nacionales; nuestros mimeógrafos por las rotativas de los grandes diarios; nuestros botes de lata, que el pueblo llenaba de dinero para comprar papel y tinta —nuestras armas— por los recursos económicos del Estado. ¿Cómo es posible que en un país donde ciento ochenta periodistas tuvieron que repartir en hojas mimeografiadas su protesta por la invasión a la Universidad y las injurias al rector porque sus propios diarios no la aceptaron —ni como inserción pagada—, el gobierno se atreva a hablar de la capacidad de propaganda y difusión ajenas? En el mitin, como muestra del poder de propaganda mencionado, fueron soltados gran cantidad de perros con mantas en el lomo: «Libertad a los presos», «Muera Cueto» y otras más fuertes.

Un nuevo medio, otro aparato de propaganda, además de los perros con mantas, venía a aumentar nuestra temible capacidad. Los alumnos de Aeronáutica, del Politécnico; y los de Ciencias Químicas, de la UNAM, fabricaban globos que al llegar a cierta altura dejaban caer volantes.

El mitin terminó tan pacíficamente como había empezado, a pesar de que en todas las calles cercanas había camiones de granaderos y el ejército rondaba en los alrededores. Así sucedía siempre que no intervenían las fuerzas policiacas. La manifestación era posible y se programó para dos días después: el trece de septiembre.

Superada la etapa de desconcierto y probada con el mitin de Tlatelolco la posibilidad de efectuar una nueva manifestación, se procedió a terminar de organizarla.

Nadie había olvidado las palabras de Díaz Ordaz en su informe. La posibilidad de que la manifestación fuera violentamente reprimida estaba en la mente de todos. La campaña desencadenada por el gobierno para impedir esta nueva expresión de descontento hacía prevenir un desastre. A todas las casas llegaban volantes dirigidos a los padres de familia para pedirles que impidieran a sus hijos la asistencia, pues, decían los anónimos, serían llevados a un enfrentamiento con el ejército.

Los directores más progresistas de algunas escuelas buscaban desesperadamente a los miembros de los comités de lucha respectivos para informarles que, de fuentes absolutamente fidedignas, se sabía que la manifestación sería disuelta por el ejército. Todos nos rogaban que se suspendiera pues era muy posible que ese mismo día la Ciudad Universitaria fuera ocupada. Los maestros decidieron que irían si el CNH se sostenía en su posición, pero muchos

recomendaban analizar otra vez las posibilidades de represión. El tema era el estado de ánimo predominante. El Consejo respondía que con el mitin había quedado asegurada una gran asistencia, misma que impediría, si era de la magnitud de las anteriores, la represión directa. En general se pensaba lo mismo: que la asistencia de todos era la mejor garantía de que no seríamos reprimidos; pero todos ponían en duda esta asistencia en gran número. La propaganda por correo, los volantes arrojados rápidamente desde un auto en marcha que desaparecía inmediatamente; todo hacía sospechar un desastre. Se hablaba con mayor insistencia que nunca de dar un paso atrás, aunque sería solamente táctico, explicaban algunos delegados. Se habló también de «retirada estratégica». Algunos comités de lucha, sin aceptarla todavía, no la descartaban como posibilidad. Muchas autoridades universitarias estaban realmente preocupadas e iniciaron entrevistas con los dirigentes de cada escuela para disuadirlos de efectuar la manifestación. Hasta la actitud de algunos maestros, quienes de buena fe estaban convencidos de que la represión era un hecho, propiciaba y extendía esta atmósfera de temor, aunque, admirablemente, se seguían sosteniendo en lo dicho: harían lo que decidiera el CNH pero nos rogaban ser cautos. Y el trece de septiembre, a las cinco de la tarde, ahí estuvieron, en el punto de partida, pidiendo encabezar los contingentes de sus respectivas escuelas pues, explicaban, seguramente los soldados no dispararían a maestros. Este gesto y otros similares no los olvidaremos.

Por fin, en medio de una gran tensión, empezaron a llegar los primeros contingentes al punto de partida: el parque frente al Museo de Antropología, en el Bosque de Chapultepec. Un helicóptero volaba peligrosamente bajo. La asistencia, cercana ya la hora de iniciarse el recorrido, era mucho más escasa que en otras ocasiones. Si no se reunía un contingente mayor, la represión era segura. Todos contábamos con nerviosismo los pequeños grupos que entraban al parque con cierta timidez al notar lo avanzado de la hora y la reducida concurrencia.

El helicóptero seguía volando casi al ras de las copas de los árboles. Finalmente, a la hora señalada, se inició la marcha en absoluto silencio. Ahora no podrían oponer ni siquiera el pretexto de las ofensas. Apenas salidos del Bosque, a unas cuadras de iniciado el recorrido, las columnas empezaron a engrosarse. Todo el Paseo de la Reforma, banquetas, camellones, monumentos y hasta árboles, estaba cubierto por una multitud que en cien metros duplicaba el contingente inicial. Y de aquellas decenas y después cientos de miles sólo se oían los pasos. El silencio era más impresionante que la multitud. Si los gritos, porras y cantos de otras manifestaciones les daban un aspecto de fiesta popular, la austeridad de la silenciosa era semejante a la de una ceremonia solemne. Entonces, ante la imposibilidad de hablar y gritar como en otras ocasiones; al oír por primera vez claramente los

aplausos y voces de aliento de las gruesas vallas humanas que luego se unían a nuestro contingente, surgió el símbolo que pronto cubrió la ciudad y aun se coló a los actos públicos, la televisión, las ceremonias oficiales: la «V» de ¡Venceremos! Hecha con los dedos, formada con los contingentes en marcha; pintada después en casetas de teléfonos, autobuses, bardas. En los lugares más insólitos, pintado en cualquier momento, brotaba el símbolo de la voluntad inquebrantable, incorruptible, resistente a todo, aun a la masacre que llegó después. En los días siguientes al 2 de octubre, la «V» continuaba apareciendo hasta en las ceremonias olímpicas, en las manos alzadas del Pentatlón Militar Deportivo y en todas partes. Nada parecía poder extinguirla.

Otra vez el Paseo de la Reforma, la avenida Juárez, Cinco de Mayo, el Zócalo. La gente en todas las ventanas y balcones, en las banquetas, sobre las estatuas, en las ramas de los árboles. Ahora podíamos oír las exclamaciones, los gritos de ánimo, los aplausos. Otra vez el Zócalo lleno. Mantas, pancartas, grandes dibujos de Zapata y Villa pero ninguno de Carranza o de Obregón. Cuando nuestro contingente entró al Zócalo ya se había iniciado el mitin. Cada orador trataría un punto del pliego petitorio. Al final, ya de noche, se rompió el silencio con el Himno Nacional. Puestos de pie y con antorchas encendidas en alto finalizamos la manifestación y el mitin.

De lado a lado de la enorme plaza ondeaban antorchas y se veían abrazos. La manifestación cambiaba por completo el equilibrio de fuerzas. Habíamos clarificado de una vez por todas que no se nos había respondido ni dado ninguna solución. Las exigencias estaban aún en pie y los estudiantes, con el resto de la población, estábamos dispuestos a seguir luchando. El informe presidencial estaba completamente desenmascarado como un burdo intento de confundir y amedrentar. Volvíamos a exigir una solución sincera y honesta a un gobierno acostumbrado a las «negociaciones de recámara». La fuerza que demostrábamos no sólo conservar sino acrecentar, abría nuevas posibilidades de triunfo. El temor quedaba atrás, la confusión, los rumores, los conflictos internos. Los mismos maestros exclamaban con gusto que olvidáramos la «retirada estratégica». Ese triunfo lo cambiaba todo. Nos enteramos por entonces de que el gobierno había calculado una asistencia de diez mil personas a la manifestación; el CNH pensó que, a causa de la campaña de atemorización desatada por el gobierno, asistirían ciento cincuenta mil. La asistencia fue de trescientas mil personas: rebasó los cálculos más optimistas.

Todas las mil pequeñas dificultades que cada miembro del CNH tenía en su propia escuela, desaparecieron. No había que pedir a los alumnos que asistieran en mayor número a las asambleas pues éstas volvieron a su nivel normal. Nuevamente se abrían perspectivas de triunfo. Se iniciaban debates interesantes, se trataban

temas nuevos. Era lo que hacía falta para tener las escuelas llenas de estudiantes ocupados en diversas tareas, más volantes, más brigadas. Una medida, una sola medida había levantado y reestructurado el Movimiento porque no hacía falta sino una sola cosa: devolver la confianza en nuestras propias fuerzas y encontrar un sentido, un propósito, a las tareas concretas, al trabajo común. Todo esto se logró con la manifestación silenciosa.

—Da vuelta a la izquierda en el «Caballito» y toma por Reforma —le pedí a Enrique, quien manejaba el yip—. Ahí está el carro de Alma, entre esos árboles y adelante se ve el Volkswagen de Osorio. Qué oscuridad.

La blanca fila de luces que se deslizaba por las principales avenidas hacía pensar en un fin de semana, cuando regresa uno de Cuernavaca o de Acapulco, todavía con sandalias, bermudas y picazón de arena.

—En pleno Reforma y parece una carretera —comentó Enrique como si hubiera adivinado—. Mira, hasta se ven las estrellas.

Sin luz, la ciudad tenía un aspecto irreal que aumentaba la desconcertante excitación del regreso.

—Cenamos en CU o por aquí —preguntó Osorio.

—Vámonos caminando hasta el Ángel. Por ahí encontraremos un buen sitio.

—¿Caminando? —protestó Alma—. Mejor dejen el yip y nos vamos en mi coche.

—Pero yo manejo —dijo Enrique.

Durante el mitin final en el Zócalo se recibió con gran alegría la noticia de que, tanto en el IPN como en la Universidad, se celebrarían las fiestas de la Independencia el día 15. Bastó ese anuncio, apenas dos días antes de llevarse a cabo los festivales, para que el pueblo se volcara en todos los sitios donde se organizaron.

El 15 de septiembre las líneas de camiones urbanos suspendieron el servicio a la Ciudad Universitaria desde las primeras horas de la tarde, pero a las once de la noche se encontraban reunidas por lo menos 15 mil personas en la explanada de la Rectoría, donde se inició el festival popular. Antes de anochecer empezaron a llegar, caminando porque no había servicio de transporte, personas de todos los rumbos de la ciudad y de todas las clases sociales: campesinos de Topilejo y Ajusco; vendedores

del mercado de San Ángel; artistas, escritores y maestros; residentes de Coyoacán, Narvarte y otros lugares más alejados. Algunos compañeros prestaban su auto para recoger a las personas que eran bajadas de los camiones antes de llegar a la Ciudad Universitaria. Con el mismo fin se usaron los transportes de la Universidad, pero no eran suficientes.

Mientras afuera, en la explanada, se celebraba el festival con canciones y poemas, un desconocido salía al escenario del auditorio Justo Sierra e iniciaba un concierto de piano frente a un público que llenaba hasta los pasillos. Ni siquiera supimos quién era y sólo nos enteramos cuando, como a la salida de los cines, vimos que se abrían las puertas y salía la gente comentando el programa del concierto.

Como en todo 15 de septiembre, se veía sobresalir a los vendedores de banderas y a los de algodón de azúcar entre la multitud. Los compañeros que atendían las cafeterías expropiadas desde agosto se apresuraron a hacer la competencia a las buenas mujeres que instalaron su brasero al pie del cubo de lámina donde los pintores más importantes y conocidos de México pintaban, domingo a domingo, un mural conjunto cada vez más alto.

Un director de teatro dio a conocer su primer poema, escrito al recordar las manifestaciones, las banderas, las luchas en las calles. También se cantaron nuevas canciones. Era la noche del «grito» de Independencia que se celebra en todo el país, pero esta vez se había convertido en algo muy diferente para nosotros.

Ya no supimos si seguían saliendo transportes para recoger a la gente que venía caminando. La lista de las intervenciones programadas era inútil: junto al estrado había actores, cantantes, poetas, escritores famosos y desconocidos, jóvenes y viejos. Una legión de voluntarios que exigían participar. Y sin saber de dónde ni cómo, seguía llegando gente. Junto a los puestos de «aguas frescas» se celebraban «matrimonios», se vendían claveles, serpentinas y confetti.

A las once de la noche, cuando se terminaba en el Zócalo la ceremonia oficial, repetida en cada pueblo y en cada rancharía del país, se dio el «grito» de Independencia en la Ciudad Universitaria y el Politécnico en medio de un júbilo desbordante. En la Ciudad Universitaria, el festival continuó, ya sin maestro de ceremonia, sin programa, hasta que lentamente miles de personas iniciaron el regreso a su casa, por supuesto caminando, y todo Insurgentes quedó convertido en una romería. Tal vez en Palacio, a esa hora, ya se habían retirado los últimos embajadores y ministros. En la Procuraduría de la República guardaban las «actas de matrimonio», típicas de toda fiesta popular de México, para «probar» que nos

habíamos constituido en autoridades con capacidad para celebrar matrimonios civiles. Meses después las usaron como pruebas de cargo.

X

—Yo me voy contigo en tu auto, Alma; que se vaya Enrique en el yip.

—¿No viene nadie más? —preguntó Alma.

—No. Marjorie ya debe estar en Topilejo.

Que si no íbamos a llevar nada. Hoy no pues ya les habíamos enviado el mimeógrafo prometido. Si no haría falta aquí. Seguro, pues no nos sobraba, pero Marjorie les había prometido un mimeógrafo y no podíamos hacerlos para atrás. Que por dónde se iba. Como si fuéramos a Cuernavaca por la carretera vieja.

Al llegar a la autopista de cuota dimos vuelta a la derecha y tomamos la carretera vieja.

—Me gusta mucho más que la autopista, aunque es muy estrecha. Pero mira allá abajo, Alma. Se ve todo el valle. Los volcanes tienen poca nieve.

La carretera trepaba por las faldas del Ajusco y a los lados se hacía más espeso el bosque. La vegetación de agosto tenía un verde oscuro semejante al de los pinares que crecían en las laderas. Hacía unas pocas semanas que un camión desvencijado, de los que cubren la ruta de San Ángel al poblado campesino llamado Topilejo, se había desbarrancado en esta misma carretera con saldo de varios muertos y heridos. Como invariablemente sucede, la compañía de transportes se negaba a pagar las indemnizaciones correspondientes. Los campesinos acudieron a la Ciudad Universitaria en solicitud de ayuda y pronto un gran número de brigadas apareció en Topilejo. Uno de los primeros actos realizados por las brigadas en el poblado fue una asamblea de todos los habitantes. Ahí se estipuló el monto de las indemnizaciones y los medios a que se recurriría para lograr el pago correspondiente. La Presidencia Municipal se convirtió en centro de operaciones de las brigadas y un grupo de estudiantes permaneció definitivamente en Topilejo. Los campesinos les proporcionaron una casa y alimentos.

Salimos de la carretera y continuamos por un camino vecinal hasta llegar a Topilejo. En la plaza del pueblo nos informaron dónde vivían «los estudiantes», pero

antes dimos un vistazo a la Presidencia Municipal, ahora sin presidente.

Por un camino pedregoso llegamos a una pequeña casa, situada sobre un terreno alto: Quinta Rosa Luxemburgo, decía una tabla frente al jardín que ascendía hasta la casa. No era un jardín propiamente dicho, sino un terreno escabroso en cuyas hondonadas se veían algunos rosales.

—Lo que más necesitábamos era el mimeógrafo —dijo uno de los habitantes de la Quinta Rosa Luxemburgo—. Hoy por la tarde tendremos asamblea en la plaza y repartiremos una hoja que ahora estamos imprimiendo. Quisiéramos hacer un pequeño periódico.

Que nos quedáramos para asistir a la asamblea. Sería muy interesante. Ellos no se habían imaginado que el pobladito respondiera como lo hizo. Ya había más brigadas trabajando en todas las rancherías cercanas. Temían que el aumento de la actividad entre los campesinos precipitara una intervención del ejército. A ellos no los macaneaban ni les lanzaban gases lacrimógenos. Sí, ya sabía de los poblados desaparecidos en Tabasco y en Oaxaca. Claro, no era lo mismo disolver manifestaciones estudiantiles. Por lo menos tenían sus rifles y sus machetes. Me daba cuenta, claro, no se detendrían a pensarlo dos veces, no dejarían casa sin incendiar. Los perseguirían hasta no dejar una sola familia completa. Ya veríamos que pasaba, pues. El ejército no podía caer por sorpresa. Todos los caminos eran vigilados. Gracias, pero no podíamos quedarnos, a las cuatro teníamos asamblea y ya era muy tarde. Suerte. Les enviaríamos mantas y comida. Si les hacía falta otra cosa. Nada, gracias. Mándennos papel.

—Parece que han tenido problemas con el cura —dijo Escudero, que había llegado en el yip con Enrique.

—¿Está en contra? —pregunté distraídamente.

—Todos los días lanza sermones en contra de los comunistas ateos.

—¿Y la gente?

—No le ha hecho caso. El camión desbarrancado no fue el primero. Ya están hartos de que les den una disculpa con cada accidente. Los muchachos se trajeron un autobús.

—¿De la Universidad? —pregunté al mismo tiempo que veía un autobús con los colores y el escudo de la UNAM parado frente a la iglesia—. Mientras no lo

maneje un estudiante, está muy bien.

Marjorie no había aparecido. Tal vez nos cruzamos en el camino, pensé. Me empecé a poner de mal humor cuando dije por décima vez que regresáramos y no me hicieron caso. Enrique había entrado a la Presidencia. Escudero compraba pepinos con limón.

—Vámonos, Alma. Que regresen en el yip.

La manifestación silenciosa fue el factor que decidió la trayectoria del movimiento hasta el 2 de octubre y creó el estado de ánimo que hizo posibles las espléndidas fiestas del 15, la defensa del Casco de Santo Tomás y la violenta reacción que siguió a la toma de la Ciudad Universitaria por el ejército.

Hacía mucho tiempo, desde agosto, que el ejército era utilizado para atemorizar a los estudiantes con una invasión. Torpemente se pretendía que las maniobras militares en los alrededores de las escuelas politécnicas y universitarias enfriaran la combatividad de las mismas. La verdad es que en las primeras ocasiones causaron alarma los telefonazos de gente bien intencionada que anunciaban la proximidad del ejército. Éste siempre pasaba de largo. Así, durante semanas, soldados iban y venían del norte al sur de la ciudad, es decir de Zacatenco a la Ciudad Universitaria. Poco a poco nos fuimos acostumbrando a tales movimientos de tropa y a los telefonazos. A los pocos días de sobresaltos ya nada más dábamos las gracias por el aviso a los que llamaban.

Apenas pasados los festivales de la noche del 15, que tanto influyeron en el optimismo de todos, a unos días de la manifestación silenciosa que terminó en una explosión de alegría, el 18 de septiembre, el ejército tomó la Ciudad Universitaria sorpresivamente.

Cuando empezaron a pasar los tanques y transportes de paracaidistas rumbo al sur de la ciudad, las llamadas no cesaban: «Sí, sí, está muy bien; daremos aviso para evacuar las escuelas». «No se preocupe, por supuesto que nos pondremos a salvo, gracias». «Sí, señora». «Gracias, compañero».

En el auditorio de la Facultad de Medicina, al fondo de la Ciudad Universitaria si contamos a partir de la entrada por Insurgentes, el CNH todavía no lograba reunirse. Hacía tiempo se venía insistiendo en que era necesaria la puntualidad de todos los delegados, pues muchas veces se iniciaban las sesiones con cincuenta de los doscientos delegados. Por supuesto, el auditorio estaba casi vacío

y, con la intención de protestar cuando llegaran todos los retrasados, se inició la sesión.

Pasados los días de crisis ya no parecía importante la puntualidad ni el pago de las cuotas, materia que nunca olvidaba Finanzas y que había sido tratada diariamente. Aquí se puede decir, con mucha brevedad, que el gobierno, acostumbrado a ciertas formas de proceder y de resolver rápidamente sus problemas, estuvo y sigue estando en busca de «padrinos económicos» del Movimiento. La verdad era mucho más simple y por lo mismo fuera de su alcance: cada escuela tenía fijada una cuota diaria de cien pesos que multiplicada por ochenta da ocho mil pesos diarios, suma más que suficiente para cubrir los gastos del CNH que nunca llegaron a tanto. Los pagos de inserciones en periódicos eran los gastos más fuertes, pero ni se hacían a diario, ni pasaban de tres mil pesos por desplegado. Los ocho mil pesos diarios hubieran resultado una cantidad exagerada si se hubieran pagado las cuotas. Y hacerlo no representaba ninguna dificultad ni para las escuelas más pequeñas pues, nada más entre los alumnos podían juntarse mucho más de cien pesos diarios. Si agregamos las colectas públicas que hacían todas las brigadas, la suma es muy grande. Las escuelas no tenían más gastos que los referentes a papel, tinta y comida. ¿No era intolerable que sólo por negligencia dejaran de llevar sus cuotas y en ocasiones el CNH no tuviera para pagar un manifiesto urgente? De habérselo propuesto hubiéramos colectado quince o veinte veces más dinero, pero las brigadas tenían funciones más esenciales y nunca le dimos mucha importancia al asunto. Los mismos reproches se habían repetido varias veces en diferentes reuniones, pero no se obtenía ni puntualidad, ni cuotas.

En todas las escuelas y facultades se recibió el aviso de que el ejército se dirigía a la Ciudad Universitaria y nadie se preocupó por avisar al CNH que acababa de iniciar su reunión con el propósito de hacer una severa crítica a los delegados ausentes. Cuando ya estaban a las puertas de la Universidad los primeros tanques llegó el primer aviso al CNH: un muchacho corrió hasta el auditorio de Medicina y, haciendo a un lado a quienes le exigían su pase de delegado, entró hasta la sala de sesiones e hizo el anuncio estrepitosamente. El Consejo entero se indignó: ¡Bastante molesto era empezar la noche con unos cuantos delegados para que no se pudiera trabajar en paz y sin interrupciones! El mensajero salió estupefacto. Al poco rato entró otro compañero, quien con toda calma informó: «Aquí abajo, en el estacionamiento de la Facultad, se están acomodando los tanques y los transportes de paracaidistas; si quieren salir, apúrense. Yo ya me voy».

Los tanques avanzaban lentamente, al ritmo de las palabras de León Felipe que caían desde los altavoces. León Felipe acababa de morir: gracias, Señor de la

heredad, por dejarme contemplar este mudo paisaje de girándula. ¡Por favor, Alcira! ¡Vámonos! No quiso quitar el disco, ni salir; se encerró con llave. La encontraron 15 días después, cuando el ejército desocupó la CU.

El ejército había rodeado todas las escuelas para dirigirse de inmediato a Medicina; pero muchos miembros de Comités de Lucha, alumnos, maestros, empleados y padres de familia, salieron corriendo entre los mismos vehículos militares que avanzaban lentamente.

En la explanada de la Rectoría fueron detenidos cerca de cien compañeros que llevaban una bandera nacional. Cuando se vieron cercados por la tropa levantaron las manos, haciendo la «V», y empezaron a cantar el Himno.

Algunas autoridades universitarias también fueron aprehendidas; se puede citar principalmente a la directora de la Escuela Nacional de Economía, Lic. Ifigenia de Navarrete; al director de Publicaciones, Rafael Moreno y al director del Departamento de Servicios Sociales, Julio González Tejada. Con ellos fueron encarcelados los sinodales de un examen profesional, el examinado y sus familiares. Gran cantidad de padres de familia que celebraban una reunión en otro auditorio de Medicina, mozos, secretarías, maestros, empleados y, por supuesto, alumnos. De estas aprehensiones masivas se seleccionaban a quienes la policía consideraba peligrosos y el resto era puesto en libertad a los pocos días o semanas.

La medida del error cometido por el gobierno quedó a la vista esa misma noche; mientras un pelotón de paracaidistas arriaba sin ninguna ceremonia la bandera colocada a media asta por el rector la mañana del martes 30 de julio, los compañeros que habían sido detenidos, tirados boca abajo en la explanada, levantaban los brazos entre las botas de los soldados y hacían la «V»: ¡Venceremos! Ésa era la actitud que dominaría durante los días siguientes; nunca el abatimiento, sino la indignación. En las redacciones de los diarios no cesaron las llamadas telefónicas durante toda la noche y al día siguiente los capitalinos pudieron enterarse con detalle de los sucesos que durante la noche los habían mantenido a la expectativa.

Después de un triunfo magnífico como el del 13 de septiembre, que había hecho pensar en una próxima solución del conflicto y reintegró a la lucha amplios sectores que ahora volvían a ganar confianza, la ocupación militar de la Ciudad Universitaria no quebrantó el Movimiento, por el contrario, lo volvió más agresivo.

Si la invasión se hubiera dado en otras circunstancias habría sido un golpe

que de cualquier manera hubiera desencadenado una ola de protestas; pero en las que se dio, no sólo se llenaron los periódicos con enérgicas protestas encabezadas por maestros, investigadores, artistas y todos los intelectuales de mayor prestigio en el país, sino que, cerrada la Universidad, los estudiantes se desbordaron a las calles mostrando su indignación ante la ilegal medida. Durante esos días fue imposible para los Comités de Lucha de cada escuela controlar a sus propias brigadas pues actuaban por cuenta propia. La dirección no existía sino a una reducida escala.

Nadie esperaba por esos días una acción militar contra la Universidad. Ni siquiera el rector fue notificado de la anticonstitucional medida tomada por el gobierno.

La intención de un acto tan sorpresivo era —como lo demostró el cerco inmediato de la Facultad de Medicina, por entonces sede del Consejo— la detención de los delegados ante este organismo. Pero por las circunstancias referidas no se encontraban en el auditorio sino algunos pocos delegados que escaparon fácilmente de un cerco mal planeado, frustrando así la principal finalidad de la operación.

El CNH quedó desorganizado por falta de un lugar de reunión, pues además de que no habíamos previsto seriamente la posibilidad de que la Universidad fuera invadida, una vez consumado este hecho se esperaba en cualquier momento la ocupación del IPN. Habíamos escapado a la detención pero no teníamos la menor idea de cómo localizar a doscientos delegados que, además, tratarían de no ser vistos.

—Mira, *Cuec*; ya te vi, ya te vi, no sigas fregando. Estás en la lista después de Marcelino, Gamundi, Zárate, Tayde, Marcia, Prepa 5, Prepa 8, Políticas de la Ibero, Políticas de la UNAM, Textiles, Universidad de Oaxaca y la del Valle de México, el *Búho*, Químicas, Voca 2, Biológicas, ESIME.

—¿Otra vez? —gritó el *Cuec*—. Ya está Gamundi por ESIME.

—Pero éste es Mastache —respondió la Tita desde la presidencia de debates.

—Esa lista es de intervenciones, pero yo sólo pido «moción» —decía el *Cuec* tocándose la palma de la mano izquierda con los dedos de la derecha—. Una «moción» muy breve.

—Está bien. Concedida la «moción».

CUEC son las siglas del Centro Universitario de Estudios Cinematográficos,

pero con ese nombre se conocía al delegado, un muchacho de pelo hasta los hombros y barba igualmente larga.

—Miren compañeros —empezó diciendo el *Cuec*—, ¿de qué manera vamos a volver a las calles? El 13 de este mes estaremos otra vez en las calles de la ciudad, pero ¿llevaremos algo nuevo? ¿Qué entregaremos al pueblo que nos espera en las aceras, en las ventanas, sobre los capacetes de los automóviles? ¡Amor, compañeros! ¡Entreguemos amor y flores! Y si nos reprimen, ¿cómo recibiremos a los soldados? ¡Con flores, compañeros! ¡Arrojemos flores sobre los tanques, entreguemos flores a los soldados! Si ellos tienen fusiles, nosotros tenemos amor y muchas flores.

La emotiva intervención del *Cuec* tenía un acento tan auténtico, tan característicamente suyo, que el Consejo escuchó sin interrupciones. Obviamente no se aprobaría, pero se le escuchó hasta el final.

—Ésta no es una «moción», de ninguna manera —protestó la Tita—. Has hecho una intervención saltándote la lista de oradores.

—Ya terminé —respondió el *Cuec*.

—Tiene la palabra Marcelino, después Gamundi y después a ver a quién eligen para presidir porque ya me aburrí de que hagan lo que quieren.

No, Tita, por favor que se quedara, le prometíamos esperar turno, no hacer «mociones» como pretexto para brincarse el orden. Si se iba a quién elegiríamos, ya nadie quería aceptar. Le haríamos caso, otro presidente de debates duraría sólo unos minutos, en otras ocasiones habíamos hecho la prueba. Que se acordara del que duró dos minutos. Muy bien, aceptaba, pero que respetáramos las indicaciones.

Los estudiantes desconocían la suerte que había corrido el CNH. Así, cuando el 20 de septiembre, apenas dos días después de la ocupación, apareció un desplegado en los periódicos firmado por el Consejo no pareció tan sorprendente la salvación del CNH como su inmediata reorganización. Decía el desplegado: «Este atropello a la autonomía universitaria, al estudiantado en su conjunto y al pueblo de México, representa una real subversión del orden constitucional, que ha obtenido de inmediato una respuesta enérgica y democrática. La toma de la Ciudad Universitaria ha sido un grave error político que ha revertido de inmediato contra el gobierno mexicano que la ordenó». Para los estudiantes y la población crecía el prestigio del Consejo que empezaba a envolverse en un aura de leyenda. En el mismo desplegado se señalaba: «Aun en el caso de que la represión suprimiera al

actual CNH, de las bases mismas surgirá siempre la dirección adecuada para la obtención de todas las demandas expresadas en nuestro pliego petitorio».

Nadie se sintió derrotado con la invasión a la Universidad. El único temor era sobre el paradero del CNH. Al aparecer el desplegado creció aún más la confianza. El resultado del grave error de cálculo cometido por el gobierno estaba a la vista.

El CNH no tenía mecanismos que permitieran su reorganización inmediata fuera de las escuelas. Reunir a más de doscientos delegados sería trabajo de muchos días. ¿Qué había sucedido? Un pequeño organismo de seguridad creado por el Consejo para emergencias y olvidado después, había empezado a funcionar: el Comité Central. Se eligió en una ocasión a seis delegados cuya única misión sería la de hacer declaraciones públicas a nombre del CNH cuando éste se viera disperso y reunir un pleno en el lugar adecuado. Las declaraciones tendrían que estar dentro de la posición adoptada por el CNH en términos generales y de ninguna manera estaba capacitado el Comité Central para cambiar estas directrices, facultad reservada al pleno. Así fue como se hizo ver a los estudiantes que seguía existiendo una dirección del Movimiento.

Algunos Comités de Lucha habían tomado medidas para funcionar con sus propias brigadas fuera de la Ciudad Universitaria, pero entre cada Comité de Lucha no existía relación. Los brigadistas se reunían en iglesias y parques para de ahí salir en grupos pequeños que recorrían toda la ciudad haciendo mítines relámpago. La población, que en diferentes circunstancias habría considerado excesivos algunos actos de las brigadas, ahora les encontraba justificación; después de todo ¿no había sido el gobierno quien había iniciado la violencia, siendo el más obligado a respetar las leyes que pretende hacer guardar? Ante el aplastante despliegue de fuerzas con que se allanó la Universidad, la reacción de los estudiantes en las calles no era sino la respuesta natural al vergonzoso atentado que no había tenido otro objeto que el de impedir la libertad de disentir con el régimen.

La Secretaría de Gobernación intentó justificar el uso del ejército en funciones que no le son propias y contrarían la letra y el espíritu de los artículos de la Constitución que reglamentan el uso de las tropas. El pretexto era deleznable: «Las autoridades universitarias carecen de los medios materiales necesarios para restablecer el orden dentro de sus respectivos planteles y poder ejercer el derecho de regirlos sin interferencias ajenas y con plena autonomía». El ejército entraba nada menos que a «restablecer la autoridad interna y salvaguardar la autonomía universitaria» violada por maestros, estudiantes e investigadores que por decenas de miles se sumaron al Movimiento. Mil quinientos maestros encabezados por el

licenciado Jesús Silva Herzog, Henríque y Pablo González Casanova y los más destacados pensadores de México manifestaron en la prensa: «La autoridad universitaria resulta del consenso de estudiantes y profesores y en ningún caso puede ser impuesta desde fuera por la coacción o por la fuerza. Asumimos plenamente nuestras responsabilidades para preservar y fortalecer a la Universidad. No puede desconocerse, empero, que el conflicto ha surgido fundamentalmente entre amplios sectores del país y el gobierno de la República». Ésta era la respuesta enérgica y correcta de la inteligencia a la barbarie.

Los médicos de los principales hospitales, muchas escuelas de la Universidad Iberoamericana, maestros, artistas e intelectuales denunciaron valientemente el atropello a la autonomía y la suspensión, de hecho, de las garantías individuales consagradas en la Constitución.

Ante la negativa de todos los periódicos a publicar su manifiesto donde exigían el restablecimiento del orden constitucional, respeto a las garantías individuales y el cese de la campaña de desprestigio desatada contra la UNAM y la elevada investidura de su rector, más de ciento ochenta periodistas lo repartieron mimeografiado. No se aceptó su publicación ni como inserción pagada.

Desde la entrada del ejército a la Ciudad Universitaria se vio claramente que la medida caldeaba los ánimos en lugar de frenarlos. Esa noche los detenidos hacían la «V» y cantaban el Himno Nacional tirados bocabajo en la explanada de la Rectoría. Al día siguiente, luego de conocer la noticia, todos los alrededores de la Ciudad Universitaria se vieron invadidos por universitarios que hacían rápidos mítines, hablaban en los cafés, en el cruce de algunas avenidas deteniendo el tráfico; o bien se acercaban a la línea de soldados y tanques, formando grandes grupos silenciosos. Pasado un rato alguien tomaba la palabra para dirigirse a los soldados. Tal vez las muchachas lo hicieron con mayor frecuencia que los hombres. Algunos pelotones dispersaban a los grupos numerosos y el ambiente se fue volviendo cada vez más tenso.

Por toda la ciudad se veían grupos de estudiantes haciendo mítines relámpago. El ejército y los granaderos aparecían en cualquier punto donde se informara de la presencia de estudiantes en grupos numerosos. Los encuentros con la policía fueron continuos. En esos encuentros —según los periódicos del día— fueron detenidos centenares de personas. Si la prensa acepta este hecho seguramente el número fue muy elevado.

Ante la expectación de transeúntes y automovilistas, los soldados hacían

frecuentes detenciones de jóvenes en las cercanías de la Ciudad Universitaria. En varias ocasiones llegaron a sacarlos de restaurantes y cafeterías de esa zona.

En la plaza de la Ciudadela, la misma donde en julio la intervención de los granaderos había suscitado las primeras protestas, los alumnos de vocacionales pintaban camiones exigiendo la desocupación de la Ciudad Universitaria y cuando los granaderos trataron de intervenir fueron repelidos con palos y piedras. Los comercios de la zona céntrica de la ciudad tuvieron que cerrar ante las numerosas escaramuzas. Posteriormente llegaron refuerzos a los granaderos y los estudiantes fueron dispersados en la Ciudadela, pero volvieron a reunirse en la Alameda Central, donde iniciaron un mitin que también se disolvió cuando un agente de la policía, infiltrado entre la concurrencia, hizo estallar un bomba lacrimógena. En varias ocasiones los estudiantes trataron de llegar hasta la Procuraduría del Distrito Federal, pero fueron rechazados y cercados.

El general Cueto, jefe de la policía preventiva del DF, y uno de los funcionarios cuya destitución se exigía, informó que el número de detenidos, el aceptado por la policía, era de quinientos setenta y dos; pero agregaba que durante el día habían seguido efectuando detenciones por todos los rumbos de la ciudad.

Frente al monumento a Obregón, a unas cuadas de la Ciudad Universitaria, donde la situación era cada vez más grave, hubo otro encuentro con los granaderos y la tropa tuvo que intervenir. En Zacatenco, al extremo norte de la ciudad, unas horas antes el ejército había cercado una amplia zona después de que los granaderos la cubrieron de gases lacrimógenos. En cualquier parte surgía una desviación del tráfico y un cordón de granaderos avanzando con cautela.

Al mismo tiempo, los periódicos seguían llenándose con las protestas de científicos, directores de escuelas e institutos, investigadores y, por supuesto, con planas enteras de adhesiones a la política del régimen y felicitaciones por la ocupación de la Universidad que firmaban todas las «organizaciones revolucionarias» pertenecientes al PRI. Las protestas, redactadas muchas de ellas en un tono desusadamente enérgico, ocupaban espacios más pequeños, pero las firmas eran impresionantes: todos los científicos más distinguidos, los investigadores, escritores, pintores y, entre éstos, los últimos grandes muralistas; en fin, la gente que hace la ciencia, la literatura y el arte de México protestaba públicamente por la anticonstitucional medida adoptada por el gobierno que utilizaba al ejército en funciones de policía y violaba con lujo de aparato militar la autonomía universitaria. Se vivía un ilegal estado de sitio no declarado. A la inmediata y viril protesta de los científicos y artistas no se sumó Salvador Novo, recientemente nombrado Cronista

de la Ciudad de México. La respuesta dada al reportero que le pedía su opinión acerca de la invasión a la Universidad por la tropa, fue digna de algún empleado gubernamental que escribiera versos en su tiempo libre: «Es la primera noticia que me dan este día y, por cierto es verdaderamente muy grata». Muy satisfecho, el Cronista sonrió para la fotografía.

Como salida para dar solución a uno de los puntos del pliego petitorio, muchas personalidades solicitaban al presidente de la República: «Conscientes de que el mantenimiento de posturas irreductibles sólo conduciría a alimentar la dialéctica de la violencia con grave perjuicio de la patria, y deseando contribuir a la solución del conflicto mediante fórmulas constructivas que, de acogerse, satisfagan las demandas populares, sin mengua del prestigio del poder público proponemos que, sin entrar a definir la calidad de los ciudadanos sujetos a proceso o sentenciados, cuya libertad reclaman los estudiantes y maestros, apoyados por gran parte del pueblo [...] se decrete la amnistía a favor de los ciudadanos o que antes se ha hecho referencia». Firmaban el Dr. Ignacio González Guzmán, exrector de la UNAM; Juan Rulfo, Juan José Arreola y más de cien directores de Facultades y Escuelas del IPN y la UNAM y científicos y poseedores de premios nacionales e internacionales.

En el resto del país la respuesta ante la invasión de la UNAM fue igualmente firme. Más de diez mil estudiantes realizan en Monterrey una manifestación que dura dos horas. Durante el recorrido se condena la intervención de las fuerzas armadas. Varias facultades decretan la huelga. En Jalapa un mitin es dispersado por la policía y los granaderos a tres cuadras del Palacio de Gobierno. La Facultad de Pedagogía, Filosofía y Letras es desalojada por la fuerza pública. Hay varios detenidos. La Universidad Autónoma de Morelos continúa en huelga y se realizan mítines diariamente en Cuernavaca. En Puebla más de cinco mil personas realizan una manifestación que culmina con un mitin frente al Palacio de Gobierno; como en esa ocasión la policía no intervino el mitin terminó en completa calma y sin desórdenes, al final se cantó el himno nacional; el Consejo Universitario de la Universidad Autónoma de Puebla condenó el atentado contra la autonomía de la Universidad Nacional.

En Chihuahua se inician paros escalonados hasta llegar a la huelga. Se realizan mítines en apoyo al CNH y más de tres mil quinientos universitarios marchan hasta la Plaza de Armas. En Mérida, de extremo a extremo del país, se forma un Comité de Huelga para iniciar los paros en caso de que las tropas no salgan de la UNAM, como lo exigen al presidente de la República en un telegrama. Días después, el rector de la Universidad de Yucatán anuncia que encabezará, junto con

directores y maestros, una manifestación de protesta. En Villahermosa, en Oaxaca y muchas otras capitales de estados se realizan paros, mítines y manifestaciones en apoyo a las peticiones del CNH y como repudio a la invasión.

En la capital del país la situación se agrava. El 20 de septiembre durante la madrugada, policías vestidos de civil hacen centenares de disparos con metralletas y pistolas de grueso calibre contra los edificios de la Preparatoria 4 y El Colegio de México. Los culpables nunca fueron encontrados. En versión dada a la prensa, los jefes de la policía calculaban en más de mil cuatrocientos el número de detenidos y comentaban satisfechos: «Las cárceles están repletas».

En el norte de la ciudad, en la zona de Zacatenco, más de tres mil estudiantes tuvieron numerosas refriegas con destacamentos de granaderos que, en cada ocasión, eran fuertemente reforzados; toda la zona quedó cubierta de piedras, vidrios y gases lacrimógenos. En las azoteas de muchas escuelas se seguían juntando palos y ladrillos.

Habían pasado tres días de luchas callejeras en toda la ciudad, la campaña de difamación contra el rector estaba en su apogeo y por todos los estados de la República se extendía la protesta por la ocupación militar de la UNAM. Al atardecer del día 21 hubo otro encuentro entre estudiantes y granaderos en las cercanías de la vocacional 7, situada en la Unidad Habitacional de Tlatelolco. Se inició un intercambio de piedras y bombas «molotov» contra gases lacrimógenos y armas de fuego. Pronto llegaron nuevos refuerzos para los granaderos y los estudiantes tuvieron que refugiarse en los departamentos cercanos. La población de Tlatelolco ya en otras ocasiones había prestado ayuda y volvieron a darla. Las balas atravesaban fácilmente las paredes, hechas de material plástico. Con descargas de gases fueron bombardeados los edificios cercanos hasta que salieron a la calle hombres, mujeres y niños que inmediatamente eran aprehendidos. Los habitantes de la unidad respondieron a los atacantes: las mujeres calentaban agua que arrojaban hirviendo desde las ventanas, en las calles vecinas varios vehículos del DDF fueron incendiados. Los granaderos, a pesar de todo, lograban penetrar a los departamentos rompiendo las puertas. Ya dentro golpeaban y aprehendían a todas las personas que encontraban, con mayor razón si eran jóvenes; después destrozaban los muebles, robaban los objetos de valor y salían para empezar otro «cateo» en el siguiente departamento. En uno de ellos, el teniente Uriza Barrón, que visitaba a su madre, vio cómo ésta era golpeada por un grupo de granaderos que acababa de irrumpir en el interior de su domicilio. Sin esperar más, el teniente Uriza Barrón disparó sobre ellos, dos resultaron heridos y uno murió poco después. Al militar, a su madre y a dos hermanos se les detuvo de inmediato.

Si constantemente llegaban refuerzos a los granaderos, no les faltaban a los estudiantes pues muy cerca de la unidad se encuentran las numerosas escuelas politécnicas del Casco de Santo Tomás hasta las que llegaban las detonaciones de armas de fuego. Había centenares de intoxicados por los gases y muchos heridos de bala, pero los estudiantes y los vecinos de la unidad no se daban por vencidos. Ya de noche, las señoras seguían calentando agua en sus estufas y buscando botellas de refresco para llenarlas con cualquier líquido inflamable y arrojarlas junto con toda clase de proyectiles. Un capitán de la Dirección de Tránsito lanzó a los hombres que tenía a su cargo, todos ellos disfrazados de civiles, contra los curiosos que estuvieran en los alrededores.

Los alumnos de las escuelas del Casco rompían el cerco para auxiliar a sus compañeros de la vocacional. Muchos de los numerosos vehículos usados por la policía para cercar la zona fueron incendiados con bombas «molotov». Por ambas partes seguía aumentando el número de los participantes. Un compañero que durante varias horas había transportado estudiantes del Casco hasta la voca 7, fue finalmente detenido por un agente de tránsito al que acabó por parecerle sospechoso el repetido paso de una camioneta vieja. «¿Qué haces?», preguntó el agente al alumno de la ESIME que tranquilamente contestó: «Lo mismo que ustedes pero al revés», y arrancó para traer otra carga de muchachos.

Uno de los estudiantes que dirigieron durante horas los pequeños grupos de compañeros que sostenían cada posición, no sólo se retiraba, como el resto, para tomar alimento y reabastecerse de piedras y bombas «molotov», sino que desaparecía un rato más largo para volver después con otra ropa, distinta de la que llevaba antes. Unas veces era de tipo estudiantil, otras más seria, pero siempre diferente. Es casi seguro que no conocía la narración de los informantes del padre Sahagún que describe cómo los tenochcas se refugiaron en el islote de Tlatelolco, el segundo por su tamaño en medio del gran lago, lugar donde ahora se levanta la vocacional 7, aunque ya no existe el lago. Entonces, un capitán famoso llamado Tzicaltzin, que era de grado otomí, se disfrazaba en cada combate para que no le reconocieran los españoles.

»Tomaba a veces sus insignias, sus orejeras de oro, también su collar de cuentas de caracol. Solamente estaba descubierta su cabeza mostrando ser otomí. Pero otras veces llevaba solamente su armadura de algodón; con un paño delgadito envolvía su cabeza.

»Otras veces se disfrazaba en esta forma: se ponía un casco de plumas, con un rapacejo abajo, con su colgajo del Águila que le colgaba al cogote. Era el atavío con

que se aderezaba el que iba a echar víctimas al fuego.

»Salía pues, como echador de víctimas al fuego: tenía sus ajorcas de oro en el brazo; también llevaba en las piernas sus bandas de oro ceñidas, que no dejaban de brillar».

En el mismo sitio exacto, ocultándose entre las ruinas tlatelolcas que las excavaciones modernas han dejado al descubierto junto a los edificios de la vocacional, el otomí reaparecía vestido con corbata y saco, luego con suéter, después en camisa, otro suéter, un diferente color de camisa. Y también como relatan los informantes de Sahagún, «nuestros enemigos procuraban con esfuerzo ver en qué forma lo mataban, ya fuera con una espada, o ya fuera de un tiro de arcabuz. Pero Tzicaltzin se disfrazaba para que no lo reconocieran».

Toda la noche siguió la refriega y las sirenas de las ambulancias y de las patrullas de la policía no dejaron de escucharse hasta la madrugada, cuando quinientos soldados y nueve carros de asalto del ejército ocuparon la zona.

El 19 de septiembre fueron devueltas las instalaciones de la Escuela Nacional de Agricultura. Una escueta nota informaba en los periódicos que «después del cambio de impresiones [con el secretario de Agricultura], los estudiantes acordaron desalojar los edificios. La entrega se hizo sin incidentes y en calma completa».

A las dos de la tarde, el secretario de Agricultura se presentó en las instalaciones del Plan Chapingo seguido por una comitiva de funcionarios y, tras rasgar la bandera de huelga colocada en la puerta principal, exigió a los alumnos que entregaran el plantel. En las afueras se detuvieron dos autobuses de pasajeros y una camioneta llenos de agentes de la policía con armas automáticas. Los alumnos respondieron que no entregarían la escuela sin tomar el parecer de todos los alumnos en una asamblea. El secretario y su comitiva estuvieron de acuerdo en esperar a que Tayde, delegado por Chapingo ante el CNH, citara a la asamblea. A unas horas de ocupada la Ciudad Universitaria, los alumnos de Chapingo decidieron entregar su escuela pacíficamente. Bajo la mirada de los ocupantes de los autobuses, cuyas armas estaban a la vista, los representantes estudiantiles hicieron entrega de la Escuela Nacional de Agricultura que fue cerrada por varios meses.

—Si hiciéramos una encuesta verías cuántos no conocen el *Manifiesto Comunista* —le dice el Pino al Búho.

—Lo que sea de cada quien, los «peces» sí lo conocen. Por lo menos eso sacan

del partido. Es precioso —y adopta pose de misterio—: «Un fantasma recorre Europa...».

—¿Europa? No, Miguel Eduardo —interrumpe el *Pino*—. Un fantasma acecha a los países socialistas, el fantasma del comunismo.

—¡Ah! Es muy buena, muy buena; permíteme felicitarte, Martínez —exclama el *Búho* dándole la mano—. Ahora hay que hacer que lo oigan los «peces».

El *Pino* sale y grita haciendo bocina con las manos: «¡Un fantasma acecha a los países socialistas, el de siempre: el fantasma del comunismo!».

—Yo creo que cuando Brezhnev oye la palabra «comunismo» se le paran los pelos de punta, igual que a Díaz Ordaz —comenta el *Búho*.

El rector, cuya autoridad unificó a toda la Universidad en torno a la defensa de la autonomía, hecho que hizo posible la elevación del Movimiento hasta rebasar los límites universitarios y levantar la demanda de libertades democráticas y respeto a la Constitución, evolucionó en sus posiciones mucho más lentamente. En ocasiones hizo concesiones al gobierno que si bien no afectaban en lo fundamental, sí desorientaban y confundían a los estudiantes. Así, el llamado a la normalidad académica podía interpretarse como un llamado a clases, que en esos momentos sería fatal por la desmovilización de las brigadas. Sin embargo, los términos del llamado dejaban una puerta abierta: normalidad no quería decir forzosamente clases, sino funcionamiento administrativo, investigación, apariencia normal. El llamado era una concesión, pero estaba hecho de tal manera que su daño se reducía, aunque creaba desconfianza hacia el rector y sectarizaba más algunos grupos.

En la respuesta de Barros Sierra a la invasión de la Ciudad Universitaria por tropas del ejército federal, ocurrida el 18 de septiembre, se encuentra esa misma actitud ambigua. Se condena el acto, pero algunos términos empleados permiten manejar la declaración en varios sentidos. Causó disgusto, por ejemplo, que el rector dijera: «La ocupación militar de la Ciudad Universitaria ha sido un acto excesivo de fuerza que nuestra casa de estudios no merecía. De la misma manera que no mereció nunca el uso que quisieron hacer de ella algunos universitarios y grupos ajenos a nuestra institución». En el Movimiento participaban todas las Escuelas y Facultades de la UNAM, los edificios estaban abiertos y en los auditorios se discutía diariamente el camino a seguir para llevar estas resoluciones al Consejo. Lo mismo, cuando se llegó a plantear, se analizó la posibilidad de volver a clases; entonces, ¿quiénes eran «los universitarios que con arbitrariedad y obstinación hicieron uso

de recintos y bienes de la Universidad para su acción política, causando grave daño a su casa de estudios?»?

Las fricciones con el rector evidentemente debilitaban la posición de los universitarios y se reflejaban en todo el Movimiento. Pero al mismo tiempo, Barros Sierra exhortaba a los universitarios «a que asuman donde quiera que se encuentren, la defensa moral de la UNAM, y a que no abandonen sus responsabilidades». Y para terminar la declaración, un párrafo contundente, dicho con toda la autoridad que rodea al rector de la UNAM como político y como maestro, que va directo contra un gobierno ensoberbecido y cada vez más alejado de un pueblo que ya sólo es un nombre en los discursos y la retórica oficial: «Esperemos que los deplorables hechos que confrontamos, no afecten irreparablemente la democracia en la República». Lo anterior no se dice nunca en México desde un puesto público. Disentir de la opinión y la política gubernamental es intolerable, pero cuando esta disensión va acompañada de autoridad y fuerza, el disidente se coloca automáticamente en la línea cercana a la traición. Un régimen que ha corrompido las organizaciones populares hasta convertirlas en meros resonadores de sus propias alabanzas; que ha regulado e institucionalizado su propia oposición y sólo permite aquella que acepta las reglas del juego, es decir, la oposición no nada más aceptable sino necesaria en una República; un régimen que se complace en sus balances perpetuos de éxitos, triunfos y progreso ininterrumpido, no puede tolerar la inconformidad ni la crítica seria, decidida, que se aparta de los cauces conocidos y controlados. Después de dos meses en los que nuestro Movimiento no había variado en sus exigencias, ni en sus métodos democráticos, los diputados Octavio A. Hernández y Luis M. Farías descubrieron que Barros Sierra era el culpable del conflicto estudiantil. Él, Barros Sierra, y no un poder público ciego y sordo a las exigencias populares y al nuevo clima que se estaba viviendo, era quien debía solucionar el problema, según los diputados.

La consigna estaba dada. Había un culpable señalado y ahora sólo era necesario proceder. Esforzarse por cumplir lo mejor posible, ser el más violento, el que ataca con más saña. Se veía la fisura y había que correr heroicamente a cerrarla. La patria estaba en peligro.

No se detuvieron ante nada: la ofensa personal, las alusiones al nombre del abuelo que no supo defender como hombre. Nada es indigno de usarse cuando se trata de servir a la nación. Tardaron en darse cuenta de quién promovía realmente los disturbios, pero después de las declaraciones del rector, después de que menciona los deplorables hechos que pueden afectar irreparablemente la democracia, ya no hay duda acerca de quién es el inepto que permitió que se

agravara el conflicto. Lo acababan de descubrir Octavio Hernández y Luis Farías y, aunque un poco tardíamente, salían en defensa de la patria. El pueblo y los estudiantes ya conocían el método. Había llegado la orden de arriba y ahora empezaba la competencia por cumplirla mejor que nadie. No se atrevieron a hablar cuando el rector encabezó la manifestación del 1.º de agosto junto con todas las autoridades universitarias; ni cuando el Consejo Universitario manifestó su apoyo a las demandas del CNH y exigió respeto irrestricto a la autonomía, la no intervención del ejército y otras fuerzas del orden en asuntos de la exclusiva competencia de la UNAM, y la reparación de los daños materiales sufridos por los planteles universitarios que fueron ocupados por fuerzas públicas. Esta declaración del Consejo Universitario, sin precedente en la historia de la Universidad, no causó la indignación de los diputados en el momento oportuno, tuvo que pasar un mes para que desde la Cámara de Diputados surgieran las voces airadas que condenaban el valiente apoyo al movimiento democrático dado por el organismo que representa a nuestra Universidad. Los representantes del pueblo se excedieron en el cumplimiento de su deber y el efecto fue contrario al buscado. Para toda la población era evidente que se habían tardado un poco en indignarse y el método seguido de ninguna manera era nuevo. De cualquier forma se hacía patente que tras este alboroto de los subordinados había otras fuerzas superiores y mucho más temibles que no sólo estaban decididas a perjudicar a la Universidad, sino que tenían los medios para hacerlo. Esta convicción, y no las torpes calumnias, ni los gritos estridentes, llevaron al rector a presentar su dimisión.

Tres días después de señalar el peligro en que se encuentran la Universidad y la vida democrática del país, el domingo 22 por la noche, el rector ya tenía el texto de su renuncia. Esa misma noche algunos miembros del Comité de Lucha de Filosofía y Letras, reunidos en una casa particular, fuimos informados de la determinación del rector. De inmediato procedimos a confirmar la noticia por teléfono. A pesar de que el informe procedía de una fuente respetable dudábamos de que el rector se hubiera visto obligado a tomar esa determinación. La campaña difamatoria llevaba ya tres días, pero él siempre había contado con el respaldo de toda la comunidad universitaria. A pesar de todo, era verdad. Confirmada la noticia se hizo un largo silencio. Éste era un golpe político que nos afectaba mucho más que las medidas represivas anteriores. Debilitada la Universidad, podía iniciarse una desbandada general que cambiaría por completo el curso de la lucha si llegaba a darse. No podíamos permitir la renuncia, éste fue nuestro primer impulso, era un triunfo para los enemigos de la Universidad y un serio golpe a todo el Movimiento.

Si la ocupación de la Ciudad Universitaria había sido contraproducente para el gobierno por la violenta reacción que desencadenó en todos los sectores, la

renuncia de Barros Sierra sí debilitaría al Movimiento. Además, era el triunfo de las «gentes menores», como las llamó él en el texto de su renuncia. Durante toda la noche estuvimos telefoneando a diversos funcionarios universitarios con el fin de conseguir una cita con el rector. Uno de ellos nos informó que ya no podíamos hacer nada, otras autoridades de la Universidad, directores de Escuelas y Facultades habían estado con él y no cambiaría de opinión. La renuncia estaba ya en los periódicos. Sin embargo, nos aclaraba que posiblemente lo pudiéramos ver en la Casa del Lago, en Chapultepec, donde despachaba desde la ocupación de la Ciudad Universitaria. Decidimos estar ahí por la mañana temprano.

El texto de la renuncia, que leímos antes de salir para la Casa del Lago la mañana del lunes 23, no tenía precedente en la política mexicana. Por primera vez un alto funcionario denuncia el origen de las campañas de calumnias y difamaciones que preceden en este país a la renuncia forzada de algún funcionario público no grato a la suprema autoridad: el Presidente de la República. Toda la población conoce el verdadero motivo de la renuncia, en los pasillos de los ministerios, en la calle, en los cafés, la gente comenta la campaña de desprestigio como signo de la pronta caída del funcionario, y ésta llega finalmente con cualquier pretexto. El funcionario se calla y se va. Así se maneja la política de la República y las divergencias entre grupos con intereses opuestos. La prensa reproduce textualmente la información oficial, que nadie cree, y ahí termina otro capítulo en la vida democrática del país. Las verdaderas razones que obligaron a renunciar a funcionarios del régimen tales como el regente del DF, Ernesto P. Uruchurtu; Sealtiel Alatraste, director del IMSS; y aun al mismo presidente del PRI, Carlos Madrazo, cuando intentó una reforma profunda de esta institución, apenas si pudieron ser disfrazadas bajo pretextos triviales. Nunca fueron discutidas a la luz pública ni importó en nada la opinión de la población. La orden venía desde arriba, como siempre. Y ahora Barros Sierra, tras contradecir la explicación dada por la Secretaría de Gobernación, en el sentido de que el ejército sólo estaba preservando la autonomía universitaria, añadía: «A ningún hombre sensato escapará que no estaba en nuestras manos la solución del problema». Después pasa a denunciar la razón explícita de su renuncia. Toda una tradición de silencio servil ante los atropellos y abusos de poder, queda rota con unas cuantas frases: «Estoy siendo objeto de toda una campaña de ataques personales, de calumnias, de injurias y difamaciones. Es bien cierto que hasta hoy proceden de gentes menores, sin autoridad moral; pero en México todos sabemos a qué dictados obedecen. La conclusión inescapable es que, quienes no entienden el conflicto, ni han logrado solucionarlo, decidieron a toda costa señalar supuestos culpables de lo que pasa, y entre ellos me han escogido a mí». Las presiones ejercidas por el gobierno federal y «el enfrentamiento agresivo y abierto de un grupo gubernamental» son las razones señaladas por el rector para

presentar su renuncia a la Junta de Gobierno de la UNAM.

Si sus anteriores intervenciones públicas estaban aún inscritas dentro de los usos de la política mexicana y en ellas se manejaba hábilmente cada término en un equilibrio preciso, la renuncia es el rompimiento total con los cauces tradicionales y sobre todo con algunos mitos sagrados consolidados por años de oportunismo, pasividad y mediocridad. La ignominiosa corrupción de la vida pública del país, degenerada en fiesta de alabanzas en la superficie y golpes bajos, quedaba al descubierto con un acto de civismo sólo comparable al de Octavio Paz renunciando a la embajada de México en la India, semanas después, porque no podía representar a un gobierno que asesina a su pueblo.

Aunque no pudimos hablar con el rector por no encontrarlo en la Casa del Lago, expusimos a las autoridades universitarias, en unión de otros Comités de Lucha presentes, nuestra determinación de sostener al ingeniero Barros Sierra en la Rectoría de la UNAM. Les pedimos que transmitieran al rector nuestra decisión y le hicieran saber que podía contar con el completo apoyo de nuestras escuelas y seguramente con el de todos los estudiantes aunque en ese momento, por la situación imperante y el clima de represión, no todos podían hacerlo patente.

Muchos funcionarios se mostraron sorprendidos e inquietos por nuestra presencia. Era seguro que se estaba buscando a los miembros del CNH y que la Casa del Lago, recinto universitario, era estrechamente vigilada por la policía. Para evitar nuestra aprehensión se tomaron algunas medidas de seguridad, sobre todo al momento de salir.

Nuevamente no se hicieron esperar los desplegados en apoyo del rector. Toda la Universidad estaba a su lado, los alumnos del IPN pintaban camiones y hacían mítines pidiendo que la renuncia no fuera aceptada. El Comité Central del CNH decidió dar completo apoyo al ingeniero Barros Sierra. En ese momento toda la fuerza de la lucha, la propaganda de las brigadas, los mítines relámpago, las pintas y los volantes deberían orientarse a un solo objetivo: la defensa del rector. En el desplegado que firmaba el CNH se decía: «La aceptación, por parte de la Junta de Gobierno, de una renuncia arrancada en tales circunstancias sería aceptar que la Universidad como tal, como recinto del pensamiento, ha sucumbido».

La respuesta estudiantil fue inmediata. La Universidad no sucumbiría ante la fuerza de las armas, ni ante la vileza y la deshonestidad de las calumnias. Si después del 18 de septiembre, fecha en que fue invadida la Ciudad Universitaria, los ánimos estaban exaltados, la renuncia de Barros Sierra agujoneaba el descontento. El

Politécnico se sumó desde el primer día a la lucha por sostener al rector. Se improvisaban mítines en camiones y mercados; fuera de los cines, en parques, fábricas, oficinas. La «V» reapareció con nueva fuerza y los lemas de apoyo al rector estaban en todos los camiones y tranvías. En las terminales de cada línea de transportes ya tenían empleados especialmente encargados de despintarlos, pero apenas habían vuelto a la circulación ya llevaban nuevos letreros. Fueron los periódicos ambulantes los que llevaron a toda la ciudad el mensaje de ira imposible de expresar en la prensa. No quedó en toda la ciudad una barda sin varias «pintas» estudiantiles encimadas a la pintura gris usada por la policía para cubrirlas una y otra vez; ni circulaba un camión urbano o tranvía sin grandes leyendas en los costados, o por lo menos con manchones sucios producidos al despintar los letreros. Ésa fue nuestra prensa.

En esta muestra de unidad en torno al rector, que en ese momento era el blanco de los ataques más violentos, fue notoria la ausencia de las autoridades politécnicas. Ni una sola declaración, ninguna muestra de apoyo. Mientras los alumnos del IPN se unían desde el primer momento a los universitarios en la tarea común de sostener al rector, las autoridades no hicieron la menor mención del asunto.

—Una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa —le dice el *Pino* a Gamundi.

XI

—Dentro de un año se estarán inaugurando las Olimpiadas. Será fantástico —se oyó decir a la pareja que entraba a la terraza del café. La conversación llegaba hasta nosotros mientras se sentaban y pedían café y la charola de los pasteles. Que no le gustaban muy dulces, decía ella. A él su abuela le hacía pan de levadura con nueces y si viera qué pan; esperaba poder comprar abono para todas las competencias de gimnasia y de natación. Tal vez se los regalaran en Navidad, respondía ella. Ojalá, su viejo la haría feliz con ese regalo.

No pudimos aguantar la risa y disimulamos de la mejor manera. La luz de las tardes de octubre creaba sombras violeta sobre la mesa del café, y el verde de los árboles contra el cielo naranja hacía la atmósfera más transparente. El calor disminuía un poco, ya no era sofocante como unas horas antes.

Como un vestido blanco en la acera de ladrillo, saltó el chorro de agua en la fuente y llenó la superficie de espuma.

—¿Quieres que nos cambiemos a otra mesa?, aquí llega un poco la brisa húmeda.

—No, así está bien; me gusta porque tengo calor y desde aquí vemos pasar a la gente. El mes próximo hará frío.

El brillo de la acera deslumbraba un poco, pero estaba a punto de desaparecer.

Sobre la servilleta blanca su mano adquiría unos tonos cobrizos cambiantes. La sombra, bajo aquella luz de octubre, seguía siendo violeta.

Quedé un rato en silencio, mirando el chorro de agua, la espuma que a veces un golpe de viento esparcía. El naranja del cielo era más intenso. Después seguí:

—Creo que los dos, tú y yo, hemos creado mucho de la atmósfera brillante que envuelve esa época vivida intensamente y ahora tan lejana, cada año más hundida y ajena a nosotros. Se nos escapa como las semanas y los meses, y vuelve extraños a sus protagonistas: ya no somos nosotros, no es posible, son demasiado

jóvenes, adolescentes, demasiado diferentes a ti o a mí. Hay ocasiones en que un olor, un roce ligero, una cara vislumbrada en un café, me trae de nuevo el color exacto de sus ojos, el timbre de su voz y pienso que tal vez a ti te sucede lo mismo. Un día me dijiste que recordabas sus manos. Pero para ti, como para mí, ya no es más que un símbolo: una sonrisa conocida, el pelo tantas veces tocado, el sonido de su voz, sus manos; unos ojos de un color indefinible, una sombra repentina. Es todo lo que nos queda. Un doloroso y lejano símbolo que el paso de los años casi ha borrado. Un recuerdo que no en todo compartimos. A ti no te dicen nada los nísperos que asoman sus ramas delgadas sobre las rejas de hierro, el jardín con toronjiles. ¿No es así? En la avenida fresca, bajo el brillante follaje de los árboles veíamos, sin ti, las casas con terrazas al frente y columnas blancas, ocultas por los jardines con laureles, las enredaderas de plúmbago que cubren de flores azules las rejas negras y bajas, junto a la banqueta, en muchas calles de Guadalajara. Y el árbol de nísperos.

El sol había bajado más y el lila de las sombras se acentuaba sobre el mantel blanco. Los tonos cobrizos se volvían rosa y anaranjado en la piel de tu mano que aún sostenía entre los dedos la servilleta arrugada.

—Las tormentas de verano tienen relaciones ocultas para los dos —continué con voz más apagada—: el olor a humedad bajo los portales de cantera por los que se circula a resguardo de la lluvia; la salida del sol, después de la tormenta, que ilumina las cúpulas y campanarios con esa luz que sólo vemos las tardes de verano, después de la lluvia. Es posible que para ti no sea igual. Aun lo que en apariencia vivimos conjuntamente y compartimos, tiene para cada uno emociones distintas, unidas a un olor para ti que para mí es sonido. Los Preludios nos conmueven de diferente manera aunque son lo que más nos une. En ti tal vez produzcan también esta desolación, este sentimiento de retorno imposible; pero tampoco son una experiencia común.

—Los *Preludios*... —me respondió con aire ausente—. Muchas veces he pensado en lo mismo, y en que tú, cuando los escuchas... Sí, los *Preludios* son diferentes para cada uno aunque los oigamos mientras estamos juntos.

—Todavía hace poco despertaba por las noches sobresaltado, sintiendo su presencia, su calor junto a mí. Y la seguía sintiendo al ir a la Universidad, al estar en clase, en la cafetería, de regreso a la hora de comer y nuevamente en la noche; siempre junto a mí, casi sintiéndola, a todas horas, hasta cuando despertaba por la madrugada. Ahora he vuelto a pasar noches enteras esperando sin cansarme. Otra vez una calle que recorro, diariamente y sin falta, paso a paso, hasta aprenderme todos los árboles, los anuncios, las tiendas, las cuarteaduras de la acera y llegar frente

a la casa que conozco bajo todas las luces: por la mañana y al mediodía, en la tarde, al oscurecer, por la noche y en la madrugada cuando hace más frío. He visto cómo empieza a amanecer y una luz rosácea ilumina los dibujos sobre los cristales de la puerta. Apenas pasadas unas horas, a la mitad de la mañana, cuando toda la gente trabaja y la ciudad parece una colmena zumbante para la que nunca llegará la noche, estoy otra vez frente a la misma casa y ¿sabes?, sólo dos veces he entrado. Éstos son los días que después se recuerdan como una cicatriz.

Un azul oscuro opacaba ya los brillantes tonos de cobre, los blancos y violeta. La tarde se transformaba en una noche casi sin brisa.

—Yo traía un carrito al que le funcionaban sólo dos cilindros —dice Raúl mientras todos esperamos que termine para relatar experiencias similares—, había ido evitando los semáforos porque conmigo iba la mitad del Coordinador del Poli y otros delegados más. Toda esa gente en un carrito para cuatro, por todas partes salían piernas y brazos. Entré por Carpio, muy precavidamente, y fui a dar al mero Casco. ¡Apaguen esas luces!, nos gritó un soldado. ¡La direccional también! ¡Apáguenla! Nos quedamos fríos. ¡Den vuelta y salgan! Pero cómo no, volandito, y ahí vamos, chuc, chuc, chuc. Pensé que se iba a parar la porquería. El Casco estaba completamente rodeado por soldados y granaderos; pero de todas las escuelas del Poli habían llegado muchachos que se encontraban en las calles vecinas. Era un cerco dentro de otro y en medio el Casco. Hubo hechos que, de veras. Como cuando llegó una maestra a Biológicas dando de gritos: ¡Muchachos, viene el ejército! ¡Salgan pronto, apúrense antes de que llegue! ¡Qué pasa, salgan! Estuvieron discutiendo un rato con ella. Bueno, pues si no salen, nosotros tampoco. Y se quedó con otros maestros.

—Ve por azúcar, Pablix —dice De la Vega—, los de la «Vela Perpetua» deben tener.

—Por hablar en esa forma te van a expulsar del presidium de tu partido. Debieras sentirte orgulloso de tener quinientos millones de camaradas repartidos por todo el mundo, como dice Pablo —comenté—. Aunque, cuando dejes la pescadería puedes «ser alguien» inscribiéndote en los rotarios. A la mejor hasta son más.

—Sí, ¿verdad?

—Pero cómo va a dejar a los pescados —dice Raúl estirándose sobre la litera— si es un salmón en toda la extensión de la palabra: nada contra la corriente, pero no

deja de tener escamas.

—Es que el «pregroupo» no ofrece perspectivas.

—Eso es lo que crees, haz tu solicitud y ya verás.

—Te prometo hacerte un artículo como «Mi Personaje Inolvidable» y mandarlo a *Selecciones* —le respondí.

Días antes de la toma del Casco de Santo Tomás, ocurrida el 23 de septiembre, los pistoleros de la FNET, organización gobiernista impuesta a los estudiantes técnicos y desaparecida a raíz del Movimiento, pasaron en dos ocasiones durante la madrugada y dispararon sus armas contra los edificios de las escuelas y los compañeros de guardia. Ataques semejantes se efectuaron contra vocacionales, preparatorias y El Colegio de México. También eran frecuentes las falsas alarmas y las provocaciones.

Si la ocupación de la Ciudad Universitaria halló completamente desprevenidos a los universitarios, no sucedió lo mismo en el Casco de Santo Tomás donde, unos días antes de que ocurriera la invasión ya se habían tomado algunas precauciones. La Escuela de Enfermería, cuya población es casi exclusivamente femenina, fue desalojada; también se ordenó que en las demás escuelas no hubiera compañeras de guardia después de las ocho de la noche. Se almacenaron bombas «molotov», resorteras, palos, piedras y un nuevo invento: cohetones que se dirigían con un tubo recto, como una pequeña bazuka. Aunque no producían ningún daño, el impacto y el fuerte estampido sirvió mucho rato para mantener a raya a los granaderos. Por lo menos hasta la llegada del ejército.

A las seis de la tarde se inició el enfrentamiento con los granaderos y se prolongó hasta el anochecer. Para entonces empezaron a llegar automóviles y otros vehículos oficiales que traían armas de fuego para los granaderos. Con las armas llegaban refuerzos de la policía montada. La refriega se prolongó por varias horas. Los granaderos y demás policías usaban como reducto las escuelas tomadas y desde ellas iniciaban un nuevo ataque contra las que resistían. Los estudiantes llevaban a sus heridos a la Escuela Superior de Medicina, pero poco después fue ocupada. Desde la Escuela de Medicina los agentes y policías ametrallaron el Hospital Rubén Leñero.

Cuando intervino el ejército los compañeros abandonaron inmediatamente las escuelas. Fueron aprehendidos quienes se vieron imposibilitados de romper el

cercos o los que trataron de cruzarlo para rescatar a los heridos.

Se había lanzado gas lacrimógeno hacia las escuelas y aun contra las casas de los vecinos, pues muchos jóvenes buscaban refugio en ellas. En los alrededores del Casco, fuera del cerco, grupos llegados de otras escuelas, fundamentalmente de Zacatenco y la voca 7, empezaron a quemar camiones para distraer la atención de la policía y bloquear la entrada de refuerzos con los vehículos incendiados. Las ambulancias no dejaban de transportar heridos a los hospitales, donde quedaban bajo custodia. Toda la noche se escucharon las sirenas por las principales avenidas de la ciudad. Las aceras estaban vacías aun en sitios alejados y no se encontraban restaurantes ni cafeterías abiertas. En una amplia zona, la ciudad estaba desierta. El paso de ambulancias continuó hasta la madrugada.

A esas alturas, la dirección y la organización eran prácticamente nulas. Los compañeros actuaban en grupos de dos o tres buscando la manera de eludir el cerco.

Aproximadamente a las doce de la noche se presentó el ejército para reforzar a las unidades de la policía y los granaderos. El terror y la confusión crecían. Los agentes policiacos empezaron a usar las ambulancias para acercarse a las escuelas y disparar. También los curiosos que se habían reunido en las cercanías fueron ametrallados desde ambulancias y autos particulares. Debe señalarse que si las ambulancias fueron utilizadas durante todo el Movimiento por la policía como medios de espionaje, en la toma del Casco de Santo Tomás sirvieron también como «nidos móviles» de ametralladoras.

Una de las últimas escuelas ocupadas fue la de Ciencias Biológicas. Ahí titubearon los atacantes pues temían que los alumnos de esa escuela hubieran dispersado los caldos de cultivo con que trabajaban en los laboratorios. Entre la tropa se decía que se había derramado un cultivo de cólera.

A la mañana siguiente, desde muy temprano, una fila de personas caminaba por las calles cercanas al Casco dirigiendo miradas de odio hacia los soldados. Siempre que permitían la entrada a la zona, ahí podían verse hombres, mujeres y niños en silencio, observando las fachadas ennegrecidas, los vidrios rotos; las calles cubiertas de piedras, botellas, varillas y toda clase de proyectiles; los trozos de piedra y yeso arrancados por las balas.

—Le voy a cerrar un poco al vapor.

—Está bien —respondió De la Vega—, ya estaba muy fuerte.

—Tuve un sueño muy extraño —le digo mientras me sigo enjabonando—. Estaba en un patio muy grande, como el campo deportivo, y también lleno de tierra blanca. Muy lejos se escuchaban dos o tres disparos y podía ver a mucha gente volteando hacia el lugar de donde provenían. Estaban en las azoteas, en lo alto de las bardas, en la banqueta. Mucha gente, y todos volteaban hacia el mismo sitio. Yo los miraba de espaldas a mí. Salía a la calle y veía más azoteas con gente de espaldas. De pronto, la calle era una cercana a mi casa, en Guadalajara; por donde había un cinito llamado Tabaré. Resultaba que toda esa gente estaba viendo una banda de música que venía acercándose: era la banda de la policía. Traían tubas, trombones y unos tambores tocados por presos, pero las tubas las tocaban policías. Unos y otros iban vestidos de azul, como aquí. Yo traía una bandera mexicana debajo del brazo, era muy grande y pensaba sacarla, pero luego, no, mejor no, estos hijos de la chingada son capaces de meterme a la cárcel por sacarla. También se me ocurría ponerle sobre cada color C-N-H, con letras grandes. Después ya no había banda, sino que, por esa misma calle, alguien me estaba enseñando a aplicar una «llave» de lucha o de judo, consistía en que yo sostuviera un brazo en alto y el que me la enseñaba me lo iba a bajar, pero no podía y se quedaba muy extraño. Hacía otra vez el intento y no podía bajármelo. Luego estábamos todos en una sala, como de una casa en Coyoacán o por ahí, con nosotros estaba Ferrer MacGrégor, quien nos iba a sentenciar. Traía las sentencias en varias cajas grandes, de cartón duro, como las cajas en que se empaca la loza. Yo abría una y me encontraba unas bandejas porcelanizadas, largas y estrechas, parecidas a cubiertas de estufa pero más estrechas, de unos cincuenta centímetros por quince. En ellas venían escritas las sentencias, con las letras grabadas en la capa porcelanizada. Estábamos comiendo, el juez MacGrégor tenía una carne en salsa verde, como de tomatillo; nosotros teníamos albóndigas. El juez decía que por qué no las revolvíamos y hablaba también de ponerse de acuerdo con nuestros defensores para que aceptáramos las sentencias. Serán parejas para todos, nos decía, una sola sentencia pues todos tienen la misma culpa; después de todo, no íbamos a negar, decía con gesto de resignación, que habíamos hecho un verdadero desmadre. Rincón Gallardo le contestaba algo y yo me ponía a sacar las bandejas para ver mi sentencia. Algunas bandejas venían en blanco y otras tenían formas distintas, como si sirvieran para armar unas con otras.

—¡Oye! ¿Te lo imaginas en cine? ¡Sería Fellini! Escríbelo y me lo das.

—Lo voy a hacer antes de que se me olvide.

El CNH procuraba reorganizarse. Tomada la Ciudad Universitaria, el Casco de Santo Tomás y rodeado Zacatenco, ahora sólo teníamos abiertas las puertas de casas particulares.

El martes 24, la violencia en la ciudad alcanzó su clímax cuando, como hemos señalado, el ejército y la policía se enfrentaron a la decisión de los politécnicos, quienes defendieron sus escuelas en la forma que pudieron.

El mismo día en que fue ocupado el Casco de Santo Tomás, antes de que se iniciaran los choques con los granaderos, se había logrado reunir un número considerable de delegados al CNH.

Después de muchos intentos frustrados, el Comité Central pudo realizar una asamblea con la mayoría de los delegados al CNH. Se escogió, como lugar de reunión, una casa particular pues ya se temía la ocupación del Casco de Santo Tomás y no era prudente citar a todo el Consejo en una escuela. La dirección de la casa se daría hasta el último momento y nadie podría salir de la reunión antes de que ésta finalizara.

La puerta del domicilio convenido tenía una pequeña ventanilla por donde era identificado el representante previamente. Una vez hecho esto pasaba a una sala donde quedaba sorprendido por el gran número de desconocidos que ahí se encontraban. Lentamente iba reconociendo a los delegados de siempre y no podía evitar la risa: todos de pelo corto, sin bigotes los que lo tenían y con él los que no lo usaban antes; muy serios con su corbata y su traje, como si se tratara de alumnos de Comercio o de empleados a quienes se les exige «buena presentación» y corbata.

La reunión, que debía ser extraordinariamente rápida por la posibilidad de que la policía fuera avisada, se prolongó hasta ya entrada la noche. Muchos «clandestinos» hablaron durante una hora como si se encontraran en la Ciudad Universitaria. Hubo un delegado, el de la Facultad de Derecho, miembro de la Juventud Comunista, que provocó el asombro primero, y luego la indignación de todos los delegados presentes por el tiempo récord que empleó en preparar el terreno para llegar, unas horas y muchos gritos después, a proposiciones verdaderamente absurdas en ese momento.

En esa reunión se trataron, como únicos temas, la actuación del Comité Central, recordando su existencia a muchos que la habían olvidado; la renuncia del rector, la actitud que asumiría el Consejo ante la misma, ya delineada por el Comité Central en sus desplegados y la nueva sede permanente para el CNH. Los acuerdos tomados fueron dar todo el apoyo al rector, dirigir todos los mítines y desplegados a sostenerlo en la Rectoría de la UNAM y reunirse en adelante en la Escuela Superior de Economía a pesar del peligro de que el Casco de Santo Tomás fuera ocupado. Esa misma noche se entregaría un nuevo desplegado a la prensa. Para su redacción se

nombró a Guevara, de Ciencias; Jiménez, de Economía de la UNAM y a mí.

Horas más tarde, mientras los tres nos reuníamos en un estanquillo por la avenida Coyoacán para redactar el manifiesto, todo el Casco de Santo Tomás, incluyendo la Escuela de Economía elegida esa tarde como próxima sede del CNH, era ocupado por el ejército. El Consejo volvía a quedar totalmente desorganizado, pero los acuerdos eran en un solo sentido y así se tenía que hacer llegar a todas partes: impedir la renuncia del rector.

Después de la sangrienta ocupación del Casco de Santo Tomás, las palomas blancas que anunciaban en toda la ciudad la próxima celebración de los Juegos Olímpicos fueron manchadas en el pecho con pintura roja. La «V», también roja, se encontraba en todas partes, surgía en el momento menos esperado: la levantaban sorpresivamente, durante las ceremonias olímpicas, los jóvenes que integran el Pentatlón Militar; la madre de un compañero, muerto en el Casco, la formaba con la mano en alto. Si los politécnicos se unieron inmediatamente a los universitarios para sostener al rector Barros Sierra, ahora, conocidos los detalles de la invasión al Casco de Santo Tomás, las brigadas de escuelas universitarias se encargaban de hacerlo saber al pueblo por sobre la información distorsionada de la prensa. En cualquier esquina se encontraban politécnicos y universitarios que atraían de inmediato la atención con sus encendidos discursos. Rápidamente explicaban por qué los estudiantes nos habíamos propuesto sostener al rector por encima de toda una tradición de humillante aceptación de los hechos más bochornosos cuando provienen del poder público. Se hablaba del Casco, de las razones que llevaban al gobierno a ocupar las escuelas con la tropa; de nuestras exigencias, que seguían en pie; de las provocaciones y ataques por bandas nocturnas; de que seguíamos exigiendo un diálogo abierto con el gobierno para solucionar el conflicto, pero que no nos llevarían a él con nuestras escuelas ocupadas, con las órdenes de aprehensión que pesaban sobre los dirigentes. Así, con esos métodos, nada. Al llegar los granaderos y otros cuerpos de policía para disolver el mitin, ya los compañeros habían desaparecido. Así transcurría todo el día y buena parte de la noche, sin dar ni tomar descanso. No se permitió que la población dejara de estar informada sobre los hechos diarios y el estado de la lucha que en ese momento giraba en torno al rector y la desocupación de las escuelas.

El Comité Central, otra vez actuando a nombre del CNH mientras procuraba reunirlos, se reunía en casas y departamentos, nunca todos sus miembros por falta de buenos enlaces, y tomaba decisiones rapidísimas. Ya se tenía conocimiento de que posiblemente la Junta de Gobierno no aceptara la renuncia de Barros Sierra; pero esto, en lugar de dar ocasión para un descanso, aceleraba y fortificaba la lucha.

Sabíamos que la policía usaba grupos de pandilleros y malvivientes que al grito de ¡Vivan los estudiantes!, cometían atropellos contra la población. En Coyoacán algunos vagos muy bien identificados, los «Conchos», maltrataban a choferes y pasajeros de los camiones que quemaban. Se asaltaban comercios y se vejaban transeúntes, todo en nombre del Movimiento; pero los engañados, entre la población, eran muy pocos pues las prácticas policiacas usadas no eran nuevas. De cualquier forma, aun quienes aceptaban que estos desmanes los pudieran cometer estudiantes, creían que eran excesos hasta cierto punto justificados: el lenguaje ruin y las intrigas que desde la Cámara de Diputados se utilizaban contra la Universidad en ese momento no podían tener una respuesta mesurada de parte de los jóvenes. Pero, en general, la población supo distinguir entre los actos de los estudiantes, por exaltados que fueran, y las francas provocaciones e intentos de desprestigiar urdidos por la policía y sus bandas. Debido a todas las circunstancias mencionadas, la violencia se extendió por la ciudad. Las medidas represivas se habían vuelto contra sus autores. El gobierno había prendido la chispa y el incendio se extendía.

Convencidos los delegados al CNH de que la ocupación militar de la Ciudad Universitaria tenía como propósito fundamental la detención en masa de este organismo, tomaron en forma individual las precauciones que creyeron convenientes.

Desde tiempo antes se había planteado en el Consejo que eran necesarias algunas medidas de seguridad, tanto personales como conjuntas. La creación del Comité Central obedecía a esta convicción y, aunque con deficiencias, logró dar unidad a la lucha, por lo menos en torno a las dificultades más inmediatas. Los desplegados del CNH seguían insistiendo en lo más importante: sostendríamos al rector por sobre todas las presiones abiertas y veladas; exigíamos la desocupación de la Ciudad Universitaria, el Casco de Santo Tomás y los demás planteles en poder del ejército; denunciábamos también el estado de sitio que de hecho se vivía y la violación cotidiana a los ordenamientos constitucionales: los arrestos ilegales, los cateos sin orden judicial, las incomunicaciones, los secuestros, el ametrallamiento de escuelas, la detención y encarcelamiento de estudiantes cuyo único delito era repartir volantes y hablar en público.

La ciudad estaba custodiada por el ejército sin que se hubiera decretado previamente el estado de sitio con todos los requisitos, señalamientos y precauciones que establece la Constitución para el caso. Ya no era posible ni siquiera guardar las apariencias.

En cuanto a la seguridad personal, cada delegado tenía previstas algunas

medidas para resistir la persecución, fundamentalmente casas, transportes y contactos con otras escuelas. Todo se había hecho en forma particular, sin organizar debidamente los enlaces, sin prever algunas dificultades. Cada uno estaba prácticamente solo. En otras circunstancias éste hubiera sido el fin del Consejo, pero la falta de organización fue suplida por un elemento decisivo: el apoyo popular. A todos nos habían ofrecido varios domicilios de personas alejadas de la política, no identificadas por la policía, en las cuales podríamos vivir sin ser aprehendidos a pesar de que se nos buscaba. Y no sólo el CNH, sino todos los miembros de los Comités de Lucha de las escuelas y muchas brigadas vivían de una manera similar mientras esperaban la desocupación de la Universidad y el Casco. Nunca se permanecía largo tiempo en una misma dirección por temor a ser seguido alguna vez y descubierto. Después de un corto lapso se dejaba la casa y ya había otras donde refugiarse de la persecución policiaca. Como cada escuela hacía lo mismo y los miembros de los Comités de Lucha eran muy numerosos, las personas que dieron asilo momentáneo a estudiantes fueron varios miles, a pesar de saber el riesgo que corrían pues no era lo mismo asistir a una manifestación y regresar tranquilamente, a ocultar un dirigente y exponerse a que la policía allanara la casa y fueran detenidos todos los ocupantes.

En uno de los encuentros más violentos sostenidos contra los granaderos en Zacatenco, a los pocos días de haber sido ocupada la Ciudad Universitaria, los estudiantes que se veían perseguidos por granaderos encontraban que, en todas las casas de los alrededores, las puertas estaban misteriosamente entreabiertas. En cuanto entraban los estudiantes los dueños cerraban y montaban vigilancia. Después pasaba algún vecino, quien distraídamente informaba dónde estaban los granaderos y seguía de largo. Cuando ya no había ningún peligro salían los compañeros, pero no sin antes haber sido invitados a comer y haber platicado largamente con los señores de la casa.

Como el CNH en dos meses no pudo ser infiltrado por la policía, fue imposible localizar a sus miembros dispersos por la ciudad. Las representaciones de cada una de las ochenta escuelas en huelga quedaron cubiertas por la población, sumergidas en ella. Así se manifestaba en esos días el apoyo popular. Las condiciones habían cambiado totalmente, ya no se trataba de manifestar en las calles, pues el ejército lo impediría a cualquier precio; pero había otras formas de solidaridad y se nos ofrecían sin reservas.

De los comités de lucha no hubo ningún aprehendido por ese tiempo, y de los doscientos delegados al CNH sólo dos fueron detenidos. La causa fue una delación. El 25 de septiembre Jorge Peña se encontraba en un departamento esperando a Ajax

Segura, persona en la que ya desde antes nadie confiaba mucho. Ajax debía estar en la dirección de Peña a las seis de la tarde, pero, como se retrasaba, Peña decidió dejar el departamento a las siete aunque, por varias circunstancias no lo hizo. Ni él, ni los demás miembros del CNH habíamos vivido en circunstancias que requirieran clandestinidad y desconfianza absoluta. Por primera vez vivíamos la vida del perseguido, del buscado por la policía. La ingenuidad de las medidas tomadas por muchos de nosotros sólo se concibe pensando en que nunca habíamos creído seriamente que el gobierno las haría necesarias. La mayoría pensaba en las delaciones como una posibilidad cercana, pero al mismo tiempo ajena, algo que sucede a otros. En fin, que simplemente no estábamos acostumbrados.

A las nueve de la noche Peña aún estaba en el mismo domicilio, acompañado únicamente por un muchacho de quince años, hermano del dueño del departamento. A esa hora fue aprehendido.

Después de desordenar el departamento en busca de armas y dinero, los agentes condujeron a Peña y al otro muchacho a los separos de la Dirección Federal de Seguridad. Ahí los interrogatorios ya estaban organizados con una intención definida. Fundamentalmente se trataba de saber qué secretarios de Estado financiaban el Movimiento y cómo se conseguían las supuestas armas. En particular preguntaban por la participación del secretario de la Presidencia, doctor Emilio Martínez Manautou. Los agentes querían una declaración involucrando a este secretario como el que aportaba el dinero necesario para sostener el Movimiento y conseguir armas. Este procedimiento volvieron a emplearlo en octubre con mucho mejor resultado en algunos casos: todos los interrogatorios estaban dirigidos a envolver a ciertos políticos en el movimiento estudiantil. Se hacía tal cosa con dos finalidades evidentes: desprestigiar a quienes habíamos sostenido una lucha limpia, ajena a toda corrupción, imposible de controlar por medio de los mecanismos tradicionalmente empleados para apagar las demandas populares y, de paso, desembarazarse de algunos grupos que dentro del mismo gobierno ya se habían vuelto molestos. A poco más de un año de las elecciones presidenciales los codazos y los empujones arreciaban bajo la imperturbable máscara de la unidad. Como nadie desea *públicamente* llegar a la Presidencia, la competencia es sorda y desleal. Un buen día el PRI anuncia quién será su candidato en las futuras elecciones. Ése es el próximo Presidente de México. Pero en la Convención del PRI no se discuten tampoco los candidatos pues, como dicen sus voceros, ahí no van a llegar a destazarse. Una luz desciende sobre la Convención y surge el único nombre, el hombre en quien todos habían pensado ya. Grandes aplausos. No podía ser otro. ¿En qué momento surge la inspiración, el consenso unánime de todos los mexicanos? ¡Firma que fue Martínez Manautou quien les dio las armas! ¡Firma antes

de que te cargue la chingada! Al día siguiente saldría en todos los periódicos, en muchos sería el principal encabezado, la noticia del año. Y tal vez Martínez Manautou quedaría eliminado de la competencia. Su nombre no descendería como flamas brillantes sobre los miembros de la Convención que de pronto y sin discusión, porque la discusión es «circo romano», es «destazarse», es en fin, tan desagradable, gritan un solo nombre, el único, el inmejorable y sin tacha, ¡el Nombre! Ya está. Tenemos presidente. ¡Firma que Martínez Manautou te dio las armas! ¿Cuánto dinero les daba diariamente? ¡Responde! Al día siguiente sería noticia de ocho columnas.

En el mes de septiembre, como lo prueban los interrogatorios de Peña y de Cabeza de Vaca, la mira estaba puesta en secretarios del régimen, después la bajaron un poco y la dirigieron hacia blancos más descubiertos: los funcionarios que «renunciaron» durante el sexenio o los que estuvieron ligados a la administración anterior. Las amenazas y torturas en septiembre no lograron arrancar las declaraciones deseadas, pero fueron el ensayo de los procedimientos que se aplicarían después perfeccionados. Para obtener las declaraciones deseadas y justificar con ellas los crímenes cometidos por el gobierno, faltaba un elemento fundamental: el terror.

Al día siguiente, 26 de septiembre, la casa donde se encontraba uno de los delegados por Chapingo —la Escuela de Agricultura—, Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca, fue rodeada por agentes de la Dirección Federal de Seguridad. Luis Tomás no vivía en la casa, sino en un ala en construcción. Ni la dirección de la casa, ni mucho menos este detalle particular sobre su alojamiento, eran conocidos por nadie, salvo Ajax Segura. Los agentes se dirigieron al sitio exacto donde debiera estar Cabeza de Vaca, pero en ese momento se encontraba comiendo en el interior de la casa. Fue detenido junto con otros dos muchachos, familiares de las personas que lo hospedaban. Salían policías con metralleta hasta de los maizales que rodean la casa, la cual se encuentra en las afueras de la ciudad. Fue arrestado con todo este aparato de seguridad y una vez en los separos sufrió el mismo interrogatorio que Peña, con un solo cambio, el ministro que debía denunciar era el de Agricultura y Ganadería: profesor Juan Gil Preciado. Poco después, los dos fueron trasladados a la Cárcel Preventiva de Lecumberri.

El miércoles 25, la junta de gobierno de la UNAM rechazó la renuncia del rector y el jueves por la mañana gran número de delegados universitarios al CNH se encontraron en la Casa del Lago, de donde se trasladaron al domicilio particular de Barros Sierra. Ahí se le pidió que retirara su renuncia, ya rechazada por la Junta de Gobierno, y se ofreció el apoyo del CNH. En una de las entrevistas más sinceras

que se tuvieron con él, se le dijo que no tenía sentido hacer concesiones al gobierno, como las que había hecho al hablar de «gentes extrañas a la Universidad», en su llamado a la normalidad académica, pues esos que llamó extraños, los politécnicos, habían estado en las calles todos estos días luchando junto con los universitarios por sostenerlo en la Rectoría. Se le hizo ver, además, que esas concesiones habían sido utilizadas en su contra durante la campaña de difamación iniciada en la Cámara de Diputados. Se le pedía que retirara su renuncia, pero que al hacerlo no separara a los estudiantes, una vez más, en buenos y malos.

El rector, emocionado por lo que se le expresaba sencillamente, dijo a los delegados que en caso de retirar su renuncia lo haría con una condición, y era que se permitieran las actividades administrativas de la Universidad, entregando para tal efecto las oficinas y direcciones que se habían tomado. Los delegados aceptaron esta condición, el rector consideró justa la petición hecha anteriormente por los estudiantes y el viernes se dirigió a la Junta de Gobierno aceptando seguir en su cargo. Con esto alcanzábamos un gran triunfo. Las intrigas cortesanas, los usos siempre repetidos, e igualmente tolerados, de la política mexicana, se habían estrellado contra un muro de inconformidad que ya no admitía sedantes ni paliativos.

Días después, el 30 de septiembre, el ejército desocupó la Ciudad Universitaria. Todo parecía señalar un cambio de actitud en el gobierno: si la represión no daba resultado, tal vez una medida política inteligente fuera la solución. Pero no fue así. Faltaban muy pocos días para que el gobierno diera el siguiente paso en la misma trayectoria de arbitrariedad que había sostenido desde un principio. Esta vez se cumpliría la sombría amenaza: «Hasta donde estemos obligados a llegar, llegaremos».

XII

Hace algunos días, como a las once de la noche, se fue la luz en toda la cárcel. El patio rectangular, estrecho y alto de la crujía está iluminado por varios reflectores que a veces mece un poco el viento. La torre roja del polígono también tiene reflectores, mucho más potentes y altos. Arriba está la vigilancia nocturna. Cuando, hace días, se fue la luz, pudimos ver el cielo muy negro, frío; y en el cielo oscuro que hace muchos meses no veíamos, encuadrados exactamente por el patio como si el apagón hubiera esperado a que ocuparan las posiciones correctas, en un extremo estaba Orion, y en el otro, girando lentamente, la Osa. ¡La Osa Mayor otra vez!, ¿recuerdas? Ya antes me ha pasado algo similar. En cualquier parte llegas; con lentitud primero y después con un ímpetu que me deja desconcertado, aturdido. Así como hoy también me sucedió el año pasado, el primero de octubre.

El ejército acababa de salir de la Ciudad Universitaria y yo seguía viviendo en un agradable departamento cerca del Paseo de la Reforma. El Comité Central del Consejo había decidido recibir la Universidad con dos mítines, uno por la mañana y el otro por la tarde. Yo estaba solo en el departamento. Había desayunado y ahora esperaba que se hiciera un poco más tarde para salir a la Ciudad Universitaria. Me senté en la sala, frente a un tapiz francés con unicornios. Sabía que la presidencia de la República había nombrado dos representantes ante el CNH para tratar de buscar solución al conflicto que ya duraba más de dos meses. En el Comité Central no se tenía aún ningún acuerdo al respecto pues en los últimos días había sido difícil encontrarnos, se cambiaban las direcciones y los teléfonos; no era posible reunir a las pocas personas que lo componían. Con la Universidad desocupada, esperaba ver a los miembros del CC y a todo el Consejo para poder plantear el asunto y tomar una decisión.

Por la ventana se veían algunos árboles ya completamente amarillos. Siempre me ha gustado el otoño. Reforma es espléndida en esta época y lo mismo las calles cercanas, llenas de árboles con el follaje rojizo, pequeñas librerías y cafés. «Primero debemos ver si esta gente realmente representa a la Presidencia», pensé. No podíamos iniciar las pláticas sin estar seguros de ello y sin reunir antes un pleno del Consejo.

Desde Reforma, en la mañana clara de otoño, llegaron las primeras campanadas, como de un reloj, trayendo aquella melodía. Cada campanada caía suavemente, desde lejos, en el aire delgado y cristalino. Los sonidos tenían un amable calor, un timbre dulce que con lentitud iba construyendo la melodía.

Entonces te vi, sobre la arena, después de anochecer. Habíamos bajado a la playa para caminar un rato y en una fogata un grupo cantaba esa canción antigua que conocíamos tanto y que antes de esos días nunca me había gustado. Al mediodía, bajo los techos de palma, la cantamos nosotros y los demás amigos. El reflejo del sol sobre la arena era deslumbrante. Un enorme barco blanco, cubierto de banderas de colores, entraba lentamente en las aguas azules de la bahía. Cuando nadamos hacia el barco lejano dejamos olvidada *Justine* y el Mediterráneo, el Nilo, el desierto al que los Nessim roban grandes porciones irrigadas, y Alejandría... Alejandría. Sólo tiene un poco de arena, me dijiste cuando lo encontramos por la noche entre las rocas. Después nos acercamos al grupo que cantaba la canción familiar en torno a una fogata y seguimos de largo hasta que desaparecieron sus voces. Tras la línea negra del horizonte habían ido emergiendo del mar, una a una, las estrellas de la Osa Mayor; sólo faltaba la última, que apareció lentamente como el extremo de una manecilla. Girando sobre el rumor del mar, la Osa ascendía sobre nosotros que seguíamos en silencio, cerca de la línea de espuma blanca que deja cada ola. Unas horas después, yendo por la carretera de la costa, veíamos pasar velozmente la sombra irregular de los palmares. El viento entraba por las ventanillas totalmente abiertas. Hacía calor. Cuando se interrumpían las palmeras que bordeaban la carretera, aparecía, muy cerca, la playa: la arena blanca alisada por las olas; el mar diferente, desconocido, el mar de las noches que deja el rumor de la espuma penetrando en la arena y cubre los tobillos sin permitir que se le pierda el temor. Nos habíamos bañado en el hotel, ya de noche, para quitarnos la sal. Tu pelo aún estaba húmedo, tenía un olor tibio a jabón y sal que el viento esparcía. Yo no te había visto nunca como entonces. Las palmeras pasaban rápidamente y el motor impedía escuchar el mar. Sólo a ratos se veía la playa y el agua oscura. Nunca te había visto el pelo tan rubio, casi color platino, que te caía en gruesos mechones sobre el cuello desnudo y las orejas, agitado por el viento, con ese olor a sal y jabón de baño. Tenías la piel oscura y dentro del auto lo parecía más, tomaba un extraño tono cobrizo. Habíamos desayunado y comido juntos. Toda la mañana estuvimos en el otro mar, el de los días azules y brillantes —no éste que ahora aparece como tinta—, bajo un sol que nos quemaba los hombros y hacía deslumbrantes las olas. En esta parte de la costa, el mar es completamente azul, sin tonos de verde, nada más azul transparente. Al ponerse el sol, cuando ya no hay nadie en la playa, tú y yo seguimos tendidos en la arena, luego caminamos recibiendo en la espalda el sol rojizo que ya no quema, el que hace sentir que se debe regresar al cuarto de hotel y

darse un baño para salir a las calles del puerto.

En medio de estos meses violentos, de lucha diaria, sin descanso; especialmente en estos días difíciles en que el ejército recorre las calles y, en cada plaza, en cada esquina surge de pronto la violenta respuesta a la invasión de la Universidad y el Poli; cuando no estaba preocupado más que por los últimos sucesos, se han deslizado estas campanadas lentas y dulces, la vieja melodía que no me gustó nunca antes de ti. Y ahora, en esta sala agradable, frente al marco dorado del espejo y el tapiz de los unicornios, no hay ya ningún conflicto, no existe la ocupación de la Universidad, la urgencia de iniciar las pláticas; nada, sino tú y yo sentados sobre esta alfombra de dibujo persa cuyas flores sigo hasta que se me borran, como se borran la calle y los árboles en la ventana empañada por la lluvia. De pronto he decidido que no me importa si se inician o no las conversaciones previas, si alguien llega a oponerse a ellas con argumentos absurdos, si corren a Cueto o salen los presos: tú estás lejos y ni siquiera te habrás enterado bien de lo que aquí sucede; y yo podría estar contigo, ser como tú, llevar una vida dedicada a mi profesión, a un área reducida que conocería a fondo, me preocuparía por las últimas investigaciones y descubrimientos que se publican en las revistas especializadas. Sentí derrumbarse las áreas de mi vida que en los últimos años habían sido más importantes. Terminaron las últimas notas de la melodía pero yo la seguía escuchando, no en estas suaves campanadas, sino durante aquel verano. La oigo junto a ti, cantada en el día, al sol, cuando el mar inspira confianza y puede entrar un barco blanco cubierto de banderas; la oigo de noche, mientras camino contigo y la Osa Mayor se levanta del horizonte, las olas dejan extrañas luces fosforescentes en la arena y descubro que aún tienes sal en los hombros oscuros; la escucho ahora, terminadas ya las campanadas, y me siento dolorosamente separado de ti y lo que significaste. Me levanté estremecido por el sentimiento de que se derrumba un mundo, mi mundo, en el que estabas tú y ese verano y ese sol, y que todo es irrecuperable como la edad que teníamos.

Ya muy avanzada la mañana, y un poco más calmado, recordé algunas otras cosas: el pelotón que arriaba, aquella noche en la Universidad, la bandera colocada a media asta por el rector y los tanques que circulaban dentro; la defensa del Casco y el terror de la noche en que cada ambulancia, cada sirena, era un estremecimiento que sacudía la piel de la ciudad y dejaba desiertas sus calles. Recordé el Zócalo convertido en un mar agitado, cientos de miles de gargantas que lanzaban porras para que rodaran por Cinco de Mayo como los clamores de los estadios, y más aún. Mucha gente lloraba.

Entonces te vi, lejos, en Inglaterra, dentro de un aséptico laboratorio de

química industrial, con tu bata azul o posiblemente blanca, y tus cálculos anotados con letra firme; te vi las plumas estilográficas, finas, elegantes: regalo de graduación; el pelo rubio, aparentemente descuidado, que siempre te apartas con el mismo gesto; el anillo de oro con el escudo de la Facultad... y sentí lástima primero. Pero después, cuando recordé aquella maravillosa fotografía de la muchacha francesa con su bandera en alto, rodeada de los que son sus compañeros en el descontento y la rebeldía; cuando pensé en todo lo que no podemos expresar claramente, pero que ella sabe y nosotros también, me indigné, me indigné ante ti y tus notas absurdas y tus plumas grabadas y el laboratorio de prácticas.

Al tomar la chamarra y disponerme a salir, aunque fuera tarde, al primer mitin con que anunciaríamos la salida de las tropas que habían ocupado dos semanas antes la Universidad, me pareció que estabas en una cárcel más impenetrable que ésta, donde hoy por la noche se fue la luz y pudimos observar, por primera vez en muchos meses, en un extremo a Orion y en el otro a la Osa Mayor.

Cuando volvió la luz desaparecieron las constelaciones. La torre hexagonal lanzó desde lo alto sus reflectores y se escucharon los «alertas» de la guardia en las murallas.

Entré en mi celda y me acosté. La Osa Mayor seguía girando lentamente sobre la carretera de la costa, sobre el mar que por la noche deja estela de espuma brillante en la playa y se retira como un presagio, como una amenaza lejana, y cubre los tobillos con un suave golpe.

No creía que tuvieras el pelo tan rubio, que te cayera como en ese momento sobre el cuello; tampoco te había visto ese color cobrizo, ni noté antes que parecieras más joven. ¿Cuántos años teníamos entonces? Creo que veinte, no recuerdo muy bien. Y de pronto me entristeció no haberte conocido nunca.

—Para todos los estudiantes —dijo la voz en el radio—, esta nueva melodía que Radio Éxitos lanza a la popularidad: ¡el tema de *Nacidos para perder!*

—¡Ah, qué hijo de la chingada! —dijeron a coro los que esperaban en el patio a que saliera el frío sol de noviembre.

Éramos unos trescientos los reclusos en la crujía «C». En la misma celda vivíamos Mario Hernández, dirigente ferrocarrilero, Pablo Gómez y yo. La población que originalmente se encontraba en la «C», los acusados de delitos sexuales, había sido repartida entre las demás crujías para dejarnos la «C» y la «M»

a «los estudiantes», como se nos conoce en general. De la población original sólo permaneció el «comando», grupo de presos encargados por la Dirección de mantener el orden interno en cada crujía.

De la crujía «H», la de turno, habían pasado a todos los aprehendidos el 2 de octubre y los días siguientes a la «C», pero a dieciséis nos dejaron por un tiempo más largo en la «H». En cuanto nos trasladaron fuimos llamados por el «mayor» o «jefe de dormitorio». Se veía que nosotros no éramos personas que hiciéramos «fajina», nos dijo y estuvimos completamente de acuerdo con él pues la «fajina» consiste en barrer y lavar con jabón el «dormitorio»; así que, continuó el «mayor», deberíamos pagar una pequeña cantidad para los fajineros que vendrían de otras crujías a hacer el aseo. De la Vega, preso desde julio, rondaba al grupo de los «fresas» que dábamos la razón al «mayor».

—No, compañeros —exclamó De la Vega—, escuchen antes; lo que este señor quiere es meter presos comunes a la crujía y debemos impedirlo pues entre nosotros se encuentran muchos jóvenes que pueden ser maleados por viciosos de toda especie. Yo estoy aquí desde julio y sé lo que les digo.

El «mayor» se retiró mientras De la Vega seguía hablando con nosotros. Que la «fajina» no era muy pesada, decía, y que ya habían formado turnos para llevarla a cabo diariamente. De veras, no teníamos por qué traer gente ajena. Además, agregaba, queremos que también el «comando» sea nuestro; si ya sacaron a los presos anteriormente reclusos en esta crujía, también debe salir el «comando», ¿no les parece? Así elegiremos uno con gente nuestra.

Estuvimos de acuerdo, pero sin muchas ganas.

Todas las mañanas nos formábamos, desde la reja hasta el fondo, en fila de tres. Esperábamos a que nos contaran y luego a que sonara la orden de romper filas dada por una corneta desde el polígono. Ya hacía frío, bajo la chamarra azul del uniforme había que ponerse un suéter y aun así, a las siete de la mañana, se sentía frío. En la «H» nos levantaban a las cinco, todavía estaba oscuro, y nos daban el desayuno en un patio mientras temblábamos: frijoles, café y un bolillo. En esa crujía las celdas no tenían luz eléctrica ni excusado. En un rincón había un bote de lámina lleno de orines que producía un hedor insoportable, lo tapábamos con periódicos pero el olor era tan penetrante que lo impregnaba todo. Las literas eran de lámina. Había tres, una sobre la otra, y la última quedaba a unos cuatro metros del suelo, como la lámina estaba vencida era muy fácil caerse dormido desde arriba. Por esta razón sólo dos ocupaban la litera y los demás dormíamos en las más bajas. Cuando

teníamos periódicos cubríamos la lámina con ellos. Las chinches caminaban por las esquinas como hileras de hormigas rojas. Eran planas y gordas. Yo tenía los dedos gruesos, apenas podía juntarlos, por los piquetes. Durante todo el día dábamos vuelta en la celda oscura. Por una ventana alta y con barrotes veíamos una pared, como de un patio estrecho, que al atardecer iluminaba una diagonal alta de sol. El olor a orines era más fuerte durante el día. «Poli-Unam, vencerán», «Viva la Prepa», «Muera Cueto y su perro, Mendiola», «En la vida del revolucionario la cárcel es un accidente de trabajo», «Pinches granaderos», se leía sobre numerosos «recuerdos de», «aquí estuvo su mero padre», corazones y dibujos obscenos raspados sobre una gruesa capa de pintura que ya no tenía ningún color.

Cuando empezaba a salir el sol terminábamos el desayuno y nos metían de nuevo a las celdas, ahí dábamos vueltas, dormíamos, algunos hablaban acerca del Campo Militar, hasta que al mediodía nos sacaban a comer. De un bote de lámina servían una pasta blanca, luego nos acercábamos a un perol donde servían un caldo con trozos de carne y verduras, de otro perol servían frijoles y, para terminar, a cada uno se le entregaba un bolillo. Comíamos en las bancas de cemento y al acabar hacíamos cola frente a una llave para enjuagar el plato de aluminio con tres divisiones y guardarlo para volver a comer. Por la tarde, cuando ya estaban encendidas las luces, volvíamos a salir y nos daban lo mismo que en la madrugada: frijoles, café y un bolillo. A esa hora, el «comando» nos permitía quedarnos más rato. En las mesas de cemento circulaban algunas cajas de galletas y latas con leche condensada. Los presos del «comando» nos relataban sus experiencias en la cárcel, los motivos por los que habían caído y el estado de su proceso. Todos estaban a punto de salir. Se veían muy limpios, con los uniformes almidonados y muy bien planchados. El contraste con el resto de los presos era notorio. En algunos chocaba lo brillante de los zapatos, el olor a loción para después de afeitarse, el corte de los pantalones y chamarras. No era lo que uno esperaba en la cárcel.

Nunca se nos revolvía con otros presos. Nos sacaban solos, bajábamos al patio de la «H» y en seguida nos llevaban a otro patio cercano que tenía bancas y mesas de cemento cubiertas por un techo. No lo sabíamos, pero ése era el patio en que todas las mañanas se recibe a los defensores y familiares.

Cuando sólo quedamos dieciséis en la «H», nos trasladaron a otras celdas situadas frente a las que habíamos ocupado antes. Toda esa sección se usaba muy poco, así que tanto las celdas como las literas estaban en muy buen estado. Las literas no se inclinaban con el peso, las paredes y el piso estaban limpios. Para entonces ya habían permitido la entrada de ropa y alimentos, cada uno tenía manta, colchoneta, un suéter, galletas, latas, etc. También teníamos algo de dinero, así que podíamos

comprar en la tienda, situada en la planta baja, jugos, sardinas y latas de leche azucarada para endulzar el café, siempre desabrido. Comparadas con las celdas ennegrecidas por el humo, llenas de chinches y olor a orines, con las tres literas rotas que no podíamos cubrir ni con una colchoneta y el amontonamiento de ocho por celda, estaban bien las nuevas celdas.

A la hora de lista bajábamos al patio donde otro preso, además de los del «comando», se paraba frente a la formación y leía en un libro grande algunos derechos y obligaciones que teníamos. Era un muchacho chaparrito que se balanceaba mientras leía el párrafo a la misma velocidad y con la misma entonación; exacto, puntual, reproduciendo cada gesto y cada inflexión de la voz. Estoy seguro de que hablaba de memoria, pero todas las noches se ponía el libro frente a los ojos, leía, luego lo cerraba, juntaba los tacones y salía. Subíamos a nuestras celdas y el «comando» las cerraba por fuera.

Quince días después de haber llegado nos trajeron a la «C».

—Y por la noche ¿también apandan por fuera?

—No, camarada —respondió Mario—, aquí no apandan; pero a las diez, después del toque de silencio, ya no se puede salir.

Al principio María Elena y Selma traían diariamente de comer pues el «rancho» era muy malo, aunque después mejoró un poco; pero, en vista de que varios conocidos recibíamos todos los días comida para una persona, decidimos organizar a las familias, como ya lo estaban otras, para evitarles tanto trabajo. Comeríamos Pablo, Zama, Goded y yo en la celda que ocupábamos entonces Pablo y yo con Mario: la 17. Mario ya tenía un grupo con quienes comía, todos personas mayores. Compramos una mesita, apenas más alta que las literas y con un ladrillo y una resistencia hicimos una parrilla eléctrica por la que tendríamos que dar un pago extra al «comando» cuando cobrara la luz.

Por las mañanas, a la hora de formarse para la «cuenta», el «comando» alquilaba radios por un día. Entonces, en esas mañanas frías de noviembre, mientras los vigilantes pasaban contando de tres en tres desde un extremo al otro de la crujía, tocaban siempre *Eh, you* y *Those were the days, my friend*. Primero fue *Eh, you*, la parte final era muy larga y apenas terminaba volvía a escucharse en otro radio, sintonizado en una estación diferente.

Todos los días venía María Elena a «defensores». A las once comprábamos

una coca fría.

—Cuando ya no venga voy a extrañar la coca de las once.

—¿Cuándo ya no vengas?

—Sí, en Navidad vas a salir, me lo aseguró Andrés Caso. Cada que lo veo dice que ya te encuentra hasta en la sopa.

Yo no quería darle mucha importancia a la afirmación de María Elena, pero de todas partes llegaban fuertes rumores: en Navidad saldríamos.

—¡Carajo! ¡Estoy hasta la chingada de este pinche Pablo! —grité. Zama me miraba aprobando la exclamación—. ¡Ya sabes que me reencabrona que me piques las costillas! ¡Hazte más allá...! ¡Más!

—Si ya no puedo. Tanto escándalo.

—Pues claro, en esta sola comida es la quinta vez; y eso sin contar el codito.

—¿Cuál codito?

—¡Tu codito cada que me dices algo!

—Bueno, ya sigan comiendo —dijo Félix—; pero después de todo tienes razón, este pinche Pablo... no puede sentarse uno junto a él.

—Cómo son exagerados. Si nomás te hice así.

—¡Ah, qué la chingada! ¿Otra vez?

—Ya, ya.

—Mira, Pablo —empezó a decir pausadamente Zama y se detuvo—; mejor ni digas nada.

—Eso es imposible, Zama —dijo Félix riéndose—. ¿Te das cuenta de lo que le pides? No seas cruel.

—Ya pues —dijo Pablo molesto.

—¡Ah, sí, sí; ahora me enojo!

—No le digas nada, Zama. Ya se enojó.

Seguimos comiendo los cuatro, uno en cada lado de la mesita. Félix calentaba la comida en la parrilla sentado sobre el bote de basura con una tabla atravesada para convertirlo en asiento. Se abrió la puerta y apareció De la Vega.

—¡En la madre! Nomás esto nos faltaba.

—Mira, que-ri-do, no trates de aparentar disgusto; en la pura cara se te nota la felicidad que te produce mi presencia. No lo niegues.

—Pero, por favor, De la Vega —interrumpió Pablo—; estás absolutamente mareado. Nadie es menos bien recibido que tú.

—No le saques, te prometo no empezarte a joder; bueno, hoy por lo menos. Y a todo esto; oye, De Alba ¿de dónde dices que sacó Pablo ese «pero por favoor»? Lueguito llegando me lo echó.

—Del rector.

—¿De quién? —preguntó Félix Goded.

—De Barros Sierra; que, ¿no lo sabías?

—¡Pero por favoor! —dijimos todos.

—Ya dejen en paz a Pablix y agarren a otro.

—Pinche De la Vega, eres un hipócrita, ¿quién sacó lo del «por favoor»? Fuiste tú.

—Mira, Zama; yo sólo pregunté, eso no le hace mal a nadie.

—Lo que pasa es que eres un provocador.

—No, Zamayoix; estás equivocado. Lo que pasa es que no puedo aguantarme las ganas de joder a Pablo, pero no estás enojado, ¿verdad, que-ri-do?

—¿Enojado? —respondió Pablo—. ¡Pero por fa...!

Félix se atragantó con la sopa y se agarraba el estómago mientras se reía, Zama

levantaba los pies del suelo sin soltar la cuchara y De la Vega corrió hasta la puerta de la celda. A Pablo se le bajó el mal humor.

—Ahora sí, Pablo, te llevaste la noche. Ya te lo merecías —dijo De la Vega.

Después de cenar Félix recogió los platos y todos nos sentimos mejor cuando pudimos sacar las piernas de abajo de la mesa.

—Mientras Félix lava y cumple con sus deberes domésticos, ¿por qué no traes unas galletitas para el café, De la Vega? —pidió Zama.

—¿Hoy le toca a Félix? Por lo visto no es muy eficiente, ¿verdad? Mira, chamaco, lavas bien esos platos y después me los enseñas, recoges el arroz que tiraste, barres, pasas una jerga por la mesa y después ya veremos.

—Ándale, trae las galletas, hoy no jodas a Félix porque es el que nos da de comer.

—Pero ya dio la cena —dijo Zama—, así que podríamos ver la posibilidad.

—Voy por las galletas.

—Este pinche De la Vega viene insoportable, tú no le hagas caso, Pablo.

—Ya me está cayendo gordo.

Desde el lavabo Félix gritó que había perdido un tenedor.

—¿Qué pasa?, aquí están las galletas.

—Que Félix echó un tenedor al excusado.

—¡Por favor, que-ri-do! ¿No te enseñaron en tu casa que los tenedores no se meten al excusado?

—Ya, no seas puerco.

—¡Pero Pablíx! ¿Yo qué dije? ¿Dije algo malo? ¡Creo que no! Malo que dijera...

—¡Ya! ¡He dicho!

—¡Ah, pinche Pablo! ¡Cómo eres exagerado! Si yo no iba a decir que sacara y

se comiera...

—¡Que ya! ¡He dicho!

—¿Has dicho?

—Ya cálmala, se va a enojar.

—En vista de que estás de malas, vamos a pasarnos los eternos rollos.

—No, eso sí que no —exclamó Félix que abría toda la llave para que se fuera el tenedor por la cañería—; ya no soporto lo mismo de siempre.

—Sí, sí, vamos a pasarnos rollos. ¿Cuáles tenemos? A ver, primero los de Pablix.

Mario tenía que soportar, además de la cárcel, el ruido, los gritos y las interminables sobremesas.

Durante noviembre y diciembre del 68 la convivencia fue más difícil que nunca pues, además de que en setenta celdas estábamos más de doscientos presos, éramos muy pocos los que nos conocíamos de fuera. Había otras razones para que las buenas relaciones fueran prácticamente imposibles. La principal era que, después de la aprehensión de una gran parte del CNH y la retirada de algunos otros delegados, la dirección quedó casi por completo en manos del Partido Comunista. Este hecho se debió no a que tuvieran mayoría entre los delegados, cosa que nunca sucedió, sino a que los representantes del CNH más conocidos y con mayor influencia política eran, predominantemente, miembros de la Juventud Comunista. De inmediato se empezó a hablar del regreso a clases. Y no era la primera vez que lo hacían. Ya en septiembre, en pleno movimiento, fueron ellos los que empezaron a hablar de retirada estratégica y de dar un paso atrás. Ahora tenían una gran influencia en el CNH y desde octubre se veía lo que planeaban: todos los días llegaban a la cárcel distintas confirmaciones de que se preparaba el regreso incondicional a clases. Lo peor era que en ninguna escuela se pedía volver a clases, o se trataba de romper las huelgas. No, era de la dirección, era de algunos sectores del CNH de donde partía la iniciativa. Con un solo pretexto se trataba de probar que las huelgas se estaban viniendo abajo: que la asistencia a las asambleas era muy reducida, hecho totalmente cierto, pero que en lugar de llevar a la conclusión de que era necesario volver a clases debiera haber contribuido a que se tomaran las medidas necesarias para fortalecer las huelgas. Una huelga no puede ser eterna, por supuesto que se regresaría a clases, pero no incondicionalmente. Y menos si los mismos

estudiantes no lo estaban pidiendo, como era el caso.

Al mediodía platicábamos en el patio y, como era de esperarse, la conversación llegó a los puntos que más nos preocupaban a todos.

—No vengas ahora con que las condiciones exigen el regreso a clases —le decía Raúl a Rincón, uno de los dirigentes del Partido Comunista—. Tú sabes que eso es falso, y si no ¿en septiembre también era imprescindible volver a clases?; no, ¿verdad?, se vio que no, pues ahora tampoco.

—Es que la situación es distinta —respondía Rincón.

—Ya lo sé que es distinta, pero el que lo sea justifica que los métodos sean diferentes, de ninguna manera el regreso a clases.

—Es que los muchachos van a volver de cualquier forma, hay que adelantarse al rompimiento de la huelga.

—¡Dime una escuela! ¡Una sola escuela en donde se esté manteniendo siquiera con dificultad la huelga! A ver, ¿en qué asamblea se ha tenido que poner a votación de nuevo la huelga?

—Es que no hay asambleas.

—Entonces dónde está esa gente que va a romper las huelgas. Tú, lo has dicho, no van a asambleas, es cierto. Pero yo haría lo mismo, ¿para qué ir?, ¿a escuchar lo mismo de hace tres meses? Tienen razón, eso es perder el tiempo. Mejor me voy a mi casa.

—Ahí está...

—Ningún «ahí está», no está nada; si los muchachos no van a las asambleas es porque, además de que ahora la represión nos ha llegado directamente, los dirigentes no dan nuevas perspectivas. ¿Qué puede hacer una brigada hoy, en esta semana? Ya sabe que si sale a la calle va a partirse la madre, muchos no van; pero ¿y los que van?, ¿qué van a decir? Date cuenta: ¡no hay nada que hacer! Eso es todo.

—Pero cálmate, Raúl.

—¡Pues no me calmo!

—¡Cálmate!

—¡Pues no me calmo! Y déjame decirte esto: si las cosas se van a la chingada por muchos años, será a causa de ustedes... y no sería la primera vez. Además no sé por qué hablo contigo, qué puedes saber de las escuelas, de dónde sabes cuál es la situación.

—¿Qué quieres decir con eso de que no sería la primera vez? ¡Habla claro! —gritó Pablo adelantándose hacia el centro del círculo— y en cuanto a lo último ¿crees tener el monopolio de la información estudiantil?

—Te lo estoy diciendo muy claro. ¿Qué anda haciendo tu amiguito Marcelino Perelló en cada escuela? ¿Ya lo sabes?

—No.

—Pues entérate y luego hablamos. De paso preguntas qué fue a hacer a Cuernavaca con el ministro Aguirre Palancares.

—Pues dímelo tú.

—Ve y pregúntale al partido, después de todo yo no tengo el monopolio de la información sobre las porquerías.

—Para qué voy a preguntar, dímelo tú y guárdate los comentarios.

Raúl aspiró varias veces como si le faltara aire, tenía la mandíbula apretada con fuerza y la nariz ensanchada, inhalaba como el extremo de un fuelle.

—Después de que Ciencias, su propia escuela, votó por el sostenimiento de la huelga, él planteó lo contrario en el CNH, pidió el regreso a clases cuando, como delegado de Ciencias, tenía que llevar el acuerdo de la Facultad le gustara o no. Pero, además de no respetar un acuerdo explícito de su escuela, anda recorriendo otras para promover la vuelta a clases. ¡Fíjate en lo que te digo! No sólo es falso que en las escuelas se trate de romper la huelga, sino que es Marcelino quien lo plantea en todas las asambleas, ¡él, no la escuela! Va y argumenta para que se levante la huelga. A pesar de todo lo han mandado siempre al diablo. Las escuelas se sostienen a pesar de él y de ustedes.

—Y yo qué.

—Pues a pesar del Partido Comunista, ya sé que la responsabilidad nunca es de nadie, todos se la sacan diciendo que fue «el partido». Pues también es tuya, aunque digas que estás aquí y no puedes hacer nada. ¿No estás apoyando al traidor de tu amigo? O si no, hagan una declaración pública condenando lo que hace, nosotros la pagamos. Son verdaderas porquerías.

—Mira, ni son porquerías, ni Marcelino es un traidor, que tú no estés de acuerdo en lo que...

—¿No? Entonces ¿cómo se le dice a lo que hace? Primero desaparece desde que el ejército ocupó la Universidad. ¿Tú sabías dónde estaba? ¡Escondido entre arañas! Varias veces hicimos el intento de verlo, quedaba de encontrarnos en algún sitio y ahí llegábamos a esperarlo; pero en lugar suyo nos mandaba un mensajero «que Marcelino no podía llegar porque no había suficientes condiciones para su seguridad», ¡y nosotros esperándolo en el mismo sitio al que no llegaba por «razones de seguridad»! Cuando reapareció fue para hacer sus declaraciones imbéciles y criminales. ¿Ya se te olvidaron? ¡Las que hizo después del 2 de octubre! Y no las hacia cualquier desconocido, sino nada menos que el líder Perelló. Sus pendejadas sirvieron de maravilla para completar las de Sócrates. El siguiente paso tenía que ser éste: pedir la vuelta a clases y, cuando no se aceptó, promoverla personalmente de escuela en escuela. Es lo más deshonesto que hay y yo lo llamo traición, tú puedes buscar el eufemismo que te venga en gana.

—Así no se puede hablar —respondió Pablo.

—Pues ya no tenemos de qué hablar, ni lo hemos tenido nunca.

Se formaron dos grupos separados de inmediato, en uno quedaron los del partido y en otros los del CNH. En la periferia algunos muchachos se desplazaban de uno al otro, escuchando los comentarios posteriores. Del primer grupo salían frases sueltas como «así no se puede», «ya no debemos discutir con ellos», dichas en tono de reconvención; y del segundo, donde Raúl seguía con la boca apretada y las aletas de la nariz abiertas, salían otras como «traidores hijos de su chingada madre».

Primero había sido la llamada «tregua olímpica»: por tres semanas el CNH suspendía toda actividad, mientras se desarrollaban los Juegos Olímpicos, como muestra de buena voluntad y de que no pretendía evitar que se celebraran. Se pidió a todos los estudiantes que suspendieran cualquier actividad; pero, además, no se inició ningún preparativo para concluir la «tregua» con una serie de actos que así lo indicaran. La «tregua» se alargó indefinidamente porque las tres semanas de

inactividad desorganizaron por completo las brigadas y al mismo Consejo.

La «tregua olímpica» fue un acto unilateral y gratuito del CNH, una muestra de cordura, civismo, buena fe y otras virtudes que deseaba hacer patentes al gobierno. Un rasgo de generosidad espontánea, sin pedir nada a cambio. Como siempre sucede en esos casos, nadie le dio las gracias.

Pasada la «tregua», en noviembre, se inició la acometida final: había que volver a clases. Marcelino Perelló, Roberto Escudero y otros miembros del CNH seguían sosteniendo pláticas con Andrés Caso y Jorge de la Vega Domínguez, pláticas que a los ojos de todos eran cada día más inútiles. Estaban completamente estancadas desde el 2 de octubre.

En el primer mitin celebrado después de los sucesos de Tlatelolco, mitin que se llevó a cabo en la Ciudad Universitaria el 31 de octubre, casi un mes después de la sangrienta represión, el CNH menciona la posibilidad de que se vuelva a clases; pero deja a las asambleas la responsabilidad de tomar esta decisión. Dos días antes, el 29 de octubre, las tropas habían entregado las instalaciones del Casco de Santo Tomás a las autoridades politécnicas. Una semana después, el CNH anuncia un mitin que se efectuará en la plaza del Carillón, localizada en el interior del Casco; el anuncio se hace el 6 de noviembre, y el 7 se suspende el mitin porque el Consejo «no tiene nada que decir».

La posición sostenida en el mitin de la Ciudad Universitaria se reitera en un desplegado del CNH y en otro mitin: el efectuado en el Casco el 19 de noviembre. El Consejo sigue insistiendo en que no es posible pensar en el retorno a clases mientras no se dé solución a tres condiciones previas: liberación de las personas encarceladas a partir del 26 de julio; salida de las tropas que aún ocupan algunas escuelas, entre otras la voca 7; y el cese de la represión. Éstos eran los tres requisitos cuya satisfacción se exigía en octubre para iniciar el diálogo. Después de mes y medio de asesinatos, encarcelamientos, persecución y terrorismo, el Consejo ya sólo pide que se cumplan para volver a clases e iniciar el diálogo posterior sin huelgas. El levantamiento de las huelgas está condicionado, primero que nada, a la decisión de la asamblea de cada escuela y, además, a que el gobierno satisfaga las tres condiciones planteadas por los estudiantes.

Sorpresivamente, dada la firmeza con que el CNH había condicionado el retorno a clases, el 21 de noviembre, a los dos días de haber reiterado la posición mencionada, el CNH lanza un llamado a los estudiantes para que vuelvan a clase y se levanten las huelgas; ese mismo día aparece en todos los periódicos un llamado

similar que firma el rector Barros Sierra. El Consejo explica en una conferencia de prensa las razones que lo llevaron a variar radicalmente de posición: «Los representantes presidenciales, Andrés Caso y Jorge de la Vega Domínguez habían insinuado que el gobierno tenía la intención de clausurar la UNAM, el IPN y la Normal; esa grave amenaza los había inducido a proponer el retorno a clases».

Como consecuencia del llamado que conjuntamente hicieron el CNH y el rector, el 25 de noviembre se registró una asistencia muy numerosa en todas las escuelas, tanto de la UNAM como del IPN y las dos normales. En todas partes se celebraron asambleas con los auditorios llenos; pero, contradiciendo las tesis de algunos delegados, los estudiantes no se avalanzaron sobre los salones de clases, sino sobre los auditorios... para rechazar el llamado y pedir la continuación de la huelga. En Filosofía y Letras se llevó a cabo una asamblea conjunta de varias facultades, cuando el delegado de Filosofía ante el Consejo hizo el anuncio de la decisión a que había llegado este organismo y explicó los motivos ya dados a la publicidad en la conferencia de prensa, la mitad de los asistentes a la asamblea abandonaron el auditorio en medio de una rechifla general, levantaban las manos haciendo la «V» y daban gritos en contra del levantamiento de las huelgas. En muchas escuelas la reacción de los estudiantes fue similar y en todas se rechazó el llamado del CNH. Lo mismo sucedió en la Universidad del Valle de México, institución particular. En la ciudad de Puebla, tampoco se volvió a clases.

A pesar de que la Universidad exigió la presencia de todos los maestros en las aulas, los directores de escuelas y facultades de la UNAM informan el 26 de noviembre, casi un semana después de que el Consejo pidió la vuelta a clases, que sólo se ha impartido entre el 20% y el 50% de las mismas. El verdadero porcentaje de clases impartidas fue mucho menos que el aceptado por los directores, aunque éste ya es muy reducido.

Desde entonces sólo aparece una noticia al finalizar las sesiones del Consejo: no se tomó ninguna determinación.

Los delegados de la Escuela de Economía informan que el CNH está considerando varias proposiciones: primero, entrevistarse con el Presidente de la República; segundo, como contraproposición, publicar una carta abierta denunciando los crímenes del régimen; tercero, fijar un día para el retorno conjunto a clases; y cuarto, convocar un plebiscito en todas las escuelas en huelga.

Como puede verse, los dos últimos puntos eran por completo impertinentes pues el plebiscito se había dado con gran asistencia y unánime rechazo a la

proposición, o mejor dicho, a la decisión tomada por el CNH; fijar fecha para el retorno era tan inadmisibile, vista la respuesta de los estudiantes, que ni siquiera se justifica la inclusión de semejante asunto dentro de las posibles vías de acción de cualquier organismo democrático. La segunda proposición era totalmente inocua: denunciar los crímenes del régimen en un desplegado es una pérdida de dinero, los tres mil pesos que cuesta un cuarto de plana pueden destinarse a mejores usos. La sugerencia de entrevistarse personalmente con el Presidente partía de la cárcel, yo mismo había tenido algunas reservas en un principio; pero, las consecuencias de un acto de esa naturaleza hacían necesario considerar seriamente la posibilidad de realizarlo. En primer lugar se condicionaría el levantamiento de las huelgas a que el Presidente recibiera una comisión del CNH. Con esta primera medida se pararía en seco la campaña por el regreso a clases, la espera que seguiría al anuncio del Consejo fortalecería las brigadas, elevaría la combatividad y, otra vez, daría a los estudiantes la ofensiva. Tales resultados era posible obtenerlos independientemente de que la entrevista fuera concedida o no. En caso de concederse, el siguiente paso sería anunciar la fecha y la hora. Se haría público también que, al terminar la entrevista, la comisión del CNH daría a conocer los resultados de la misma. Ése solo anuncio daba pie a que, sin necesidad de citar a un mitin, acto que sería evitado a toda costa, se realizara de hecho. Al enviar la proposición al CNH, discretamente se le hacía notar que ésta o cualquier otra podrían colaborar a que recobrarla la brújula y saliera del atolladero en que se encontraba, pero que la medida adoptada debería ser de carácter amplio, general, capaz de unificar todos los esfuerzos, para que, de esa manera, los estudiantes recobraran la ofensiva.

En Ciencias Políticas y en Filosofía empezó a decirse en las asambleas que era el PRI quien estaba impidiendo el regreso a clases con el fin de desacreditar al CNH, provocar cambios en sus delegados y tener así mayor beligerancia para conducir al Movimiento a una solución oficialista. En Filosofía se rechaza la proposición de entrevistarse con el Presidente «porque, en caso de no lograr con ella una resolución favorable, en la actual situación del CNH, quedaría jugada y perdida la última carta del Movimiento».

Al encontrarse con un rechazo que no esperaba, Marcelino Perelló inicia, abiertamente y escuela por escuela, una prolongada campaña por el regreso a clases. Por esos días, el Partido Comunista juzga conveniente publicar su aplauso a la medida tomada por el CNH y apoya también, ahora públicamente, el levantamiento de las huelgas que desde tiempo atrás venía promoviendo por boca de algunos delegados.

La asamblea de la Facultad de Ciencias aprueba la destitución de Perelló como

delegado ante el CNH, pero deja para el día siguiente la ratificación del acuerdo, pues algunos alumnos desean que el acusado esté presente. Marcelino aprovecha esta circunstancia para seguir asistiendo a las sesiones del Consejo y continúa votando en ellas por la vuelta a clases que Ciencias ha rechazado innumerables veces.

Durante los siguientes días, el porcentaje de asistencias, ya antes muy bajo, disminuye aún más. Muchos maestros firman y se retiran por falta de alumnos aunque en los pasillos, cafeterías y jardines se puede observar grupos de estudiantes que hablan desanimadamente o pasean por las escuelas sin decidirse a entrar en las aulas donde el maestro espera.

Transcurrido un tiempo en que el CNH no logra tomar ninguna determinación, en los últimos días de noviembre se decide enviar una carta al Presidente. De los estirones para que se aceptara la entrevista, proposición que varios delegados sostenían, o que se adoptara alguna otra, salió un pretendido término medio que no tenía ningún objeto: poseía todos los defectos que pudieran atribuirse a la entrevista y ninguno de sus méritos como medida organizativa, de espera, de tensión.

Torpe o premeditadamente, no puede saberse con certeza, Caso y De la Vega siempre hacían declaraciones comprometedoras para ciertos miembros del Consejo. Así, en su primer desplegado afirman que han sostenido pláticas con miembros del CNH «desde el 28 de septiembre», cuando es público que la primera entrevista oficial entre delegados autorizados del CNH y los representantes presidenciales se llevó a cabo la mañana del 2 de octubre. En el desplegado que apareció el 2 de diciembre anuncian, o más bien denuncian: «En la junta que tuvimos con los dirigentes estudiantiles el jueves 21 de noviembre pasado, después de prolongadas deliberaciones, tomaron la decisión de levantar la huelga “por convenir así a su movimiento”». Ahí, en ese momento, frente a Andrés Caso y Jorge de la Vega, tres o cuatro portavoces del Consejo tomaron la decisión que marcaría el destino del movimiento estudiantil mexicano por muchos años.

El 4 de diciembre, durante la celebración del mitin realizado en Zacatenco, el CNH anuncia su definitiva decisión de levantar las huelgas dejando en libertad a cada escuela para volver a clases cuando lo juzgue conveniente. En pocas palabras: se lava las manos. El día 6, el Consejo Nacional de Huelga se declara oficialmente disuelto.

Las escuelas continuaron vacías. Pasó diciembre y las vacaciones de Navidad

llegaron a su fin. En enero empezaron a regularizarse las clases que el Consejo había citado desde noviembre. Durante el transcurso de los meses siguientes alcanzaron niveles escandalosos el consumo de marihuana, drogas, la vagancia y el pandillerismo. Los *hippies* hicieron su aparición en gran número, las «filosofías orientales» cobraron numerosos adeptos que se dedicaron a la meditación y al gimoteo sobre la maldad, la hipocresía, la violencia, la guerra y la falta de amor.

—No quisiéramos —dice Andrés Caso con voz meliflua— que ustedes y sus compañeros: toda una generación joven, vayan a sentirse frustrados en sus aspiraciones, derrotados. Para impedirlo estamos aquí Jorge y yo, ¿verdad, Jorge?

XIII

—¡Joven!, lo estuvieron esperando; hace unos minutos acaban de irse.

Era Ezequiel, recepcionista del sexto piso, el correspondiente a las oficinas del rector y el secretario particular.

—¡Pero cómo que se fueron! ¿A dónde?

—A casa del señor rector.

Entonces las pláticas no se llevarían a cabo en la Ciudad Universitaria, sino en el domicilio particular del rector. «Terreno neutral», pensé.

Al finalizar el mitin con que habíamos recibido la Ciudad Universitaria nos reunimos en la Facultad de Ciencias algunos miembros del CNH. Ya había oscurecido cuando subí las rampas hasta el primer piso. Creí que tendríamos una sesión formal, pero los delegados presentes eran muy pocos y platicaban junto a las ventanas del pasillo. Sí, respondí, ya sabía lo de los representantes presidenciales y estaba de acuerdo en que el Consejo aceptara la entrevista.

—Simplemente para establecer las condiciones del diálogo —añadí.

—La comisión del CNH tendrá que limitarse a plantear las tres condiciones de que ya hemos hablado —dijo Raúl y se mordió las puntas de los bigotes rojizos— : cese de la persecución y la represión; salida de las tropas que ocupan el Casco de Santo Tomás y otras escuelas y liberación de todos los aprehendidos después del veintiséis de julio.

Estaba bien, eso era todo lo que necesitábamos hacer saber a los representantes de la Presidencia; cualquier otra negociación que afectara el pliego petitorio tendría que ser pública.

—Sería mejor —prosiguió Raúl— que en una sola entrevista quedara clara nuestra posición y la de ellos para que no haya más pláticas.

Todos estábamos de acuerdo: en una sola entrevista podríamos comprobar cuáles eran las intenciones del gobierno.

—En todo caso podrían ser dos —añadió uno de los delegados—: una para exponer los distintos puntos de vista y otra para tomar un acuerdo después de que ellos consulten al Presidente y la comisión al CNH.

—Así está bien, ¿cuántos delegados formarían la comisión?

—Pocos, unos tres, no se necesitan más.

—Muñoz, De Alba y Guevara.

—De acuerdo —respondieron varios—. Ahora, que se comuniquen con el rector.

—Yo creo que también debes ir tú, Raúl —pidió un muchacho del Poli.

—No, con ellos basta; será algo muy rápido y no tiene caso que vayamos más.

Había sido Barros Sierra quien hiciera saber que el Presidente de la República enviaba dos representantes personales para entrevistarse con el CNH. Buscamos al profesor Julio González Tejada y le pedimos que nos comunicara con el rector pues el Consejo acababa de aceptar las negociaciones que se le habían propuesto para establecer el diálogo con el gobierno.

Pasadas las doce de la noche nos encontrábamos en la sala del rector esperando que él y su esposa llegaran. Sobre la gruesa alfombra se encontraba un jarrón con flores y una mesa de centro grande y baja. Un gran racimo de crisantemos blancos y grises adornaba la mesa. En un saliente de la pared podía observarse una talla de marfil. Usaron un colmillo entero, pensé; la figura todavía conserva la curvatura. ¿Birmana?, repasé mentalmente algunos países del sureste asiático.

—Buenas noches, jóvenes —dijo el rector. Su esposa salió de la sala al poco rato.

¿Selma?, pregunté cuando respondieron al teléfono. Sí, era ella. Que si podría contar con un auto mañana temprano, le dije. Sí, estaba el de María Elena, llegaría antes de las nueve.

Con la invasión de la Universidad habíamos perdido medios de transporte;

ahora, ya desocupada, tendríamos más movilidad. Me puse a dar vueltas en mi cuarto, después salí para hacer otra llamada: le avisé a Escudero cuáles eran los últimos acuerdos del CNH y la reciente entrevista con Barros Sierra. Trataba de no usar nombres en la conversación. En el espejo de grueso marco dorado se reflejaba el tapiz de los unicornios. Ya no tenía nada que hacer, entré a mi recámara, me desvestí y tomé un libro para leer un rato. La cama era demasiado blanda y tardé en calentarla porque no había conseguido pijama. Abrí *El hombre unidimensional* y llegué hasta la página cinco. Con lo que me había aburrido *Eros y civilización* y ahora tenía que leer otro libro de Marcuse; todo porque a Díaz Ordaz se le había ocurrido hablar de los «filósofos de la destrucción» y, ahora, pues había que leerlos.

—¡Qué haremos, Ezequiel! ¡Tengo que llegar pronto!

—El señor Jiménez me pidió que en cuanto llegara usted lo hiciera pasar. Venga.

—¡De Alba! Sus compañeros salieron hace cinco minutos —dijo el señor Jiménez.

—Lo siento, no pude conseguir un taxi y el pesero me dejó en el monumento a Obregón.

A las siete estaba bajo el agua tibia que caía con mucha presión. El sol entraba al cuarto de baño amplio y claro. Cuando el agua empezó a salpicar desde mis hombros mojando el piso de granito negro y el tapete de flores amarillas y azules, corrí una cortina de plástico y seguí otro rato dejando correr el agua tibia; la mancha de sol en la cortina hacía visibles las gotas redondas que parecían iluminadas por dentro y convertía el tenue vapor en una pulverización que se pegaba a los cristales, tras ellos ya se escuchaban todos los ruidos de la mañana en las cercanías de Reforma.

Desayuné despacio, dando tiempo a que llegara María Elena; después me senté en la sala, frente a los unicornios que resguardaban por ambos lados a una dama medieval. Eran las ocho.

—Ezequiel, llévese al joven en el auto, aquí está la llave.

Bajamos al estacionamiento ubicado en el sótano de la Torre y salimos a Insurgentes por el túnel.

—Mucho gusto —respondí después que Barros Sierra me presentó a los

delegados que enviaba el Presidente.

—En este momento íbamos a empezar —dijo Andrés Caso—; tenemos un minuto de habernos reunido.

Era un pequeño despacho con grandes libreros y sillones un poco incómodos. El rector salió inmediatamente después de hacer las presentaciones.

Caso hablaba mucho de pronta solución al conflicto, de diálogo con el gobierno, de buena voluntad, de que durante meses los malentendidos y otras circunstancias desfavorables habían impedido un acercamiento como el que ahora teníamos, añadía. Jorge de la Vega Domínguez escuchaba sin responder. Sentados frente a mí, en un mismo sofá, Guevara y Muñoz escuchaban las palabras de Andrés Caso.

Dijimos que sólo habíamos ido para plantear las tres condiciones previas exigidas por el CNH para entablar un diálogo posterior. Dimos a conocer las condiciones y esperamos.

Jorge de la Vega había escuchado las demandas del CNH sin alterar en nada la expresión de los fríos ojos azules con que nos observaba. En cambio Caso manifestó cierta inquietud que expresaba con movimientos sobre el asiento y rápidas miradas a su compañero y a nosotros.

La respuesta tajante de Jorge de la Vega fue que el gobierno no podía aceptar condiciones de ninguna especie. En su primera intervención empezó por decir que él siempre había sido gobiernista y que llegaba a las pláticas como representante de un gobierno que, etc. Ahora su respuesta también era contundente. Le hicimos saber que tampoco el Consejo podía aceptar un diálogo con el gobierno en las circunstancias que ya conocíamos pues sería tanto como permitir el imperio de la fuerza sobre la razón. A los diez minutos de iniciada la entrevista, De la Vega expresó lo que nosotros estábamos pensando desde que escuchamos su respuesta: muy bien, entonces no tenía sentido seguir hablando. Estuvimos de acuerdo e íbamos a ponernos de pie cuando Caso intervino: que se podía llegar a un acuerdo de cualquier forma si no planteábamos nuestras demandas como condiciones imprescindibles pues de esa manera cerrábamos toda posibilidad de diálogo; si tomábamos una posición más flexible, sin renunciar por ello a nuestras peticiones, haríamos posible un intercambio de opiniones que podría redundar en beneficio mutuo. En concreto: había que evitar el término «condiciones» aunque nuestras exigencias lo fueran desde nuestro punto de vista, ¿verdad, Jorge? Jorge de la Vega

asintió y Caso empezó a hablar de la amistad que debiera existir entre nosotros y de futuras pláticas en las que las relaciones serían más cordiales.

Al terminar Caso habló Jorge de la Vega: se lanzó directamente contra el único procedimiento aceptado por el CNH para resolver las demandas formuladas al gobierno, esto es, el diálogo público. Dijo que el gobierno estaba en completo desacuerdo y no iría nunca a un «circo romano» como el que pedíamos. Le parecía evidente que tal petición no se hacía de buena fe, sino para llevar al gobierno a una trampa donde se le pediría una exhibición. Yo iniciaba la respuesta, molesto por sus palabras y por toda su actitud, cuando interrumpió Guevara: No responderíamos a lo dicho por De la Vega, en lo cual yo estuve de acuerdo; pero sí a Caso. Aquí no estábamos reunidos para ser amigos, dijo Gilberto; ya nos conocíamos muy bien, ellos representaban al gobierno y nosotros al CNH, no había más. Caso pareció un poco desconcertado, pero Jorge de la Vega se apresuró a aprobar completamente lo dicho por Guevara. Estaba muy bien, decía, estaban puestos los puntos sobre las íes y ahora hablaríamos sin rodeos. Varias veces insistió en que la intervención de Guevara marcaba a la conferencia una línea en la que él, De la Vega, estaba de acuerdo.

La entrevista terminó al mediodía. Los representantes presidenciales pedían una nueva reunión para el día siguiente. Subimos al despacho del rector. Caso le dio las gracias por la hospitalidad y afirmó que el conflicto seguramente se resolvería ya que los delegados estudiantiles se habían mostrado muy sensatos; aún no tomábamos un acuerdo definitivo, pero en una próxima reunión, donde ellos darían prueba de la buena fe y espíritu de colaboración que movía al gobierno, seguramente se pondrían las bases para llegar a él. Jorge de la Vega Domínguez se expresó en términos semejantes aunque fue más parco. Para celebrar la siguiente sesión, el rector ofreció la Casa del Lago y todos la aceptamos como próxima sede. Nos despedimos y regresamos a la Ciudad Universitaria. Eran las doce del día. Por el camino, el rector nos dio algunas referencias acerca de Andrés Caso y Jorge de la Vega; eran personas honestas, decía, que seguramente pondrían mucho empeño en que el conflicto terminara; a él le habían parecido las personas idóneas para iniciar los primeros contactos con el CNH. Lo acompañamos hasta sus oficinas por el elevador particular y nos despedimos.

Cuando llegué a Filosofía me encontré a María Elena: le habían avisado hasta muy tarde y cuando pasó a recogerme ya no estaba. Subimos al auto y nos dirigimos a Zacatenco para asistir a la sesión del Consejo que se efectuaría en ESIME (Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica). La sesión ya se había iniciado, pero fue suspendida para que la comisión anunciara los resultados de la entrevista. A nuestro

juicio, la plática había dado algunos resultados positivos; por supuesto que las tres condiciones previas al diálogo no habían sido aceptadas de inmediato por los representantes del Presidente, pero se veía la posibilidad de que el gobierno cediera en varios puntos, ya tendríamos oportunidad de comprobar si esta primera impresión se confirmaba o no cuando nos viéramos de nuevo, la reunión sería en la Casa del Lago. El CNH consideró que las pláticas habían dado buenos resultados y decidió suspender la manifestación que se planeaba efectuar esa tarde de Tlatelolco al Casco de Santo Tomás, aún ocupado por las tropas. Quedamos en que se celebraría el mitin en la Plaza de las Tres Culturas, pero la manifestación final al Casco sería suspendida por considerarla un peligro. En el mitin se iba a hacer el anuncio de las pláticas y los resultados obtenidos. Se pidió a los miembros del Consejo que no se presentaran en la tribuna. Se instalará en el mismo lugar, decía el presidente de debates, en el tercer piso del edificio Chihuahua; pero, por favor, ahí no deben estar más que los oradores y el maestro de ceremonia, todos ustedes llegan siempre regañando a los pobres muchachos encargados de impedir el acceso a la tribuna; aquí sí están muy de acuerdo, ¿verdad?, pero nomás llegan al mitin y se les ocurre subirse a la tribuna, ¡está terminantemente prohibido que quienes no sean oradores suban al tercer piso!, ¿entendido? En seguida pidió que se diera lectura a los discursos para que el CNH los aprobara.

Como María Elena me esperaba afuera y no tenía ganas de oír dos veces los discursos, me salí. Eran las tres.

Comimos en casa de Selma y a las cuatro y media salimos hacia Tlatelolco.

Siempre regresamos del campo deportivo con los uniformes azules llenos de tierra. El campo es un terreno amurallado que se encuentra al fondo de la prisión, tiene un poco de pasto seco en las esquinas, porterías para fútbol y, en un extremo, una pared lisa y alta para jugar frontón.

En otoño las mañanas son frías y grises. No es el otoño de los días con sol brillante que calienta muy poco, pero da una luz más clara. Aquí es distinto que en la Ciudad Universitaria, en las faldas del Ajusco; o en Chapultepec, cubierto de follaje rojizo. A las nueve nos desbandamos por todo el campo llevando nuestros peores uniformes, algunos se han hecho *shorts*. Al entrar corriendo al campo con nuestras gorras sucias y zapatos de juego remendados, siempre pienso en las películas neorrealistas; en Italia al final de la guerra, en los reformatorios, en las madres italianas que se ven en esas películas: siempre gordas, vestidas de oscuro y con rizado permanente; visitan a los niños una vez a la semana y siempre lloran mientras el niño permanece impasible, esperando el final de la visita para ser

acuchillado por su mejor amigo; nadie parece bañarse ni cambiarse de ropa, pero todos traen corbata. Existe aquí en el campo hasta un pequeño monumento con flores y cipreses que va muy bien con el neorrealismo: indica el lugar donde asesinaron al presidente Madero y a Pino Suárez en 1913.

El aire frío de las nueve huele a galletas recién horneadas, a coco; sí, es un fuerte olor a galletas de coco. Sentado en la base del monumento recuerdo de pronto este olor que viene de lejos, de la calle más allá del campo de juego, más allá de la muralla; viene de la calle, de una fábrica de aceites donde transcurre el tiempo normal, el de la ciudad y la libertad. Pero viene de más lejos aún: de los años en la preparatoria, en el viejo edificio con guayabos, naranjos y un aguacate que llegaba hasta la azotea del segundo piso. Había un ala moderna, bien iluminada, con salones limpios de pisos escalonados y pasillos de mosaico. Abajo, junto a la galería antigua formada por amplios arcos, estaban los árboles. A las diez de la mañana, al salir de la clase de Literatura Universal que daba el licenciado Moreno, o de la de Gramática Latina que daba «Pierre», según el día, me encontraba con el olor de coco al ir a la cafetería por un refresco. Durante mucho tiempo pensé que había cerca una fábrica de galletas y que a esa hora hacían las de coco; hasta después supe que la gran pared amarilla, de ventanas sucias, que estaba frente a la preparatoria, era una fábrica de aceites y que de ahí venía ese olor.

En las mañanas de marzo, que aun en Guadalajara son frescas, siempre llegaba, con el refresco de las diez, el olor a galletas de la fábrica de aceites: este mismo que ahora inunda el campo bajo el cielo gris y frío de otra ciudad, mezclado confusamente a muchos otros recuerdos: ese olor y el florecer de las calles en marzo, bosques de pétalos lila bajo la tarde tibia, el creciente aroma de las flores de laurel al subir el sol por la mañana, la sombra bajo las jacarandas, las aceras de mosaicos grises y rojos alfombradas por flores lila que truenan como globitos bajo los pies y forman círculos violáceos en torno a los troncos oscuros, las mañanas en que el calor aumenta y con él un zumbido de abejas y un rumor de agua que llena de espuma las fuentes, los huertos con toronjiles y los naranjos solitarios en medio de un patio. Entre todos estos aromas que aumentaban con el calor del día, a las diez se mezclaba este mismo olor, este mismo que muchos años después he encontrado en otra ciudad, en este campo seco y amurallado, sin la luz rosácea de las toronjas abiertas, sin que al olor de la fábrica se agregue el de las flores de laurel, tan tenue que sólo se hace perceptible con el ascenso del sol; solo, sin sus antiguas relaciones, me ha dejado inmóvil junto a este tosco monumento. Viene ahora de una calle tan cercana que se puede escuchar el tráfico, pero tan inalcanzable como aquella donde, en las mañanas de marzo, llegaba este olor al terminar la clase de las diez, éste mismo que hoy casi se había borrado como los últimos rasgos de la adolescencia.

Cuando llegamos ya había empezado el mitin. Después de estacionar el auto que no cabía en ninguna parte porque era muy ancho, nos acercamos al edificio Chihuahua por la parte de atrás pues de frente no era posible atravesar la plaza cubierta de gente.

La Plaza de las Tres Culturas es una explanada situada en alto, se sube a ella por varias escalinatas y, por un costado, está cortada a pico para dejar al descubierto las ruinas prehispánicas recientemente restauradas. Sobre las ruinas fue construida en el siglo XVI, una pequeña iglesia: Santiago de Tlatelolco. Pasamos entre un grupo de niños que jugaba sin prestar atención a los discursos. Algunos vendedores se abrían paso entre la multitud. Al fondo de la plaza se veía entrar a nuevos contingentes que desenrollaban sus mantas y elevaban los carteles, las porras con que anunciaban su entrada eran acalladas por siseos de los que estaban atentos al mitin. María Elena y yo subimos a la tribuna. En el tercer piso un muchacho delgado guardaba el acceso tras un cordel colocado entre las dos paredes al nivel de la cintura, el cordel indicaba que el paso estaba prohibido.

—Soy del Consejo.

—Pero tengo órdenes de que nadie...

—¡Oh!, te digo que soy del Consejo, yo fui quien te puso a vigilar el paso.

Levanté el cordel y pasé junto con María Elena. La plaza se veía impresionante desde lo alto. De lado a lado, y hasta la base misma del Chihuahua, una gran multitud agitaba carteles y mantas, respondía a las interrogaciones del orador, aplaudía. Se notaban particularmente las gorras azules de los ferrocarrileros y sus mantas con el número de las secciones sindicales presentes, también podían verse mantas de electricistas y otros sindicatos. Los «charros» van a tener mucho trabajo este año, pensé, es en las organizaciones populares controladas por el gobierno donde el movimiento ha causado mayor impacto; en seguida caí en la cuenta de que el aspecto del mitin era muy distinto al de los anteriores: a simple vista podía observar que no era, de ninguna forma, un mitin estudiantil; no sólo por la gran cantidad de mantas y carteles que así lo demostraban, sino por el aspecto mismo de la gente; era un mitin de personas atentas, vestidas con ropa en la que predominaba el azul gris, el café oscuro; faltaba la bulliciosa ingenuidad de un mitin universitario, el colorido de los suéteres y camisas *sport*, las mallas, las minifaldas de dibujo escocés, las barbas estrafalarias y las cabelleras largas. La mayor parte de los asistentes estaban concentrados, atentos y respondían a los oradores con un rugido unánime que terminaba pronto en aquellos rostros concentrados. «Mi mujer está

embarazada, pero aquí estoy yo con todos mis hijos»: la manta se desplegaba exactamente en el centro de las primeras filas. A la izquierda, cerca del borde donde la plaza cae a pico dos o tres metros para que asomen las ruinas, y encaramados sobre las ruinas mismas, podían verse grandes contingentes estudiantiles, suéteres atados sobre los hombros o la cintura, faldas cortas y algunas minis.

—De Alba —me llamó uno de los delegados en voz baja—; acabo de llegar y me crucé en el camino con varios transportes del ejército, debemos irnos, pide que se suspenda el mitin.

Naturalmente, el mitin no podía suspenderse porque, en una ciudad patrullada día y noche por el ejército (aunque nunca se había decretado el estado de sitio), un muchacho se encontrara algunos transportes del ejército que traían el rumbo de Tlatelolco; seguramente ya estaría rodeada la Unidad, o por lo menos era de suponerse; pero lo mismo sucedía en cada acto del CNH y no se suspendía por tal motivo. Me acerqué a un grupo que conversaba cerca de los elevadores para comentarles la noticia que me habían dado.

—¿Qué pasa? —pregunté al escuchar las últimas palabras.

—Que hay muchos «pelones» distribuidos entre la gente. Además, parece que están concentrados alrededor del edificio.

Comenté lo de los transportes y me alejé de los compañeros. ¿Qué se podía hacer? Nada. Ninguno de los informes era lo suficientemente preciso para suspender el mitin. Seguro era cierto que el ejército se acercaba y lo más probable era que ya estuviera rodeada toda la zona, pero no era razón para suspender el mitin ya que lo mismo había ocurrido en todos los actos públicos citados por el CNH: la primera manifestación dio vuelta para regresar a la Ciudad Universitaria a una cuadra del sitio donde la avenida Insurgentes estaba cerrada con tanques y ametralladoras; no íbamos a provocar un tumulto haciendo un anuncio irresponsable. Si había pelones vestidos de civil entre la gente no necesariamente eran militares, muchas personas usan corto el pelo, Raúl por ejemplo, y el delirio de persecución en algunos compañeros los hacía ver policías y militares en cualquier persona que esperara un camión en una esquina o en un novio plantado. Y aun en el caso de que fueran militares, un anuncio de ese tipo, hecho por el Consejo ante diez mil personas podría desencadenar reacciones de toda especie difíciles de controlar. Lo único factible era anunciar que la manifestación al Casco de Santo Tomás se había suspendido y que se estaba en vías de establecer el diálogo público con el gobierno, apresurar el mitin una vez dicho lo anterior y salir. Así se hizo. Eran

las cinco y media.

A mi espalda cerraron la puerta de metal, negra. De pie, en medio de una celda pequeñísima, escuché ruido de llaves con la cerradura y el paso rítmico de las botas que se alejaban por el pasillo. Había una litera de metal cubierta por una colchoneta delgada de color verdoso, no se veía ninguna manta y estaba temblando de frío: cuando me sacaron del grupo de los periodistas para ponerme entre los «especiales», me volvieron a quitar la camisa estrecha y corta que momentos antes me habían proporcionado. Un anaquel, también verde, ocupaba el resto del espacio entre la litera y el muro; sólo quedaba un metro cuadrado frente a la puerta negra. Me tiré en la litera. La celda estaba fuertemente iluminada por un foco en el centro, una reja de metal protegía el foco. Es para que no pueda uno aflojarlo, pensé cuando pasaron varias horas y la luz seguía encendida; busqué el apagador por todas partes, moví el anaquel, pero no pude hallarlo. Hasta que empezó a amanecer estuve tratando de dormir, pero el frío me lo impedía. Bajo la colchoneta encontré algunos periódicos viejos y unos «monitos», abrí varias hojas de periódico y me tendí bocarriba, luego pasé los extremos bajo mis brazos y esperé a que se calentara un poco el papel, pero con cada movimiento que hacía entraba aire frío y salía el tibio. Una parte de la colchoneta la doblé para que me sirviera de almohada. Los enormes zapatos que traía los llené con periódicos y en seguida sentí alivio en los pies helados.

Las botas del pelotón, pasaron frente a la puerta negra y se detuvieron en una celda cercana, los tacones de las botas se juntaron con un solo golpe y escuché las palmas consecutivas sobre las culatas de los rifles que cambiaban de posición para apuntar hacia la celda abierta, hubo un breve silencio, después un ruido de llaves, palmas golpeando las culatas para echar los rifles al hombro y el paso rítmico del pelotón que se aleja por el pasillo.

Sentado a horcajadas en el banco central del camión cubierto con una pesada lona verde, vi por el hueco que la lona dejaba al centro que habíamos tomado por una avenida cubierta de árboles y profusamente iluminada. Posiblemente Reforma, pensé; luego dimos vuelta a la derecha y entramos al Periférico; sí, nos llevaban al Campo Militar número 1. De espaldas a mí iba un muchacho de playera amarilla, al de atrás no podía verlo porque nos habían prohibido voltear. Los dos bancos laterales estaban ocupados por soldados que nos vigilaban y en el del centro íbamos los detenidos. Yo había sido uno de los primeros en subir al camión que esperaba en una de las calles que rodean a la Unidad Tlatelolco. Cuando un camión se llenaba, salía con rumbo desconocido y otro ocupaba el lugar vacío, de inmediato empezaban a subir nuevos detenidos. Cuando yo sospechaba que el camión estaba

casi completo oí que en la parte de atrás alguien decía: ¡No me pises, sardo hijo de la ching! Un golpe seco y un quejido con la boca cerrada. «Era admirable», pensé; yo no lo hubiera dicho porque en estas circunstancias ¿qué importa un muerto más? ¡Ya les quitaremos lo valientes, estudiantitos hijos de la chingada! ¡Verán lo que les espera! Un soldado a mi izquierda comentó que habíamos matado al general Hernández Toledo. ¡Así que lo mataron!, pensé; y por primera vez en esa noche sentí una gran alegría. Me imaginaba que Hernández Toledo sólo se dedicaba a perfeccionar la técnica militar para ocupar universidades, pues ya en el régimen de Díaz Ordaz se ha hecho imprescindible su presencia cuando se realizan esas gestas heroicas que tanto lustre han dado a las armas nacionales y a todo el régimen; pero ahora me enteraba de que también había dirigido la campaña contra el mitin. Después resultó que únicamente había sido herido y que toda la campaña militar la había dirigido el jefe policiaco Mendiola Cerecero. La forma en que pudo resultar herido el general Hernández Toledo cuando se encontraba en las cercanías de Relaciones Exteriores, es decir lejos de la plaza y del edificio Chihuahua, aún es un misterio celosamente guardado por el gobierno.

A mi derecha, un poco adelante del lugar que yo ocupaba, un soldado me observaba atentamente, casi no hablaba con los demás aunque de continuo le hacían bromas pesadas. Cuando yo le sostenía la mirada él la desviaba, aunque lo frecuente en todos los soldados era que se indignaran cuando los veíamos y respondieran con órdenes de ver al frente y culatazos.

En el interior del campo nos formaron al bajar del camión y tomaron los nombres. Toda la noche había llovido; los militares, con impermeables, examinaban a los detenidos, algunos de éstos eran reconocidos por un sargento. Mientras se aproximaban a mí, yo repasaba: Soy periodista peruano, me llamo Óscar Iracheta, perdí mi pasaporte cuando estuve tirado sobre el piso, otros papeles y un reloj me los quitó un agente. Pero ahora tendrán tiempo de investigar en la Embajada, en unas cuantas horas comprobarán que no hay pasaporte a ese nombre; puedo hacer el intento y no se pierde nada, en Tlatelolco hubiera resultado de no ser por el agente de Filosofía, tal vez no investiguen.

—¿Nombre...? ¡Nombre!

—Luis González de Alba.

Así era mejor, lo del periodista ya no resultó.

Cuando ya se veía un listón de sol en lo alto de las murallas, apagaron la luz

y me dormí unos minutos. Al despertar ya era de día. La celda tenía en un extremo la puerta que daba al pasillo y en el otro una ventana con no más de treinta centímetros de ancho, atravesada a lo largo por dos gruesos barrotes y cubierta por un vidrio sucio que se abría por abajo. Parado sobre la litera podía ver una franja de pasto, dos o tres metros de alfalfa y la muralla con puestos de vigilancia. A la derecha, la muralla formaba una esquina donde habían sembrado maíz; unos pájaros negros y grandes, tal vez cuervos, se posaban sobre las cañas secas. Me acosté con la cabeza hacia la puerta, vi el cielo recortado en la ventana y me acordé de Wilde: «Ese cuadrado azul que es el cielo de los presos»; por primera vez en mucho tiempo, lloré. Después me acosté, siempre con los pies hacia la puerta.

Dos helicópteros volaban, desde unas horas antes, trazando círculos sobre la plaza y, en cierto momento, como si se tratara de alguna peligrosa maniobra ejecutada por aviones de circo, empezaron a descender hasta que los círculos que dibujaban quedaron por abajo de los edificios que rodean la plaza. Los dos helicópteros giraban como si estuvieran unidos por un eje que descendía sobre la gente como una enorme cuchilla. Esperábamos verlos estrellarse contra una ventana o sobre la plaza, por un momento todos contuvimos la respiración. De uno de los helicópteros cayó una bengala verde que siguió ardiendo en el suelo. Alrededor de la bengala, como si hubiera sido una piedra en el agua, se creó una ola que retrocedía hacia los extremos de la plaza. Cayó otra bengala, ésta era roja. A mi lado Sócrates tenía el micrófono: ¡No corran, compañeros!, ¡es una provocación! ¡Compañeros, por favor!, ¡no acepten provocaciones! ¡Por favor! Algo más sucedía allá abajo que nosotros no podíamos ver. La gente había corrido, en un primer impulso, hacia el edificio Chihuahua gritando: ¡El Consejo! ¡El Consejo!; pero, al llegar a la base del edificio montado sobre dos grandes columnas y que por esta circunstancia permite ver la parte posterior, retrocedió aterrorizada; como una sola masa, como un resorte sacudido en un extremo, el movimiento de retroceso se propagó por toda la plaza. Desde el borde del barandal de concreto que cierra la amplia terraza del tercer piso, nos inclinábamos buscando la fuerza desconocida que había rechazado la carrera de miles de personas que venían precipitadamente hacia nosotros; pero no encontrábamos qué podía haber causado tal efecto. La multitud intentó escapar por el costado derecho de la plaza y nuevamente fue rechazada. En el centro de la plaza, las distintas corrientes ya habían producido algunos caídos que se levantaban desconcertados. El extremo izquierdo terminaba en un borde alto y cada nuevo retroceso producía la caída de los que se encontraban cerca del borde. Desde el edificio Chihuahua veíamos la plaza convulsionada por corrientes que se golpeaban contra bordes invisibles y formaban remolinos en el centro. Entre las voces y gritos empezaron a escucharse claramente los disparos: venían de la parte posterior del Chihuahua. «¡Se acercan por abajo!», pensé. Al mirar frente a mí, a lo lejos, hacia el

fondo de la plaza, vi que el puente de acceso estaba ocupado por el ejército a todo lo largo. Estábamos totalmente cercados y desde los cuatro extremos los soldados avanzaban a bayoneta calada.

—Osorio me llevaba a rastras —me relata Selma el domingo que vino por primera vez—; me jaloneaba de un lugar para otro y yo daba de gritos.

—Nos hubieran matado a los dos —responde Osorio—; pero la agarré de un brazo y me la llevé a tirones porque se me soltaba: quería ir por ti, ¡el *Lábaro*, el *Lábaro!*, y que echa a correr hacia el Chihuahua en el momento en que estaban ensartando a los que iban al frente. Logramos salir internándonos en la Unidad, pero en el auto todavía daba de gritos y quería regresar. ¡Estás loca!, le dije, y salimos como alma que lleva el diablo. En la noche nos avisaron que te habían matado, alguien te había visto con varios balazos en la cabeza, pero mejor ni te digo quién.

Otra muchacha que vino un domingo, pasó toda la noche oculta entre un montón de cadáveres.

—El suelo estaba empapado de sangre —me dice—. Cuando el fuego era más intenso y no se podía ni levantar la cabeza nos cubríamos con los cuerpos de los muertos; la plaza es completamente lisa, ¿te imaginas?

—Yo levanté la cabeza —dice una amiga— y vi, como si fuera un fantasma, a una niña que se acercaba despacio y con los ojos muy abiertos, llevaba una bolsa de pan que apretaba entre las manos, seguro en su casa la habían mandado «al pan» y de regreso se detuvo en la plaza; la llamé, ¡ven, tírate al suelo!, ¡agáchate! Pero siguió caminando entre los cuerpos caídos, sin soltar la bolsa y con los ojos abiertos y secos, las balas le zumbaban sobre la cabeza, creo que ni siquiera me oyó.

Escuché gritos a mi espalda, levanté la vista que tenía fija en la plaza y vi que todos los ocupantes del piso habían sido puestos de cara a la pared en que se encuentran las puertas de los elevadores. Metrallera en mano unos individuos rompían a jalones los alambres del motor que usábamos para el aparato de sonido. ¡Contra la pared, hijos de la chingada! ¡Ahorita les vamos a dar su revolución! Más que los empujones cuando me ponían contra la pared y con las manos en alto, me indignaban las necedades proferidas por aquellos individuos que habían irrumpido en la tribuna.

—¡No voltees o te vuelo la cabeza!, ¡que no voltees! ¿No entiendes? —Escuché el golpe, dado seguramente con la culata, y un quejido ronco—. ¡La cara contra la

pared!

Como yo estaba en el centro podía ver las esquinas con el rabillo del ojo. Todos los individuos que habían ocupado el piso llevaban en la mano izquierda un guante blanco o un pañuelo del mismo color anudado. ¡Batallón Olimpia!, gritaron desde una de las escaleras de acceso. ¡Batallón Olimpia!, contestaron desde la otra escalera. Un sujeto alto, muy moreno, de espaldas anchas, sacó una pistola de grueso calibre y disparó toda la carga sobre la plaza. Desvié la mirada hacia la pared mientras sentía como si me hubiera quedado sin sangre. Tenía varios minutos escuchando disparos, había visto la reacción de la gente cuando pareció chocar contra un muro que la rechazaba violentamente, segundos antes de ser puestos cara a la pared había visto que el ejército se acercaba también por enfrente; pero la operación no había cobrado el significado que ahora adquiriría, hasta ese momento no la había asociado con el terror y la muerte que ya para entonces cubrían la plaza. Los del guante blanco se apostaron a lo largo del barandal. Escuché los disparos cercanos, a pocos metros detrás de mí, y vi otra vez las pistolas a la altura de los ojos. Sin poderla borrar, grabada en el azulejo que recubría la pared, estaba la imagen de los primeros disparos hechos sobre la plaza, y en ella la multitud había sido cercada, acorralada por un muro de bayonetas que se iba estrechando.

Me cayó un poco de yeso en la cabeza y levanté la vista: en el techo se abrían dos grandes orificios. Estaban disparando hacia el edificio desde la plaza. Los del guante blanco se tiraron al suelo, protegidos por el barandal de concreto. ¡Batallón Olimpia!, empezaron a gritar, ¡no disparen! ¡Batallón Olimpia! Otros gritaban ¡Batallón Olímpico! Y aun hubo alguien que dijo ¡Batallón de Limpia!

El tiroteo sobre el tercer piso arreció, las descargas eran cerradas. Yo miraba los orificios que se abrían en el techo, me seguía cayendo yeso. Los impactos se acercaban a la pared, algunos dieron en el ángulo formado por la pared y el techo, y empezaron a descender hacia las manos que manteníamos en alto. «Avanzan sobre la plaza», pensé. Me imaginaba con toda claridad, al ver cómo descendía el ángulo de tiro, que la tropa disparaba al edificio mientras barría la plaza alejándose hacia el centro. ¿Pero por qué disparan? ¿No saben que los del barandal no somos nosotros, sino los del guante? Éstos, mientras tanto, empezaban a desesperarse porque las descargas continuaban. Para gritar al mismo tiempo y ser oídos abajo, contaban ¡uno!, ¡dos!, ¡tres! ¡Batallón Olimpia! Y de nuevo uno, dos, tres, ¡no disparen!

Al rato se oyó que preguntaban por un capitán Cárdenas y pedían una camilla. ¡Una camilla!, ¡manden una camilla!, gritaban desde la escalera: ¡hay un herido! «Es uno de ellos», pensé. Continuamente se daba la orden de no disparar y

se repetía a lo largo del barandal donde estaban agazapados para resguardarse del nutrido fuego que desde abajo se dirigía contra todo el edificio.

Nos ordenaron tirarnos al suelo. ¡Tírense! ¡Rápido, tírense! Nos dejamos caer sin ver quién quedaba abajo. Se formó una pila de gente cuando ya los disparos nos rozaban la punta de los dedos. La pila era tan alta que los de encima sobresalían demasiado y quedaban expuestos. ¡Bájense más!, gritaban los del guante blanco tendidos bocarriba, con la cabeza apoyada en el barandal de concreto y las metralletas apuntadas hacia nosotros. Yo sentía quemaduras en las manos cuando se incrustaba una bala muy cerca.

Frente a mí había un cromo pegado a la pared de mosaico. Era un extraño cuadro que me parecía conocido aunque no lograba recordar al autor: bajo un árbol hay una mujer desnuda, pero con sombrero y medias negras, tiene un látigo en sus manos con el que amenaza a un mono montado sobre un cerdo, los dos animales corren alrededor del árbol imitando el número del tigre montado en un caballo que obedece las órdenes del domador que fustiga el látigo en el aire. El cuerpo de la mujer es muy sólido, con pechos y caderas fuertes. Todo el cuadro es extraño: la mujer desnuda que conserva el sombrero y unas medias hasta las rodillas, la carrera con un cerdo por caballo y un mono en lugar del tigre. Durante días lo revisé varias veces. No tenía más noción del tiempo que la hora de las comidas que nos llevaban a la celda. Lo único que podía hacer era repasar una y otra vez los «monitos» que me había encontrado bajo la colchoneta y ver los cambios de la luz en la pared de azulejo café y la puerta negra. El cuadro también cambiaba, por la tarde hacía sentir una extraña opresión: la opresión de las casas vacías por la tarde, la de los patios con una franja de sol moribundo en un ángulo demasiado alto, la de los umbrales donde se ve pasar a la gente en los pueblos. Creo que las tardes eran más silenciosas y largas. Sólo de vez en cuando se escuchaban los pasos del capitán que permanentemente estaba al mando de la guardia; en ese momento era como si nada más él y nosotros existiéramos, tenía la impresión muy viva de que no había nadie más y cuando escuchaba pasos que venían del patio que había visto al llegar y un diálogo corto con el capitán, esa impresión aumentaba. Las mañanas eran muy distintas; llenas de ruidos, voces y ajeteo, olor a cocinas, movimiento de autos y camiones; pero por las tardes, un rato después de que pasaban a recoger el plato de aluminio en que nos servían la comida, yo lo único que deseaba era que pronto oscureciera y encendieran la luz eléctrica. La noche era reconfortante después de la lenta agonía de la tarde y la desolación que produce.

Una tarde, revisando una vez más la celda, de pie, en la litera, para moverme un poco, observé la armella con detenimiento. Ya la había notado antes, pero sin

darle importancia. Estaba en el ángulo superior derecho de la puerta, atornillada entre las juntas de azulejo. Le pasé los dedos por encima y cayó un pedazo de cordel de persiana que seguro había servido para colgar algo pesado pues estaba roto en ambos extremos: se había reventado por una tensión fuerte. La armella estaba doblada, vencida hacia abajo por el peso que había sostenido el cordel. La toqué nuevamente y recordé el otro cuadro, el que nunca veía y desde la primera noche que pasé en la celda había tratado de ignorar. Con sólo voltear a la derecha lo veía: estaba junto a mi hombro, pero no lo hice, traté de olvidarlo. Frente a mí estaba la armella con el pedazo de cordel roto que volví a colocar en su sitio y el cuadro de la mujer desnuda con sombrero. Hacía tiempo que estaba investigando el follaje del fondo, la manera de pintarlo: parecían unos cuantos manchones al azar, pero el resultado era no sólo un conjunto de árboles y arbustos sino, además, una sombra fresca... a mi derecha estaba el otro cuadro. Miré primero la armella, el cordón roto colgando, el metal doblado por el peso que había reventado el cordón y, finalmente, el cuadro amarillo y gris, expresionista, que representaba el cadáver de un negro ahorcado, casi ya la pura osamenta con algunos harapos, colgando de la rama de un árbol espinoso que proyectaba una sombra anaranjada en el campo amarillo.

Me acosté. Otra vez tenía enfrente al mono galopando en el cerdo y a la mujer del látigo. ¿Cuántos habrían quedado tirados en la plaza, entre la sangre propia y la ajena? Había llevado la cuenta de los días: la primera noche me sacaron a declarar ante los militares. Al entrar en el pequeño edificio, donde se encontraban las celdas en las que nos habían incomunicado, se veía un vestíbulo separado del corredor que comunicaba las celdas por una reja gruesa. Me sacaron de la celda y un pelotón de soldados me llevó hasta la reja. Todo el vestíbulo estaba lleno de militares de diferentes graduaciones. Me hicieron preguntas y relaté lo que había visto sin olvidar detalle alguno. Se hizo un prolongado silencio. Uno de los militares se incorporó y, como si se tratara de un desafío, me preguntó cómo sabía que las pistolas con que disparaban los del guante blanco eran calibre cuarenta y cinco. Yo no había dicho que fueran cuarenta y cinco, sino de grueso calibre y afirmaba tal cosa porque la detonación era muy fuerte y las pistolas se veían grandes, pero podían ser treinta y ocho, yo no sabía mucho de eso. Que cómo había podido ver si me pusieron de cara a la pared y nos prohibían voltear. En efecto, no podía ver a los que estaban atrás de mí, pero la terraza del tercer piso es muy larga y podía ver los extremos con sólo ladear un poco la cabeza. Se hizo otro largo silencio, ahí hacía más frío porque estábamos muy cerca de la puerta, me observaron detenidamente y ordenaron al pelotón que me regresara a la celda.

Otra noche, también por la madrugada, llegó un fulano gordo, con una calva brillante, venía con el general que tenía a su mando el Campo Militar. Me sacaron

de la celda y me pusieron frente al gordo, éste dijo que sí, era yo, y que si no me acordaba de él. Yo respondí que no. Él me había visto en Guadalajara, dijo, y conocía a mis papacitos, tan bien que se acordaba de mi mamacita y me había visto por el centro con una hermanita que tenía el pelo largo, bueno, se imaginaba que era mi hermanita porque se parecía a mí, y que yo llevaba barbas, ¿verdad que sí? No, yo no había estado en agosto en Guadalajara, cómo pensaba que me iba a ir de México en ese mes, y desde hacía tres años nunca me había dejado barbas; una vez me las había dejado durante unas semanas, pero me las quité y nunca me las había vuelto a dejar, le dije. Él estaba seguro de que era yo.

El soldado que me veía con atención en el camión del ejército se llamaba Cayete y estuvo de guardia los ocho días que pasamos en el Campo Militar antes de ser traídos a Lecumberri. Lo volví a ver por la mañana, cuando sirvieron el desayuno en un plato grande de aluminio: abrían la puerta, nos entregaban el plato, una taza también de aluminio con café y un bolillo. Junto a los cocineros venían varios soldados con los rifles al pecho. Cerraban la puerta con llave y al poco rato recogían los platos con el mismo procedimiento. Cayete no tenía más de veinte años y me imagino que veía a todos los detenidos con el mismo asombro con que me veía a mí. Era un muchacho muy delgado, moreno, extremadamente ingenuo. Capitán, decía, ¿me da permiso de ir al baño? ¿Qué?, gritaba el capitán, ¿y este pinche maricón de dónde salió? ¡Diga: capitán, voy a cagar! Yo me reía solo al recordar las peripecias de Cayete. Cuando acompañaba al capitán y a los cocineros a la hora de la comida, el casco le llegaba hasta los ojos, al abrirse la puerta siempre descubría su mirada atenta, seria, su expresión pensativa. ¿Será posible que tú, Cayete? Tal vez él encontraba en mí el mismo asombro, la misma incredulidad; pero había una gran diferencia: yo sí los había visto disparar y la gran mayoría de los muertos lo fueron por heridas de bayoneta, el resto por balas reglamentarias, yo no tenía, duda alguna; pero Cayete sí, la versión dada por sus superiores consistía en que nosotros habíamos disparado contra el ejército desde el tercer piso del Chihuahua. Bajo el casco que le ensombrecía los ojos, Cayete lo dudaba.

—¡Psst! ¡Psst! ¡Oye, el de abajo!

—Qué — respondí.

—Por favor, bájame la falda.

Levanté la mirada del agua que cubría el suelo y vi que tenía la falda subida hasta los muslos. Volví a ver el piso.

—Ya para qué.

Por un momento no respondió nada, pero en seguida agregó:

—Si no es por eso. Es que me está quemando mucho.

Volví a verla y observé que las medias tenían grandes agujeros por todas partes. Las esquilas se le habían incrustado en las piernas como alfileres calientes, estiré un brazo y jalé la falda.

Esperaba que nos ametrallaran en cualquier momento, suponía que iban a empezar por los extremos y que por ese motivo alcanzaría a diferenciar los disparos que se aproximaban hacia mí, sin tocarme todavía, de los otros, más lejanos. El agua del piso parecía proceder de las escaleras. También empezó a llover. Puse la mano sobre un charco de sangre y me palpé el pecho tratando de no ser observado, pero no tenía nada.

—Soy yo —dijo Vega, delegado ante el CNH por Textiles, una escuela del Poli.

En la mano tenía una herida producida por una esquila delgada, del tamaño de una uña.

—Me asomé por la mirilla de la puerta —dice Pablo a quienes lo escuchamos en la celda 38— y vi que traían por las escaleras dos cadáveres. Los arrastraban de los pies, cada agente tomaba una pierna y descendía los escalones como si llevara un fardo. Atrás venían dos agentes más con otro cadáver al que arrastraban de la misma forma.

—¿Eran hombres o mujeres? —pregunta De la Vega.

—Hombres. Pasaron arrastrándolos a un metro de donde yo estaba.

Zama escucha en silencio el relato de Pablo.

Al oír los primeros disparos en las escaleras y ver que subían sujetos armados al tercer piso, la mayoría de los miembros del CNH presentes trataron de escapar por la única vía libre: los pisos superiores. Subieron corriendo las escaleras y entraron a un departamento cuya puerta se encontraba abierta. No había forma de abandonar el edificio, por lo cual se limitaron a escuchar cómo eran derribadas una a una las puertas de todos los departamentos, y esperaron. En ese departamento vivía la novia de Gamundi.

Los del guante blanco no tenían manera de parar la lluvia de balas que caía sobre el tercer piso del Chihuahua. Los gritos que lanzaban a coro habían sido totalmente inútiles pues el fragor de las descargas hacía imposible que se les escuchara. Algunos se trasladaban hacia las escaleras arrastrándose con los codos, la metralleta en ambas manos y el pecho sumergido en el agua que inundaba el piso.

—Las balas atravesaban las paredes de plástico —añade el *Búho* al relato de Pablo—. Nos tiramos al suelo y esperamos. Entre el crepitar de las nutridas descargas, se escuchó un estampido anormalmente violento, en seguida empezó a llover. Con el fuerte disparo se había cimbrado todo el edificio, nos lo explicamos con dos palabras: un tanque. El calentador había sido perforado en varios sitios y toda la habitación se encontraba inundada. Tirados entre el agua helada que escurría hasta las escaleras por la ranura entre la puerta y el piso, escuchábamos los golpes en los departamentos inferiores, si la puerta no cedía arrancaban la chapa con una descarga de ametralladora. En seguida se oían nuevos golpes en una puerta más cercana. Todos aguantábamos la respiración. Alguien empezó a llorar con el rostro hundido entre los brazos, apenas se oía. Calma, no llores, dijo en voz baja un compañero, este momento no es para llorar; es para grabárselo a fuego y recordarlo cuando tenga que pagarlo quien deba pagarlo. Con nosotros se encontraban tres muchachos brasileños, decían que seguro la iban a pasar mal por ser extranjeros. La balacera se prolongaba, pensando en los métodos usados por el gobierno mexicano, dije en voz baja aunque firme: Soy Valle, del CNH, delegado de la Escuela Nacional de Economía, en este cuarto estamos varios miembros del Consejo que daremos nuestros nombres, les pido a los compañeros que no sean del Consejo que se los graben y en el caso de que algunos de nosotros desaparezca, puedan ustedes informar que se encontraba aquí. Menuda sorpresa me llevé cuando empezaron a oírse los nombres. No esperaba que fuéramos tantos. Varias horas después, entre las diez y las once, seguíamos esperando, sólo se escuchaban algunos murmullos. Tocaron violentamente a la puerta y una voz ronca exclamó: ¡Abran la puerta o disparo! Con gran sangre fría, Muñoz respondió que esperara un momento pues estaba cerrado con llave y no la encontraba. Los soldados apremiaban pero Muñoz se equivocaba de llave. Cuando la puerta se abrió, alguien dijo: No disparen, todos estamos desarmados. Varias metralletas nos apuntaban. La tensión provocada por la espera, la ropa mojada y todas las circunstancias en que nos encontrábamos, me hacían temblar, lleno de vergüenza traté de evitarlo. Un compañero que estaba atrás de mí, me tocó el hombro con su codo y me dijo: No tiembles, mano: no se lo merecen. Inmediatamente me controlé. Con las manos en la nuca nos fueron bajando a un departamento del segundo piso. ¡Aquí, Batallón Olimpia!, ¡baja con prisionero! A patadas y golpes nos llevaron por las escaleras, al evitar un cachazo recibí una patada que me hizo tambalear, bajé las manos para no caer y me volvieron a golpear.

Entramos a un departamento sin muebles y oscuro, en lo que seguramente era la cocina se hallaban tirados gran cantidad de zapatos. Las habitaciones estaban vacías. Teníamos orden estricta de no hablar, pero la desobedecíamos cuando sólo quedaban dos o tres guardias. Llegó un oficial y empezó a preguntar nombres y escuelas. Al poco tiempo regresó con varios hombres armados, conducían a un joven delgado, de regular estatura, muy golpeado. Nos pusieron en fila, con un cerillo iluminándonos la cara fuimos presentados uno a uno frente a él. ¿Es éste?, el muchacho negaba y así recorrió toda la fila acompañado por los oficiales. ¿Es éste? No reconoció a ninguno. Le habían encontrado una urna de las usadas por los Comités de Lucha para coleccionar fondos y los oficiales buscaban a la persona que se la había entregado. ¡Así que tú dabas clases de guerrillas, pendejo! Preguntó uno de los oficiales golpeando al compañero. No, respondió con orgullo, daba clases de álgebra y de matemáticas, tienen poco que ver con guerrillas. Sentí que no todo andaba mal, que todavía faltaba mucho para que nos derrotaran. Al rato, cuando ya pasaba de las once, se inició otra vez la balacera.

Después de deslizarse por toda la terraza, impulsado con los codos y resbalando en el agua helada, el del guante blanco gritaba en el cubo de la escalera: ¡un «toki-woki»! ¡Por favor, un «toki-woki»! Y los demás, con la cabeza recargada en el barandal de concreto y apuntando a la pila de gente inmóvil que tenían enfrente, hacían eco: ¡por favor, un «toki-woki»! Luego, en un supremo esfuerzo para hacerse escuchar: ¡Aquí, Batallón Olimpia! ¡No disparen! El de la escalera seguía implorando un «toki-woki» para comunicarse con el mando militar que estaba a punto de matarlos a ellos y a nosotros, cuando todo el edificio se cimbró como si se hubiera iniciado un terremoto; una explosión seca, ensordecedora, siguió al impacto. ¡Tanques!, pensé, es un tanque. Y ya no entendí en lo más mínimo lo que estaba pasando. ¿Quiénes eran por fin los del guante blanco si les disparaban con tanques? El ejército no cesaba de atacar el edificio y yo había visto disparar a los del guante sobre la plaza. Pensé en el MURO, el FUM y otras organizaciones fascistas. La mayoría era de aspecto joven, pero no podía ser del MURO, los fascistas no son capaces de llevar a cabo un acto semejante, una masacre como la de esa tarde; cuando mucho gritan, atacan al clero progresista más que al comunismo, practican el «muro»: especie de barrera humana en la que todos levantan los puños y puján; pero, entonces, ¿quiénes eran los individuos en cuyas manos estábamos? El nombre de «Batallón Olimpia» hacía pensar en un cuerpo especializado del ejército.

—No esperaba que se iniciara de nuevo el fuego —continúa el *Búho*—. Nos ordenaron tirarnos al suelo, éste y otros movimientos me llevaron junto a un elemento del «Batallón Olimpia», su tono era del norte; respondiendo a mi pregunta dijo que era de Tamaulipas y que pertenecía originalmente a un batallón de

infantería.

Volvieron a pedir una camilla en las escaleras y se multiplicaron las órdenes de no disparar. Sentí una mano sobre mi pierna y muy despacio volví la cabeza: era María Elena que había logrado acercarse.

Después de varias horas de tiroteo continuo e impactos que sacudían todo el edificio, pareció iniciarse una relativa calma rota por disparos esporádicos, algunos de ellos muy lejanos. Ya había oscurecido y la lluvia amainaba. Eran aproximadamente las ocho.

Nos empezaron a trasladar al segundo piso. Mientras se ordenaba a quienes habían quedado junto a las escaleras que se aproximaran a ellas sin levantar la cabeza, a los del centro nos hicieron pasar de la pared donde se encuentran los elevadores, sitio donde habíamos permanecido por dos horas sin movernos, a la parte delantera, es decir al barandal donde se encontraba el «Batallón Olimpia». María Elena y yo nos acercamos al barandal y quedamos junto a un individuo que nos miraba atentamente. La muchacha de las piernas quemadas por las esquirlas también estaba junto a él y la acompañaban otras jóvenes que parecían estudiantes.

—Oiga, señor —preguntó una de ellas— ¿y por qué nos tienen aquí?

—Para protegerlos —respondió el de la metralleta sin parpadear.

—¿Pero, de quién? —insistió la muchacha.

—De los que les están disparando desde allá abajo.

—¿Sí? —dijo otra de las muchachas con voz candorosa—. ¿Nos disparan a nosotros? ¿Y quiénes son los de abajo?

—Ya cállense.

Las muchachas guardaron silencio.

Yo tuve una idea y sin pensarla dos veces la puse en práctica: hice notar que buscaba algo sobre el piso inundado. Paseaba la mirada con insistencia de un extremo al otro y por fin dije: Mi cámara, perdí mi cámara. María Elena me vio con expresión de extrañeza. Antes de que me preguntara que cuál cámara, me incliné hacia ella y murmuré lentamente: *Je suis jour-na-lissst*. María Elena asintió de inmediato y empezó a buscar la cámara perdida. De pronto se me ocurrió que no

podía sostener una conversación, pues mi francés es pésimo, ¿y si hubiera un traductor de la Olimpiada? Tampoco iba a estar hablando en español con acento francés, me sentiría ridículo y, además, se me podía olvidar en algún momento. Tenía que ser periodista extranjero, no era posible hacerme pasar por reportero de *Excelsior* sin exponerme a ser inmediatamente descubierto. ¡Sudamericano!, pensé, peruano por ejemplo; no, sería mejor chileno. Ahora sólo faltaba un nombre que no se me olvidara, ni a María Elena tampoco: Óscar, mi segundo nombre; Iracheta, el segundo apellido de mi papá y otro apellido que ya no recuerdo. Se lo dije a María Elena. El del guante blanco ya había notado nuestra búsqueda.

—¿Se le perdió algo? —me preguntó.

—Sí, su cámara —respondió María Elena—. Es periodista, seguro la dejó junto a la pared donde estuvimos.

Preguntó de qué periódico. *Avance*, de Lima, respondí después de un corto titubeo. ¡Ah!, entonces yo era peruano. Sí, dije, y recordé que prefería ser chileno. Ahora ya ni modo.

Cuando nos llegó el turno de bajar, nos mandó juntos hacia la escalera.

—¡Van dos! ¡Uno es periodista! —gritó al que vigilaba el acceso a la escalera.

Con los codos nos impulsábamos entre el agua. Ya María Elena había llegado al primer escalón, cuando un individuo gritó: ¡tú!, ¡ven acá! Traté de llegar a la escalera. ¡Te estoy hablando! ¡Tú, de las patillas!, ése indudablemente era yo, tenía una semana de haberme dejado patillas, cosa que nunca antes había hecho ni repetí después. ¡Ven acá! En cuanto llegué levantó una pierna y me la puso encima de la cabeza. María Elena trató de acercarse, pero la detuvieron, rogaba que nos dejaran ir juntos pues yo era periodista peruano y ella me había llevado a ver el mitin. El individuo que me había llamado no movió la pierna, yo le expliqué que ya otro de sus compañeros había dado la orden de que me trasladaran; en respuesta apretó más la pierna y me impidió seguir hablando. A María Elena la arrastraban escaleras abajo.

Pasado un rato, levantó la pierna y me ordenó dirigirme a la escalera.

—¡Ése va para arriba!

Cuando llegué al primer escalón y me disponía a subir, el individuo que había recibido la orden, de aspecto muy joven, volteó a ver si nos miraba el que me había

llamado poco antes, pero éste se encontraba distraído. Iba a subir al segundo escalón cuando me llamó sin quitarle la vista al otro, que seguro era su superior:

—¡Psst! ¡No! ¡Vente para acá! —Y me señaló el segundo piso.

Con un solo movimiento retrocedí los dos escalones y me tiré de cabeza escaleras abajo. En un departamento totalmente a oscuras me hicieron quitarme los zapatos y arrojarlos por una puerta que daba a lo que parecía una cocina. En la sala sin muebles podía verse a gran cantidad de personas sentadas en el suelo, entre ellas estaban María Elena y las otras muchachas que ya conocíamos. No cabía en la sala y me hicieron pasar a una recámara. Todos los muebles estaban amontonados sobre las camas deshechas. En el suelo se veían prendas de ropa y otros objetos indistinguibles en la oscuridad. Una ventana abierta llamó mi atención. Dentro de la recámara sólo estaba yo, un elemento del «Batallón Olimpia» cuidaba la puerta pistola en mano. Calculé la altura: dos pisos en un edificio como éste no son más de seis o siete metros, pero si me rompo una pierna no podré correr. Además, no sabía con qué me iba a encontrar abajo. Seguí viendo la ventana abierta, era estrecha, cabría si inclinaba los hombros. Eso me llevaría unos segundos más. El vigilante llevaba la pistola al descuido, no apuntaría antes de que yo llegara al marco de la ventana. Pero seguramente abajo me detendrán, el edificio debe estar completamente rodeado. Trajeron a otro detenido. Lo revisé durante un rato: no tenía el pelo corto como los del «Olimpia», pero podría ser agente. No tenía sentido tratar de llegar a la ventana. Había una máquina de coser y bajo ella estaba sentado el recién llegado. Se me quedó mirando como si me quisiera decir algo, hacerme una señal. Con una mano ocultaba algo. Mantenía el puño cerrado y junto a la pierna. Me veía fijamente, sin parpadear. Me acerqué, era como si me hubiera llamado, y abrió el puño: en él ocultaba un guante de hule blanco de los usados por las señoras para lavar. Desvié la mirada: no estaba de acuerdo, a mí ya me habían visto demasiado; pero él podía intentarlo. Oí el ruido de la goma, con la mano izquierda a la espalda estaba tratando de ponerse el guante. Volvió a escucharse un rechinado. La posición en que se encontraba era muy poco natural, se torcía de la cintura para arriba y no dejaba de hacer ruido con el guante. Vi al guardia y presentí que no resultaría. «Lo va a descubrir», pensé. Se escuchó otro rechinado en la oscuridad de la habitación. ¡Si por lo menos no se torciera como lo hace! ¡Enderézate y espera un rato! ¡El hule está haciendo mucho ruido, lo estiras demasiado! Cualquier murmullo hubiera atraído la atención del guardia pues la prohibición de hablar era estricta y no éramos más que dos. Trataba de no ver al guardia ni al muchacho que seguía haciendo ruido. ¡Con sólo verte notará que pasa algo raro, enderézate!

—¡Qué tienes ahí! ¡Saca la mano! ¡Ah, conque eres muy listo!

Le estrelló la cacha de la pistola contra la boca e inmediatamente un hilo de sangre le escurrió por las comisuras. La pistola golpeó varias veces más. Lo vi tambalearse mientras exhalaba un prolongado quejido de dolor. El guardia jugueteó con el guante de hule blanco y se lo guardó en un bolsillo del saco. Se plantó nuevamente en la puerta, imperturbable. Me sentí avergonzado, bajé la cabeza sin ver al otro que seguía sangrando y temblaba de dolor: era como si yo hubiera tenido la culpa, como si hubiera podido impedirlo.

En las celdas vecinas a la mía se encontraban dos muchachos brasileños; por lo que pude escuchar, el embajador del Brasil los había visitado para informarles que estaba gestionando su libertad.

Después que recogieron los platos de la cena me acosté otra vez. Me hubiera gustado poder apagar la luz, pero de cualquier manera me estaba acostumbrando a dormir con el foco en la cara. Tocaron a la puerta muy discretamente, me quedé sorprendido, ¿qué podía responder?, ¿pase? Se abrió un pequeño postigo y vi que se iluminaba el rectángulo cubierto de agujeros con la luz del pasillo. Frente a los agujeros se adivinaba un soldado: era Cayete. Que si no se me ofrecía nada. Sí, cómo no, una cobija. El postigo se cerró. Saqué una revista que había encontrado dentro del anaquel y la leí otra vez. Luego la puse bajo la colchoneta y me envolví en periódicos como todas las noches. Al poco rato oí ruido de llaves en la puerta, otro interrogatorio de seguro. Siempre que entraba un pelotón al pasillo de las celdas, yo contenía la respiración y esperaba a que se detuvieran, a veces lo hacían frente a la mía y entonces, al choque de tacones, me enderezaba, un ruido de llaves se escuchaba sobre la cerradura de mi puerta: ¡sal! Se abrió la puerta, pero no había entrado ningún pelotón, era Cayete. Aquí me traía esta cobija, le di las gracias y volvió a cerrar. Cuando empezaba a dormirme, envuelto en la cobija verde, y caliente por primera vez en muchas noches, oí que en una celda cercana, donde dormía un soldado, reclamaba una cobija: ¡Quién se llevó mi cobija! Salió al pasillo dando gritos. Mencionaron a Cayete, pero éste no se encontraba en su celda. Creí que vendría el dueño a pedírmela, pero no lo hizo, esperó a que llegara Cayete. Se abrió muy despacio la puerta y, bajando la vista, me dijo que lo sentía mucho pero el dueño había hecho un escándalo por su cobija. Se la tendí antes de que me la pidiera. Ten, no te preocupes.

Seguramente ya era muy tarde cuando se abrió la mirilla. ¡Ponte de pie! ¡Acércate! ¡Ahora de perfil! ¡De frente! Llegaron algunos murmullos desde el pasillo. Un corto silencio y se cerró la mirilla. Me volví a acostar. Alguien nos estaba reconociendo.

Amaneció nublado. Según mis cuentas debía ser domingo, llevaba cinco días incomunicado. Después del desayuno, oí las botas que se detenían ante mi celda y la llave que giraba. Salimos del edificio donde se encontraban las celdas y dimos varias vueltas por el Campo Militar, no tenía la menor idea de a dónde nos dirigíamos. La mañana estaba nublada. Entramos en un edificio donde se escuchaban máquinas de escribir, podían verse grupos de soldados que esperaban en el vestíbulo. En una pequeña oficina se encontraba el agente del Ministerio Público encargado de tomarme la declaración preparatoria.

—¿Estaba usted haciendo sus ejercicios matutinos? —preguntó amablemente y con cierta despreocupación mientras ordenaba unos papeles sobre el escritorio.

Creí no haber entendido y no respondí. Insistió en la pregunta, pero esta vez volteando a verme y esperando la respuesta.

—No sé por qué lo dice —respondí con aire ofendido.

—Es que como viene usted sin camisa, supongo que se encontraba haciendo ejercicios.

Lo vi directamente a la cara, esperaba encontrar una mirada de burla, pero permanecía atento y solícito.

—No, no estaba haciendo ejercicios: en Tlatelolco nos desnudaron. Poco antes de subirme al transporte del ejército me dieron este pantalón, que me queda muy rabón, y estos zapatos grandes; pero una camisa que me habían prestado me la volvieron a quitar.

—¡Cómo es posible! ¿Y desde entonces está usted sin camisa?

La gran preocupación por mi camisa me parecía absolutamente fuera de lugar. Otros detenidos ni pantalón tenían y se acostaban sobre la lámina helada de la litera porque tampoco tenían colchoneta. Y, además, aunque fuera desnudos y golpeados, estábamos vivos.

—¡Sargento!, ¡traiga usted una camisa para este joven!

El sargento volvió con una camisa de mezclilla que tenía marcado sobre el bolsillo izquierdo *Ejército Mexicano*.

Me llamó la atención un militar alto, vestido de caqui, que llevaba quepí

también de caqui: entraba y salía de todas las oficinas, hablaba con algunos oficiales y daba órdenes, parecía estar coordinando alguna operación particular, posiblemente los interrogatorios, pensé.

Todos nuestros actos habían sido perfectamente legales y públicos, me pareció absurdo negar algunos hechos que siempre habían sido del dominio de la prensa o de los estudiantes que asistían a las asambleas: Sí, yo era miembro del CNH, era el único delegado de Filosofía (éramos tres por escuela); ¿cuántos?, el CNH tenía más de doscientos miembros que nombraban las escuelas; ¿mi función?, plantear ante el CNH los acuerdos tomados por la asamblea de Filosofía y ante ésta los acuerdos del CNH; el nombre del auditorio Justo Sierra se había sustituido por el de Che Guevara por acuerdo de asamblea; no, yo no lo había cambiado, lo había cambiado la escuela, en esa asamblea había como ochocientos alumnos; sí, yo había estado de acuerdo en el cambio. ¡Ah! ¡Y por qué!, porque el Che me parecía un símbolo del hombre nuevo; qué quería decir con eso. «No lo hubiera dicho», pensé; pues nada, ninguna otra cosa: simplemente un símbolo del hombre nuevo. Escriba, señorita: que el de la voz estuvo de acuerdo en que fuera cambiado el, etc.

La secretaria encargada de levantar el acta, no transcribía directamente mis palabras, sino el texto que le dictaba el agente del Ministerio Público quien constantemente añadía de su propia cosecha lo que le parecía conveniente, me interpretaba a su criterio y extraía de lo dicho por mí lo que encontraba más acusador. Yo rectificaba cuando la adulteración de mis palabras era completa: y que el de la voz (ése era yo según entendí) pertenecía al grupo político «José Carlos Mariátegui» y que escogieron ese nombre por tratarse de un dirigente comunista. ¡No!, yo había pertenecido al grupo *estudiantil* «José Carlos Mariátegui», se le había puesto ese nombre por ser el de un dirigente progresista. Con el perdón de Mariátegui le quité lo comunista. ¿Miembros de la Coalición de Maestros?, sólo conocía a dos: Heberto Castillo y Eli de Gortari; sí, el CNH tenía relaciones con la Coalición; conocía de vista a Heberto y a de Gortari; no, al doctor Fausto Trejo no lo conocía, sí había oído hablar de él; conocía a Pablo Gómez porque era presidente de la Sociedad de Alumnos de Economía en el mismo periodo en que yo lo fui de Filosofía, conocía a Gilberto Guevara porque dirigía una revista; sí, el último era miembro del Consejo, el primero no. ¡Qué!, ¿columnas de seguridad al servicio del CNH? ¡Nunca había oído algo semejante! El agente del Ministerio Público se indignó porque yo negara lo que ya Sócrates había aceptado y salió corriendo de la oficina, regresó con un *Excelsior* de ese día: comprobé que era domingo. Ahí estaba la declaración íntegra de Sócrates rendida poco antes: decía que en una reunión efectuada en la Facultad de Ciencias, Guevara, Raúl Álvarez, el propio Sócrates, algún otro que se me olvida, y yo, habíamos planeado la «defensa» del mitin. En

primer lugar, respondí, sí hubo esa reunión en Ciencias; pero lo único que se trató fue la reunión que tendríamos al día siguiente con los representantes del presidente Díaz Ordaz, en segundo, aunque se hubieran formado esas columnas no hubieran intervenido — como dice usted que lo hicieron — de no presentarse el ejército y ¿qué tenía que estar haciendo el ejército en una plaza donde se celebraba un mitin? Para movilizar al ejército se necesita que el Congreso... Ya lo sabía, no iba a enseñarle a él. Pues entonces que me dijera cómo estaba ahí el ejército para que nosotros lo pudiéramos atacar. Empezó a hacer gestos y me callé. Me volvió a enseñar el *Excélsior* e insistió en que la reunión de Ciencias había sido para formar las columnas. No, había sido para tomar el acuerdo de ver a los representantes del presidente. Relaté la entrevista y luego el mitin, describí la ocupación del tercer piso del Chihuahua por individuos que llevaban un guante blanco y gritaban «Batallón Olimpia». El agente del Ministerio Público escuchaba en silencio. Di todos los detalles que me pidió, pero no dijo: Señorita, escriba. De todo el relato no se escribieron ni una sola línea. Pedí que se asentara en el acta, pero el agente del Ministerio Público arguyó que no asentarían falsedades. Era mi declaración, dije, y si se trataba de falsedades se me podría sancionar cuando un juez lo comprobara. Entró un individuo joven, vestido con una playera, de regular estatura, pelo castaño y un poco rizado, gordo o más bien robusto. ¡Ah!, dijo, miren al periodista peruano. El agente del Ministerio Público le preguntó a qué se refería y el de la playera explicó cómo me había hecho pasar por periodista. Que si era verdad. Sí, era verdad. Señorita, escriba: que el de la voz acepta, etc. Se olvidó el asunto del «Batallón Olimpia».

Cuando salí, escoltado por los mismos soldados, empezaba a llover. Cruzamos un patio descubierto. A medio patio los soldados se detuvieron porque atrás de nosotros se oían voces. Alguien se acercaba corriendo. Esperamos a que llegara: era el agente del Ministerio Público. Llegó jadeando y con la ropa mojada por la lluvia. Para probarle... dijo, que no puede ser verdad... lo que... usted dice (tomó aire y esperó a controlar la respiración) a ver, dígame, ¿cómo fue entonces que hirieron al general Hernández Toledo? ¿Lo iban a hacer sus propios soldados? Tenía el saco mojado en los hombros y le escurrían algunas gotas por la cara. Me sonreí imperceptiblemente, le di la espalda y los soldados me llevaron por el mismo camino que seguimos unas horas antes.

La sala se fue vaciando. Nos sacaban de uno en uno después de revisarnos. Me pasaron a la sala donde todavía se encontraba María Elena. Explicamos otra vez que yo era periodista peruano, si encontraban una cámara en el piso superior, era la mía. El del guante blanco pareció creerme y me trataba de muy distinta manera. Que no me preocupara, saldría cuando me llegara el turno. Yo no podía creerlo. Había pasado varias horas esperando que nos barrieran con metralla en cualquier

momento, tratando de adivinar desde qué extremo empezarían a disparar e imaginando cómo, sobre las espaldas de los que permanecíamos tirados boca abajo, se iría acercando una hilera de perforaciones negras rodeadas por jirones de camisa y chamarra que en un instante pasaría sobre mí dejando las mismas perforaciones negras. Ahora pensaba en el auto estacionado, el color de los asientos, del volante, del tablero, el camino que seguiría para llegar al sitio donde lo habíamos dejado por la tarde, ¿sería posible que sólo hubieran pasado unas horas? Y, sobre todo, imaginaba la sensación de alivio, de incredulidad, al cerrar la portezuela y escuchar el motor encendido. Sentí un nudo en la garganta. El vigilante de la puerta me vio el reloj y me lo pidió: al cabo que de cualquier manera te lo van a quitar. El sujeto que me había asegurado momentos antes que pronto sería puesto en libertad, entraba y salía con frecuencia de la habitación. En cuanto lo veía salir, la imagen del auto estacionado se alejaba; pero siempre volvía a la sala que continuaba oscura y nuevamente me aseguraba que no tendría ninguna dificultad aunque no habían encontrado mis papeles. Cuando me llegó el turno de salir me revisaron los bolsillos. ¿Identificación?, preguntaban, la había perdido arriba al arrastrarme de pecho al suelo, el pasaporte seguro se me había caído, les encargaba mi cámara si la veían por ahí. Metió la mano en el bolsillo interior de mi chamarra y sacó una tarjeta grande. ¡La invitación!, recordé. A la luz que entraba por una amplia ventana sin cortinas, el del guante blanco leyó: El C. Presidente de la República tiene el gusto de invitarlo este 15 de septiembre a la recepción que se dará en Palacio Nacional con motivo de la celebración de nuestra independencia. Personal. El águila y la serpiente, realzadas en la parte superior de la cartulina, saltaban a la vista. ¡Ah!, dijo con respeto, y se guardó la invitación. Alguien me la había regalado unos días antes, pasado el 15, por supuesto.

Al salir del departamento se notaba de inmediato que el control no lo ejercían exclusivamente los del «Olimpia»: numerosos agentes policíacos eran los encargados de sacarnos del edificio. Pregunté si podía tomar mis zapatos y un sujeto bajo, de mandíbula saliente y labios temblorosos, me descargó un sorpresivo puñetazo en la boca del estómago: que si acaso eran ellos beneficencia pública. Me doblé casi hasta el suelo, pero me sostuvo uno de los que llevaban guante blanco. Respira despacio, decía; hondo, hondo. Salí y afuera otros agentes de la policía me tomaron de los brazos. En cada descanso de las escaleras había agentes policíacos encargados de golpear a los que éramos llevados a la planta baja. Cuando terminaron las escaleras apenas podía hablar. Tras una de las grandes columnas por cuyo interior circulan los elevadores, podía ver varias hileras de muchachos puestos de cara a la pared y con las manos en alto. Era un grupo muy numeroso. En su mayor parte estaban desnudos, sin zapatos y con los pantalones caídos entre los pies, seguramente para que no pudieran caminar. La primera fila se recargaba en la pared,

pero las siguientes tenían que mantener en alto los brazos sin ningún apoyo.

Los agentes que se encontraban en la parte inferior del edificio eran, por su aspecto, del Servicio Secreto. Traté de explicar lo mismo que en el departamento, pero ni siquiera me escuchaban. Arriba tienen mis papeles, dije recordando la invitación y el hecho de que ya se había aceptado la pérdida de mis documentos como verosímil. Un sujeto de muy baja estatura, con los brazos arqueados y la mandíbula saliente, pelado casi a rape, daba vueltas en torno al grupo de agentes que me interrogaban. Dio varias vueltas revisándome de pies a cabeza. De pronto, cuando los agentes parecían a punto de investigar lo dicho por mí, el sujeto de los brazos arqueados y la cabeza rapada blandió una macana y empezó a golpearme con ella en la cabeza y en todo el cuerpo. Después me arrancó la camisa a pedazos y me puso en la última fila con los brazos en alto. A la derecha, separados por unos cuantos metros, vi a los periodistas reunidos en grupo, los llevaban a un lugar más alejado: era otro mundo.

Empecé a ver oscuro. Cuando se me doblaban las piernas, el mismo sujeto iniciaba otra vez los golpes con la macana y seguía dando vueltas. A los lados, formando un cuadro dentro del cual se movían los agentes, podía ver soldados con bayoneta calada; dos de ellos vigilaban directamente al grupo de muchachos hacinados contra la pared. ¡No voltees! ¡Levanta bien los brazos! Sentí el culatazo en un costado y una sombra salpicada de luces brillantes me impidió ver. Con un gran esfuerzo traté de enfocar las nuca y hombros que tenía enfrente, pero el espeso velo que me cegaba sólo dejaba ver pequeños puntos móviles y brillantes. Un zumbido agudo, penetrante, alejó también los sonidos y el estómago se me contrajo violentamente. Apreté los dientes con toda la fuerza que tenía, el estómago se me contrajo otra vez y con más fuerza, sentí que casi se me pegaba con la espalda y volví a apretar los dientes en un esfuerzo desesperado por no vomitar. Una de las espaldas que tenía enfrente se hizo a un lado y escuché un débil murmullo: Métete para que ya no te sigan pegando. Di un paso adelante y atrás de mí alguien cubrió el hueco. Me acordé de los brazos y los estiré. Ya no quería ser puesto en libertad, lo único que deseaba en ese momento era una celda vacía y la rutina cotidiana de la cárcel.

—Empezó el traslado de los «especiales», éramos nosotros —prosigue el *Búho*—. Salíamos del departamento uno por uno, el guardia gritaba: ¡Baja un especial con guardia, no disparen! Los golpes llovían en las escaleras. Abajo nos examinaba un hombre chaparro, con el pelo casi rapado, parecido a Mendiola, que nos mandaba hacia los transportes. Nos llevaban entre golpes, patadas y las pullas de los soldados acantonados en los edificios. Con las manos atrás de la nuca, mirando hacia abajo y montado a horcajadas en la banca central del transporte, no

podía ver la ruta que llevábamos hasta que levanté la cabeza un poco y distinguí muchas luces: Íbamos al Campo Militar número 1. Un sargento me vio levantar la cabeza y jalándome por el pelo hacia atrás me interrogó: ¿Quién eres, cabroncito...? ¿Escuela...? No mires más y baja la cabeza. Me golpeó con la culata en la nuca y no volví a levantar la cabeza. Al llegar al Campo Militar fuimos conducidos a los «conyugales». Después de la primera noche me dejaron en paz hasta que un individuo pasó, al cuarto día, reconociendo a los miembros del CNH celda por celda. Me pidieron que me pusiera frente a la mirilla. Celda 13, CNH; le escuché decir, creo que también —dijo Valle.

—¿Y contra qué disparaban? —dice De la Vega que desde hace rato quería intervenir—. ¿Cómo fue posible que durara horas?

—Y que a las once volviera a empezar —añade Zama.

—Disparaban contra el Chihuahua —responde Raúl—. A mí me aprehendieron cerca de la iglesia de Santiago. Ahí nos tuvieron mucho rato y luego nos llevaron al edificio de Relaciones Exteriores, lo abrieron y ahí nos concentraron a muchos. Después nos volvieron a sacar.

—Pero ¿a qué le disparaban? —insiste De la Vega—. Tú estabas junto a la iglesia y podías ver toda la plaza.

—Pues al edificio, ¿no te digo?, a la fachada. Y ni siquiera a las ventanas, ¿te acuerdas que los costados son de cantera y sin ventanas? Pues se entretenían disparando a una hilera de piedras, volaban pedazos de piedra desde la azotea hasta el suelo, luego levantaban el rifle y repetían la operación sobre otro listón de cantera. A las once ya habían sido cateados todos los departamentos del Chihuahua, los del «Olimpia» iban y venían por las escaleras, ¿dónde podían estar los «francotiradores»? Desde las seis estaban tirando puertas ¿o no, *Búho*? Entonces, ¿qué podía haber en el Chihuahua cinco horas después? Policía, exclusivamente.

—Y más o menos a esa hora yo estaba detrás del Chihuahua —dije—. Nos tenían a todos con las manos en alto y los pantalones enredados a los pies. Cuando se oyó la nueva balacera en la plaza, gritaron una orden a los soldados que nos vigilaban: ¡no dispare nadie! Por varias partes el grito se repetía: ¡Qué no dispare nadie!, y los soldados se cubrieron con el muro, junto a nosotros que no entendíamos quiénes podían estar en la plaza disparando si la suponíamos ocupada por el ejército.

—Disparaban desde los alrededores de la iglesia de Santiago: se oía un tiro y todos respondían, era infernal. Por la tarde los tanques habían lanzado «trazadores» contra el edificio.

—Ésos eran los impactos que nos sacudían cuando estábamos tendidos en el piso.

—Seguramente —concluye Raúl—. Emery (preso en la «M») también estaba en la plaza cuando entró el ejército. Le dispararon muy cerca y le soltaron varias descargas con verdadera saña, pero de tres saltos cayó junto al cadáver de un muchacho. Le siguieron disparando y todas las balas las recibía el cadáver.

En las horas de la madrugada entró un pelotón al pasillo. Inmediatamente desperté. Llegaron frente a mi celda y ahí se detuvieron. Por los pasos infería que eran muchos, más que en otras ocasiones. Se abrió la puerta y me ordenaron salir. El pelotón me rodeó y echó a andar. La noche estaba muy fría y húmeda. Atravesamos casi todo el Campo Militar. ¿De qué podía tratarse a esa hora? Escuché una descarga de fusiles y una pequeña nube blanca se elevó de la oscuridad. Llevaba las manos en las bolsas y la camisa de mezclilla abotonada hasta arriba, pero no dejaba de temblar. Un frío húmedo se colaba por las mangas, entre los botones, por el tejido de la camisa. ¡Otro más!, comentó el oficial que comandaba el pelotón. Se volvió a verme y repitió el comentario: ¡Otro más! No trates de hacerte el valiente porque vas a seguir el mismo camino, ya lo sabes. A lo lejos distinguí una luz: una puerta entreabierta. Entramos a una pequeña construcción que se hallaba a oscuras. La primera estancia, una oficina iluminada por una lámpara de gasolina, estaba ocupada por algunos militares y un detenido que no reconocí. Me llevaron por un pasillo en tinieblas a una habitación. Un militar alto al que no le distinguía las facciones, pero sí la complexión ancha, casi ocultaba todo el vano de la puerta con su silueta. Se estrellaba un puño sobre la palma abierta de la otra mano. Relaté mi detención, la ocupación del tercer piso, el guante blanco, el grito de «Batallón Olimpia»: lo mismo que había dicho la primera noche, ante la junta de militares, y el domingo ante el Ministerio Público. El militar no dejó de hacer chocar el puño macizo sobre la palma. Muy bien, dijo, ahora vas a repetir exactamente lo mismo que me acabas de decir cuando te lo pregunten. Pasamos a la estancia iluminada por la lámpara de gasolina. Un coronel se encontraba sentado tras el escritorio, llevaba en el quepí una cinta roja y negra; atrás de él, de pie, estaba el oficial de caqui que el domingo iba de una oficina a otra. Delante del escritorio, derrumbado en una silla, vi a un individuo con gabardina negra abotonada hasta el cuello y grandes lentes oscuros. La impresión que producían los lentes oscuros bajo aquella débil luz de gasolina era siniestra. A pesar de la gabardina se notaba que era muy gordo, tenía el

pelo negro, lacio y grasoso. Como para que me sentara, había un banquito de madera enfrente del escritorio. ¡Ningún delincuente se sienta delante de mí!, exclamó intempestivamente el de la gabardina negra. Me puse en pie de inmediato: Yo no soy delincuente. El gordo tomó aire y me pareció que se iba a levantar, sentí el estómago vacío; pero el coronel intervino: ya se vería que yo era un delincuente. El gordo se tranquilizó con la frase del coronel y con el inicio del interrogatorio. Otra vez repetí lo mismo: la ocupación del tercer piso, el guante, el nombre que gritaban, el «toki-woki» que pedían, los disparos al principio por aquel individuo que se había puesto junto al barandal, la respuesta desde la plaza. El gordo y el coronel escuchaban en silencio. El oficial alto hizo algunas preguntas. «¿Serán de Inteligencia Militar?», me pregunté, y respondí. Cuando ya había dado la orden de que me sacaran, el coronel me detuvo: ¿Sabes cómo se castiga a los traidores a la patria? Levanté la vista del suelo, evité al gordo y vi las franjas desconocidas en el quepí del coronel. Sí... se les fusila.

Por las tardes me ponía de pie sobre la litera a ver la muralla cercana y un puesto de guardia. Abajo de la ventana veía unos metros de pasto, luego un rectángulo sembrado de alfalfa que llegaba hasta la muralla. A la derecha había un maizal donde se paraban los cuervos y espantaban a los pájaros más pequeños. Hacia el rumbo de San Bartolo se oía una música lejana, como de feria, que subía hasta perderse porque en el cielo no había nubes. Cuando la campaña por el paro obrero de una hora, habíamos recorrido varias fábricas de Tlalnepantla, la zona fabril más importante; un camión de la Facultad se extravió al regreso y tomaron un atajo, entre porras, vivas a la Universidad y al Poli, y mueras a los jefes policiacos y al presidente, el atajo terminó en las puertas del Campo Militar número 1, ante la mirada sorprendida de los vigías de las murallas. Trataba de imaginarme cómo se irían apagando las porras y la reversa a toda marcha que daría el camión. Faltaba más de una hora para que oscureciera, la celda ya estaba invadida por la penumbra de las tardes agonizantes; pero afuera aún era de día, y la tarde estaba limpia. Cuando se hiciera de noche y encendieran la luz ya sólo podría contemplar el cuadro del cerdo y la mujer del látigo, la armella con su pedazo de cordel de persiana reventado por un peso que no quería imaginarme y que había doblado el metal; el cuadro amarillo y gris, con la sombra naranja bajo el árbol espinoso y los restos humanos que colgaban de la rama, el ahorcado; pero mientras no terminara la tarde y la música subiera desde San Bartolo, podía imaginar la feria donde la tocaban, ver los cuervos sobre las cañas secas y la alfalfa al pie de la muralla.

Cuando empezó a sonar la ametralladora recordé que era miércoles. Hoy, hace ocho días... y a la misma hora. Seguramente aún no eran las seis. El fuego de otra ametralladora se sumó al de la primera. Me dejé caer en la litera. ¡Otra vez!

Hacia toda clase de suposiciones. No tenía idea de lo que había pasado afuera en esos ocho días. Por una interminable hora o más, volvía a escuchar el ininterrumpido fuego de aquella tarde, y era la misma hora. Cuando cesó trajeron la cena.

Antes de la medianoche nos sacaron a todos de las celdas y nos reunieron con el general. Nos trasladaban a la cárcel de Lecumberri, informó éste. Yo sólo había visto a Sócrates, quien tenía su celda abierta, cuando me llevaban escoltado al baño; y había oído que estaba Guevara porque una noche escuché que lo golpeaban por haberse cambiado el nombre. Por primera vez desde nuestra detención, nos veíamos, podíamos hablar, abrazarnos, platicar de nuestras detenciones; que si no hubiéramos ido, que si seríamos todos los aprehendidos o habría más, dónde habíamos estado cuando cayó la bengala. En varios autos sin insignias, con una fuerte escolta de hombres armados de metralletas, fuimos conducidos a la cárcel preventiva de Lecumberri y reclusos en la crujía de turno. Por el periférico atravesamos el Bosque de Chapultepec, vimos los focos de colores de la montaña rusa, el aviso en la primera cima para advertir que no saquen la cabeza; los avisos que indican la proximidad de una desviación: Palmas, Reforma, Molino del Rey. Mira bien la calle, dijo Pablo en voz baja, porque quién sabe cuándo volverás a verla. Entramos al viaducto, congestionado por el tráfico a esa hora; las calles se hicieron más oscuras, las casas más pobres. Pasamos un puente y nos detuvimos ante la entrada de Lecumberri.

—¿Quién es el periodista peruano?

Escuché la pregunta, pero no pude responder. La repitieron y logré hacerme oír: yo era. Me miró con asombro. ¡Pero cómo era posible que hubiera sucedido eso! ¡Qué pena!, que mirara nomás cómo estaba. Yo había tratado de explicar, pero no me habían creído, dije. Un soldado trajo una camisa de talla muy chica y un pantalón que me quedaba corto; los zapatos, en cambio, eran tan grandes que se me salían al caminar. Con ese atuendo me llevó hasta el grupo de periodistas que se encontraba en un sitio cercano. Reconocí a varios que había visto durante las conferencias de prensa, uno de *El Día*, otro de *Excelsior*, una señora de edad madura. Cuando estuve entre ellos se acercó otro sujeto e interrogó al que me había conducido hasta los periodistas, éste respondió que yo era periodista peruano y que mis papeles estaban arriba. No, él no los había visto; bueno, era que ya antes se había aclarado todo; no, tampoco se haría responsable. Se alejó dejándome en manos del que había intervenido en el último momento, éste me sacó de entre los periodistas.

—Óigame — dije con desesperanza —, me han estado golpeando toda la noche y ahora que se aclara la verdad usted vuelve a empezar.

Que me iría peor si lo estaba engañando, respondió mientras me llevaba otra vez hacia los detenidos; que yo no hablaba como peruano y a él le parecía que no lo era.

—Si ya te reconocieron —dijo—, eres de Filosofía.

Vi cerca a un individuo que, cuando me llevaban con los periodistas, se había acercado al que ahora me interrogaba. Un policía de la Facultad, pensé. Insistí en que era periodista peruano.

—Muy bien —respondió—, si lo eres ya se verá. Pónganlo entre los especiales para investigarlo.

Me llevaron hasta un grupo más reducido que el anterior. Osuna, de Economía del Poli, sangraba abundantemente por la boca y la nariz, tenía los labios destrozados. Ahí fotografiaban a los «especiales», pero antes me hacían a un lado para fotografiarme después solo. Creí que era estudiante: llevaba bigotes a lo Zapata, pelo hacia un lado y sobre la frente, era delgado y muy joven; pero, cuando adelantó la mano para apartarme de los que iban a fotografiar, vi el guante. Casi no se movió mientras los «especiales» éramos trasladados a las afueras de la Unidad. Parecía estar absolutamente solo.

A cada «especial» lo llevaban dos soldados, lo tomaban de los brazos, se los cruzaban a la espalda y lo levantaban en vilo para llevarlo hasta los transportes militares estacionados fuera de la Unidad. Al cruzar los espacios entre un edificio y otro, se detenían, esperaban un momento, y echaban a correr con todo el cuerpo inclinado hacia adelante y el detenido a rastras: los soldados que se encontraban junto a la plaza tenían orden de disparar contra todo lo que se moviera.

Yo fui uno de los últimos. Cuando oí: ¡Llévense a éste!, no tenía la más remota idea de a dónde me conducirían y qué harían con nosotros. Me cruzaron los brazos a la espalda. Sentí un agudo dolor en los hombros cuando empecé a caminar con los brazos levantados sobre la espalda. En el camino había grupos de soldados que organizaban campamentos, algunos comían. Muchos se encontraban a la orilla del camino insultándonos, gritando sandeces y necesidades. Otros sólo veían y sus rostros expresaban, por encima de cualquier otra emoción, incredulidad. Casi todos proferían un insulto, en ocasiones acompañado de un golpe o una patada, y volvían a las fogatas. Lo vi desde lejos porque se encontraba en medio del camino adoquinado, de pie, sostenía una vasija de metal con una mano. Me vio cuando me acercaba y mantuvo la otra mano dentro de la vasija, permaneció inmóvil. Endurecí

el estómago y aparté la cara lo más que pude. Cuando pasé junto a él, sacó la mano y me puso en la boca algo que estuve a punto de escupir pero reconocí antes de hacerlo.

—Toma, chavo —hizo un rápido movimiento.

Era melón.

Y ahora, en la sombra rodeada por murallas donde no puede una rosa de seda caer sin ruido en un montón de pétalos porque las ratas corren como envenenadas entre los papeles que el viento levanta en el patio y sólo hay silencio, tu casa, las madrugadas frente a los cristales, el olor suave de tu abrazo, la bandera a media asta en una mañana de julio, el Zócalo cubierto de antorchas y banderas, el auditorio de Física donde se reunía el Consejo, el de Medicina después, los delegados siempre en los mismos asientos, la mañana de las pláticas, el cuarto de baño, el agua tibia, los ruidos de la calle a las ocho cuando empieza el otoño, los árboles rojizos, el agua en las fuentes, el tapiz, las campanadas, el barco en la bahía, el color de tu pelo, la talla de marfil que conserva la curvatura del colmillo, el rumor de miles y miles de pasos de gente que avanza en silencio, las calles de donde se ha ido la luz, la policía, el ejército, el temor, los reglamentos, y sólo queda el destello breve de la libertad que no conocíamos hasta que vivimos esos días, los regresos irreales por avenidas sin luz, por calles donde no existe el poder, ni la violencia, ni los pistoleros para mantener las cabezas inclinadas, tu imagen lejana, las sombras que cambian sobre un mantel blanco, los progresos constantes en tus conocimientos, la fotografía de la muchacha con su bandera en alto, la gran bandera roja que se turnaban María Elena y Selma, la sensación de estarlo cambiando todo, de colaborar con alemanes, franceses, italianos, checos, argentinos, brasileños, uruguayos, yugoslavos, chilenos, holandeses, japoneses, norteamericanos, polacos, para cambiarlo todo, el octavo piso de la Torre, la alfombra, el olor a madera, el sillón donde dormía, el ruido del mimeógrafo, los números rojos en el elevador, las pláticas con los maestros, la asamblea de las cinco, la autocrítica cuando voté sin conocerlo el manifiesto que Ajax presentó a las cuatro de la mañana, los proyectos sobre una Universidad diferente, las discusiones sobre la posibilidad de realizarla en el seno del Estado actual, las campanadas que siempre me regresaban a ti, al interior del auto esa noche, el color que nunca antes vi igual, el olor a sal, tus manos en mis hombros, la calle recorrida a todas horas, son ya esa cicatriz.

Lecumberri, octubre de 1970



Luis González de Alba (al centro, sin camisa y con pantalón oscuro) al momento de ser arrestado en Tlatelolco, el 2 de octubre de 1968.



LUIS GONZÁLEZ DE ALBA (Charcas, México, 1944 - Guadalajara, México, 2 de octubre de 2016), fue un escritor, periodista y divulgador de la ciencia mexicano.

Estudió psicología a la Universidad Nacional Autónoma de México, donde fue uno de los dirigentes del movimiento estudiantil de 1968. Detenido en Tlatelolco el 2 de octubre, escribió en la cárcel de Lecumberri: *Los días y los años*, donde relata esos hechos. Mientras estuvo preso se dedicó al estudio del hebreo. Tras ser liberado se autoexilió en Chile durante un año y posteriormente viajó por Argentina y Brasil.

Siendo abiertamente homosexual, en 1975 (en colaboración con otros intelectuales), publicó en la revista *¡Siempre!*, el primer manifiesto mexicano en defensa de los homosexuales. Durante los años setenta y ochenta estuvo relacionado con movimientos y personajes de la izquierda mexicana, ideología que posteriormente abandonó para volverse un férreo crítico de ella.

Fue colaborador y, en algunos casos, socio fundador de diversos medios mexicanos como: *Excélsior*, *La Cultura en México*, *Punto*, *Punto de Partida*, *Revista de Revistas*, *¡Siempre!*, *Unomásuno*, *La Jornada* y *Nexos*, desarrollando principalmente el periodismo de opinión y de divulgación científica.

Publicó durante más de una década la columna «La ciencia en la calle» en el diario mexicano *La Jornada*, hasta su expulsión de este medio en 1997 a causa de una polémica con Elena Poniatowska, quien incluyó en su libro *La noche de Tlatelolco* citas y datos del libro *Los días y los años* del autor.

Al momento de su muerte publicaba la columna semanal «Se descubrió que...» en la cadena de Grupo Milenio, en la que escribía sobre ciencia, política y acontecimientos del país.

Además de su participación en revistas y periódicos, publicó cuento: *El vino de los bravos*; poesía: *El sueño y la vigilia*; ensayo: *Las mentiras de mis maestros*, *El burro de Sancho y el gato de Schrödinger*, *La orientación sexual*, *La ciencia, la calle y otras mentiras*, *Niño o niña*. Entre sus novelas se cuentan: *Y sigo siendo sola*, *Agápi mu (Amor mío)*, *Cielo de invierno*.

Obtuvo en 1997 el Premio Nacional de Periodismo por su labor en la divulgación de la ciencia.

Luis González de Alba era seropositivo, fue creador de la Fundación Mexicana contra el Sida, y también padecía vértigo postural paroxístico, que prácticamente lo dejaba incapacitado.

«... dueño de bares, escritor, poeta, campesino y antrero», en ejercicio de su extrema libertad, Luis González de Alba se suicidó a los 72 años de edad, en su casa en Guadalajara, el 2 de octubre de 2016.

Enlaces de interés

Dos enlaces que podrían resultar de interés para el lector:

1. Sobre la polémica con Elena Poniatowska en:

<http://temibledani1lga.blogspot.com/2013/06/poniatowska20130620.html>

2. La última columna de Luis González de Alba:

http://www.milenio.com/firmas/luis_gonzalez_de_alba_sedescubrioque/Podemos-adivinar-futuro_18_822097815.html